3 1761 09545970 7

OBRAS

JOCOSAS Y SATÍRICAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.

RECUERDOS DE VIAJES.

(IV.)

S.
M582Ar

RECUERDOS DE VIAJE

POR

FRANCIA Y BÉLGICA,

EN 1840 Á 1841.

SU AUTOR

EL CURIOSO PARLANTE.

NUEVA EDICION,
CORREGIDA Y AUMENTADA.

34463
20/7/44

MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXI.

Es propiedad.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Como complemento de las obras festivas ó *humorísticas* de El Curioso Parlante, que venimos reproduciendo, damos lugar en este volúmen á los *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*, en cuya obra, apartándose el autor de la pauta seguida anteriormente por los escritores de viajes, y siguiendo su estilo propio y su manera analítica peculiar, acertó á trazar, no una descripcion árida y descarnada del país visitado, ni tampoco una guía ó itinerario de pueblos tan próximos y conocidos, sino un cuadro animado y crítico de la manera de existir de aquella sociedad, una brillante exposicion de las impresiones producidas por su estudio en el ánimo de un español, y para servir de útil *cicerone* moral á sus compatriotas; un trazado, en fin, risueño, al par que filosófico, de aquellos usos y costumbres, contrapuesto á

las nuestras, que tan gráficamente habia alcanzado á pintar.

Seguramente que el trascurso de *cuarenta años*, que han corrido desde que tuvo lugar aquel viaje y se escribieron estos «Recuerdos», han podido hacer variar muchas cosas, hacer palidecer muchas pinturas y observaciones, especialmente bajo el aspecto material, por la asombrosa marcha de los modernos adelantamientos, que han cambiado casi por completo las condiciones de la actual sociedad, haciendo caducar muchas costumbres, oscuras y casi incomprensibles muchas escenas de las trazadas en este libro, y que tenian entónces todo el interes palpitante de la verdad. Especialmente, los progresos realizados en nuestra España, han venido á acortar las distancias que nos separaban de pueblos más adelantados en prosperidad y en cultura. Mas no porque hayan desaparecido afortunadamente las causas y los efectos de aquel atraso relativo, dejarán de apreciarse en lo que valen el exquisito tacto, el buen criterio del escritor filósofo y patriota, que haciendo abstraccion del orgullo patrio y de arrogancia inoportuna, se atrevió á reconocer y señalar hace cuarenta años aquel notable desnivel de nuestra cultura y progreso material, promoviendo atrevidamente su remedio, así como tampoco por haber experimentado considerables trasformaciones las cos-

tumbres extranjeras, dejarán, á nuestro juicio, de leerse con placer los animados y festivos bosquejos que de aquella sociedad supo trazar el mismo pincel que tan gráficamente acababa de animar las semblanzas y caractéres de la nuestra.

El Editor.

RECUERDOS DE VIAJE.

I.

LOS VIAJEROS FRANCESES EN ESPAÑA.

Entre las diversas necesidades ó manías que aquejan á los hombres del siglo actual, y que ocupan un lugar preferente en su espíritu, es sin duda alguna la más digna de atencion este deseo de agitacion y perpétuo movimiento, este malestar indefinible, que sin cesar nos impele y bambolea material y moralmente, sin permitirnos un instante de reposo; siempre con la vista fija en un punto distante del que ocupamos; siempre el pié en el estribo, el catalejo en la mano, deseando llegar al sitio adonde nos dirigimos; ansiando, una vez llegados, volver al que abandonamos, y con la pena de no poder examinar los que á la derecha é izquierda alcanzamos á ver.

Esta necesidad inextinguible, este vértigo agitador, se expresa en la sociedad por la contínua variacion de las ideas morales, de las revoluciones políticas; en el indivi-

duo se manifiesta materialmente por el perpétuo aguijon que le punza y aqueja hasta echarle fuera de sus lares y hacerle arrostrar las fatigas y peligros para dar á su imaginacion y á sus sentidos nuevo alimento; para correr tras una felicidad que acaso deja á la espalda; para huir un fastidio que acaso sube con él en el coche; para salvar un peligro que acaso corre agitado á buscar.—Insomnios y cuidados, sinsabores y fatigas, sustos y desengaños..... ¿qué le importan? — Romperá el círculo de su monótono existir; abandonará el espectáculo que le enoja; recobrará su alegría y vitalidad, y podrá luégo á la vuelta entonarse y pavonear diciendo: «Yo he viajado tambien.»

Las relaciones de los viajeros le han trazado pindáricamente el magnífico cuadro de la salida del sol tras de la alta montaña ó en las plácidas orillas del mar.—El pintor ha puesto delante de su vista los más bellos paisajes, la atmósfera brillante, el cielo nacarado, la cascada *que se deshace en perlas*, la verde pradera *cuyos límites se confunden con el horizonte*, la elevada montaña *que va á perderse entre las nubes*, el arroyuelo, *serpiente de plata*, el valle *silencioso*, las selvas *amigas*, y demas pompa erótica de los antiguos poetas clásicos.—Los críticos y filósofos le han enloquecido con la narracion de las extrañas costumbres, de las fiestas pintorescas de los pueblos que ha de visitar.—Los hombres de mundo le han confiado en secreto (por medio de la imprenta) sus galantes aventuras de viaje, y llenádole la cabeza de doncellas trashumantes, de casadas víctimas, de viudas antojadizas, de padres soñolientos, de maridos ciegos, y de complacientes mamás.

Si el presunto viajero está enfermo, el médico le afirma que á la segunda jornada le está esperando la salud para darle un abrazo y viajar con él; — si es tonto, el

maestro le dice que la sabiduría existe en tal ó tal posada, donde no tiene más sino tomarla al pié de fábrica;—si es pobre, no falta alguna vieja que le excite á salir al mundo en busca de la fortuna;—si es rico..... «¿para qué quiere V. sus millones, señor don Fulano?» (le dice un accionista de las Diligencias); — si habita la ciudad, se le encomian las delicias del campo; y si es campesino, se le hace abrir tanta boca pintándole los encantos de la ciudad.

¿Quién sabe resistir á tantas embestidas, á tan bien dirigido asedio? ¿Quién no siente una espuela en el ijar, una comezon en los piés, un vacío en los sentidos, que tarde ó temprano acaba por hacerle brincar á la calzada, sacudir los miembros entumecidos, y lanzarse á la rápida carrera con más fervor y confianza que el antiguo atleta á las arenas de Olimpia?

Pero hay, ademas de los anteriores motivos, otro motivillo más para que en este siglo fugaz y vaporoso todo hombre honrado se determine á ser viajador.—Y este motivo no es otro (perdónenme la indiscrecion si la descubro) que la intencion que simultáneamente forma de hacer luégo la relacion verbal ó escrita de su viaje. — Hé aquí la clave, el verdadero enigma de tantas correrías hechas sin motivo y sin término; hé aquí la meta de este círculo; el premio de este torneo; la ignorada deidad á quien el hombre móvil dirige su misteriosa adoracion.

Y no vayan VV. á creer por eso que nuestros infatigables viajeros contemporáneos, dominados por un santo deseo de hacerse útiles á sus semejantes, tengan en la mente la idea de regalarles á su vuelta con una pintura exacta y filosófica de los pueblos que visitaron, realzada con sendas observaciones sobre sus leyes, usos y costumbres; aplicaciones útiles de la industria y de las artes, y apreciacion exacta de la riqueza natural de su suelo.—

Nada de eso.—Semejante enojoso sistema podria parecer bueno en aquellos tiempos de ignorancia y semi-barbarie en que no se habian inventado los viajeros poéticos y las relaciones taquigráficas; en que un Ponz ó un Cabanilles creian de su deber llenar tomos y más tomos; el uno, para describir tan menudamente como pudiera hacerlo un tasador de joyas, todos los cuadros, estatuas, columnas, frisos y arquitrabes que hay en las iglesias de España, y el otro, para darnos una buena leccion de geodesia, mineralogía y botánica, á propósito de la descripcion del país valenciano.

Para hacer esto—¡ya se ve!—era preciso empezar por largos años de estudio y meditacion sobre las ciencias y las artes; era necesario poseer un gran caudal de juicio y buena crítica; poner á prueba la más exquisita constancia; arrostrar la intemperie y las fatigas, como un Rojas Clemente, para descubrir la existencia de una florecilla en el pico de una elevada montaña; revolver mil polvorosos archivos, como Florez ó Villanueva, para aprender á descifrar los místicos tesoros de las iglesias de España; dar la vuelta al mundo, como Sebastian Elcano ó don Jorge Juan, para acercarse á conocer su figura esférica; ó exponerse á una muerte trágica, como Cook y Lapeyrouse, por revelar á sus compatriotas la existencia de pueblos desconocidos.

Ahora (gracias á Dios y á las luces del siglo) el procedimiento es más fácil y hacedero; y éste es uno de los infinitos descubrimientos que debemos á nuestros vecinos traspirenaicos, á quienes en este como en otros puntos no queremos negar la patente de invencion.

Ejemplo. — Levántase una mañanita de mal humor monsieur *A* ó monsieur *B* (llámenle ustedes *H*), porque el público parisien silbó la noche pasada el sainete *vaude-*

ville que colaboró el tal en compañía de otros cuatro ó cinco autores de igual vena; ó porque vió en la ópera con otro quidam á la mujer no comprendida (*femme incomprisse*) á quien dedicó su última coleccion de versos, titulada *Copos de nieve* ú *Hojas de perejil* (1).—Siente entónces la necesidad de dar otro rumbo á su imaginacion, otro círculo á sus ideas, y nada encuentra mejor que quitarse de enmedio del público que le silbó, de la mujer que no le supo comprender.—El librero editor para quien trabajaba á destajo, entra en este momento en su gabinete para notificarle que de los cuatro volúmenes de aquel año, se tiene ya comidos por anticipacion los tres y medio, y que áun no ha producido más que la portada del primero. —El director de un periódico le reclama siete docenas de folletines en diferentes prosas y versos, contratados de antemano para reemplazar á las sesiones de las cámaras; y el casero, el fondista y las demas necesidades prosaicas formulan al mismo tiempo sus notas diplomáticas con una desesperante puntualidad.

No hay remedio, preciso es decidirse; viajará, correrá en posta á buscar nuevas *impresiones* que vender á su impresor; nuevas aventuras que contar en detalle al público aventurero; nuevas coronas de laurel y monedas de plata que ofrecer á la ingrata desdeñosa y al tirano caseril.

En esto la imaginacion le recuerda confusamente que el ignorante público, al tiempo que silbaba su drama, aplaudia á rabiar una especie de cachucha ó bolero que se bailaba al final.—Mira pasar por delante de su ventana la diligencia Lafitte, que se dirige á Burdeos, y lee casual-

(1) Los poetas contemporáneos franceses suelen titular á sus colecciones de poesías *Hojas de otoño*, *Granos de arena*, *Gotas de rocío*, etc.

mente en el periódico que tiene en la mano un parrafillo en que, entre el anuncio de una nueva pasta pectoral y el beneficio de un viejo actor, se dice que la España acaba de realizar la última revolucion del mes.

No hay que pensar más.—Nuestro autor folletinista conoce (y no puede ménos de conocer) que su mision sobre la tierra es cruzar el Pirineo, y nuevo Alcídes, revelar á la Francia y al mundo entero ese país incógnito y fantástico, designado en las cartas con el nombre de ESPAÑA, y fijar en las márgenes del Bidasoa otro par de columnitas con el consabido «PLUS ULTRA.—*Monsieur* N. *invenit.*»

Dicho y hecho.—Apodérase de su alma el entusiasmo. Atraviesa rápidamente la Francia, y entrando luégo en las provincias Vascongadas, tiende el paño, y empieza á trazar su larga serie de cuadros *originales*, traducidos de Walter Scot, apropiándoles, venga ó no venga á pelo, todo cuanto aquél dice de los montañeses de Escocia, aplicando á éstos unos cuantos nombres acabados en *charri* ó en *chea*, y hágote vizcaíno ó guipuzcoano, y yo te bautizo con el agua del Nervion.

Adelantando camino nuestro intrépido viajero, cuenta cómo luégo se enamoró de él perdidamente la hermosa *doña Gutierrez*, hija de *don Fonseca*, con las aventuras á que dieron lugar los celos de *Peregillo* el *Toreador*, amante y prometido esposo de la dicha moza, hasta que él tuvo á bien dejársela, cautivado por la gracia andaluza de la Duquesa de *Viento Verde*, que se empeñó en hacerle señas y enviarle flores desde su balcon.

Subiéndose despues á las torres de la catedral de Búrgos, cree llegada la ocasion de desplegar su erudicion histórica, y nos cuenta cómo el Cid fué un caballero muy célebre de la córte del rey D. Fruela, pocos años despues de la rendicion de Granada á las armas españolas;—y

dice cómo el pueblo de Búrgos, en accion de gracias de aquel suceso, levantó su magnífica catedral bajo la direccion de un arquitecto (por supuesto frances) á quien despues quemó la Inquisicion; —y nos encaja á este propósito una graciosa historieta de cierta princesa á quien tuvieron presa en una de las torres de la catedral por haberse enamorado del Arzobispo, que era hijo de Recaredo.—Habla despues de la supersticion del pueblo español, y dice que en los teatros (¡en los teatros de Búrgos!) ha visto á las parejas santiguarse para empezar á bailar el bolero, y en los paseos hincarse de rodillas toda la gente cuando la campana de la catedral sonaba el *Angelus*.

Sale por fin de Búrgos, y durante el camino se desencadena contra la ignorancia del pueblo de los campos y las posadas, porque no le entienden en frances; y se queja de que no ha encontrado ladrones por el camino, faltándole á su viaje este *colorido local;* pero, en fin, se consuela con otra historieta, de que tampoco nos hace gracia, de cierto *Manuellito el zagal*, que, segun nuestro autor, fué un asesino célebre (á quien nadie conoce en aquella comarca), donde siguió por muchos años sus travesuras, hasta que un dia tropezó con una cabalgata en que iba la hija del príncipe de Aragon, doña Guiomar (á quien dice que luégo ha conocido en Sevilla), y se enamoró de ella; con lo cual el Rey le perdonó sus fechorías y le armó caballero del Toison de oro, nombrándole virey del Perú, cuyo empleo (dice muy serio nuestro autor) desempeña actualmente.

Despues de las exclamaciones de costumbre sobre los caminos, las posadas y carromateros de España, llega por fin á Madrid, y aquí empieza el segundo tomo de su viaje. A propósito de *el Prado*, nos revela que es un paseo muy hermoso, poblado de naranjos y cocoteros, y una

fuente en medio, que llaman *de las Cuatro Estaciones*, á cuyo derredor se sientan todas las tardes las *señoretas madrilegnas*, y los lacayos van sirviéndolas sendos vasos de limonada y *azucarellos*, que son unas especies de esponjas dulces, cuya fabricacion es un misterio que guardan los confiteros de Madrid;—y entre tanto que ellas se refrescan las fauces, alternando con el aroma del *cigarito*, que todas fuman de vez en cuando, los señoritos *amorosos*, *dandys ó liones* de Madrid las cantan lindas *segedillas* á la guitarra, á cuyos gratos acentos no pudiendo ellas resistir, saltan de repente é improvisan una cachucha ó un bolero obligado de *castagnetas*, con lo que el baile se hace general, y así concluye el paseo todas las tardes, hasta que pasa la retreta, y todos se retiran á dormir.

Sale luégo nuestro Colon transpirenáico á recorrer las calles de noche, y nos refiere las estocadas que ha tenido que dar y recibir para abrirse paso por entre la turba de amorosos que cantaban á las ventanas de sus *duegnas;* y cómo luégo tuvo que recoger á una de éstas que se habia escapado de su casa, y la condujo á su posada, donde le contó toda su historia, que era por extremo interesante, pues la requeria de amores el reverendo padre abad de San Jerónimo (la escena suponemos que pasará en 1840), y ella no le queria ni pintado, porque estaba enamorada de un príncipe ruso que por causa de su amor se habia ido á sepultar á la cartuja de Miraflores.

Habla luégo de la *Puerta del Sol*, donde dice que presenció una corrida de toros, en que murieron catorce hombres y cincuenta caballos;—recorre despues nuestros establecimientos, en los cuales no halla nada que de contar sea;—habla más adelante de las tertulias y de la *olla podrida*, con sendas variaciones sobre el *fandango* y la *mantilla;*—describe menudamente las dimensiones de la navaja

que las señoras esconden en las ligas para defenderse de los importunos, y pinta por menor la vida regalada del pueblo, que no hace más que cantar y dormir á la sombra de las palmas ó limoneros.

Por este estilo siguen, en fin, nuestros gálicos viajeros, *daguerreotipando* con igual exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos; y despues de permanecer en España un mes y veinte dias, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del Reino, la Mancha, las Andalucías, Valencia, Aragon y Cataluña; apreciando, como es de suponer, con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera á decir *buenos dias* en español, regresan á su país, llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones; y al presentárseles de nuevo sus editores mandatarios, responden á cada uno con su racion correspondiente de España, ya en razonables tomos, bajo el modesto título de *Impresiones de viaje*, ya dividido en *tomas*, á guisa de folletin.

Ahora bien; si tan fácil es á nuestros vecinos pillarnos al vuelo la fisonomía; si tan cómodo y expedito es el sistema moderno viajador, ¿será cosa de callarnos nosotros siempre, sin volverles las tornas, y regresar de su país aventurado sin permitirnos siquiera un rasguño de pincel? —Cierto que para describirle como convendria á la instruccion y provecho de las gentes eran precisas todas aquellas circunstancias de que hablamos al principio; pero ya queda demostrado lo inútil de aquel añejo sistema; y así como al volver de la capital francesa nos apresuramos á importar en nuestro pueblo el córte más nuevo de la levita ó el último lazo del corbatin, justo será tambien, y áun conveniente, probar á entrar en la moda de los viajeros modernos franceses, de estos viajeros que ni son ar-

tistas, ni son poetas, ni son críticos, ni historiadores, ni científicos, ni economistas; pero que, sin embargo, son viajeros, y escriben muchos *viajes*, con gran provecho de las empresas de diligencias y de los fabricantes de papel.

¡Ánimo, pues, pluma tosca y desaliñada! vén luégo á mi socorro, é invocando los gigantescos númenes de aquellas gentes que poseen el dón de llenar cien volúmenes de palabras sin una sola idea, permíteme hacer el ensayo de este procedimiento velocífero con aplicacion á los extranjeros pueblos que conmigo visitaste;—pero, en gracia del auditorio, sea todo ello reducido homeopáticamente á las mínimas dósis de unos pocos artículos razonables con que entretener á mis lectores honradamente, y hacerles recordar, si no lo han por enojo, mi *parlante curiosidad*.

II.

DE MADRID Á BAYONA.

Manía de viajar.—Salida de Madrid.—La diligencia-correo.—Los viajeros.—Castilla la Vieja.—Provincias Vascas.—Recuerdos de la guerra civil.—Entrada en Francia.

Por los meses de Junio y Julio del año pasado (1840), todos los habitantes de esta heroica villa parece que se sintieron asaltados de un mismo deseo: el deseo de perderla de vista y de hacer por algunos dias un ligero paréntesis á su vida *circular*.—Cuál alegaba para ello graves negocios é intereses que llamaban su persona hácia los fértiles campos de Andalucía; cuál la intencion de ir á buscar su compañera en las floridas márgenes del Ebro; el uno improvisaba una herencia en las orillas del Segura; el otro soñaba una curacion de sus antecedentes en las graciosas playas del Cabañal valenciano.—A aquél le llamaba hácia la capital de Cataluña la accidental permanencia de la córte en ella; á éste, la curiosidad de recorrer los sitios célebres de nuestra historia contemporánea brindábale el rumbo hácia el país vascongado.—Todo se volvia ir y venir, y correr y agitarse con fervor, para terminar los preparativos que un viaje exige; las modistas y sastres afa-

mados no se daban manos para cortar trajes de amazona y levitas de fantasía; las tiendas de la calle de la Montera quedaron desprovistas de *necessaires* de viaje, cajas de pintura, guantes y petacas. Poumard y Ginesta no bastaban á confeccionar *albums* y *souvenirs;* los libreros agotaron su surtido de libros..... en blanco, y los perfumistas Fortis y Salamanca tuvieron que pedir á Carabanchel dobles remesas de jabones de Windsor y de aceite de Macasar.

Todas estas idas y venidas, todos estos dáres y tomáres, venian á convergir en el patio de la casa de diligencias, que á todas horas del dia y de la noche veíase lleno de interesantes grupos de levitin y casquete, de sombrerillo y *schal*, que aguardaban palpitantes á que el reloj del Buen Suceso diese la una, las dos, las tres, todas las horas, medias y cuartos, para montar en la diligencia, y dar la vela, cuál al Oriente, cuál al Occidente; el uno al Sur, y el otro al Septentrion.—Y los restantes grupos que rodeaban á los primeros, y que por su traje *de ciudad* representaban á la fraccion quietista que quedaba condenada á vegetar en el Prado, esperando que el libro de la diligencia les señalase su turno de marchar, parecian como reprimir un movimiento de envidia, y al estrechar en sus brazos á sus amigos y amigas, no podian contener la sentida frase de «¡Dichosos vosotros!.....»

Y á la verdad, no era de extrañar esta unánime resolucion de viajar que impulsaba á los habitantes de Madrid (de ordinario quietos é inamovibles), si se atiende á que era el primer verano en que, despues de seis años de guerra civil y de casi completa incomunicacion, podian con libertad saborear el derecho de menearse (que es uno de los imprescriptibles que nos concedió la naturaleza), y querian con este motivo extender alguna cosa más su acostumbrada órbita, que se limita de un lado en Pozuelo y Villaviciosa, y por el otro abraza hasta el último Carabanchel.

Ello, en fin, fué tal por aquel entónces la necesidad de lanzarse más allá de las sierras, que apénas en los primeros dias de Julio un elegante *que se respetase* podia dar la cara en la luneta ó pasearse en el salon del Prado; y en los mismos salones del Liceo se hacía sentir la escasez de poetas, en términos que las sesiones tenian que celebrarse *sotto voce* y en la prosa más comun.

Afortunadamente para nuestra capital, los habitantes de las provincias se habian encargado de vengarla de aquel desden de sus naturales cortesanos, y animados por igual deseo de locomocion, parecian haberse dado de ojo para venir á ella y aprovechar la excelente ocasion que se les presentaba de disfrutar un verano de treinta y cuatro grados de Reaumur, á la sombra del teatro de Oriente ó de las cortinas de la Puerta del Sol.

La carrera de las provincias Vascongadas era principalmente la que por entónces llamaba la atencion, ya por más análoga á la estacion ardorosa, ya por el deseo de visitar los célebres sitios de Luchana y Mendigorría, Arlaban, Vergara, etc. —La vida *confortable* de San Sebastian, los celebrados baños de Santa Águeda, las gratas romerías de Bilbao, y sobre todo, el próximo aniversario del abrazo de Vergara, eran razones más que suficientes para determinar á la mayor parte de los viajeros madrileños hácia aquellas célebres comarcas; y con efecto, fué tal el deseo de visitarlas, que los asientos de las diligencias tenian que tomarse con un mes de anticipacion, y las más elegantes tertulias se daban cita para Cestona y Mondragon.

La silla-correo en que salí de Madrid en los primeros dias de Agosto (despues de haber esperado un mes mi turno para viajar *en posta*) pertenecia á la nueva Compañía que se ha encargado de conducir la correspondencia en esta carrera; y por la especial construccion del carrua-

je, soportaba, ademas del peso de dicha correspondencia, y conductor, mayoral y zagales, el no despreciable que formábamos nueve viajeros, tres en la berlina y seis en el interior.—Item más :—un décimo, que, ardiendo en deseos de refrescar sus exterioridades en los baños de Santa Águeda, habia transigido con viajar al aire libre entre el mayoral y el zagal, en el asiento delantero, preparándose convenientemente al baño con un sol perpendicular de cuarenta grados.—A tal punto llegaba el deseo de lanzarse á los caminos, y á tal grado de provecho le utilizaban las empresas de carruajes públicos.

Eran las cuatro en punto de la mañana, hora no la más cómoda para dejar el blando lecho y marchar en direccion á la Casa de Correos para entregarse á la merced de las mulas y de la Direccion de Caminos.—Por fortuna, á estas horas nuestros amigos y apasionados no habian tenido por conveniente venir á decirnos *adios* y á estrujarnos á abrazos y consejos;—los únicos espectadores que teniamos en aquel instante fiero eran el comisionista de la diligencia, que estropeaba nuestros nombres á la luz de un menguado farolillo, y el centinela que paseaba delante de la puerta del Principal.—Ni perro que aullase, ni vieja que gimiese, ni dama que se desmayase, ni mano que tuviera otra que estrechar.

Los viajeros, disfrazados como de costumbre, lo mejor posible, nos contemplábamos unos á otros como calculando nuestro respectivo desarrollo, y temiendo cada cual encontrarse de pareja con el más bien favorecido por la naturaleza.—Por fortuna, los tres de la berlina perteneciamos á la más fea mitad del género humano, y todos á este siglo (siglo que ya es sabido que no es el más propio para engordar), y podiamos, en conciencia, quedar libres de todos nuestros movimientos, y hasta de nuestras pala-

bras, vista la genial conformidad que inspiran una edad semejante, un mismo sexo y un coche comun.

Pero veo que insensiblemente voy cayendo en la moda de los viajeros contemporáneos, que no hacen gracia á sus lectores de la más mínima de las circunstancias personales de su viaje, y le persiguen hasta saturar sus oidos con aquel Yo impertinente y vanidoso, que áun en boca del mismo Cristóbal Colon llegaria á fastidiar.

Mas, á decir verdad, ¿qué podria contar aquí, que de contar fuese, tratándose de la travesía de Madrid á Buitrago, por Alcobendas y Fuencarral, por aquellos campos silenciosos y amarillos, ante los cuales enmudeceria la misma rica y delicada lira de Zorrilla, ó el pincel fecundo y grato de Villaamil?

¿Pintaré la majestuosa salida del sol en una atmósfera pura por detras de un manso ribazo? Pero esto es clásico puro, hasta hacer dormir á todo el hospital de Zaragoza.

¿Contaré las Dorilas y Galateas que todas las mañanitas abandonan las vegas de Fuencarral para venir á vender nabos á Madrid?

¿Diré los tiernos Melibeos que, arropados en una estera ó un resto de manta vieja, se disputan un cuartillo de lo tinto en la taberna del portazgo, no al són del dulce cáramo, sino al impulso de una redonda piedra ó del grueso garrote que les sirve de cayado paternal?

¿Pintaré los románticos atavíos del carretero burgalés, que asoma dormido á la boca de su galera, al lado de su fiel Melampo, que duerme tambien, y al ruido que hace nuestra silla al acercarse, entreabren ambos los ojos, sin que podamos percibir en la rápida carrera si fué el perro ó el otro el que ladró?

¿Contaré, en fin, las pintorescas vistas de San Agustin ó Cabanillas; las construcciones fósiles, los techos, paredes, cercas, sierras y semblantes, todo de un propio color

ceniciento y pedregoso; y aquel suave aroma de la aldea, que se despide de la paja y otras materias ménos nobles quemadas en el fogon, el todo armonizado con las suaves punzadas del ajo frito en aceite ó de las migas empapadas en pimenton?

Por otro lado, no sería posible que pudiera contar nada de esto, porque, en honor de la verdad, debo decir que, anudando el roto hilo de nuestro sueño, cada cual habiamos tenido por conveniente inclinar la cabeza en distinta direccion y acabar de cobrar de Morfeo (otro dios clásico del antiguo régimen) nuestra acostumbrada nocturna racion, sin dársenos un ardite ni de la venta de Pesadilla, ni del abandonado convento de la Cabrera, ni de las costumbres de los habitantes, ni de la historia del país;—y sólo caimos en la cuenta de que al subir en el coche habiamos renunciado á nuestro libre albedrío, cuando bien entrada la mañana, y el sol armado con todo el aparato volcánico que suele, observamos que el mayoral (á quien Dios no llamaba por este camino), quiero decir, que toda su vida no habia andado otro que el del arroyo Abroñigal, y por primera vez seguia este rumbo, juzgó conveniente el no seguirle derecho, sino ladearse algun tanto á uno de los bordes, que dominaba casualmente á un precipicio; y lo hizo de suerte que, á no habernos apresurado los viajeros á saltar rápidamente del coche, cuál por la puerta, cuál por la ventanilla, seguramente hubiéramos acabado de describir la curva, para la que ya teniamos mucho adelantado.—Por fin, aquel susto pasó, y los nueve ó diez viajeros pudimos reconocer nuestros bustos en pié y de cuerpo entero, á la clara luz del mediodia, con lo cual, luégo que ayudamos al mayoral á salir del ahogo, y luégo que nos convencimos de que íbamos guiados por la sana razon de las mulas, aprovechamos con gusto la ocasion que se nos ofrecia de andar una legüita á pié, al sol de

Agosto y sobre arena, hasta llegar á Buitrago, adonde contábamos despachar la inevitable tortilla ó el pollo mayor de edad.

De Buitrago á Aranda de Duero hay otras catorce leguas mortales, que tampoco ofrecen nada nuevo que contar, supuesto que no sea nuevo entre nosotros lo trabajoso de los caminos, máxime en sitios tan escabrosos como las gargantas de Somosierra, que áun en la mejor estacion son ásperas y desabridas.—En Aranda, á donde llegamos á las nueve de la noche, nos aguardaba la cena en una posada, verdadero tipo de las posadas castellanas, cuya descripcion, si tantas veces no estuviera ya hecha, no sería importuno hacer aquí.—Pero viajando como viajamos *en posta*, no hay por qué detenernos, sino volver á subir á la silla á las once de la noche y andar toda ella (cosa poco frecuente en los caminos de España), con la esperanza de llegar á Búrgos al amanecer, como así lo exigia el servicio del correo, y teniamos motivo para esperarlo.—Pero en esto, como en las demas cosas, vamos tomando la moda francesa, que consiste en prometer magníficamente; quiero decir, que las veinte y cuatro horas del servicio público se convirtieron por aquel viaje en treinta y dos, llegando á Búrgos á las doce del dia con toda puntualidad.

Por otro lado, no puede negarse que es cosa cómoda, viajando en el correo, hacer sus paradas de hora y más á almorzar, á comer, á cenar; item más, seis horas para dormir en Vitoria, cosa que no le hubiera ocurrido al mismo Palmer, cuasi inventor de los correos en Inglaterra.—Por supuesto, que en Búrgos tuvimos lugar de visitar minuciosamente la catedral (que tampoco describo aquí, por haberlo hecho recientemente uno de los viajeros traspirenáicos de que hablábamos ántes); luégo, comer sosegadamente, y áun no sé si alguno hizo un ratito de

siesta. Pasado todo lo cual, acudimos todos á nuestro velocífero, y despues de atravesar aquella tarde el magnífico desfiladero de Pancorbo, verdadero prodigio de la naturaleza, á eso de las ocho de la noche dimos fondo en Vitoria, donde pudimos descansar, juntamente con la correspondencia, que sin duda deberia hallarse fatigada del viaje y necesitaria las seis horas de reposo.

La del alba sería (como dice Cervántes) cuando el servicio público y el nuestro particular volvió á exigir de nosotros el sacrificio de abandonar el lecho. La mañana era apacible y nublada, como de ordinario acontece en el estío más allá del Ebro : cada paso que dábamos, cada sitio que descubriamos, nos traia á la memoria un recuerdo áun reciente de la pasadá guerra.—Arroyabe, Ulibarri-Gamboa, Arlaban, Salinas; las verdes y pintorescas montañas de la provincia de Guipúzcoa ; los blancos caseríos que las esmaltan, por decirlo así; las ferrerías, las ermitas, las aldeas en puntos de vista deliciosos; luégo, la villa de Mondragon, sentada en un paisaje suizo, con sus casas de severo aspecto, sus armas nobiliarias sobre las puertas, y sus bellos restos de antiguas construcciones.—Al apearnos un momento miéntras se mudaba el tiro, hallamos aquí una comision del Prado de Madrid, bañadores de Santa Agueda, que está á corta distancia.—Luégo, pasando rápidamente por aquellos deliciosos valles, gratas colinas, lindos caseríos, por Vergara la inmortal, Villareal, Ormaiztegui, Villafranca y otros muchos pueblos interesantes, llegamos á Tolosa á comer.—Esta linda ciudad guipuzcoana, con sus bellos edificios, sus calles tiradas á cordel, su aseo y elegancia, no puede ménos de cautivar la atencion del viajero, que por otro lado encuentra en ella una posada muy buena, á la manera de los *hôtels* franceses, y una complacencia, un esmero en el servi-

cio, que nada tiene tampoco que envidiar al de aquéllos.

Desde nuestra entrada en las provincias, los zagales y postillones que se iban sucediendo en las distintas paradas, vestidos de la blusa azul y la boina, símbolo característico del país, nos llamaban la atencion por sus tallas esbeltas, su marcial franqueza, y el lenguaje incomprensible para nosotros, aunque halagüeño, con que entablaban entre sí conversacion.—Guiados por su destreza, y sin cuidarnos del mayoral andaluz, que habia abdicado sus funciones desde el pronunciamiento de Buitrago, caminábamos con toda confianza por aquellos empinados derrumbaderos, por aquellos verdes valles, por sobre aquellas deliciosas colinas. Cada paso que avanzábamos, cada giro que daba el coche, se desplegaba á nuestra vista el más delicioso panorama que una imaginacion poética pudiera imaginar.—Cuando considerábamos que aquellos campos, ora apacibles y tranquilos, que aquellas colinas risueñas, que aquellos pueblecitos felices, acababan de ser teatro de todos los horrores de una guerra fratricida, parecíanos un sueño, y por tal lo tomariamos, á no hallar de vez en cuando algun caserío quemado, algun puente roto; á no saber por nuestros conductores que aquéllas que dejábamos á derecha eran las alturas de Arlaban; que más adelante teniamos en frente las famosas líneas de Hernani, y los conductores, por otro lado, no nos dejaban la menor duda, contándonos con la mayor franqueza, sin orgullo ni disimulo, que allí disputaron el paso á nuestras tropas; que aquí deshicieron la legion inglesa; que allá cortaron el camino para favorecer una retirada; que acullá quemaron ellos mismos su pueblo para que no pudiese servir de asilo al enemigo.—Todo esto dicho sin acrimonia, sin arrogancia, como una cosa natural, sencilla, y al mismo tiempo contentos con su actual posicion; el uno habiendo vuelto á labrar el campo de sus padres; el otro

conduciendo nuestra silla-correo; cuál escoltándonos á lo largo con el fusil al hombro; cuál otro cantando el *zorzico* al compas del martillo con que trabajaba en la ferrería.

Siguiendo, en fin, por las empinadas cuestas del Pirineo, y pasando Astigarraga, Oyarzun y otros pueblos ménos importantes, en el momento que íbamos á dar vista á Irun, vimos rodeado nuestro coche por multitud de muchachas, que, deseándonos feliz viaje, nos lanzaban rosas y otras flores, nos alargaban al ventanillo canastos de manzanas, y nos pedian sin duda en su idioma las albricias de la ausencia.— Al anochecer, en fin, llegamos á Irun, en cuyo término corre el Bidasoa, que separa la España de la Francia. Aquí el mayoral queria dar un descanso á su fatigada imaginacion, y hacernos pasar la noche bajo el cielo patrio; pero los tres viajeros de la berlina, únicos que seguiamos todavía, tomando á nuestro cargo la defensa del procomun, argüimos fuertemente que era preciso llegar con la correspondencia á Bayona aquella misma noche, y no tuvo nuestro locomotor otro recurso que volver á marchar.

Pasamos á pié el puente divisorio de los dos reinos, no sin palpitar nuestros pechos al dejar momentáneamente nuestra amada España; sufrimos en la aduana francesa el escrupuloso registro de nuestros equipajes; y aunque la noche cerró en agua, seguimos nuestro camino por San Juan de Luz y Vidart, y á eso de las doce de la noche entrábamos en la ciudad de Bayona, y buscábamos posada, sin que en más de una hora pudiéramos hallarla, por estar á la sazon todas ocupadas por los numerosos viajeros que, de paso para los baños del Pirineo, habian llegado de España y Francia á la ciudad.— Nuestro mayoral andaluz recordó entónces que se habia venido sin la hoja de viajeros (única cosa en que consistia su encargo), y que

se habia ido á Bayona conduciendo el correo, con la misma franqueza con que pudiera llevar en su calesa un par de manolas á los novillos de Leganés.

Si yo hubiera de seguir aquí la cartilla de los modernos viajeros franceses, parece que era llegada la ocasion de tejer una historieta galante con alguna princesa transitoria ó con alguna diosa de camino real, en que, repartiéndome graciosamente el papel de galan, al paso que diese algun interes á mi narracion, rehabilitase en la opinion de las jóvenes mi ya olvidada persona.—Ocasion era sin duda de tentar la envidia de mis compatriotas, pasándoles por delante de la vista algunas de aquellas aventuras vagas, sorprendentes y simbólicas que, al decir de los señores traspirenaicos, asaltan al extranjero luégo que salva los límites de su país natal; y esto me daria tambien pié para juzgar á mi modo y de una sola plumada, del carácter, costumbres, historia, leyes y físico aspecto del país que veia desde la noche anterior.

Pero, en Dios y en mi conciencia (y hablo aquí con la honradez propia de un hijo de Castilla), que ninguna princesa ni cosa tal nos salió al camino; que ningun entuerto ni desaguisado se cometió con nosotros; que tampoco fuimos objeto de ningun especial agasajo; y que, en fin, entramos en la region gálica con la misma franqueza que Pedro por su casa, y lo mismo que ellos (los galos) entran cada y cuando les place por nuestra España, sin que nadie se cuide de ellos, ni princesas les cobijen, ni enanos les suenen la trompeta, ni puentes levadizos se les abajen, ni doncellas acudan á cuidar del su rocin.

III.

BAYONA.

Objeto y tendencia de esta narracion.—Division de dos naciones. —Contrastes.—Bayona, la ciudad, su caserío, sus calles, su campiña, casas de campo, baños de Biarritz; hoteles ó fondas, y comparacion de las ciudades francesas y las españolas.—Los *hôtels* franceses.

Para desagravio de mi conciencia, y prévia inteligencia de mis lectores, paréceme del caso, ántes de entrar en materia, apuntar aquí algunas ideas que determinan el verdadero punto de vista bajo el cual desearia fuesen juzgados estos pobres borrones, que un buen deseo, más bien que una impertinente locuacidad, me han dictado.

Y es la primera: que nunca fué mi ánimo el de formar un viaje crítico ni descriptivo, pues ni la escasez de mis medios literarios, ni la exigüidad de unos pocos artículos de periódico lo permiten; ni veo para ello una necesidad, supuesto que son tantos y tan buenos los libros que existen sobre la materia.—Segunda: que tampoco llevo la pretension al ridículo extremo de convertirme en mi propio coronista; achaque de que suelen adolecer algunos viajadores, que entienden dar al público lector tan grato

pasatiempo como á ellos les produce el recuerdo de sus propias aventuras.—Y tercera y última: que habiendo de tratar de cosas muchas veces dignas de encomio y de imitacion, injusto y áun criminal sería, en quien se precia de hombre honrado, sacrificar la verdad al fútil deseo de cautivar la risa de sus lectores, y buscar en la paleta aquellos colores que sólo guarda para combatir los objetos que crea dignos de festiva censura.

Esto supuesto, no busque el lector en estos artículos ni metódica descripcion, ni pintura artística ó literaria, ni historia propia, más ó ménos realzada con picantes anécdotas; ni sátira amarga siempre, ni pretexto constante para hacer reir á costa de la razon.—Pues entónces, ¿á qué se reduce su contenido?—A poca cosa.—A algunas observaciones propias; á tal cual comparacion imparcial; á tal otra crítica templada; á indicaciones tal vez útiles; á episodios tal vez inconexos, y el todo reunido, á contribuir (si bien con escasas fuerzas) á pagar el obligado tributo que en todas las acciones de la vida debe cada individuo al país en que nació.

La diferencia entre dos naciones limítrofes no se marca tan absolutamente en los primeros pasos que en ellas se dan, sino que van tomando cuerpo conforme la influencia del clima, de la educacion y de las leyes van ejerciendo un influjo más inmediato.—Los pueblos colocados cerca de las fronteras participan generalmente de la misma civilizacion, del mismo cielo, muchas veces hasta de un propio lenguaje, y hé aquí la razon por que la mayor parte de los viajeros quedan desorientados cuando, al pisar por primera vez un país fronterizo, hallan en él tan poca disparidad con el que acaban de abandonar.—No basta un tratado diplomático, ni el curso de un rio, ni una cordillera de montañas para borrar el carácter de

homogeneidad que la naturaleza, la frecuencia de comunicacion, y tal vez la propia historia, imprimen en pueblos colindantes; sin embargo, el poder de las leyes y la mano de la administracion hacen sentir su presencia hasta los más remotos confines de un reino, y ante un espíritu observador tal vez produce esto mismo tan extraordinario contraste, como formado con aquellos mismos medios que la naturaleza habia dispuesto en una completa homogeneidad.

Poco, por ejemplo, podrá hallar que admirar el que, salvando el puente del Bidasoa, pase desde las amenas colinas y pintorescos valles de Guipúzcoa á los no ménos graciosos paisajes del departamento de los Bajos Pirineos. Poca diferencia entre las poblaciones y caseríos, ni en las figuras y trajes de los habitantes, y hasta el lenguaje vascongado llegará á sus oidos con más frecuencia que el español ó el frances. — Sin embargo, en obsequio de la verdad, no puede dejar de convenirse en que desde la misma aldea de Behovia, contigua al extremo frances del puente, se empieza á notar más aseo en el aspecto de las casas, bien construidas y blanqueadas, más gusto y oportunidad en la colocacion de los pueblos y caseríos, más órden y policía en su administracion interior.—Sirvan de ejemplo de comparacion San Juan de Luz, pequeña villa francesa de unos tres mil habitantes, á corta distancia de la frontera, y la de Irun, última villa española, de poblacion semejante; y desgraciadamente habrá de reconocerse la sensible diferencia de una y otra administracion. Y cuenta que la de las provincias Vascongadas es entre nosotros una excepcion honrosa, y tal, que en este punto puede decirse que la España empieza del Ebro acá.

Bayona, á ocho leguas francesas (1) de la frontera, es

(1) La legua francesa viene á ser un cuarto ménos que la española. Ocho leguas corresponden á seis nuestras.

el primer pueblo en que ya se encuentra bastante delineada la fisonomía de las ciudades francesas.—Sentada á distancia de una legua escasa del Océano, en la confluencia que forman los dos rios Nive y Adour, se halla dividida por el primero de ellos, que la atraviesa por su término medio, dándola el aspecto de dos ciudades diversas en su forma, y que vulgarmente suelen ser designadas por *Bayona la grande* y *Bayona la chica.* Hay ademas, del otro lado del Adour, una tercera poblacion, parte de la ciudad, y es el arrabal llamado de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por mercaderes judíos de orígen español y portugues. En él está tambien la ciudadela de Vauban, que domina á la vez á la ciudad, el puerto, el mar y la campiña; ademas está defendida la ciudad por otros dos castillos en cada una de las dos partes de que se compone.

La ciudad vieja nada tiene que alabar, y por sus calles sucias, estrechas y mal cortadas, tampoco envidiaria á las más oscuras de Castilla; pero la parte nueva, que se extiende á la orilla izquierda del rio Nive, ofrece un aspecto halagüeño, por lo alineado de sus calles, bellas plazas y edificios modernos y elegantes. Sobre todo, son muy notables la hermosa calle principal, llamada el *Cours*, que continúa el camino de España, y la plaza de *Granmont*, con hermosas vistas sobre ambos rios, y en que se hallan situados el suntuoso edificio nuevamente construido para aduana y teatro, y otras várias casas de bella apariencia. En esta plaza, en el Cours, y en el extendido dique bordado de buenos edificios que se extienden á orillas del rio, es donde se halla concentrada toda la vitalidad de Bayona.

No puede negarse sin injusticia que pocas ó ninguna de nuestras ciudades de tercer órden (como lo es Bayona en Francia) puede compararse á ésta, ni en lo bien cortado y simétrico de su plano, ni en sus bellas construcciones, ni en su animacion y comodidad interior.—Nues-

tras ciudades, edificadas por lo general en medio de las guerras civiles y extranjeras, que forman el tejido de nuestra historia, colocadas muchas de ellas en elevadas alturas, y cortadas en laberintos de encrucijadas para mejor acudir á su defensa; asombradas otras al pié de la inmensa mole de una gran montaña para garantirlas de los ardores de un sol meridional; huyendo las más de ellas cautelosamente la inmediacion de los rios, que por la índole particular de nuestro suelo no son las más veces medios de comunicacion ni áun de salubridad, carecen por lo general de los medios de comodidad y de agrado que proporciona á la mayor parte de las ciudades francesas, inglesas, holandesas y flamencas un país más llano, unos rios benéficos y caudalosos, y un sol templado; si bien acaso las ceden en pintoresca situacion, en variado aspecto y risueño colorido.

Las ciudades francesas adolecen generalmente de falta de poesía, tal vez de demasiada uniformidad; pero, en cambio, por su belleza y simétrica construccion, su aseo y limpieza, proporcionan mayores medios al habitante para disfrutar holgadamente de los goces de la civilizacion.—Sentadas en medio de hermosas llanuras ó sobre pequeñas colinas, por la mayor parte se encuentran naturalmente divididas por un gran rio ó por un canal artificial, cuyas orillas cierran altos y fuertes diques, coronados de hermosas casas.—Esta gran artéria de circulacion en medio de un pueblo le presta un grado de animacion extraordinario; y con los puentes que comunican entrambas orillas, con los barcos que cruzan el rio por delante de las casas, con la doble fila de éstas que se desplega por ambos lados, ofrecen á la vista un espectáculo halagüeño, y al comercio un centro de animacion.—Así están París, Burdeos, Lion, Rouen y otras infinitas ciudades, y así está Bayona tambien.

Otra de las cualidades distintivas de las ciudades francesas es el *Cours* ó *Boulevart* que atraviesa la mayor parte de ellas, el cual no es otra cosa que una gran calle en línea recta con árboles á los lados, que por su situacion y su elegante forma viene á ser el centro del comercio, á donde se reunen las más bellas construcciones, los más magníficos establecimientos, la animacion y vitalidad de todo el pueblo en general. — Este Cours ó Boulevart tiene bastante analogía con las *Ramblas* que dividen muchas poblaciones de Cataluña, en especial con la hermosa de Barcelona, y con el tiempo podrá realizarse en Madrid en toda la extension de la calle Mayor y de Alcalá.—Bayona, como dejamos indicado, tiene tambien su Cours, aunque más en pequeño que París, Burdeos, Marsella, etc.; pero ofreciendo en él reunidos muchos objetos halagüeños y de comodidad, y con la ventaja de que participando aún de nuestro sol ardiente, puede conservar en sus construcciones un color claro y agradable, cuya ausencia rebaja en mucha parte á nuestros ojos meridionales la hermosura de los más bellos edificios de las ciudades de Europa, y de Francia misma, más allá de Burdeos y de Lion.

Por lo demas, en vano pretenderian buscarse en esta ciudad aquellos grandes monumentos que prueban cierto grado de importancia histórica; y á no ser para visitar su catedral, de un bello gusto gótico, poco ó nada tendria que detenerse en ella el artista. Pero en lo que lleva una notable ventaja Bayona á otras ciudades más importantes es en su hermosa campiña, en sus lindos paseos y en la alegría y amabilidad de sus habitantes. —El forastero á quien la casualidad traiga un domingo á esta ciudad, que no deje de visitar *Las Marinas*, hermoso paseo que domina el puerto y el arrabal de Sancti Spiritus, si quiere ver reunidas en él á las lindas bayonesas, cuyas expresi-

vas facciones, ojos vivos, talle delicado, son proverbiales en Francia. Allí tendrá ocasion de observar, bajo el gracioso sombrerillo de paja ó bajo el inimitable pañuelito colocado artísticamente en derredor de la cabeza, más gracias naturales, más amable coquetería que en las grandes reuniones de la córte parisiense. Allí admirará tambien las expresivas formas de las vascongadas que vienen del otro lado del Pirineo á disputar el premio de la hermosura; al frenético entusiasmo del elegante parisien que se dirige á buscar sensaciones fuertes á las crestas del Pirineo, ó á la helada admiracion del inglés que se encamina á *Bagnères* á templar su sequedad.

No es sólo en las Marinas donde suelen encontrarse las hijas del Adour y sus exóticos huéspedes.—Hay cerca de la ciudad otro sitio adonde la crónica bayonesa ofrece áun mayor interes.—Este sitio es *Biarritz*, pequeña poblacion, apéndice marino de Bayona, á una legua escasa de ella, en una pintoresca situacion sobre las mismas orillas del mar. — Este Biarritz es para Bayona lo que el Cabañal para Valencia; esto es, un establecimiento de baños, un pretexto de reunion.—Pero, fuera de esta analogía de objeto, no puede citarse otra entre ambas poblaciones; pues si bien el Cabañal valenciano, con sus techos de paja de arroz, sus graciosas barracas y su sabor oriental, no carece de agrado, está muy léjos de poder competir con la linda aldea de Biarritz, compuesta de casas de bello aspecto, animada por multitud de fondas, cafés y hasta su pequeño teatro, y dotada, en fin, de aquel *confortable* de la vida, que tan descuidado se halla entre nosotros.—Así que el extranjero más exigente está seguro de hallar lo que necesita, su buen servicio y comodidad, realzado por el agrado de una amena sociedad anglo-hispano-francesa, en que se reune el buen tono y las más cordial alegría.

Las muchísimas casas de campo que se hallan situadas

en la hermosa campiña entre Bayona y Biarritz, el contínuo pasar de tartanas y diligencias entre ambos puntos, y las cabalgatas en mulas ricamente enjaezadas, y que conducen á las lindas bayonesas, sentadas en una especie de jamugas (*cacolets*), conocidas tambien y usadas en todo el país vascongado, bajo el nombre de *artolas* ó *cartolas*, y escoltadas por los jóvenes elegantes sobre briosos caballos, da una animacion extraordinaria á todo este recinto durante la temporada de baños.—Estos mismos son un espectáculo singular, pues no habiendo, como no hay, sitio especial para los bañadores, cada uno se zambulle donde le place, sin distincion de sexo ni edad.—Yo no sé si esta costumbre podrá ó no perjudicar á la moral; pero lo que es al artista no podrá ménos de serle útil para estudiar los diversos partidos del desnudo, y áun el autor fantástico podrá creer tal vez realizados sus ensueños de brujas y trasgos al mirar algunos tritones-hembras, que con un calzon corto de hule y las trenzas al agua, aparecen y desaparecen alternativamente entre las olas, y sirven para vigilar á las Nayades aprendizas. Porque hay que advertir que el temible golfo de Gascuña presenta por esta parte no poca incertidumbre, y que de las diversas cavernas que bordan la costa, rara es la que no lleva una memoria de alguna historieta trágico-amorosa.

La ciudad de Bayona debe su importancia al activo comercio con España, y más principalmente á nuestras eternas discordias civiles, que alternativamente obligan á una parte de la poblacion á huir el patrio suelo, y buscar seguridad en el extranjero.—Especialmente en el período de la guerra última llegó á tal punto esta emigracion, de parte de lo más acomodado de la poblacion de las Provincias Vascongadas, que hubieron de contarse hasta quince mil españoles en el departamento de Bajos Pirineos, de los cuales, seis mil en la ciudad de Bayona.—

Hoy es, y todavía los mercaderes bayoneses recuerdan con entusiasmo aquella buena época para ellos, en que veian cambiar por sendas onzas españolas los infinitos artículos que ofrece la industria francesa; así que, esta ciudad, la de Pau, San Juan de Luz, y hasta el mismo Burdeos, llegaron á tomar un aire español que áun se percibe, y todavía es muy comun el escuchar en cualquiera de sus calles el lenguaje castellano, ver las muestras de las tiendas escritas en nuestro idioma, y oir á los músicos ambulantes repetir con sus instrumentos la *jota* ó la *cachucha*.

Concluirémos aquí este artículo dando á conocer una de las circunstancias que causan más agradable sensacion al viajero español cuando sale de su país. Queremos hablar de los paradores ó posadas (*hotels*), primer objeto con que naturalmente tiene que tropezar un forastero, y cuyo mal estado entre nosotros es una de las causas principales que retraen á todo viajero del intento de visitarnos.—Prescindamos de las causas por las que aquéllos se han elevado á tal grado de perfeccion, y las contrarias por las cuales éstas permanecen poco más ó ménos en el estado en que las pintó Cervántes hace casi tres siglos; baste sólo indicar que la principal que se alega, que es la falta de viajeros, puede, más bien que causa, ser efecto, y que ambos deben desaparecer, y desaparecerán simultáneamente, en el momento en que nuestro hermoso suelo, bien administrado, pacífico y seguro, permita al interes particular tomar el rápido vuelo que le conviene, y exigir el debido tributo á la comodidad y á la curiosidad del viajero.

Los *hôtels* franceses, situados convenientemente en todas las poblaciones de tránsito, son, por lo general, edificios construidos ex-profeso para servir á este objeto; y ademas de una bella fachada y extensa capacidad, se ha-

llan tan convenientemente distribuidos, que poco ó nada dejan que desear.—Por lo regular, desde el zaguan ó portal se pasa á un gran patio cuadrado, adonde pueden colocarse los carruajes con toda comodidad, y desde allí várias puertas conducen á las caballerizas, cocinas, cuadras y pasajes necesarios en estos vastos establecimientos; pero todo esto tan disimulado en el aspecto exterior, que apénas el viajero tiene ocasion de conocer que está en una posada pública, y más bien se cree en un hermoso palacio.—Regularmente, al pié de la escalera principal ó en el entresuelo está la habitacion del conserje, y lo que se llama comunmente el *bureau*, en donde se lleva el registro de los viajeros que entran, las habitaciones que ocupan, etc.; y en una tabla numerada se colocan las llaves de éstas, que los huéspedes dejan allí colocadas siempre que salen del hotel. A este sitio tambien vienen á reunirse todas las campanillas de los distintos cuartos, numeradas tambien, á fin de que los camareros puedan saber adónde se les llama, y acudir con prontitud. Las paredes del zaguan, del patio, escaleras, *bureau*, etc., suelen estar cubiertas de grandes cartelones en que se anuncian las compañías de trasporte, las horas de correo, los espectáculos del dia, las ferias y mercados próximos, las nuevas publicaciones literarias, los remedios infalibles contra toda clase de males, y los fenómenos invisibles que por una corta retribucion puede el viajero contemplar.

Las habitaciones ocupan los pisos principal, segundo y demas de la casa, y se hallan convenientemente distribuidas, de suerte que puedan escogerse segun las facultades de cada cual.—Por lo regular, constan sólo de una sala, en la cual se halla colocada la cama, elegantemente colgada (sabido es que en Francia no son de costumbre las alcobas para dormir); un sofá y algunos sillones, con cómodas almohadas; la chimenea, con su espejo encima incrus-

tado en la pared; su reloj y floreros sobre la repisa; un *secrétaire* ó cómoda de caoba para escribir y guardar los papeles; otra más grande para las ropas, y una mesa con espejo y todos los avíos del tocador.—Las paredes cubiertas de lindos papeles de colores, y las graciosas colgaduras de percal ó coco encarnado, acaban el adorno de la habitacion; y subiendo éste de punto á medida que sube tambien el precio, es raro el viajero que tenga nada que echar de ménos para su regular comodidad.

El servicio es igualmente esmerado; el interes de los amos del establecimiento procura siempre que las discretas sirvientas sean de un físico agradable, de un carácter amable y servicial; los mozos igualmente reunen buenas maneras, extremada complacencia y una destreza singular para complacer los deseos del viajero; y la habitacion de éste se halla constantemente aseada y compuesta, bruñidos los muebles y los suelos de madera, limpias sus ropas y colocadas con inteligencia, cual pudiera hallarse, en fin, si todos los criados no tuvieran más objeto que el de servirle á él solo.

En el piso bajo de la casa suele hallarse un extenso salon, que sirve para comedor, y en él campea constantemente una gran mesa oval cubierta de blanquísima mantelería, y el resto de la pieza le ocupan los aparadores con el servicio. A las cinco de la tarde, por lo regular, en invierno, y á las seis en verano, suena una campana, que advierte á todos los huéspedes de los diversos compartimientos del hotel que es llegada la hora de comer; y segun van descendiendo, se colocan en sus puestos respectivos, y se sirve la comida, que por lo regular es abundante y bien condimentada. Esta escena merece por sí capítulo aparte, que trazarémos más adelante, con el objeto de dar á conocer á nuestros lectores lo que es una *table d'hôte*.

Para concluir aquí lo relativo á los hoteles, dirémos

que toda esta elegante comodidad es poco costosa, pues el precio general suele ser de uno ó dos francos (pesetas) diarios por habitacion y cama, dos francos por desayuno, y tres francos por la comida.

Los hoteles de Bayona no son ciertamente los que pudieran citarse por modelo tratándose de este punto en Francia, y ceden en mucho grado á los ingleses, belgas y franceses mismos que hemos tenido lugar de admirar. — No puede dejar, sin embargo, de causar agradable sorpresa que en pueblos de corta importancia, como Bayona, Mont de Marsan, Perpignan, Avignon, etc., pueda proporcionarse al viajero una comodidad que en vano buscaria en nuestro país en pueblos tan importantes como Sevilla, Valencia, Búrgos y Zaragoza. — Pero ¿qué mucho? en Madrid mismo, capital del Reino, adonde entran diariamente multitud de diligencias, no encuentra el extranjero, al apearse, dónde descansar su fatigada persona, si no quiere transigir con los mezquinos recursos que le ofrecen tres ó cuatro malas fondas, ó la prosaica vida de las casas particulares de huésped.—No se concibe ciertamente cómo tantas compañías especuladoras, la misma de diligencias generales, que tantos beneficios ha reportado, no tratan de cubrir esta vergonzosa falta, disponiendo en alguno de los grandes edificios inmediatos á la Puerta del Sol un parador, no dirémos como los hoteles extranjeros, pero siquiera como los que hay en Vitoria, Valladolid, Cádiz y Barcelona (1).

(1) No hay necesidad de advertir que estas observaciones y las que se hacen en el capítulo siguiente, relativas á los hoteles ó paradores, á los caminos y á los medios de comunicacion respectivos de Francia y España, y que hace cuarenta años, cuando se escribieron estos apuntes, tenian el mérito de la exactitud, han debido perder su interes por el asombroso adelantamiento que el transcurso del tiempo y los constantes progresos de la civilizacion han

traido consigo en toda Europa. Nuestra España, que hasta aquí seguia bastante rezagada aquel impulso vivificador, ha tratado de recuperar el tiempo perdido, y conseguido en este, como en otros puntos de su vida social y política, colocarse en el puesto que le corresponde entre los pueblos civilizados. La mejor prueba de este rápido progreso la hallamos consignada en el excelente libro publicado hace pocos años por *Mr. Germond de la Vigne*, bajo el título de *Itineraire de l'Espagne et du Portugal* (París, 1860), que es sin disputa el mejor, ó más bien el *único* de los extranjeros que han consignado una descripcion completa y acabada de nuestro país en su estado actual.

IV.

DE BAYONA A BURDEOS.

Medios de comunicacion.—Carreteras.—Rios, canales.—Comparacion con los caminos y medios de viajar en España. — Diligencia francesa y española: paralelo.—Carácter de los viajeros.—La *malle-poste.*—Las Landas.—Puentes.—*Mont de Marsan.*

Desde Bayona á Burdeos se cuentan cuarenta y cinco leguas francesas, generalmente por el país más llano, arenisco y monótono que ofrece la Francia, por lo que poco ó nada llega á interesar la atencion del viajero. Aprovecharémos, pues, este descanso de la imaginacion y de los sentidos, para apuntar algunas ligeras indicaciones sobre los diferentes medios de comunicacion adoptados generalmente en aquel país, y su comparacion con los que existen entre nosotros, á fin de hacer resaltar las respectivas ventajas con la debida imparcialidad y buena fe.

Tres son los medios adoptados generalmente para viajar en Francia, á saber: las diligencias generales, la *malle* ó correo, y las sillas de posta particulares; los tres están ensayados entre nosotros, aunque bastante distantes de su perfeccion.

Conviene advertir, ante todas cosas, que las carreteras

principales que en todos sentidos cruzan la Francia, y muchísimas de las travesías particulares de pueblo á pueblo, se encuentran en un estado excelente, merced á la configuracion particular del suelo, mucho más llano en general que el de nuestra España, á la sólida y bien entendida construccion de la calzada, y al crecido presupuesto destinado á su constante entretenimiento.—Por lo general, no son de una extremada anchura; se hallan formadas con una ligera curva, cuya parte superior está en el centro, y revestidas de piedras cuadradas cuidadosamente unidas, que ofrecen á las ruedas una superficie plana y constante; á uno y otro lado de la calzada, ademas de los diques y parapetos necesarios en las desigualdades del terreno, suelen formarse anditos cómodos para los viajadores pedestres (bastante comunes en aquel país), y vense de trecho en trecho enormes pilas de piedras ya cortadas para reponer los desperfectos que ocasiona á la calzada el contínuo tránsito de carruajes.

Fácil es conocer el grado de comodidad que aquella superficie, unida y perfectamente adaptada á las anchas ruedas de los carruajes, y la cómoda construccion de éstos, proporcionará á su movimiento, con gran satisfaccion del viajero, especialmente de aquel que, acabando de sufrir las bruscas ondulaciones de nuestro suelo, sus carreteras desniveladas y sus desencajados pedruscos, haya pasado algunos dias sin saborear el más mínimo instante de reposo. — Añádase á todo esto que allí no es tampoco comun el encontrarse detenido frecuentemente por un arroyo improvisado, apénas perceptible en unas ocasiones, y convertido en otras en rápido torrente; ni el haber de atravesar un peligroso rio en una débil barca, ó el verse, en fin, obligado á trepar á pié ó en diestras cabalgaduras á la elevada cumbre de una áspera montaña.

Los puentes colgantes, los fuertes murallones, los di-

ques elevados convenientemente á las márgenes de los rios, los inteligentes córtes y rodeos para evitar los tránsitos peligrosos de las montañas, son testimonios constantes del entendido celo de un Gobierno que en todas ocasiones ha dado la mayor importancia á la rapidez y á la comodidad de la circulacion interior. A tan grandes comodidades materiales se reunen el grato aspecto de las campiñas, los crecidos arbolados que constantemente cubren ambas orillas del camino, la inmensa multitud de casas de posta, hosterías y paradores que le interrumpen á cada paso, y la risueña perspectiva de mil y mil pueblecitos que la vista alcanza á descubrir en el fondo de los valles, sobre las altas colinas, á las márgenes de los rios y á los lados del camino; — el majestuoso curso del Garona, el Loira, el Saona, el Ródano y el Dordogne, poblados de barcos, vapores y veleros; el interminable tránsito de caminantes en toda clase de carruajes y cabalgaduras, y la seguridad, en fin, absoluta contra todo asalto de malhechores, de dia, de noche, en carruaje propio ó diligencia pública, mas que éstas lleven cargada su imperial de sacos de dinero, y aunque hayan de atravesar en noche oscura un espeso bosque ó una cordillera de montañas.— De aquí se podrá formar una idea aproximada de las ventajas positivas, incalculables, que de todo ello se deducen para el viajero.—Sentados, pues, estos precedentes, vengamos ahora á los medios ya indicados de viajar.

El primero y más generalmente seguido es el de las diligencias públicas. — Dos empresas inmensas, conocidas bajo los nombres de *Mensajerías generales* y de *Laffite y Caillard*, explotan hace ya muchos años todas las carreteras generales de Francia, ademas de otras muchas empresas que se han repartido luégo las traversales y subalternas, en términos que no hay ninguna que deje de estar

servida con regularidad, pudiendo recorrerse el país en todas direcciones con la seguridad de hallar diariamente medios de comunicacion.—A pesar de los notables adelantos que en este punto hemos experimentado en nuestro país á vuelta de pocos años, y á pesar de los inmensos beneficios que por el público y las empresas de diligencias se han reportado mutuamente, ¡cuán léjos estamos aún de aquel resultado!—Verdad es que, gracias á la existencia de carreteras regulares entre los puntos principales del Reino, y al establecimiento de la compañía de diligencias generales, se halla bastante regularizado el servicio desde Madrid á Bayona, á Sevilla y Cádiz, á Zaragoza, Valencia y Barcelona. Pero fuera de estas grandes carreteras, en otras no ménos importantes, así como en las trasversales, estamos aún poco más ó ménos en el mismo grado de incomunicacion que en el pasado siglo.

Ademas de los datos propios que pudiéramos producir en apoyo de esta verdad, á la vista tenemos una carta de un amigo viajero que, obligado á hacer una travesía de veinticuatro leguas en nuestras provincias meridionales y entre pueblos muy importantes, ademas de una picante descripcion de los sustos, trabajos y fatigas que hubo de sufrir en tan desdichado viaje, resume así los gastos indispensables que le ocasionó, y fueron los siguientes:

Dos mulas para el viajero y su equipaje, por seis dias, ida y vuelta, á 30 reales mula	360
Un mozo, á 12 reales, id. id.	72
Dos soldados á caballo y su cabo (por seguridad indispensable), á 20 reales diarios	360
Tres almuerzos á toda esta gente y caballerías, á 60 reales.	180
Tres comidas id. id., á 100 reales	300
Tres noches id. id., á 120 reales	360
Gratificaciones al cabo y criado	40
TOTAL	1.672

Un calesin, donde se encuentra, cuesta á razon de 60 reales diarios, contando ida y vuelta, y un coche con cuatro mulas á 200 reales id. «Y esta cuentecita (añade con mucha gracia el ya citado amigo) es suponiendo que el viajero va vestido al estilo del país, con su chaquetilla redonda y sombrero calañés, que no lleva guantes ni gorra exótica ni extravagante, ni gafas de oro ó de concha, ni baston con puño dorado, ni cartera de apuntaciones que saque á menudo, ni cosa alguna que le haga parecer extranjero; en cuyo caso aumenta la cuenta, tanto por la gorra, tanto por los guantes, tanto por las gafas, etc., etc.

Pues gastándose estos 1.672 reales, se andan las veinte y cuatro leguas en tres dias, sufriendo el viento, el sol, el polvo, el agua, durmiendo mal y comiendo peor.—Y no se crea que esto sucedia hace siglos, ni entre ásperas montañas, ni en país despoblado é inculto: sucede en el año de gracia 1841, entre pueblos ricos y de gran vecindario, que tienen caminos, aunque muy descuidados, para carruajes; pero en cambio, que carecen de carruajes para caminos.

Esta misma travesía de veinte y cuatro leguas españolas (treinta y dos francesas) se hubiera podido hacer en Francia en ocho horas en la *malle-poste*, por unos 120 reales, y en la diligencia, en once horas, por unos 76.

Tan gran facilidad de comunicacion proporciona una inmensa circulacion; un movimiento tal en aquel país, que viene á convertirse en contratiempo, pues no parece sino que todo el mundo está á todas horas en todas partes: así que no pocas ocasiones acontece el hallarse sin asientos disponibles, ó tener que variar de rumbo para evitar la concurrencia.

La forma de las diligencias es semejante á la adoptada

entre nosotros, y constan tambien de tres divisiones: de berlina (*coupé*), interior y rotonda (*gondole*). Ademas, tiene arriba dos ó más asientos sobre lo que se llama la *imperial*. Allí tambien se coloca el conductor, que, separado por este motivo de toda comunicacion con los viajeros del interior del coche, se ocupa silenciosamente desde su elevada altura en dirigir las riendas de los caballos. Estos son ordinariamente cuatro ó cinco, y á veces más, si lo exige el estado del camino; y suelen andar á razon de tres leguas francesas por hora, sin que en este punto sean muy escrupulosos cuando la estacion es mala; de suerte que, por regla general, puede asegurarse que nuestras diligencias andan el mismo espacio en igual tiempo dado.—Pero en lo que existe notable diferencia es en el precio; pues en las de Francia no llega regularmente á dos reales por legua, y en las nuestras sube por lo ménos al doble. Sin embargo, para proceder con la debida imparcialidad, y huyendo justamente de todo movimiento de admiracion exagerada, debemos aquí reconocer que, salvas aquellas diferencias, es más grata la vida en la diligencia española, más cómodo su servicio particular.

En primer lugar, por moderno establecimiento, por su precio bastante elevado, y por la escasez de otros medios más rápidos de comunicacion, resume todavía el privilegio de servir á las clases más acomodadas y distinguidas; lo cual asegura al viajero la ventaja de hallarse en medio de una agradable sociedad, que participando de inclinaciones análogas, siguiendo las más veces reunida toda la extension del viaje, haciendo sus altos correspondientes á pasar las noches en las posadas, y participando, en fin, de los mútuos temores y del peligro comun, no es extraño lleguen á intimar hasta el punto que acaso haya quien vea con sentimiento acercarse el término de su viaje.—Por otro lado, el mayoral ó conductor, el zagal y

el postillon, sentados los dos primeros en el delantero del coche, y el último sobre la primera caballería del tiro, se hallan contínuamente en franca correspondencia con los viajeros, de quienes reciben, cuándo el cigarrito, cuándo el resto del refrigerio, á cambio de una condescendencia ó de una protesta de seguridad que disipa los temores de todo mal encuentro.

Sabido es, ademas, que desde el punto y hora en que el mayoral español hace resonar el primer chasquido de su látigo, comienza entre él y sus mulas el interesante diálogo, á que responden alternativamente con el inteligente movimiento de sus piés y de sus orejas, la *Capitana*, la *Generala*, la *Coronela*, la *Gallarda* y el macho *Pulido*, favorito especial á quien se dirigen de preferencia los apóstrofes y reniegos. — Durante toda la travesía da á los viajeros todas cuantas pruebas de deferencia le permite su consigna, y contribuye no poco á hacer olvidar la monotonía del país que se desplega á su vista.— Si le preguntan cuántas leguas dista de la ciudad, siempre consuela con que son cortas; si le manifiestan temores por ciertos bultos que atraviesan el camino, siempre nos conforta con la seguridad de que en todo el mes no le han asaltado todavía; si una angustiada dama se le queja de sed, se apresura á alargarla su bota de Yépes ó Valdepeñas; si un chiquillo jugueton quiere coger un nido de gorriones ó ver las mulas, le permite bajar y trepar á los árboles ó sentarse con él en el delantero.— Es, en fin, el patron del buque; el útil é indispensable comensal de toda la tripulacion, y raro es el viajero un poco curioso que al llegar al término de su viaje no lleva en su memoria el nombre, la historia y semblanza del complaciente conductor.

Las paradas á dormir en las posadas (si ellas fueran mejores), no puede negarse que proporcionan una grande

comodidad; pues si bien es cierto que se roban algunas horas al camino, tambien hay que convenir en que son de descanso al cuerpo y de grato solaz al ánima pecadora. —Seriamos injustos, sin embargo, si respecto á las posadas ó paradores de las grandes carreras que corre la diligencia, no reconociéramos notables mejoras en estos últimos tiempos, y tales, que muchas de ellas las hemos hallado superiores al escaso interes que pueden reportar por la falta de viajeros.—No se busque, empero, aquella elegancia de forma, aquella coquetería de accesorios, que hemos indicado respecto de los hoteles franceses en el artículo anterior; pero, por lo ménos, puede contarse con una mesa abundante y sana, con camas limpias y un precio fijo y moderado.—La marcha canonical de nuestra diligencia permite, por otro lado, disfrutar ámpliamente de aquellas ventajas, y no sólo da el tiempo suficiente para comer y dormir con todo descanso, sino que todavía puede el viajero aprovechar largos ratos en visitar la plaza del lugar ó la colegiata, el mercado los juéves, ir á misa los domingos, y descansar, aunque algo metafóricamente, por las noches, sobre algun empedernido colchon.

En la diligencia francesa es otra cosa; en primer lugar, la sociedad que en ella se reune es bastante hetereogénea, gracias á la extremada baratura del precio y á los medios más cómodos de trasporte.—Comisionistas, corredores de comercio (*commis voyageurs*), tipo especial frances, jóvenes despiertos, y áun atolondrados, que acaso bosquejarémos algun dia; oficiales del ejército que mudan de guarnicion; cómicos y empresarios de lós teatros de provincia; estudiantes y entretenidas; modistas y amas de cría; hermanas de la Caridad y poetas excéntricos y *no comprendidos* en su lugar.—Tales son los elementos que en ellas vienen á reunirse generalmente; y ya se deja conocer que no hay

que esperar de ellos aquellas delicadas atenciones, aquellos rendidos obsequios, aquella amable deferencia que suele regularmente hacer agradable el viaje en nuestros coches públicos.

Allá, por el contrario, el individualismo está más caracterizado; cada cual retiene para sí el mejor sitio posible, y le defiende obstinadamente áun contra los privilegios de la edad ó las gracias de la hermosura; y cuenta que el rincon de un coche no es cosa indiferente cuando han de pasarse en él las largas noches de invierno.—Hay viajeros y viajeras que imponen á sus compañeros su inevitable locuacidad, persiguiéndole hasta en los secretos de su vida interior ó de sus proyectos futuros; y los hay tambien que se aislan y se reconcentran en sí mismos, y á la hora conveniente asoman su cestita de provisiones, y se complacen en desplegar á la vista de los hambrientos colaterales, ya el rico pastel de Perigord, ya el sabroso queso de Gruyère, ya los dulces de Metz ó los salchichones de Marsella, sazonando estos delicados frutos con las descomunales ojeadas que suelen acompañar á la implacable cesta en el momento de su ocultacion.

El conductor frances, personaje mudo y absolutamente incógnito á la tripulacion, colocado allá en la region de las nubes, dirige mecánicamente desde allí su poderosa máquina, sin apóstrofes, sin diálogos, sin interrupcion. Llegando á la parada donde ha de remudarse el tiro, no se cuida de averiguar si algun viajero quiere descender, si alguno ha descendido ya y se queda atras. Todo su celo se limita á reforzar su individuo con un vaso de aguardiente y hacer que se enganchen los caballos en el menor tiempo posible; verificado lo cual, vuelve á encaramarse á las alturas, y da con un silbido la señal de marchar.

De noche, de dia, la misma operacion, el mismo silen-

cio.—Los viajeros se remudan frecuentemente en toda la línea y apénas tienen tiempo de reconocerse.—Tal, por ejemplo, habrá, que habiendo tenido al lado toda la noche una tremenda vieja contemporánea de la Pompadour, se ha visto obligado á sumergir su cabeza en el rincon del coche, y á dormir por intervalos entre el armonioso ruido de las ruedas y de los cristales y la memoria infausta de aquel vestiglo.—De pronto, sus ojos, heridos por los primeros rayos del sol, se abren impacientes, y encuentran, no sin agradable sorpresa, que durante el último término de la noche la vieja secular ha desaparecido, y trasformádose en una graciosa paisana provenzal ó en una linda costurera de la *Chausée d'Antin;* con lo cual da el viajero á los diablos su sueño pertinaz, que no le permitió saber á tiempo tan mágica trasformacion.

Por lo demas, ¡qué metamórfosis singular ha ocasionado la noche!—Ni la imaginacion poética de Ovidio pudiera idearla mayor.—La elegante dama que ocupaba el frontero casi exclusivamente con sus exagerados adornos, ha colgado su sombrero carmesí, ha metido en la bolsa sus blondos tirabuzones, ha doblado sus cintas, sus *fichús* y *manchetes*, ha dejado caer sobre la falda sus flores y el color de sus mejillas, y ha restituido, en fin, al semblante el testimonio de su fe de bautismo, bajo los descuidados pliegues de un horrendo pañuelo de hierbas, y la angustiosa expresion del hambre y del insomnio.—El honrado mercader que ocupaba su lado aparece ahora bajo la forma de mercancía, metido en un saco de lana y cobijado bajo su gorro de algodon.—El cómico de la Edad Media ha dejado su *bisogné*, y pertenece ya á los tiempos de la barbarie;—y el comisionista lionés, el Lovelace de los caminos reales, ha eclipsado su barbudo semblante entre cuatro varas de cachemir.—Tan repugnante espectáculo, tan incómodo suplicio, han producido algu-

nas leguas más de camino hechas durante la noche, horas que el viajero está obligado á rescatar cuando llega el término de su viaje..... ¡Y todavía se rien los franceses porque nuestras diligencias hacen alto durante la noche!

Dos veces tan sólo en el dia suele pararse ligeramente la francesa: para almorzar y para comer; pero sin ninguna regularidad en la hora ni en el período; de suerte que suele acontecer almorzar á las once de la mañana y comer á las cinco de la tarde; y tambien hacer la primera operacion al amanecer, y comer á las diez de la noche;—con lo cual el estómago del pobre viajero, asendereado é indeciso de su suerte futura, experimenta una contínua alarma y un desfallecimiento positivo; tanto más, cuanto que en la media hora ó tres cuartos que se le consienten para aquellas operaciones, tiene que reforzarse precipitado, á riesgo de verse interrumpido bruscamente por la voz del terrible conductor, que, levantándose de la mesa (en que inconvenientemente toma puesto al lado de los viajeros), grita con voz estentórea: «*¡Messieurs, en voiture!*»

A esta voz responden mil otras de reclamacion y de desconsuelo, que son, por supuesto, desatendidas, llegando á veces á punto de apelar los viajeros al santo derecho de insurreccion, y abalanzarse á recoger indistintamente, cuál el pollo asado, cuál una torta, éste las frutas, aquél al *fricandó*.—En tan indispensable egoismo, la belleza, la amistad, el respeto y demas consideraciones sociales desaparecen del todo, y cada cual mira únicamente á cumplir con su imperiosa necesidad.—No es extraño;—*sine Cerere et Baco friget Venus*.—Vayan VV. á pensar en galanterías cuando se trata de matar el hambre.

El segundo modo de viajar de los ya indicados con-

siste en la *malle-poste*, cómodos carruajes de elegante y ligera forma, que permiten tres asientos ademas de el del correo. La rapidez es tal, que están obligados á hacer cada legua en veinte y dos minutos, y no se les concede más que uno ó dos para las remudas de caballos, y un cuarto de hora para comer ó cenar.—Pero esta misma rapidez llega á hacerse insoportable al viajero á quien urgentes negocios no llamen vivísimamente al punto á que se dirige. El precio de estos asientos está fijado en franco y medio por cada parada de dos leguas, ó sea tres reales escasos por legua.

El tercer método de viajar es el de las sillas de posta alquiladas particularmente, que reuniendo la rapidez y la comodidad del viajero á su voluntad libre é independiente, es el más adecuado para saborear todos los placeres del viaje; pero, como se deja conocer, es tambien el medio más costoso, y se paga á razon de franco y medio por caballo (no pueden alquilarse ménos de dos) y otro tanto por el postillon en cada posta de dos leguas, ademas del alquiler de la silla y otros gastos pequeños. Sin embargo, reuniéndose dos viajeros, todavía puede ser arreglado este gasto, especialmente si tienen mucho equipaje que conducir.

Al salir de Bayona por el arrabal de Sancti Spiritus, el camino atraviesa un país agradable y bien cultivado, interrumpido por multitud de casas de campo y de lindas poblaciones, tales como San Vicente, San Geours y otras, hasta llegar á Dax, donde se pasa el Adour sobre un hermoso puente.—Aquí la comarca cambia de aspecto completamente, y empiezan las inmensas llanuras y arenales conocidos por el nombre de las *Grandes Landas*, las cuales, sin embargo, hasta más adelante no despliegan todo

su severo aspecto; pero, una vez internado en ellas el viajero, fatigada su vista y su imaginacion con la monótona presencia de los espesos pinares que á uno y otro lado continúan por espacio de muchas leguas, apénas encuentra un punto de reposo en el lejano caserío de una miserable aldea, en la choza de un pastor ó en la pintoresca figura de éste, que subido en elevados zancos, dirige su ganado al traves de los profundos arenales.

Despues de atravesar la antigua ciudad de *Tartas*, sentada en el declive de una colina, se llega, pasadas algunas horas, á la bella poblacion de *Mont de Marsan*, cabeza del departamento de las Landas.—Esta ciudad, aunque situada en la comarca más desierta de la Francia, es tan agradable por sus lindas construcciones, la alineacion y la limpieza de sus calles y lo animado de su comercio, que viene á interrumpir agradablemente la enojosa tristura del viajero. No perderá nada éste en detenerse algunas horas en tan interesante poblacion; hallará en ella elegantes y bien servidos hoteles; verá bellos edificios públicos, iglesias, prefectura, palacio de justicia, cárcel, presidio y cuarteles; un gracioso teatro, un colegio, una biblioteca pública, establecimiento de aguas termales, fábrica de paños, lindos paseos, gabinetes de lectura, multitud de tiendas y almacenes surtidos de géneros de lujo, y todo esto en una poblacion de tres mil setecientos habitantes, es decir, al poco más ó ménos que la de Ocaña ó Alcalá de Henáres.

La travesía desde Mont de Marsan á Burdeos ofrece pocos objetos nuevos, continuando aún por largo trecho las inmensas Landas, que aunque en gran parte cultivadas y cubiertas de pinos, ofrecen un tétrico aspecto.—En Langon se atraviesa el Garona sobre un magnífico puen-

te colgante, y muy luégo se echa de ver el influjo de aquel majestuoso rio en las frondosas campiñas que se extienden de uno á otro lado.—Luégo empiezan á admirarse los célebres viñedos de aquella comarca, cuyas cepas se elevan á una altura considerable, y están sostenidas por varas derechas, no caidas por el suelo como las de la Mancha y Andalucía.—Por último, desde que se llega á *Castres* se reconoce la inmediacion de una gran ciudad en lo bien cultivado de la campiña, lo animado de las poblaciones y caseríos; hasta que de allí á poco rato, dejando á la derecha el pueblo y castillo de *la Breda*, en que nació el célebre Montesquieu, se ofrece, en fin, á la vista la magnífica capital de la Gironda, adonde llega el viajero por el arrabal de San Julian.

V.

BURDEOS.

Llegada á Burdeos.—Aspecto de la ciudad.—Campiña.—Rio Garona.—Puentes.—Caserío.—Costumbres de los habitantes.—Vida del campo, y su comparacion con la de los alrededores de Madrid. —Chateaux. — Fiestas patronales.—Monumentos antiguos —Palacio de Galieno. — La catedral.—Château Royal. — Museo.—Teatro.—Baños, etc.

La primera impresion verdaderamente grande que experimenta el español que visita la Francia por este lado es producida por el magnífico aspecto que desplega á su vista la ciudad de Burdeos; y tal es la agradable sorpresa que le ocasiona, que en vano intentaria luégo verla reproducida en ninguna de las grandes ciudades de Francia, y ni áun en presencia de su inmensa y populosa capital.

Para gozar, sin embargo, del cuadro interesante que ofrece al viajero la capital de la Gironda, preciso le será trasladarse á la opuesta orilla del Garona, enfrente del vastísimo anfiteatro de cerca de una legua, que siguiendo la curva descrita por el rio, forman los bellos edificios de la ciudad, terminada de un lado por el extenso y ele-

gante cuartel *des Chartrons*, y al opuesto, por el soberbio puente y los arsenales de construccion.

Colocado el espectador enfrente de aquel magnífico panorama, puede sólo desde allí juzgar de la formidable extension de esta gran ciudad, de la magnificencia y belleza de sus edificios, y del movimiento y animacion de su vida mercantil.—La extraordinaria anchura del Garona; el atrevido puente que presta comunicacion á ambas orillas; la inmensa multitud de buques de todas naciones que estacionan en el puerto; la extension de los hermosos diques que sirven de defensa á los edificios; las dimensiones colosales, la forma elegante y bella de éstos; los extendidos paseos, y luégo allá en el fondo y á espaldas del espectador, enfrente de la ciudad, la campiña más hermosa y más bien cultivada que imaginarse pueda, enriquecida con miles de casas de campo y de bellísimos y antiguos *châteaux:*—tal es el admirable conjunto que se desplega á su vista;—y si despues de haberle contemplado largamente penetra en el interior, y dejando á un lado los cuarteles viejos (notables, empero, por la antigüedad de sus construcciones y el carácter monumental de alguno de sus restos), se dirige á la parte moderna de la ciudad, á la plaza de *Chapeau rouge*, que conduce desde el puerto hasta el gran Teatro; si sigue despues los *boulevarts* interiores, conocidos por el nombre de *Cours de Tourny*, plantados de frondoso arbolado y enriquecidos con doble línea de casas elegantes y áun magníficas; si se detiene en la plaza Real ó en el inmenso paseo formado sobre el espacio que ocupó la antigua fortaleza de *Château Trompette;* si cruza, en fin, en todas direcciones por las alineadas y hermosísimas calles nuevas que comunican entre sí estos lejanos puntos, probablemente quedará sorprendido, enajenado, al aspecto de tanta grandeza, de tan asombroso lujo, de gusto tan exquisito.

La construccion de las casas particulares de Burdeos no sólo se aparta en lo general de las rutinarias y mezquinas formas seguidas por nuestros arquitectos, sino que excede en belleza y elegancia á todo lo que suele verse comunmente en las ciudades francesas, acercándose más á aquel grado de suntuosidad *confortable* que tanto admira el viajero en las poblaciones inglesas de Lóndres, Manchester y Liverpool. — Por otro lado, colocada Burdeos bajo un hermoso cielo, que permite á sus edificios conservar largo tiempo un aire de juventud y lozanía; sentada en terreno llano, y con la proporcion de extenderse indefinidamente, pudiendo contar para sus construcciones con una piedra acomodada, que se presta dócilmente al trabajo del artista y con el tiempo adquiere gran solidez, de color grato, parecido á la de Colmenar que suele usarse en Madrid; elevadas allí las costumbres de los habitantes á aquel grado de refinamiento de gusto que ostenta un pueblo mercantil en su brillante apogeo; vivificada con los considerables capitales que multitud de negociantes emigrados de América han aportado, cuando, huyendo de sus discordias civiles, vinieron á fijar su mansion en esta deliciosa ciudad, no hay, pues, que extrañar su brillante estado, que la eleva justamente á un puesto distinguido entre las primeras ciudades de Europa.

Sin embargo, su inmenso recinto encierra sólo una poblacion de cien mil almas, y los que llegan á ella desde París, aturdidos aún con el ruido infernal de sus calles, hallan desiertas y melancólicas las de esta hermosa ciudad, siendo muy comun el oirles repetir que «á Burdeos sólo le hacen falta cien mil habitantes más.»—Pero no se hacen cargo estos críticos de que, segun la exigencia del magnífico bordeles, y el lujo y comodidad á que está acostumbrado, la extension de su ciudad doblaria entónces tambien, porque al habitante acomodado de aquel pueblo

le es indispensable ocupar exclusivamente con su familia toda una gran casa, tener en los pisos bajos sus cuadras, cocheras, bodegas, cocinas, etc.; en el entresuelo, sus oficinas mercantiles; sus salones de recepcion y comedor en el principal; sus habitaciones y dormitorios en el segundo, y en el tercero, la de sus numerosos criados.—Que exige tambien su bien entendido egoismo que la elegante puerta de su casa permanezca cerrada ó defendida por un conserje, para impedir las visitas de importunos; que su zaguan y su patio sean verdaderos gabinetes de elegancia y comodidad; que sus escaleras, revestidas de estucos y molduras, adornadas de estatuas y cubiertas de excelentes alfombras, no sean profanadas por plantas que revelen el piso húmedo de la calle; que todas las puertas, en fin, de comunicacion, abiertas *à double battant*, permitan girar á los individuos de la familia con aquella confianza que inspira la seguridad de no ser sorprendidos en su vida interior.

Haciendo de su casa un templo, y un culto de su pacífica posesion, el rico bordeles desplega en su adorno la misma magnificencia y lujo que presidieron á la construccion del edificio; y secundado por los mágicos esfuerzos de la industria francesa, y llamando tambien en su auxilio los medios que le permite su comercio y comunicacion con la gran Bretaña, la India y las Américas, puede revestir sus salones con los objetos más primorosos y de mayor comodidad; puede cubrir su mesa con los más delicados frutos de todas las zonas; puede recibir en sus *soirées* la sociedad más amable y distinguida.—Por último, cuando el sol de Junio empieza á ejercer sus rigores, y las bellísimas orillas del Garona se cubren de un admirable verdor, el amable habitante de Burdeos, para quien el disfrutar de la vida es un negocio positivo, una necesidad real, suspende temporalmente sus tratos mercantiles,

sus ocupaciones sérias, y corre á refugiarse con su familia en algun pintoresco *château*, en medio de vastos y deliciosos jardines, de ricos viñedos y de inmensos y apacibles bosques.

La ciudad por aquella estacion parece más desierta aún, y nadie diria sino que la poblacion entera se habia trasladado al rádio de algunas leguas. En las calles, en los paseos, en los teatros, apénas se encuentra á nadie, y á cualquiera casa á quien uno se dirija para visitar á los dueños, está seguro de que la vieja portera le ha de responder : «*Monsieur et madame sont à la campagne.*»

No han huido, sin embargo, de la ciudad para evitar la vista de sus amigos, para sepultarse en una mísera aldea, ni para adoptar una vida filosófica ó pastoril.—Lo que ellos llaman su castillo (*château*) no tiene, á la verdad, el carácter severo y el formidable aparato que aquel nombre indica; y no es otra cosa que un elegante edificio cuadrado, con algunas torrecillas ó pabellones en sus esquinas, sentado en medio de un espacioso bosque ó jardin, al fin de un largo paseo ó avenida formada de dobles filas de árboles frondosos, y circundado, en vez de fosos, por elegantes parterres de flores, lindos estanques, fuentes, estatuas y floreros. Es, en fin, una verdadera quinta ó casa de campo, con todos sus agradables accesorios y adornada interiormente con tan exquisito gusto y elegancia como las más primorosas de la ciudad.

Permítaseme aquí hacer una ligera digresion sobre lo que se entiende entre nosotros por vida del campo, á fin de que no vaya á calcularse por ella de las circunstancias que acompañan á la que se lleva con este nombre en los alrededores de Burdeos y otras ciudades extranjeras.

Un habitante de Madrid, por ejemplo, entiende por *vi-*

da del campo el abandonar dos ó tres meses la Puerta del Sol y el Salon del Prado, é instalarse lo mejor posible en una miserable casa de Carabanchel ó de Pozuelo de Aravaca, dejándose allí vegetar materialmente; haciendo sus cuatro comidas diarias; dando enormes paseos por las eras del término; enterándose con indiferencia de la chismografía del pueblo, contada por la tia *Chupa-lámparas* ó el tio *Traga-ánimas*, ó visitando á alguna otra familia desterrada por el médico de Madrid, en compañía de la cual lamenta las privaciones horribles del mísero lugar, y cuenta los dias que le faltan aún para cumplir su *condena*.

Los grandes de España y los ricos capitalistas que de todas las provincias vienen siempre á fijarse en la capital de España, adoptan casi todos el medio de elevar en aquellas míseras aldeas ú otras semejantes costosos palacios, hermosos jardines de recreo, alegando justamente la inseguridad de la campiña y la exposicion que traeria el situarlos y situarse fuera de toda poblacion y de la vara protectora del alcalde monteril.—Prodigando sus tesoros en un suelo escaso de aguas y atrasado en los métodos de cultivo, llegan á obtener algunas tempranas flores y frutos sin olor y sin gusto; alguna indecisa sombra, algun principio de bosquete, que luégo atavian con sendas cascadas, que no corren, sino lloran sus aguas gota á gota; con elegantes templetes, que dominan la vista de mil ó dos mil fanegas de tierra de pan llevar; con grutas misteriosas, habitadas por los buhos y lagartijas, y con estanques circulares, que pronto se encarga de desecar el ardiente sol canicular.

Los primeros años de la posesion no hay entusiasmo igual al que manifiesta por ella el nuevo dueño, y cada dia gusta de visitarla y añadirla un adorno más; pero luégo comienza á echar de ver que se halla en ella completamente aislado y sin género alguno de sociedad. —

Que los vecinos del pueblo, léjos de mirarle como á su bienhechor por los capitales empleados en él, son sus más encarnizados enemigos, y conspiran de consuno á maltratarle su hacienda, á despojarle de sus frutos, y á ennegrecer su vida interior con los absurdos chismes que de él cuentan ó los pleitos que le promueven.—Que sus amigos de Madrid, ó no vienen á visitarle, ó vienen á abusar de su franca hospitalidad, tratando su casa y posesion como á tierra conquistada, y condenándole en las costas de sus báquicos placeres.—Que la tierra ingrata, por escasa de humedad, que el sol ardiente, que las fuertes ventiscas del Guadarrama, marchitan sus flores al nacer; doran sus praderas ántes de tiempo; secan sus bosques, y sólo mira producirse con energía las hermosas berzas y lechugas, que el hortelano aprovecha como gajes propios.—Que los dorados racimos, la encarnada fresa, los azucarados frutos del peral y del manzano, tocan en aprovechamiento exclusivo á los muchachos del pueblo; y si para defenderlos de ellos levanta una cerca de pedernal, que le cuesta casi otro tanto que la hacienda, y funda una escuela donde recoger gratuitamente á aquéllos, los gorriones bajan de las nubes á bandadas, y los muchachos suben á los árboles á docenas, y desertan á centenares de la escuela: por último, que si quiere comer manzanas, tiene que enviarlas á comprar á la plazuela de San Miguel.

El interior de la casa, que adornó con exquisito gusto, cubiertas las paredes de bellos papeles y sederías; sus salones, de muebles cómodos y exquisitos, le encuentra, al regresar de la córte el año próximo, abiertos los techos y dando paso al agua por todas sus coyunturas;—observa que los jóvenes protegidos del lugar han roto á pedradas todos los cristales de las ventanas;—que los visitadores, sus amigos, han descompuesto los relojes, han roto las llaves y manchado las colgaduras;—que la mu-

jer del jardinero ó encargado de la casa cria conejos en el salon del comedor, y el marido ha establecido su taller de carpintería en la mesa del billar; — y que, en fin, el poco aseo, el ningun cuidado, el abandono en que la casa ha permanecido por diez meses, han impreso en ella un aire de decrepitud, un olor nauseabundo, que acaba por hacérsela aborrecer, y le obligan, desengañado, á venderla á cualquier precio.

Las demas personas, no propietarias, que salen de Madrid, suelen alquilar una parte de casa á algun vecino del pueblo, lo que equivale á situarse en medio, en medio de un aduar.—Porque, entre los tristes cuadros que ofrecen nuestras más miserables aldeas, ninguno es tan repugnante como el del interior de los pueblos de las cercanías de la capital de España: ningunas moradas son tan infelices, ningunas paredes tan sucias, ningunos colchones tan duros, ningun huésped tan indolente, ningunas pulgas tan activas, ningunos chicos tan llorones, ningun gallo tan cacareador.

Para disfrutar esta vida *agreste*, que no campesina, es para lo que dejan la comodidad de sus casas muchos habitantes de Madrid, y se dan por satisfechos si al cabo de quince dias han dado treinta enormes paseos á las eras ó á las ermitas del pueblo; si han dormido doce horas diarias y bostezado las otras doce; si han comido cada uno tres docenas de pollos y bebido treinta azumbres de leche, únicos frutos de fácil adquisicion en el lugar; si han hecho del vinagre, vino; de la ceniza, pan; de la cofaina, ensaladera; de los tejos, vajilla; de las botellas, candeleros; de las bulas, cristales; y de las ruidosas pajas, blando y regalado colchon.

Nadie mejor que los habitadores de nuestras hermosas regiones de Levante y Mediodía pudieran disfrutar ver-

daderamente de todos los goces de la vida del campo, y las numerosas y lindas *quintas, torres* y *cármenes* que cubren los alrededores de Valencia y Zaragoza, Barcelona y Granada, prueban bien que sus dueños saben apreciar esta feliz circunstancia. Pero desgraciadamente la apacibilidad del clima y la riqueza de la vegetacion no bastan; es preciso reunir ante todas cosas una absoluta seguridad y sosiego, rapidez y frecuencia de comunicaciones, franqueza é intimidad en las relaciones sociales, buenos modales y regular discrecion en los habitantes de la campiña.—Por desgracia, pocos de estos elementos existen entre nosotros. — Yo he visto á los propietarios de algunas de aquellas hermosas campiñas regresar á pasar la noche á la ciudad, por desconfiar hasta de sus propios criados y jornaleros; he visto á otros abandonar sus lindas posesiones, por resultas de reñidos pleitos y altercados con los pueblos comarcanos; he oido á muchos lamentarse de que la falta de camino regular les impide visitar su propiedad en casi todo el año; he sabido por otros que, por transaccion con los contrabandistas, daban la órden á su mayordomo para que los dejase alijar en su cortijo.

Todas estas circunstancias, el aislamiento, la falta de sociedad y de proporcion para obtener los artículos indispensables á la vida; el rústico egoismo del campesino; las sangrientas refriegas de los mozos; los turbulentos amores de las mozas; el indiscreto celo de los alcaldes; la saña ó la envidia de los pueblos colindantes: tales son los elementos que por doquiera rodean entre nosotros al pacífico ciudadano que pasa á situarse en el medio de los campos, confiado en Dios y en su propiedad : así que, su primer diligencia es preparar todas las armas disponibles; atrancar las puertas con dobles barrones ; soltar á los perros-monstruos que guardan la entrada, y dejar sus

negocios bien arreglados, por si Dios ó los hombres le llaman á mejor vida.

Nada de esto tiene siquiera punto de comparacion en las risueñas campiñas, en los innumerables *châteaux* que rodean á ciudades como Burdeos. — Cultivadas aquéllas con el mayor esmero é inteligencia, y sabiendo hermanar el doble objeto de la utilidad y el recreo; adornados éstos y mantenidos con una coquetería de celo (permítaseme la expresion) comparable sólo á la que despliega una hermosa dama con las flores de su tocado; servido por criados extremamente atentos y diestros, que saben atraerse la voluntad de sus señores lisonjeando su gusto dominante; trazando caprichosamente en mil dibujos los cuadros de las flores; desmontando tal colina para proporcionar un bello punto de vista; dando direccion ó aprovechando tal manantial descuidado; construyendo un puente rústico sobre cual otro; lavando cuidadosamente las estatuas y jarrones; barnizando las escaleras y suelos embutidos de maderas; limpiando y colocando oportunamente los muebles, y teniéndolo todo, en fin, con aquel primor que si esperase á todas horas la visita del señor.

Éste, y su familia por su parte, no pierden un solo dia de la memoria su mansion favorita, y durante los meses de ausencia de ella procuran nuevas adquisiciones de terrenos; emprenden obras en la casa para aumentar sus comodidades, y contínuamente sus comensales van y vienen á la quinta para pintar el gabinete de la señora ó para acabar la estantería de la biblioteca, para arreglar la mesa de billar ó para colocar los instrumentos ópticos en el mirador.

Llegado, como hemos dicho, el mes de Junio, toda la familia corre á saborear la regalada mansion de la *campagne;* los criados de la casa, los jornaleros y vecinos co-

marcanos, acuden á festejar su venida; y luégo de instalados convenientemente, reciben y pagan diarias visitas de todos los demas propietarios, habitantes, como ellos, temporales del campo; y aquellas mismas familias que en la ciudad apénas suelen saludarse, llegan á ser íntimas bajo la suave influencia de la campiña.—Así es como pueden improvisarse, y se improvisan á todas horas, grandes cabalgatas á visitar algunas ruinas cercanas; animadas cacerías, ó paseos acuáticos á la luz de la luna; festines abundantes y delicados, y hasta elegantes bailes y animadas *soirées*.

A todas horas del dia, y hasta muy entrada la noche, y por todos los innumerables y hermosos caminos que conducen de un castillo á otro, y de éstos á la ciudad, se ven cruzar infinidad de carruajes llenos de elegantes damas, multitud de alazanes montados por gallardos caballeros, que van á visitarse mutuamente con la misma seguridad, con el mismo abandono que pudieran en las más frecuentadas calles de la ciudad.—Las fiestas patronales de los pueblos circunvecinos, las bodas de los dependientes, los exámenes de las escuelas comunales, los baños, y las vendimias sobre todo, son ocasiones de repetidas fiestas, en que suelen reunirse bajo el humilde campanario de la aldea, ó en sus rústicos campos y jardines, la más escogida sociedad de *Château Trompette*.—Puede calcularse si estos risueños contrastes, si estos cuadros animados prestarán encanto á la imaginacion ardiente, al festivo carácter de los habitantes de la Gironda.

Tiempo es ya de hablar de las curiosidades materiales de esta hermosa ciudad.—Pero debe ser ya conocida mi intencion al escribir estas líneas, que no es otra que el dar razon de las sensaciones que me produjo la vida animada de aquel pueblo, más bien que el hacer un inventario de

sus riquezas.—Afortunadamente este punto está ámpliamente desempeñado por los numerosos viajes é itinerarios que todo el mundo conoce; y no necesitaria más que copiar cualquiera de ellos, para dar á conocer á mis lectores las célebres ruinas del palacio que se cree fué del emperador Galieno (aunque más bien parecen de un anfiteatro romano). La catedral, dedicada á San Andres, de un buen estilo gótico, y su torre aneja, llamada el *Payberland;* la iglesia de San Miguel y su elevada torre, bajo la cual hay una bóveda que tiene la singular particularidad de conservar en un estado perfecto de momificacion los cadáveres que en ella fueron depositados hace algunos siglos; y las otras iglesias, de Nuestra Señora, reedificada magníficamente en el siglo último, y la llamada del Colegio, que encierra el sepulcro de Miguel de Montaigne.

Hablaria del *Château Royal*, antigua residencia de los arzobispos de Burdeos; del palacio de Justicia, donde están establecidos los tribunales departamentales; de la Bolsa y la Aduana, edificios paralelos; del *Hôtel de Ville* ó casa del Ayuntamiento; del teatro Principal, en fin, y del soberbio puente sobre el Garona, los más magníficos de toda Francia, inclusos los de la capital; de un sin número de otros edificios, dignos de la mayor atencion bajo el aspecto artístico y por los objetos á que están destinados.

Pero, ademas de alargar indefinidamente mi narracion, dándola un giro que de ningun modo la conviene, me apartaria insensiblemente de mi objeto. — Sólo diré que en materias de ciencias y artes encierra Burdeos establecimientos dignos de una capital; que su Biblioteca pública cuenta más de ciento diez mil volúmenes, entre los cuales los hay preciosísimos por su rareza, y otros manuscritos; que cuenta ademas, bajo el título comun de Museo, un bello Gabinete de Historia Natural y otro de Arqueología, una regular coleccion de cuadros, escuelas de

Artes y un Observatorio.—En materia de establecimientos de Beneficencia no recuerdo haber visto nada mejor ni más bien servido y administrado que el magnífico Hospicio nuevo de Burdeos, verdadero modelo de este género de establecimientos, por sus gigantescas dimensiones, por su sencilla y cómoda distribucion, y el órden y bien entendida economía de su régimen interior.—Hay, ademas, otros muchos establecimientos de caridad y de instruccion, y es igualmente de admirar la riqueza y suntuosidad de los baños públicos de esta ciudad, en especial los dos edificios paralelos, con este objeto construidos recientemente frente del puerto; baste decir que su coste ha sido de cinco millones, y que exceden en comodidad á todos los establecimientos de este género, áun en el mismo París.

El teatro Principal, verdadero monumento artístico por su forma material interior y exterior, ofrece por lo regular funciones de mucho aparato en comedia, ópera y baile, aunque por lo regular poco frecuentadas por la desdeñosa aristocracia bordelesa, que sólo se digna visitarle cuando la célebre trágica *Rachel Felix* ó el tenor *Duprez*, aprovechando la licencia temporal que les conceden en los teatros de París, vienen á ofrecer á los habitantes de las orillas del Garona el tributo de sus talentos, á cambio de un premio enorme y de un entusiasmo imposible de describir.

Por lo demas, puede decirse que el bordeles paga su inmenso teatro, planta sus gigantescos paseos, alza sus enormes casas, para deslumbrar al forastero y dispensarle magníficamente los honores de la hospitalidad, á la manera de aquellos monarcas orientales que gustan de ofuscar la vista del extranjero con la pomposa parada de su córte, de sus vasallos, de sus tropas, de sus tesoros y de las dos ó tres mil bellezas olvidadas en su *Harem*.

VI.

DE BURDEOS Á PARIS.

Puente de Cubzac.—Campiña y cultivo.—Angulema.—Poitiers.—Tours.—Orillas del Loire.—Poblacion inglesa.—Catedral.—Puente y otros monumentos.—El hotel de *La Boule d'Or*.—La Table d'hôte.—La Tourenne.—De Tours á París.

Atravesando el Garona por cima del magnífico puente de que queda hecha mencion, abandona, en fin, el viajero la deliciosa ciudad de Burdeos, y su vista se recrea aún por largo rato contemplando en sus cercanías la esmerada cultura, las risueñas perspectivas, el sinnúmero de caseríos que esmalta la campiña, la actividad, el movimiento y vida de la poblacion, que tan cumplidamente hace sentir su presencia y los valiosos trabajos de su industria.

Uno de los más bellos monumentos de la Francia moderna es el soberbio puente colgante de *Cubzac*, obra de estos últimos años, y de cuya prodigiosa extension y admirable artificio siento no tener los datos suficientes para estamparlos aquí.—Pásase luégo desde el departamento de la Gironda al de Charente inferior, y algunos restos de *Landas*, con su triste monotonía, vienen á hacer todavía un ligero paréntesis á tan bella escena; hasta que,

ya cerca de la ciudad de *Angulema*, vuelve á tomar sus risueños colores y ofrecer á la vista la riqueza de su vegetacion.

Es por manera interesante el grato espectáculo que despliega esta antigua ciudad desde la elevada altura sobre que está edificada; y sobre todo, cuando dando la vuelta al pié de sus murallas por una especie de terraza que la circunda, pueden contemplarse en una larga extension los risueños valles formados entre los dos rios *Charente* y *Anguienne;* el curso caprichoso de éstos, y las escarpadas rocas que limitan el lejano horizonte.—La ciudad por sí merece tambien la atencion del viajero curioso, en razon á sus antiguos monumentos, entre ellos la hermosa catedral, y la forma especial de su caserío, que se aparta notablemente de la regularidad y simetría tan comunes en las ciudades francesas.

Entre las muchas é importantes fabricaciones que se desarrollan en esta ciudad, es notable la del papel, cuyas manufacturas principales se hallan situadas en el arrabal de *l'Hormeau*, y son célebres en toda Francia. Son en extremo interesantes y dignos de estudio los medios mecánicos y científicos empleados en la tal fabricacion, y tanto más para nosotros, cuanto que, desgraciadamente, es uno de los ramos en que nuestra España se presenta fuera del nivel de las demas naciones industriosas.—Todo el mundo conoce la hermosa calidad del papel frances y la belleza de las ediciones en que se emplea; pues en cuanto al precio, baste decir que el mejor que puede encontrarse en Madrid á *ochenta reales* resma es inferior al que en las fábricas de Angulema cuesta de seis á siete francos.

En la grande extension de ciento cuarenta y cinco leguas francesas que se cuentan desde Burdeos á París, son muchos los pueblos y otros objetos notables que se ofre-

cen á la contemplacion del viajero; mas su sola enumeracion, ademas de enojosa, sería repetida, y repetida aquí fuera de su lugar.—Por otro lado, no soy tampoco de aquellos viajadores que desde el ventanillo del coche, adonde asoman rápidamente la cabeza, creen poder juzgar de la condicion física y moral de los pueblos que atraviesan, ni tampoco de los que, copiando las hojas de su libro itinerario, adoptan y trasladan cándidamente su contenido.

Así, por ejemplo, de la ciudad de *Poitiers*, antigua y célebre en la historia de Francia, sólo puedo decir que me pareció decaida y solitaria respecto á su inmensa extension; y que al atravesar la inmediata de *Chatellereault* (si hubiera sido la primera vez que lo hacía), acaso hubiera experimentado nada grata sorpresa al ver ábalanzarse á los estribos del coche multitud de hombres, mujeres y niños, que introducen por sus ventanas, cuál una afilada navaja; cuál un agudo puñal; aquél un corta-plumas de veinte hojas; éste unas enormes tijeras.—Pero no experimenté aquel efecto, sabiendo ya de antemano que llegaba al Albacete frances; esto es, á la ciudad cuchillera por excelencia, célebre por el temple de sus aceros, y en la cual, así como en la nuestra del reino de Murcia, el puñal y la navaja son una mercancía *inocente* y que todo viajero está obligado á proteger.—Sin embargo, si el extranjero es polaco y llegan á olerlo los de Chatellereault, acaso aquellos utensilios no permanezcan tan inocentes en sus manos, gracias á un profundo resentimiento que de padres á hijos se ha trasmitido contra los de aquella nacion, por cierta jugarreta, parecida al robo de las Sabinas en la antigua Roma, que un regimiento de la guardia imperial, de no sé qué nombre acabado en *ski* como un estornudo, dispuso y realizó con las mujeres de aquel pueblo en un dia de funcion.

La ciudad de *Tours*, cabeza del departamento de *L'Indre et Loire*, sentada á la orilla izquierda de este rio, es sin duda una de las más lindas poblaciones de la Francia, por su bella situacion en medio del delicioso jardin de la Turena, y la elegancia y gusto de su construccion.— La calle principal de la ciudad, que la atraviesa rectamente en toda su extension, de más de un cuarto de legua, desembocando por un lado en el camino de Poitiers y por el opuesto en el gran puente sobre el Loira, es lo más bello y áun magnífico que imaginarse pueda, por su considerable extension, su perfecto alineamiento, y la belleza de los edificios que la decoran; y aunque el resto de la ciudad no responde en lo general á la suntuosidad de esta entrada, va, sin embargo, reformándose con arreglo á los preceptos del buen gusto.—El aspecto general de la poblacion y sus contornos, considerados desde el hermoso puente de piedra (el segundo de esta clase despues del de Burdeos), es sobremanera interesante, por la bella agrupacion de los edificios, sobre los cuales se destacan las altas torres de la catedral, y á su pié el apacible rio, cubierto de barcos de trasporte, y una isla deliciosa formada en el medio de sus aguas; la frondosidad del inmenso arbolado, la profusion de quintas colocadas en las situaciones más pintorescas, y embellecido todo con los colores de un sol resplandeciente, de una atmósfera pura y serena.

Paseando por sus orillas á la caida de una tarde de Agosto, trasladábase mi imaginacion á las encantadoras márgenes del Guadalquivir, y como que se lamentaba en silencio de que ya que el cielo bondadoso presta iguales y áun mayores dones á nuestro suelo, no sepamos aprovecharlos, revistiéndole de aquel apoyo del arte, de aquella seguridad y proteccion generosa que necesita para desplegar sus encantos y hacerlos accesibles al hombre.—Engol-

fado en estas consideraciones dí luégo la vuelta por los lindos paseos que rodean á la ciudad; penetré en sus calles cuando ya estaban iluminadas por un gas resplandeciente; recorrí sus hermosos cafés; asistí al teatro, y en todas partes hallé una sociedad tan elegante y animada, que más que en una ciudad de veinte y tres mil habitantes, parecíame estar en un pueblo de cien mil.—Pero esto se explica diciendo que son infinitos los forasteros que, atraidos del clima apacible, de la campiña encantadora, que hacen de Tours una morada tan favorable á la salud y tan propia para gozar de los placeres de la vida, vienen á ella constantemente á pasar una parte del año, acabando muchos por fijarse allí por toda su vida.—Hoy se cuentan cerca de dos mil ingleses que han hecho en Tours y sus cercanías considerables adquisiciones, han edificado casas magníficas, quintas deliciosas, y vienen constantemente todos los años con sus familias, ó se hallan resueltamente establecidos en la ciudad.

Si algun dia la mejora de nuestros caminos, la multiplicacion y facilidad de las comunicaciones, la seguridad personal, el establecimiento de buenas fondas y paradores, la tolerancia y los buenos modales en los paisanos, y el interes, en fin, bien entendido del pueblo en general, llegan á hacer accesible nuestra España á los viajeros *touristas*, especialmente á los ingleses, para quienes es insoportable la idea de privaciones, de inseguridad y de desaseo, ¡qué manantial tan inagotable de riquezas no abririan á nuestro país centenares, miles de aquellos ricos huéspedes, que, huyendo del monótono espectáculo de su cielo nebuloso, y en busca de nuevas y gratas sensaciones, abandonan al caer del otoño las húmedas orillas del Támesis ó los feudales castillos de la Escocia; embárcanse en Douvres con su familia, sus criados, sus perros, sus coches, sus muebles, sus vestidos y sus guineas, y

descargan como nubes benéficas (aunque un tanto incómodas al que no ha de disfrutar de su rocío), ya sobre las frondosas orillas del Loira y del Garona, ya sobre las pintorescas cumbres y las benéficas aguas del Pirineo frances; ó atraviesan los Alpes, y van á invernar como en una estufa en las islas de Hieres ó en las bellas ciudades de Niza, Pisa, Florencia ó Nápoles!

Para todas aquellas afortunadas regiones, la venida de los ingleses (y entiéndase que llaman ingleses á todos los extranjeros ricos) es un verdadero maná, una periódica cosecha, que aguardan con impaciencia, como nuestros labradores el sol de Agosto ó las plácidas lluvias de Abril. —Si halláramos medio, repito, de desviarlos de su rápido é inmemorial itinerario; si, por ventura, al contemplar el Pirineo pudiéramos hacerles desechar todo temor de peligro ó de sinsabores, y empeñarles á atravesarlo y visitar las hermosas y pintorescas provincias Vascongadas, las severas Castillas y la animada capital del reino; el pensil de Aranjuez, el magnífico Escorial, la frondosa Sierra-Morena, Córdoba la oriental, la imperial Sevilla y deliciosa Cádiz, las árabes Granada, Málaga, Almería y Valencia; la industriosa Barcelona, en fin, y su bellísima costa, para continuar luégo por Marsella el resto de su círculo, ¡cuántos y cuántos, prendados de los encantos de nuestro suelo, darian por satisfecha su curiosidad, por colmada su admiracion, y renunciarian gustosos á ver más, repitiendo sus visitas ó fijándose entre nosotros, y desplegando su gusto y su magnificencia en los *cármenes* de Granada ó en las deliciosas márgenes del Bétis.....

Todas estas y otras muchas consideraciones bullian aún en mi imaginacion, cuando al siguiente dia, subido á lo alto de las torres de la antigua y célebre catedral de Tours, veia desplegarse en mi derredor el rico panorama de su campiña, semejante en lozanía á los que desde las alturas

del Miguelete ó la Giralda me ofrecieran la huerta valenciana ó las orillas del Guadalquivir; pero muy superior á ellos en la animacion y riqueza que le presta el innumerable caserío que en una extension de algunas leguas se alcanza á ver, y hace aparecer mezquino á su lado el considerable recinto de la ciudad.

La catedral, como todas ó la mayor parte de las francesas del género llamado gótico, ostenta una imponente masa, una rica portada y dos elegantes torres de delicado trabajo; pero en el interior ofrece la misma desnudez, el mismo *no sé qué* de yerto y cadavérico que suele observarse por lo regular en la mayor parte de los templos franceses.—Bajo este aspecto, ¡cuánta es la superioridad de nuestro país sobre aquél!—Nuestras catedrales no sólo son delicadas páginas del arte ofrecidas á la imaginacion y al estudio del viajero; no sólo son museos riquísimos de todas las épocas, de todas las aplicaciones del genio; no sólo son tesoros de riqueza, donde se ostenta la piedad y la poética imaginacion de nuestro pueblo, sino que son tambien dignos altares del Altísimo, por su religioso recogimiento, su olor de incienso, los cánticos que resuenan constantemente bajo sus bóvedas, las antorchas que lucen en sus altares, las efigies que ocupan sus capillas, y el pueblo numeroso que reza arrodillado á sus piés.—Díganlo Toledo, Búrgos, Sevilla, Leon, Santiago, Tarragona y todas las demas que pudiéramos citar.

En los templos franceses, si se contempla la fachada y se sube á la torre, se ha visto el templo bajo el aspecto del arte; si se atraviesa un friísimo y desierto salon, cubierto de sillas vacías y guardado por un portero (*suisse*) con su gran banda, baston en mano y sombrero de tres picos encajado en la cabeza, se ha contemplado la iglesia bajo el aspecto de la religion.

Regresé, pues, á mi hotel de *La Bola de Oro* á tiempo que sonaba la campana, señal de principiar la comida; y supuesto el ofrecimiento que tengo hecho á mis lectores, aprovecharé aquí la ocasion de borrajear la escena que ofrece una de estas mesas redondas conocidas allá, con el nombre de *Table d'hôte.*

Al sonido de la ya dicha apelativa campana fueron descendiendo de su habitaciones hasta dos docenas de huéspedes viajeros, de todos los sexos y procedencias posibles. Los ingleses, como es de suponer, estaban en mayoría (porque á cualquier parte del mundo á donde uno se dirija, siempre ha de hallarlos con abundancia, gracias á la fecundidad de las severas hijas de Albion).—Distinguíase entre ellos una especie de obelisco humano, que empezando en dos botas de charol, iba á concluir á trescientas varas sobre el nivel del mar, en una calva reluciente, con algunos restos de cabellera, en otro tiempo rubia. A la altura de *Su Gracia* (porque por algunos trozos de la conversacion inferí que aquel telégrafo ambulante era uno de los ciento y tantos *pares* que funcionan en el alto Parlamento) se elevaba una jirafa con gorro de plumas, que segun pudimos advertir, no era otra cosa que el inglés-hembra, y ambos formaban el *par* completo, subdividido despues hasta en el número de siete, por otros tantos *specimen* de la misma hechura, aunque de diversos metros y grados de desarrollo, los cuales venian á ser los frutos y renuevos de aquellos dos altísimos y sepulcrales cipreses.

Frontero de mí se veia un rotundo aleman, especie de mecánica *roulante*, que andaba de pueblo en pueblo aplicando sus grandes conocimientos en tórculos, émbolos y cilindros á todos los brazos de todos los rios, á todas las ruedas de todas las máquinas que encontraba á su paso. —A mi izquierda sentaban dos damas, madre é hija, pri-

mera edicion ajada y añeja aquélla, segunda flamante, corregida y enmendada, ésta; tipo móvil y vivo de las modas de *la rue Vivienne* y de la *Chausée d'Antin*, en quien luégo reconocí á la misma artista parisiense que habia oido en el teatro la noche anterior, y cuya celebridad (aseguraba el cartel) se extendia desde las orillas del Newa hasta la embocadura del Mississipí, aunque creo que pasaba de incógnito por el espacio que media entre ambos rios.

Tres jóvenes bulliciosos y resueltos, de negras y rubias barbas, de flexibles y rizadas melenas, vestidos de cien colores, adornados de cadenas y sortijas hasta la punta de la nariz, representaban en aquella mesa la alegría francesa y los intereses del comercio y de la industria. Comisionistas ambulantes (*commis voyageurs*) de las fábricas, se dirigian con sus grandes carteras de muestras, el uno á París, el otro á Nantes, el tercero á Bayona; y al paso que la *muestra* de sus telas y artefactos, solian dejar tambien la de sus caractéres, desplegados franca y bulliciosamente en atronadora conversacion, ó en episódicos amores y grotescas aventuras con todas las Maritornes hosteleras, con todas las muñecas de almacen.—Vida alegre y peregrina, cuyo recuerdo conservan aún cuando, ya blanqueada por los años su cabellera, y llenos por su industria los cofres, dan suelta á la bandada de sus numerosos dependientes, para que sigan la fama de su comercio y las trazas de su cortesanía.

Habia ademas en la mesa un médico *homeopático* de Berlin, que iba visitando hospitales y haciendo nuevos experimentos de matar por *simpatía*.—Un filántropo *humanitario* de Nueva-York, que andaba investigando los medios de guillotinar al prójimo con más comodidad ó encarcelar á sus semejantes sin luz, sin habla, sin aire y sin alimento.—Un doctor en Teología, de la Sorbona,

que por fruto de sus meditaciones habia acabado por convencerse de que él era una segunda edicion del Mesías, y venía á Tours á establecer una cátedra de salvacion, á tanto al mes.—Dos periodistas parisienses que se dirigian á Tulle para asistir al célebre proceso de *madame Lafarge*, de aquella alma cándida, de aquella mujer *no comprendida*, que acababa de robar unos diamantes por entusiasmo y envenenar á su marido por puro amor.—Los demas asistentes á la mesa, hemos dicho ya que llevaban todos el sello de la fábrica de *London;* cuál perteneciente al género *dandy;* cuál al de *gentlemen;* éste al de *baronet;* aquélla al de *lady;* estotra al de simple *miss;*—y todos, por lo regular, venian á Tours tan sólo por el gusto de apuntar un nombre más en sus libritos de viaje, ó por tomar un baño en el Loira, el segundo en *Bagnères*, el tercero en Niza y el cuarto en el Tíber; y luégo, subirse al Vesubio para enjugarse, ó correr despues leguas y más leguas para llegar á tiempo de disputar el premio en las carreras de New-Market.

No hay, pues, que decir si con tan heterogéneos elementos ofreceria la mesa una escena curiosa, que yo traducia mentalmente al español, como único representante en aquel teatro del habla de Cervántes y de los garbanzos de Castilla.

Pero casualmente este de la mesa es un punto en que todas las naciones se parecen; quiero decir, que en cuanto al mascar y engullir no ofrecia nada de nuevo; pues la igualdad ante la ley del apetito todo lo nivela, y ni el inglés echaba de ménos su *beefsteak* y su *plom puding*, ni el aleman su *choucroute*, ni el americano su *ananas*, ni el español su *olla podrida*.

El lenguaje general era el que hubiera usado una comision de operarios de la torre de Babel, despues que les sucedió aquel trabajo; mas en cuanto á pedir el plato al

compañero, todos hablaban corriente el frances, y nadie dejaba en el tintero el *s'il vous plait* y el *pardon* de costumbre. — Las diversas fracciones se subdividian despues en varios *apartes*. — Los ingleses hablaban de política con el americano; el médico prusiano hablaba de gases con el aleman; las inglesas no hablaban de nada, y los comisionistas franceses hablaban de todo.—El Mesías novísimo intentaba inocular sus doctrinas en el alma de la actriz, y la madre de ésta me habia tomado por su cuenta para averiguar si en España las mujeres llevan un puñal por abanico, y los hombres un trabuco por baston.— Pero todos callábamos cuando comiamos (que eran los más de los ratos), hasta que, acabado el servicio, cada uno se fué eclipsando *sans façon* y *sans compliment* (dos santos de aquella tierra, muy santos y muy buenos, pero muy mal criados), quedando sólo en la mesa los ingleses, sin duda para enjuagarse con unas cuantas botellas de Jerez y del Rhin.

Sería repetir lo ya dicho si hubiera de trasladar aquí las gratas sensaciones que experimenta el viajero atravesando el delicioso jardin de la Turena, siguiendo las magníficas orillas del Loira, que mira siempre correr á su derecha, y costeando las pintorescas rocas que bordan el valle por la izquierda, á cuyas faldas se elevan una infinidad de edificios campestres, ingeniosamente combinada su arquitectura con la desigualdad del terreno, y cuyas rocas forman en muchas de ellas parte de sus murallas; y todo esto por un número considerable de leguas, hasta llegar á cansar la vista y la imaginacion. — Viene luégo el soberbio camino elevado, conocido por el nombre de *levées de la Loire*, el cual sirve tambien de dique para contener las aguas en tiempo de crecida, y tiene veinte y dos piés de altura sobre el rio y veinte y cuatro de espesor.

—Pásase despues, aunque rápidamente, por la antigua y célebre ciudad de *Blois*, célebre en la historia de Francia por sus turbulentos Estados y la muerte del Duque de Guissa, y continúa luégo el camino, siempre animado por la presencia del Loira y la hermosa vegetacion de la campiña, por la riqueza de sus pueblos, caseríos y antiguos *châteaux* (entre ellos el de *Chambord*, célebre mansion de Francisco I, hoy propiedad del Duque de Burdeos), hasta llegar á la populosa ciudad de *Orleans*, notable por su extension, hermosa catedral y otros edificios antiguos, y más que todo, por ser la patria de la célebre doncella guerrera *Juana de Arco*, cuya estatua de mármol se eleva en un sencillo monumento colocado en la plaza *Mastrois*.

Orleans dista sólo treinta leguas de París, y á cada paso que adelanta, va sintiendo el viajero la inmediacion de la ciudad gigante, del gran emporio de la cultura y civilizacion del continente europeo.—Los pueblos y caseríos que se suceden van tomando un aspecto áun más importante y activo; los caminos se miran cubiertos de una multitud de carruajes de todas formas, de viajeros de todos los países; con los castillos y casas de placer alternan ya á cada paso las inmensas fábricas, los grandes establecimientos de educacion y de industria; las carreteras más cuidadosamente reparadas, la propiedad más subdividida, los cercados más frecuentes, los más mínimos trozos de terreno aprovechados por la industria; todo da bien á conocer la importancia y el valor del país que se atraviesa; hasta que, al llegar á *Bourg la Reine*, la imaginacion se resume ya y encierra en este solo nombre..... PARÍS.

Con efecto, el viajero tiene delante de sí, allá en el fondo de tan animado cuadro, aquella colosal ciudad, ensue-

ño de su imaginacion, objeto de sus deseos. — Todos los monumentos que le salen al paso, todos los sitios que pisa, le son ya conocidos de antemano por los cuadros del artista ó por las relaciones del viajero; — y sin necesidad de preguntar á nadie, adivina y reconoce que aquellos arcos monumentales que mira á su derecha son los del acueducto de *Arcueill;* — que aquellos palacios y bosques que tiene á su izquierda son los de *Meudum* y de *Saint Cloud;* — que aquel severo edificio que descubre en el fondo es el Hospicio y castillo de *Bicètre;* — que aquella inmensa cúpula que se destaca en la altura de la ciudad es la de *Santa Genoveva*, hoy *Panteon Nacional;* — que aquellas dos torres paralelas á su inmediacion son las de la *iglesia de San Sulpicio;* — y más allá, las otras dos célebres de la catedral de *Notre Dame;* — mira campear á su izquierda la elegante cúpula ó *domo de los Inválidos;* — admira en el último término la masa gigantesca del arco de la *Estrella;* — y reconoce, en fin, que aquella verja que se abre delante de él es una de las entradas ó *barreras* de París (la barrera llamada del *Infierno*), y que un giro más que dé la rueda de su coche le da ya en el recinto de la inmensa capital.

VII.

PARIS.

Aspecto general.—Primeras impresiones.—Comparacion mental.

Pretension exagerada pareceria, y seríalo en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que, bajo todos títulos, ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viaje, escritos más bien para entretener los ratos de cansancio y la ausencia de los amigos, que para dar á conocer á los que no la hayan visto, la gran importancia, el mágico embeleso de aquella gigantesca capital.—Empero, entre aspirar á tamaño resultado, y el más modesto de recrear la memoria propia y excitar algun tanto la curiosidad ajena, permítaseme el haberme decidido por este último extremo, y arriesgar sólo aquí las propias impresiones á la vista de tan singular espectáculo, sin que sea lícito pedirme cuenta más que de lo que diga, y no de modo alguno de lo muchísimo que dejaré por decir.

Empezando, pues, mi agradable tarea por el aspecto material de la ciudad, todo el mundo sabe que la antigua *Lutecia* de los Gaulas estuvo reducida, en su primitivo

orígen, á una isleta formada por el rio Sena, que subsiste todavía, y es conocida hoy por el nombre de *la Cité*, agregándosela sucesivamente otras dos pequeñas (la de *San Luis* y la de *Luvois*).—Más adelante, andando los tiempos, y no cabiendo ya la poblacion de *Lutecia* en tan estrechos límites, se extendió por ambas orillas del rio, aumentándose sucesiva y prodigiosamente, en términos que puede decirse que hoy la principal cuna de aquella metrópoli apénas es apercibida entre la inmensa extension de las otras dos poblaciones á derecha é izquierda del Sena.

Este rio, pues, encerrado en el medio, y atravesando hoy la ciudad por toda su extension, es la artéria principal, la marcada línea entre sus tres principales divisiones; y la separacion que ella establece, no sólo se hace sentir en la material fisonomía de las construcciones, sino tambien en la social y política de su poblacion; así vemos que la de la parte septentrional, ó sean las *Tullerías* y la *Chausée d'Antin*, está más especialmente habitada por la córte y el comercio; la meridional, ó sean los cuarteles de *San German* y de la *Universidad*, son el patrimonio de la antigua aristocracia y de las escuelas, y el centro, correspondiente á las islas, y en donde se hallan situadas *la Catedral* y el *Palacio de Justicia*, es más especialmente habitado por el clero y la curia.

Reunidas, pues, estas tres divisiones, componen la asombrosa mole de siete leguas de circunferencia, cubierta con cuarenta y seis mil edificios, cortada por mil doscientas calles, y poblada con cerca de un millon de habitantes.—Una muralla sencilla rodea su recinto, y está interrumpida por cincuenta y ocho entradas, llamadas *barreras*, á las cuales vienen á converger todos los caminos capitales del reino. Veinte y dos puentes sobre el rio (entre los cuales los hay de primer órden por su solidez y

elegante construccion) establecen las comunicaciones entre tan apartados barrios.—El terreno sobre que está situada la ciudad es generalmente llano, á excepcion de algunas pendientes á los extremos, hácia el *Panteon* y la puerta de *San Dionisio.*

Ademas de la division central marcada por el rio, hay otra en la parte septentrional de la ciudad, establecida por los hermosísimos paseos conocidos por los Baluartes (*Boulevards*), y abiertos sobre el terreno por donde un dia corria la fortificacion de la ciudad; los cuales, describiendo en su extension de unos ocho mil pasos una inmensa curva desde la plaza de la *Magdalena* á la de la *Bastilla*, subdividen la parte más importante y vital de París (que es la comprendida á la derecha del Sena) en dos grandes porciones, que pueden llamarse nueva y vieja; campean en aquélla la moderna aristocracia mercantil con toda su magnificencia, y ostenta en ésta su inexplicable actividad la industria y el comercio de detalle. — Las calles principales, ó siguen paralelas las dos grandes líneas del rio y los baluartes en una prodigiosa extension, ó las comunican entre sí desde uno al otro extremo de la ciudad, estableciendo así un plan bastante uniforme y no difícil de comprender por el forastero.

Éste, al llegar á París por la parte *de Arcueill* (como á mí me sucedia esta vez), no tiene por el pronto que felicitarse mucho de la primera impresion que le produce aquella ciudad; pues atravesando por largo rato calles estrechas, sucias y oscuras, aunque de una extension desconsoladora, contemplando la triste y sombría mole de las casas, por la mayor parte viejas y ennegrecidas por el tiempo y la humedad del clima, y mirándolas animadas por una poblacion que, aunque activa é industriosa, parece revelar los rigores de la miseria, se hallará por el

pronto desencantado de sus ilusiones, creerá fallidas sus brillantes esperanzas, y se vengará en silencio de las encomiásticas relaciones de los viajeros, maldiciendo de todo corazon su bondadosa credulidad.

Pero aguarde con paciencia el recien llegado; siga con la imaginacion y con la vista el curso de su carruaje; salga, en fin, del embrollado caos del *país latino* (barrio de la Universidad); dé vista al rio; atraviese el *Puente Nuevo;* y si tanta es su fortuna, que en aquel punto y hora la inmensa multitud de carruajes que le cruzan obliga á detenerse algunos minutos al suyo, asome entónces la cabeza nuestro viajero y extienda la vista de uno y otro lado, y siguiendo los gigantescos brazos de la ciudad, contemple, si puede, delante de sí el romántico palacio de *las Tullerías* y sus bellos jardines, la magnífica fachada del *Louvre* y su elegante columnata, la interminable serie de hermosas casas que bordan los fuertes diques del rio, la bella perspectiva de los puentes, el antiguo *Hôtel de Ville* (casa de Ayuntamiento) y la torre de Santiago limitando el cuadro á su derecha; el obelisco Egipcio y el arco triunfal de la Estrella á su izquierda. — Por el opuesto lado del rio podrá abarcar su vista los palacios del Instituto y de la Moneda, los del Consejo de Estado y la Cámara de Diputados, las elegantes cúpulas de los Inválidos y el Panteon, y en medio del rio, la hermosa isla, que parece una ciudad flotante, que arrancando en el mismo puente sobre que situamos al espectador, concluye ostentando entre las nubes las sombrías y majestuosas torres de la catedral (*Notre Dame*).

Ignoro si el viajero se dará por satisfecho con esta primera inspeccion, pero me persuado de que no será así; ántes bien creo que, siéndole imposible desprenderse todavía de sus ensueños (que nunca se parecen á la reali-

dad), y calificar á un solo golpe de vista tan vário y magnífico espectáculo, cederá por el momento á un embrollo de los sentidos, á un aturdimiento de la imaginacion, de que no sepa darse cuenta, pero que le impide gozar del cuadro majestuoso que le rodea. — Más adelante, y despues de calmada esta primera é indefinible sensacion, luégo que, guiado por un *cicerone* inteligente, haya podido recorrer en su inmensa extension las régias calles de *Rivoli*, *Castiglione* y de *la Paz;* las animadas de *Montmartre, San Dionisio* y *San Martin;* las elegantes é industriosas de *Richelieu*, *Vivienne* y *San Honorato;* las opulentas y aristocráticas de la *Chausée d'Antin* y del cuartel de *San German;*—luégo que, situado en la magnífica plaza *de la Concordia*, vea ostentarse en derredor suyo los principales palacios, jardines, paseos y monumentos públicos del París moderno; luégo que haya recorrido la doble fila de diques que bordan el rio, animados por una poblacion numerosa y vital; luégo que haya seguido la interminable línea de los baluartes desde la moderna columna de las víctimas de Julio hasta el magnífico templo griego de la Magdalena, espectáculo único en su género por su movimiento y suntuosidad; luégo que del opuesto lado del rio haya admirado el soberbio Panteon, el Cuartel de Inválidos, el palacio y jardines de Luxemburgo y el delicioso Jardin de Plantas; la catedral de Nuestra Señora y el Palacio de Justicia en la isla central; los de las Tullerías y el Louvre, la columna de Napoleon, la casa de Ayuntamiento, la Bolsa, el arco de la Estrella y otros mil monumentos de primer órden á la orilla derecha del Sena; luégo que haya visto de noche este extenso cuadro alumbrado con infinidad de faroles alimentados por el gas; luégo que haya recorrido las encantadoras galerías (*passages*) *de Vivienne, Colbert, Saumon, Choiseul, Panoramas, Ver-ododat*, etc.; luégo, en fin, que haya contemplado las bellísimas arcadas

que rodean el jardin del *Palacio Real* de Orleans, y hallado en ellas el más magnífico bazar, la exposicion más rica de industria que existe en el mundo; entónces, y sólo entónces, podrá decir el viajero que ha hallado el París que buscaba, el París magnífico, el París animado é industrial que soñaba su fantasía.

Aconsejémosle, empero, que no pretenda calificar de pronto tantos y tan variados objetos; que no ceda al entusiasmo ni á la fatiga que su vista le produzca, y que, reducido en lo posible á una observacion meramente pasiva, aguarde á que el tiempo venga á colocarle en el verdadero punto de vista desde el cual ha de examinarle.

Sin apartarme por ahora de la rápida inspeccion material de aquella ciudad, sólo diré que en su conjunto no puede afirmarse, sin embargo, que sea una poblacion bella, una agradable perspectiva.—Y esto por várias razones.—La considerable extension de su recinto, poblado y engrandecido en diversas épocas y bajo el influjo de distintas civilizaciones, revela en sus varios cuarteles el sello peculiar de cada una, y por consecuencia, ninguna calificacion absoluta puede admitirse para el conjunto general.—Si penetramos, por ejemplo, en los barrios centrales del antiguo París, hallarémos un laberinto inexplicable de calles estrechas y tortuosas, de casas altísimas é informes, por cuyas ventanas no penetró jamas la luz del sol; cuyas fachadas ojivas y maltratadas por los rigores del tiempo ofrecen un desgraciado prospecto de aquella época tan encomiada en nuestros dias por los poetas y novelistas; de aquella Edad Media, en que la humanidad se dividia en siervos y tiranos; en que los feudales castillos y los suntuosos palacios de éstos dominaban desde su altura las miserables chozas donde vegetaban aquéllos á su servicio; en que las disensiones de las familias patricias, en que las lu-

chas de señor á señor, convertian sus vasallos en guerreros, sus palacios en fortalezas, sus tortuosas poblaciones en reductos y emboscadas, donde mutuamente se defendian de las bruscas agresiones de sus contrarios.

La civilizacion, emancipando á la humanidad de tan vergonzoso yugo; elevando la inteligencia á un alto grado de esplendor; revelando al hombre su dignidad, y dándole á conocer los goces que la vida podria ofrecerle, vino á variar el aspecto material de los pueblos, y las ciudades modernas, borrando sucesivamente las ominosas trazas de su antiguo barbarismo, ostentan hoy una comodidad, un lujo, un halagüeño aspecto, que podrá, si se quiere, parecer monótono y prosaico á aquellos hombres excéntricos que gustan de trasladarse con su imaginacion y con su pluma á las épocas nebulosas y á los contrastes marcados; pero que no por eso dejará de obtener la aprobacion de la generalidad de los vivientes, inclinados á atravesar más dulcemente su peregrinacion en la tierra.

El París de Luis XI y de Enrique IV va, sin embargo, desapareciendo rápidamente ante las poderosas exigencias de la moderna civilizacion, y hoy sólo conserva como documentos de la antigua algunos barrios tortuosos, algunas calles sombrías, algunos edificios públicos, que su importancia hace respetables, y extendiendo ademas sus límites hasta un término que no pudieron nunca soñar sus antiguos fundadores, ostenta sobre ambas márgenes del Sena distritos inmensos, calles interminables, derechas, uniformes, amplísimas, cubiertas de edificios de elegante forma, fuertemente enlosadas con piedras cuadrangulares que ofrecen á los carruajes una superficie unida y sólida, con anditos ó aceras para comodidad de los transeuntes, alumbradas de noche por el gas, disimulados con ingenioso cuidado los desniveles, cortadas las esquinas con inteligencia, proporcionados á su término los bellos puntos

de vista y la fácil comunicacion.—Y digan lo que quieran Víctor Hugo y su comparsa de imitadores, esto vale más que las tortuosas avenidas de la *Cour des Miracles* (hoy convertida en una bonita plaza) y que las puertas ojivas, hora sustituidas por dóricas columnas, por elegantes balaustradas, por ámplios y cómodos peristilos.

Queda sentado árriba que París, considerado en conjunto, no puede llamarse una ciudad bella; pero es preciso explicar ante todas cosas lo que nosotros los habitantes del Mediodía llamamos una hermosa ciudad.—Ante todas cosas, nuestros ojos, acostumbrados á una atmósfera pura, á un sol brillante, buscan en el conjunto de una poblacion esta diafanidad del ambiente, esta armonía de los colores que sólo hallamos en nuestro clima.—Los objetos más insignificantes embellecidos, las distancias más extensas aproximadas, adquieren por el reflejo de nuestro claro sol una entonacion de colorido, una armonía de agrupacion, que en vano buscarémos en donde las nubes y la bruma ejercen un imperio casi constante é imprimen á todos los objetos un aspecto anticipado de vejez. —Así que, considerado París desde una elevada altura, sólo ofrece una inmensa masa de sombras cenicientas, una agrupacion de picos grises ó negros, una montaña, en fin, de pizarras, en cuyo fondo mate y sombrío vienen á apoyarse los débiles rayos del sol; las calles, aunque anchas y largas, no permiten tampoco á la vista disfrutar toda su extension, por la opacidad de la atmósfera en la mayor parte del año; y los objetos lejanos de importancia, las torres, los arcos triunfales, aparecen como encubiertos con una gasa más ó ménos espesa, que por otro lado no deja de prestarles cierto realce y misteriosa hermosura.

Resultado de esta constante humedad es el color sombrío que adquieren muy pronto los edificios, en términos

de llegar á ennegrecer completamente los de piedra, y dar lugar en los intersticios de sus labores á un musgo verdinegro, que á nuestros ojos no puede ménos de desfigurarlos.—Así, por ejemplo, la fachada de la Catedral, la columnata del Louvre, el palacio de las Tullerías, el de Justicia y el antiguo Hotel de Ville no ejercen sobre nosotros aquel efecto que acaso nos arrebató cuando los contemplamos pintados; y por eso la Bolsa, la Magdalena, el Consejo de Estado y el Arco de la Estrella, como edificios más modernos, y que todavía han podido resistir á la accion de la atmósfera, nos agradan y seducen más.

Las fachadas de las casas son, por lo general, sencillas y monótonas en su distribucion y colorido, y carecen tambien á nuestros ojos de aquella parte vital que prestan á las nuestras sus balcones salientes y sus extravagantes colorines.—En climas ménos templados, el balcon no es, como entre nosotros, una necesidad; las ventanas permanecen constantemente cerradas, y la forma exterior tiene que acomodarse á las exigencias de la comodidad de los habitantes más bien que al agrado del transeunte.—Pero, en cambio, las casas de París no presentan las formas extravagantes de muchas de las nuestras, ni sus mezquinos tejados de barro, ni los prolongados aleros, ni los incómodos canalones, ni sucios portales y oscuras escaleras, informe y poco cómoda distribucion interior.

Aquéllas, en los barrios mercantiles, tienen en su planta baja tiendas cómodas y espaciosas, generalmente adornadas en su exterior con caprichosas portadas de maderas finas; un portal más ó ménos capaz, pero limpio y bien enlosado; una escalera de madera, construida en espiral con rara inteligencia, aunque, á decir la verdad, no con gran comodidad, por el córte que da á los peldaños la forma circular de la caja; una distribucion discreta y apropiada de todas las habitaciones, y una entendida economía

de las luces, de la ventilacion y de los conductos de las aguas, que harian bien en estudiar muchos pretendidos Vitrubios, cuya rara inteligencia se limita á hacer grandes salones ó imperceptibles celdas; pegar columnas á las fachadas y repisas á los balcones, sin cuidar, ante todo, de que el edificio responda ó no á su objeto, y de que sus habitantes disfruten la mayor comodidad posible.

¿Qué dirian si vieran las casas de los barrios mercantiles de París, taladradas muchas de ellas en el interior de las habitaciones para dar paso á elegantísimas escaleras espirales de caoba, de hierro, de bronce y hasta de cristal, que prestan comunicacion entre los almacenes del piso bajo y los superiores; si observáran otras sostenidas por delgados pilares de hierro para dar más elegantes entradas y majestuoso aspecto á las tiendas y cafés; si mirasen construir en algunas puentes de hierro sobre los patios para comunicarse las habitaciones superiores; si viesen en las más penetrar por bajo del pavimento de la calle, y proporcionar allí espacios para las cocinas y otras necesarias dependencias? — Sin duda llevarian á mal el ver adornar los frontispicios con ventanas circulares ú ojivas, aplicar á ellas columnitas ó estatuas, triglifos ó festones, segun el gusto de cada cual, sin cuidarse si Paladio lo prohibió, ó Vignola lo consiente, y hacer en el interior aquella distribucion más análoga al carácter del habitador, sin obligarle á que por fuerza haya de tener una sala terminada por dos gabinetes, flanqueados por dos alcobas; éstas por dos pasillos; éstos por dos dormitorios bien frios y bien oscuros; los dormitorios por un comedor; éste por una cocina; la cocina por una despensa, y entre ambas colocado *oportunamente* el malhadado recinto que más lejos debiera estar. — Merecerian tambien su desaprobacion los portales sin basureros y sin urinarios (vistámoslas de romano para mayor decencia), algunos ricamente enlosados

de mármoles, de relieves de estuco y espejos; unas escaleras dependientes de su caja, unas habitaciones ensoladas de madera, unas paredes proporcionando espacio para las chimeneas, los tejados empizarrados, las buhardillas cómodas y hasta elegantes (1).

Si pasando de los barrios industriosos nos dirigimos á los opulentos y aristocráticos de la *Chausée d'Antin* y *San German*, hallarémos allí una serie interminable de verdaderos palacios, de regios edificios, adonde se ostenta la elegancia y la opulencia de sus dueños.—Muchos presentan alineadas á la calle sus soberbias fachadas; otros, solamente una espaciosa puerta que da entrada á un jardin, ó patio, en el fondo del cual se descubre el bello palacio del magnate, el elegante casino del artista ó la opulenta mansion del comerciante acaudalado.—Formas griegas y romanas, de la Edad Media y del Renacimiento, árabes y rusas; *villas* italianas, *kioskos* chinescos, pabellones orientales y clásicas columnatas; todo alterna osadamente en estos sitios, segun el gusto particular de cada dueño; y por ello nadie pone la voz en el cielo; ni las academias lanzan sus anatemas; ni el Ayuntamiento arma pleitos; ni los arquitectos se escandalizan; ni unos ni otros cuidan más sino de que la calle quede alineada; que el paso esté expedito; que el edificio ofrezca solidez, y que no tengan, en fin, ninguno de aquellos inconvenientes que el interes general tiene derecho á impedir al interes privado.

En los edificios públicos, ya es otra cosa; y es preciso

(1) Todas estas observaciones, muy justas hace cuarenta años, han perdido ya su oportunidad, y el nuevo caserío que ha cambiado de aspecto á Madrid y otras ciudades de España, hace mucho honor á la inteligencia y buen gusto de nuestros modernos arquitectos.

confesar que los arquitectos parisienses pueden presentar con orgullo en todas las épocas obras de la mayor importancia arregladas al gusto y á los severos preceptos del arte.—Ni es de mi propósito, ni está á mis alcances, el hacer un análisis de ellas; pero son harto conocidas y prodigadas sus descripciones para que haya necesidad de hacer una más.

Los antiguos templos de Nuestra Señora, los Inválidos y San German *l'Auxerrois;* el magnífico palacio del Louvre, los del Instituto, la Moneda y otros muchos; las obras modernas del Panteon, la Bolsa, la Magdalena, el Consejo de Estado, el Arco de la Estrella, los puentes de Jeña y Austerlitz, son obras que ciertamente no hubieran desdeñado los griegos ni los romanos, y tanto, que sólo se ofrece acaso que censurar en ellas la rígida imitacion de los monumentos de aquellos pueblos, y tal vez la poca analogía de los edificios con el objeto á que están destinados, con las diversas creencias, las distintas necesidades de la moderna civilizacion.

Por ejemplo (y sea dicho sin acrimonia), á mi modo de ver, no hallo razon por la cual, habiendo de edificar una iglesia destinada al culto de un Dios único, misterioso, sublime, se adopten las risueñas formas tan adecuadas á la griega mitología; que se trasforme el templo de Teseo en iglesia de Magdalena la penitente, y sus relieves de triunfos humanos en otros que representan la misericordia del Redentor.—Tan ridículo aparece tambien á los ojos de la filosofía una Bolsa de comercio bajo la forma del Partenon; una rotonda romana para servir á un mercado de trigo; otro templo griego hecho teatro, y hasta con su nombre helénico de *Odeon.*—Pero prescindiendo de este rigorismo clásico, no puede negarse á los arquitectos franceses un atrevimiento en la concepcion y ejecucion de aquellas gigantescas obras, que prueban

sus sólidos estudios y la conciencia con que cultivan el arte.

El empedrado de las calles de París, sólido, unido y formando una ligera curva con su elevacion en el centro, es en extremo cómodo para el paso de carruajes, aunque los regueros que se forman en ambos lados y á la inmediacion de las aceras no dejan de ser bastante incómodos, á pesar de la inmensa multitud de conductos que impiden la aglomeracion de las aguas. Pero este inconveniente va á ser remediado por un nuevo sistema, que se halla ya puesto en práctica en las calles Vivienne y de Montesquieu, el cual consiste en echar dichos regueros por bajo de las losas ó aceras elevadas, con lo cual, áun en tiempo de las mayores lluvias, no se verá en las calles ninguna corriente de agua.—Las ya dichas aceras son de una anchura conveniente respecto á la de la calle, de losas anchas de piedra ó *asfalto* (especie de betun arenoso petrificado, de que se hallan ademas cubiertas muchas plazas y paseos), y presentan por su ligera elevacion un abrigo contra los peligros que de lo contrario acarrearia el contínuo paso de carruajes.—La limpieza de las calles se verifica con asombrosa rapidez, si se atiende al inmenso recinto de la ciudad, y únicamente cuando sobrevienen las grandes lluvias ó nieves de invierno es cuando realmente y por algunas horas se ponen intransitables.—El alumbrado público, ya queda dicho que es por medio del gas en lo principal de la ciudad, y ademas está reforzado considerablemente con la profusion de luces que ostentan las tiendas; pero las calles apartadas y lejanas del comercio permanecen aún poco ménos que á oscuras, con sus sombríos reverberos colgados de tarde en tarde en el centro de la calle.—La numeracion es fácil y cómoda por el método, adoptado tambien en Madrid, de los pares á la derecha y

los impares á la izquierda, y creciendo ó decreciendo segun la proximidad al rio.—Y la policía urbana, en fin, numerosa, vigilante y activa, imprime á todo aquel conjunto una marcha constante y conciliadora de la pública comodidad.

No se permite allí, como en nuestro Madrid, á los dueños de obras particulares embarazar el paso con grandes hacinamientos de escombros, córtes de maderas ó preparaciones de la cal; tampoco se ven ostentadas al aire en ventanas y balcones las ropas recien lavadas, ni se tolera á los perros andar sueltos bajo su palabra, ni á las cabras echarse á pastar en medio de las calles y plazuelas; ni se ven grupos de mendigos ostentando sus llagas ó pidiendo con voces lastimosas; ni tropas de muchachos arrojándose guijarros; ni guijarros tampoco sueltos que pudieran arrojarse aunque quisieran; ni acémilas enormes cargadas de sanguinosas reses ó de serones de pan; ni barreños de agua vertidos *ex-abrupto* á los piés del transeunte; ni cuadrillas de jumentos, portadores de ladrillos, retozando en bulliciosa alegría; ni fornidos atletas pesando carbon ó cargándose sobre sus hombros una casa entera.—El reparto del agua, el pan, de la carne y demas provisiones de boca, de los materiales para las obras y de los muebles en las mudanzas de casa, se hace por medio de carros, enormes unos, apénas perceptibles otros, tirados aquéllos por vigorosos caballos, empujados éstos por niños, mujeres y hasta perros, que los hacen rodar sin gran trabajo, por el buen empedrado y lo llano de las calles.

La ocupacion constante de toda la poblacion, las grandes distancias, y por consecuencia, la prisa que á todos ocasionan; la rigidez del tiempo en la mayor parte del año, y el peligro, ó más bien la imposibilidad, de permanecer parado en donde todo se mueve, son causas bastantes para que no se formen en aquellas calles y plazas esos

numerosos grupos de gentes baldías que atestan las nuestras, y de que todo presente allí el aspecto de la animacion y el movimiento.— Pero este punto del París *vital* merece por sí capítulo aparte; bástenos por hoy el haber borrajeado ligeramente el lugar de la escena, dejando para los dias sucesivos el cuadro animado, las heterogéneas semblanzas de los actores.

VIII.

EL PRIMER DIA EN PARIS.

EPISODIO (1).

Para un espíritu observador, para una imaginacion viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el dia de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que, ó no se borran jamas, ó dejan honda huella en el corazon y en los sentidos.

Yo llegaba á París por *Charenton* (2), así como otros

(1) Este artículo, que forma un episodio en los presentes *Recuerdos de viaje*, fué escrito en otro que verificó el autor siete años ántes á Francia é Inglaterra (1833-1834). Sin embargo de esta circunstancia, y de la disparidad de estilo y forma en que escribió ambos *Recuerdos*, parécele oportuno colocarle aquí por la homogeneidad de objeto, aunque haya de incurrir en la repeticion de algunas ideas.

(2) En dicho primer viaje habia entrado en Francia por Cataluña y recorrido las provincias de la Provence y el Lionés ántes de llegar á París.

van á Charenton (1) desde París. Habia salido aquella mañana de la linda ciudad de *Melun*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, habia abandonado la diligencia y tomado una carretela con otro compañero de viaje, tambien jóven, tambien extranjero, y tambien, como yo, deseoso de gozar.—Ignoro si á él le sucederia lo que á mí, ni sé si pensaria en Viena, su patria; por mi parte, no podia apartar la memoria de la mia, y estableciendo una relacion mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanáres desde el *Sena*, el cerro de los Angeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerlitz*.

Y todavía no eran éstas las comparaciones más desventajosas; pero cuando veia desplegarse á mis piés aquellas ricas y frondosas campiñas; cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles; cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de casas de campo (*châteaux*), paradores (*hôtels*), fondillas (*restaurateurs*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian acrecer la idea de la capital que iba á conocer; cuando ésta se desplegó á mi vista en toda su extension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de Nuestra Señora, de San Sulpicio y de las Tullerías; aquellos palacios, en fin, aquellos templos que ya de antemano tenía yo tan impresos en mi mente; cuando, en fin, comparé todo este majestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces habia contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude ménos de dejar escapar un suspiro, que

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de éste.

Ya habiamos pasado el puente de Charenton, y yo, contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al conductor cuánto nos faltaba aún para ésta.

—Dos leguas, me contestó.

Pero la serie de casas de uno y otro lado no concluia; ántes bien, de bajas y sencillas, iban tomando formas más majestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada extension; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruajes de todas las formas conocidas, de trajineros, de paseantes, iba aumentando prodigiosamente; ya veia desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés..... y sin embargo, París no parecia.

—Conductor, ¿cuánto nos falta aún para llegar?

—¿Adónde?

—A París.

—Hace hora y media que estamos en él.

—Pues ¿cómo? ¿Desde cuándo?

—Desde Charenton.

—¿Pues no habia dos leguas?.....

—Sí, señor; pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

—¡Con que, esto es París! ¡Dos leguas! Por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debia haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podian encontrarse en cualquier parte..... —Pero, señor, ¿adónde vamos á parar? Dos horas hace que andamos, y áun no

hemos llegado al punto de parada, y eso que vamos en piés ajenos: ¡cielos! ¡Qué será cuando tenga que franquear estas distancias con los mios! ¡Qué tristeza!..... Esto será vivir solo en medio de la multitud. — Esta sentida reflexion es terrible, y sin embargo, es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡Qué calles tan sucias y oscuras! ¡Qué casas tan negras! ¡Qué monotonía, qué pesadez de edificios!—¿Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá, con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolucion.

«*Hôtel Royal des Messageries.*» ¡Hola! Aquí es donde harémos alto.....¡Qué confusion! ¡Cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Brusélas; el otro, de Viena; el de más allá, de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan y me hacen mil reverencias?..... ¡Ay! ¡que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco! ¡Que los meten en aquel coche!..... ¿Qué es esto? adónde me llevan ustedes?

—*Entrez, Monsieur.*

—Pues, señor, héme aquí trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; pero ¿á dónde nos dirigimos? Veamos las papeletas de los *hôtels* que me han dado estos hombres..... escojamos.

—Conductor, al *hôtel de..... Rue Richelieu.*

—Estamos en él.

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un

hôtel por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luégo puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquélla, donde va á reunirse constantemente lo más escogido y brillante de la poblacion de Europa; donde los potentados y áun los reyes llegan de incógnito, confundiéndose con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luégo concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles más grata su permanencia.—Así es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hôtels* por el espíritu de la especulacion. Añádese á esto la elegancia y primor del mueblaje de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el órden admirable en el régimen interior de aquellas casas, en las que cada uno llega á dudar si está solo, y si sólo para él se prodigan aquellos cuidados, y no se extrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar de ménos las comodidades de su propia casa, por muchas que sean.

Héme aquí instalado en mi habitacion parisiense, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secrétaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas. ¡Cuán grato es aquel primer momento en que uno, entregado á sí mismo y descansando de las fatigas de tan largo viaje, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha, aunque mudos, decirle todos: «Estás en París.»

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*domestique de place*), que viene á ofrecer sus importantes auxilios sirviéndoos de guía en el laberinto de París; para él no hay secretos, ni puerta cerrada en la ciudad; los Museos y Bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña, os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París; es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta gusta de ostentar sus perfecciones; es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.

No léjos de él, viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé á *dos francos por hora;* ése os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone;* pero su jurisdiccion no se extiende más allá de las fachadas y de los patios de los edificios.—Luégo viene el barbero con su cajita llena de ungüentos y cosméticos para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de piés á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *Fígaros* españoles. —Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido á la cabeza, y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir.* — Luégo entran las fantásticas tarjetas de *adreses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores y gabinetes de lectura de todo el cuartel.— Y por último, teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el más cansado de todos aquellos solícitos

servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba abajo, y mirará vuestros trajes con una sonrisa compasiva; despues, dirigiéndose á vos con un aire solemne, exclamará:

—Monsieur, mucho me aflige el tener que decíroslo; pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo á los adelantamientos del siglo.*

Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un antípoda.

Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera Guía parisien;* por hoy no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos, pues, á la calle.—Pero ¿á dónde dirigiré mis pasos? ¿Iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿Preferiré los paseos? ¿Recorreré los *Boulevards* ó el *Palais Royal?* Sigamos, pues, sin dirigirle, el impulso de mis piés, y entreguémonos al númen tutelar que sin duda debe haber para los recien llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes), metido en dias de feria en una tienda de tiroleses, en el momento en que tú, deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado vendedor le muestra profusamente?—Pues hé aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital.—Mírale correr precipitado de un objeto á otro,

sin entenderlos ni clasificarles en su memoria; pararse de pronto y volver á desandar lo andado, y que tán pronto llama su atencion un magnífico templo, como la extravagante muestra de un peluquero; — el prolongado faeton *ómnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería;—las caricaturas de Boily, que cubren los cristales de una estampería, como la elegante y agraciada *limonadière* que regenta el mostrador de un café;—que se rie en la cara á un sansimoniano con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas;—qué luégo sube en un *ómnibus* para dejarse conducir *por ocho cuartos*, sin saber adónde, y en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por sólo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacen ;—y más allá se le antoja una estampa, y luégo una sortija, y despues un libro, y más arriba una caja de música, y más abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lápiz, ni papel, ni manos, ni cabeza.—Entre tanto, recibe con agrado las innumerables tarjetas que le entregan por las calles con las señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luégo compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por dos reales ; despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés à deux sous*, ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento de la Compañía holandesa; y luégo se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Madama Angot* y *Mr. Leprice;* y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las

Catacumbas; y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del cementerio del padre *Lachaise.*

Pero entre todos éstos, hay un momento verdaderamente solemne y magnífico, y éste es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal.*—He visto bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real.—Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba; pues bien, ahora debo añadir que sólo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto no encontrarán exagerada esta observacion; á los que no, toda descripcion sería inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interes en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginacion y de los sentidos; infinidad de almacenes magníficos, surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura y espectáculos de todos géneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi

estómago, más positivo aún que mi cabeza, vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacía seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve, pues, que transigir con su justa exigencia, y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que, sin haber visitado á París, calculen, de los llamados *restauradores* en aquella capital, por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los Dos Amigos y *Rocher de Cancale*, entre la Fontana y *Les Frères provençaux*.—Se ha dicho, no sin razon, que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto, el más delicado gastrónomo no tiene allí la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, convendria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. — De aquí la boga de tales establecimientos, que no solamente están en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital.— Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los más ínfimos hasta los más inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales, que en vano pretenderia yo aquí ni tan sólo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces

en aquella capital, gustó hacer un exámen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante.—Acabada la comida, y teniendo á la vista el *Entr'acte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cuál dariamos la preferencia.—¡Ahí que no era nada!—Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teniamos donde escoger. ¿Y qué espectáculos? *Roberto el diablo*, *I Puritani*, *El Misántropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El Arte de conspirar*, *La Torre de Nesle*, *El Diablo en Sevilla*, *El Hombre del siglo*..... Meyerbeer, Bellini, Molière, Racine, Víctor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Plessis*, *Mrs. Ligier*, *Joanny Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ibanoof*, *La Grisi* y *La Unguer*..... y esto sin contar otro sinnúmero de diversiones más *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos Elíseos*, *Italia*, *Tivoli*, *Vauxall*, *Frascati*, el *Prado* y el *Retiro;* conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes y de indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos y volatineros.

Pero era el primer dia que yo estaba en París y me hallaba en el Palacio Real; creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro frances, al Teatro de Racine y de Corneille.— Reuníase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salia á ejecutar el papel de *Celimene* en el Misántropo..... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas,

no pude ménos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero áun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel dia; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia Real de Música*, donde á la sazon se hallaban cantando el *Roberto el diablo*, de Meyerbeer.

Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que sólo viéndolo puede formarse idea; al ver el mágico vuelo de *Mlle. Taglioni* y demas comparsa aérea; al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé, acabada la ópera, el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches; sin hacer parada, por aquella noche, en el café de *Tortoni* ni en el *Inglés;* sin apénas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero; sin acordarme, en fin, de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente dia, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas áun más gratas del porvenir.

IX.

PARIS ANIMADO Y MERCANTIL.

No es ciertamente la inmensidad de las calles, ni la belleza de los monumentos, lo que más admira el forastero cuando llega á pisar á París : es, sí, la animacion y movimiento de su poblacion, el espectáculo de su vida exterior, el contraste armonioso de tantas discordancias en costumbres, en ocupaciones, en caractéres; la constante lucha del trabajo con la miseria, del goce con el deseo; el pomposo alarde de la inteligencia humana, y el horizonte inmenso de placeres que el interes y la civilizacion han sabido extender hasta un término infinito.

Preciso es convenir, sin embargo, que muchas de las que se llaman comodidades de la vida parisiense no son otra cosa que medios inventados para destruir obstáculos, para satisfacer necesidades que en otros pueblos no existen, y que, por lo tanto, lo más que consiguen es nivelarle con aquéllos en cuanto á la satisfaccion de tal ó tal necesidad; mas no por eso deben dejar de admirarse los ingeniosos métodos con que algunos de aquellos obstáculos están neutralizados.

La dificultad de la comunicacion, por ejemplo, deberia ser sin duda uno de los inconvenientes que ofreciera aque-

lla capital : pues ésta dificultad desaparece, gracias á un servicio de correspondencia interior perfectamente organizado, que permite comunicarse rápidamente por medio de multitud de estafetas colocadas en todos los barrios, y cuyas cartas se reparten de dos en dos horas.—La rigidez del clima en mucha parte del año deberia tambien hacer poco frecuentadas las calles, y paralizar en gran parte el movimiento de la poblacion; pero para ocurrir á este inconveniente, un sinnúmero de coches, berlinas, cabriolés de todas formas y gustos, estacionados en las plazas y calles, están prontos á conducir á los que los alquilan por dias, por horas ó por un viaje solo. — Aun más : los enormes faetones designados con los nombres de *Omnibus*, *Damas blancas*, *Favoritas*, *Bearnesas*, etc., pudiendo contener cada uno de catorce á diez y seis personas, se han repartido modernamente todas las grandes líneas de la ciudad, y recorriéndolas constantemente *de diez en diez minutos*, van recogiendo al paso á todos los que gustan subir, y todavía le franquean correspondencia con otra línea, de suerte que, por *seis sueldos* (unos nueve cuartos), que es el precio de cada viaje, pueden recorrerse distancias enormes con toda comodidad.

Para proporcionar paso entre dos calles principales, para dar más extension al comercio y más elegancia á la ostentacion de la industria mercantil, se establecieron las bellísimas galerías cerradas de cristal (*passages*) de que ya cuenta París más de doscientas, y al paso que de riquísimos bazares de comercio, sirven de grato recurso contra la intemperie y el bullicio de las calles.—La inmensa afluencia de forasteros y gentes baldías ha dado lugar á miles de posadas y fondas magníficas, donde se halla satisfecho desde el más modesto deseo hasta el lujo más desenfrenado; y la falta de la sociedad íntima (casi imposible en pueblo tan extenso y agitado) ha ocasionado

un sinnúmero de espectáculos públicos, ó más bien un espectáculo perpétuo, para el que llega á faltar hasta el tiempo material.—Por último, una bien entendida policía, ejerciendo su contínua vigilancia, garantiza la seguridad pública y privada, satisfaciendo de este modo otra necesidad indispensable en un pueblo en donde, al lado del lujo más asombroso, reina tambien la más horrorosa miseria; al lado de las virtudes más nobles, toda la depravacion del crímen.

Hay en el idioma frances un verbo y un nombre, que se aplican especialmente á la vida parisiense, y son el verbo *flaner* y el adjetivo *flaneur*.—No sé cómo traducir estas voces, porque no hallo equivalente en nuestra lengua ni significado propio en nuestras costumbres; pero usando de rodeos, diré que en frances *flaner* quiere decir: —«andar curioseando de calle en calle y de tienda en tienda»,—y ya se ve que el que tratára de *flanear* largo rato por la calle Mayor ó la de la Montera, muy luégo daria por satisfecha su curiosidad, porque en un pueblo sin industria propia, y que tiene que importar del extranjero la mayor parte de los objetos, debe ser reducido el acopio de ellos, y no dar materia á una prolongada contemplacion.—París, por el contrario, es el más grande almacen de la moda, la fábrica principal del lujo europeo, y en sus innumerables tiendas vienen á reunirse diariamente todos los adelantos, todos los caprichos de las artes bellas y mecánicas; de suerte que, por muy exigente que quiera ser la imaginacion del espectador, todavía puede estar seguro de verla sobrepujada por la realidad; todavía se le presentarán objetos de tal primor, que no hubiera imaginado en sus más caprichosos ensueños.

Esta actividad de la industria, este poderoso estímulo del interes, ha dado tambien ocasion á otra especialidad

propia de París, que consiste en el arte, ó más bien la coquetería, con que todos aquellos objetos están expuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular, de que con algunas excepciones carecen todavía las nuestras, y áun las riquísimas de Lóndres pretenden en vano disputar.—La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuante entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpétua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No le basta sólo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacen todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó extravagantes; adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso tambien que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los más bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendiente de cada uno de ellos sendas tarjetas con su precio respectivo.—¡Qué no inventan el capricho y el interes combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero, para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamas!

La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que bastarian á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las más preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría, que sólo llega á convencerse de ella, el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrero que dice: *oro, plata, diamantes*, y en el otro *imitacion de oro, plata y diamantes.*—Una relojería, para estar allí decentemente adornada, necesita

ostentar á la vista cuatrocientos ó quinientos relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan tambien por centenares, de todos los tamaños y de la más rara perfeccion.—Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos despliegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar más.—Cada *papeterie* es un bellísimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, álbums, encuadernaciones y grabados; cada tienda de música un verdadero concierto de bellísimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas.—Las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y más volúmenes en todas lenguas, áun las más extrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia.—Cada tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas hechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y ademas en graciosos maniquís del tamaño natural ofrece á la vista el córte más moderno de aquellos trajes.— Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demas muebles de tocador, coloca bellísimas y expresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpétuas la moda de todos los tiempos, la hermosura.—Un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras sus cristales las muestras de aquéllas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su actitud imponente y su desapacible verdad causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez.—Un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes, saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia.—Toda ponderacion es poca

para pintar el grado de belleza y ostentacion que explayan todos los almacenes de muebles, y los de sederías, algodones y lienzo, la riqueza de sus chales de cachemira, y la inmensidad de piezas de telas de cuantos gustos y caprichos puede inventar la imaginacion; y sería tambien atormentarla el seguir en sus diversas fases la instable variedad de la moda que en sombrerillos y prendidos, camisas, flores y bordados presentan á cada paso y á cada hora las innumerables tiendas de modistas y costureras.

Pero ¿qué más? hasta los comercios más modestos, *el especiero*, por ejemplo (tipo especial de París, que tiene algo de nuestros lonjistas, de nuestros drogueros y almacenes de ultramarinos, y más que todos reunidos), sabe disponer con una gracia seductora á la puerta de su almacen los variados frutos que forman su comercio; las naranjas y manzanas, los caracoles, las ostras y cocos en elegantes pilas de césped; los líquidos en bellísimas vasijas de mil colores; los sólidos en graciosos azafates de mil formas.—El confitero, verdadero artista y escultor, trabaja sus artefactos con la misma conciencia que aquél sus bellas estatuas, y en sus manos lo humilde de la materia desaparece ante lo magnífico de la forma.—Los pasteleros con igual destreza saben unir la belleza exterior con la realidad de la sustancia.—Los innumerables fondistas presentan en sus aparadores todo el primor del arte culinario aplicado á los más sabrosos productos naturales de todos los pueblos.—Por último, hasta los panaderos y carniceros disponen detras de los cristales sus sólidas mercancías con una limpieza, con una armonía tal de colocacion, que destierra de todo punto cualquier idea repugnante.

Pero hay, sobre todo, un género de comercio en París con el que en vano pretenderian competir los más industriales pueblos de Europa, y este comercio es el del in-

menso ramo de chucherías de lujo y de necesidad, formadas de todas materias, conocido con el nombre de *bijouterie.* —En estos almacenes es donde realmente queda sorprendida la imaginacion al ver la multitud de formas delicadas que todos los metales, todas las maderas, el marfil, la concha, el barro, el yeso, el cristal y porcelana reciben en manos del artista frances.—Toda la Europa y América lo saben, porque toda la Europa y América son en este punto tributarios de la moda de París; pero es preciso contemplarlo de cerca, penetrar en las casas de *Susse, Giroux*, y otros nombres infinitos harto conocidos; recorrer sus salones cubiertos de preciosos objetos; contemplar las graciosas caricaturas de yeso y de barro, por Dantan, las bellas estatuitas de bronce y de mármol que reproducen á todos los personajes célebres, desde el emperador Napoleon hasta el cantor Rubini ó la bailarina Taglioni; los innumerables artículos de estuches ó *necessaires*, tocadores, juegos, dijes y chucherías, y admirar, en fin, el ingenio y la industria humana, que han llegado á hacer necesarias tan magníficas superfluidades.

Añádase á este brillante primor de las tiendas, que detras de aquellas cristalerías y por entre los ligeros espacios que permiten tan variados objetos, á la luz de cien mecheros de gas, reflejados en cien espejos que cubren las paredes y estanterías, sentadas en elegantes sillones ó paseando detras de los inmensos mostradores, os está acechando una falange de seductoras *sirenas* (estilo antiguo), ó ya sea hasta una docena de mujeres *fatales* (estilo moderno), ricamente ataviadas como para una *soirée*, bellamente prendidas, y contando ademas con una buena porcion de gracias juveniles, de amabilidad y destreza mercantil.—Y aquí me parece del caso hacer otro paréntesis, para el que pido de antemano la vénia de mis lectores.

Esta utilidad, ó llámese explotacion del trabajo muje-

ril, es uno de los extremos en que las costumbres francesas se apartan notablemente de las nuestras.—La galantería y la susceptibilidad españolas no suelen avenirse bien con la idea de hacer de la mujer un compañero en el trabajo, y ménos aún de la de servirse de su atractivo como de un medio de especulacion. — Bajo este aspecto, nuestras mujeres son más dichosas, si dicha puede llamarse el estar reducidas á una condicion pasiva, aunque rodeadas de cierta aureola de adoracion. Mas, mirado por otro lado, no deja de tener grandes inconvenientes nuestro sistema; inconvenientes que redundan en perjuicio de la sociedad, y que la misma mujer es la primera á sentir.

En primer lugar, eliminando casi del trabajo á una mitad de la poblacion, queda reducida ésta cuando ménos á una mitad de productos.—Lo probarémos por un ejemplo : Un mercader, v. gr., que por un principio de delicadeza no quiere colocar á su mujer detras del mostrador, tiene que poner en su lugar uno ó dos mancebos; pérdida material para el comerciante, y pérdida para la sociedad; porque aquellos jóvenes, reducidos á un trabajo insignificante, dejan de dedicarse á otro más útil que requiera la inteligencia ó la fuerza. — Las mujeres, que debieran reemplazarlos en este destino, más análogo á su delicadeza y al género de su talento, no encuentran tampoco ocupacion para el suyo, ó tienen que contentarse con una escasa retribucion á cambio de enojosas fatigas, y hé aquí otra pérdida para el sexo en general.— Por otro lado, un negociante, un fabricante, un propietario, asociando decorosamente su mujer á sus trabajos, la inspiran más interes por la sociedad comun, desenvuelven en ella el instinto del cálculo, entretienen su activa imaginacion, y la hacen, por consecuencia, ménos accesible á las seducciones y más enemiga del lujo y los placeres.

El interes de la mujer está tambien acorde en recibir

un género de educacion que la predispone al trabajo, que dobla su valor y la emancipa, si ella quiere, de la tiranía del hombre y de las fuertes cadenas de la seduccion.—Y no se asusten nuestras damas meridionales con estas ideas, que son las que rigen en todo el norte de Europa y América.—El trabajo, la ocupacion, es la más agradable compañía; la instruccion, la más sólida dote, y la importancia social que reciben con ambas, en nada perjudica al entusiasmo que sus gracias personales puedan inspirar. —Los lores ingleses y los hacendados anglo-americanos suelen pagar á sus hijas las labores, cuyo importe suelen reunir para hacerlas un regalo nupcial; los comerciantes alemanes y holandeses asocian á sus mujeres á los trabajos de su bufete, y los franceses las colocan al frente de sus fábricas y de sus haciendas.—Pero, sin salir de nuestra España, en Bilbao, por ejemplo, recuerdo haber visto á señoritas de las principales casas de comercio llevar los libros de caja con singular perfeccion, y á sus madres bajar al zaguan á recibir los importantes cargamentos y disponer su colocacion en los almacenes; y nótese tambien que Bilbao es uno de los pueblos de España donde las costumbres son más puras, la inteligencia más activa, y más importante la riqueza.

Permítaseme este ligero episodio en favor (aunque ellas no lo crean así) de nuestras amables paisanas, muchas de las cuales, por fruto de un mal entendido método de educacion, suelen estar reducidas á calcular su importancia por el mayor ó menor caudal de sus gracias físicas, á verla desaparecer del todo con aquéllas, y á quedar reducidas, cuando viudas, cuando huérfanas, cuando viejas ó desgraciadas de figura, á implorar la compasion de un seductor ó á ganar la mísera existencia con un mezquino trabajo apénas recompensado.

Volvamos á París, donde un sinnumero de mujeres en-

cuentran ocupacion regentando las tiendas y llevando los asientos con tan rara inteligencia, que no puede ménos de redundar en beneficio de los dueños que las emplean.—Todos nuestros cepillados mancebos de las tiendas de las calles del Cármen y la Montera, todos los vetustos dependientes de la calle de Postas y Bajada de Santa Cruz, son unos miserables autómatas sin vida al lado de la más insignificante muchacha de las calles *Vivienne* y *Richelieu*. —Su gracia persuasiva, el aplomo y destreza con que saben entablar y seguir la más enredada polémica sobre el mérito de sus mercancías, sobre la baratura de su precio, sobre la necesidad de su uso, es para desconcertar al hombre más exigente ó desdeñoso;—y ¡desdichado de él si, seducido por cualquiera de los objetos que mira á la puerta, llega á salvar sus umbrales y penetra en el sagrado recinto de aquellas encantadoras!—porque no le valdrá decir que se ha equivocado, que no es allí donde se dirigia, que no es aquello lo que buscaba, que su precio es excesivo, ó que no le conviene, en fin, por cualquier razon; pues no bien lo habrá acabado de decir, cuando le desplegarán rápidamente á la vista otra infinidad de objetos análogos, de más ó ménos valor, de diversa ó semejante forma, de distinto ó el mismo color, y todos los gustos, en fin, incluso el suyo.—Si se le hace caro, le probarán aritméticamente que vale el doble; si no lleva dinero encima, se lo enviarán á su casa en un elegante paquete; y si ha entrado, por ejemplo, á comprar un par de guantes, acabará por decidirse á comprar unas camisas, ó *viceversa*.

La misma amabilidad, la misma delicadeza, la misma coquetería con las damas que con los hombres; la misma solicitud para mostrarles todos los objetos del almacen, sin temer comprometer su delicado talle subiendo una elevada escalera para alcanzar un paquete; sin descompo-

ner su prendido pasando y repasando cien veces por bajo del mostrador.—Y en medio de esta actividad, á la vista de sus jefes, siendo siempre el objeto de las expresivas miradas de los *flaneurs* parados delante de los cristales, sostienen sin interrupcion el diálogo con el recalcitrante comprador, y áun saben conservar una sangre fria, que desconcierta á los temerarios y seduce á los indiferentes. — Muchas veces, es verdad, cuando están solas, aparentando leer *El Constitucional* ó *El Siglo*, suelen asomar por bajo de sus políticas columnas los ingeniosos cuentos del favorito *Paul de Kok;* pero las ideas que estas lecturas despiertan no vienen á *formularse* en ellas hasta el domingo próximo, en que, acompañadas de sus galanes, van á reirse con entusiasmo con los chistes del arlequin del Circo, ó á llorar amargamente y comer naranjas en los sanguinolentos dramas del teatro de la *Alegría* (*Gaité*).

El espectáculo, sobre todo, de las galerías del Palacio Real, de los Pasajes y Baluartes, con sus innumerables tiendas, luces y movimiento, es, sin disputa, el más grande, el más bello y seductor que llama la atencion del forastero en aquella capital, y á su lado vienen á ser poca cosa los espectáculos parciales, los aislados episodios, por grandes y magníficos que sean.—Desde los almacenes engastados en oro y pedrerías, hasta el mercader ambulante, que en el rincon de una calle ó en el atrio de un edificio establece su comercio de mil objetos heterogéneos, todos á *veinticinco sueldos* (cinco reales) cada uno; desde los magníficos almacenes de víveres hasta los surtidos mercados especiales de carnes, pescados, trigos, frutas y verduras; desde los más ricos artefactos, hasta los más mínimos caprichos; desde el diamante, cuyo peso sólo puede sostener una corona, hasta la caja de palillos ó fósforos que os entrega un mendigo á cambio de una limos-

na disimuladamente solicitada, todo está dominado por un mismo impulso, todo es nacido de un mismo deseo, el de adivinar los caprichos y necesidades del hombre para brindarle su satisfaccion á trueque del dorado metal.—Y allá van á reducirse y disolverse los grandes capitales, los trabajosos ahorros.—El príncipe austriaco ó moscovita, el comerciante holandes, el grande de España, el artista italiano, el lord inglés y el hacendado de la Union, todos contribuyen poderosamente á mantener aquel inmenso taller de la industria parisiense, como prueban muy bien los numerosos paquetes de cédulas de todos los Bancos del mundo, los profundos sacos de monedas de oro con la efigie de todos los soberanos, que, con gran pena de los mirones, ostentan detras de sus enrejados las muchísimas casas de cambio.

Un viaje á París no es dispendioso por el gasto material para la existencia (de que más adelante hablarémos), ni áun tampoco por el que ocasionan los diferentes espectáculos que se brindan á la curiosidad.—Puede serlo, y lo es, en efecto, por las nuevas necesidades que despierta, los deseos exagerados que la vista de tantos objetos viene á producir; y si el viajero es de un país como el nuestro, en donde la industria y arte mercantil están poco avanzados, puede exponerse á ver fallidos sus cálculos si no sabe sobreponerse á las tentaciones y cerrar los ojos á tiempo, seguro, como debe estarlo, de que si da rienda suelta á sus deseos, no por eso conseguirá satisfacerlos, ni áun templarlos, mas que sea un potentado; porque, por muchos que sean sus recursos, nunca bastarán á colmar los antojos que á cada paso le asaltarán; por bellos que sean los objetos que adquiera, no dará un paso sin encontrar con otros mil veces mejores; por mucha que sea su inteligencia, no por eso crea que dejará de ser engañado mejor.

Sobre todo, aconsejaria al recien llegado á París que en los primeros dias procure no comprar nada, hasta que, bien enterado de las diversas fabricaciones, pueda dirigirse para su adquisicion á los sitios más propios; desconfie, sobre todo, de los magníficos almacenes del Palacio Real y Galerías, donde el precio de los objetos suele estar recargado, para pagar el crecido alquiler de las tiendas; no crea tampoco las innumerables protestas y encomios de las muestras, carteles, diarios, listas y tarjetas que á cada paso le entregarán por las calles; que se haga, en fin, acompañar por algun sujeto práctico en estos negocios, pues de lo contrario, corre peligro de ser víctima de su inexperiencia, y de vuelta á su país, ó habrá gastado el doble, ó habrá gozado la mitad.

La vida del extranjero en París, sus visitas á los establecimientos públicos, un ligero bosquejo del carácter y modo de existir de los habitadores de aquella capital, y el halagüeño cuadro de sus espectáculos y placeres, materia son para largos volúmenes, pero que habré de encerrar brevemente en los capítulos sucesivos.

X.

PARIS MONUMENTAL Y ARTÍSTICO.

Debe suponerse que el extranjero, al visitar la capital de Francia, ha tenido un objeto; ya de conocer y apreciar sus monumentos artísticos, ya su organizacion social y las costumbres de sus habitantes, ya de adquirir instruccion en los muchísimos establecimientos científicos que con ella le brindan, ya, en fin, de participar de los placeres y diversiones que ofrece la ciudad más alegre y animada de Europa.—No es esto decir que por desgracia dejen de hallarse algunos (y no en corto número) que, sin tomar en cuenta ninguna de estas consideraciones, sin conocer ni apreciar de antemano su propio país, y sin consultarse á sí mismos sobre su respectiva vocacion ó inclinaciones, montan en la silla de posta, atraviesan los caminos, y desembarcan en las orillas del Sena, preocupados con la única idea de que á su vuelta podrán asegurar que «han visto á París», atestiguándolo con el córte novísimo de su levita ó el lazo fantástico de su corbata.

Para estos espíritus frívolos, París es el taller de un sastre ó los bastidores de un teatro, así como Madrid es la calle de la Montera y el salon del Prado; para ellos nadie escribe, porque no saben ó no quieren leer.

Prescindiendo, pues, de estos autómatas viajeros, y suponiendo en el recien llegado á París el justo deseo de conocer y examinar el interior de aquellos objetos á que le llaman su vocacion ó sus inclinaciones, permitiráseme acompañarle con la imaginacion en sus visitas investigadoras, tomando de aquí pretexto para apuntar, aunque ligeramente, alguno de los infinitos objetos que al filósofo, al crítico y al hombre de mundo ofrece la capital de los franceses.

Ante todas cosas, conviene advertir que un pueblo como París, visitado constantemente por cien mil y más extranjeros de todos los países, clases y condiciones, es en cierto modo una ciudad que á todos pertenece; un centro comun, que á todos inspira franqueza.—Por distantes que sean las regiones de donde proceda el forastero, por elevada su clase, por extraños sus usos é inclinaciones, está seguro de hallar en París otros de sus compatriotas, gentes de su jerarquía, usos y costumbres propios de su sociedad.—Por otro lado, la influencia de la moda francesa, extendida por la victoria, y dominando con su prestigio hasta los pueblos más remotos, ha estrechado de tal modo las distancias, ha facilitado las relaciones con aquel pueblo en términos, que el viajero, ya predispuesto anteriormente con el conocimiento de su idioma, de su literatura y de sus costumbres, no halla apénas dificultad para adherirse á ellas y fijar sus ideas en el punto de vista parisiense.

Una bien entendida administracion, apreciando debidamente cuánto importa á un pueblo el facilitar su acceso, y brindar con su grata hospitalidad al forastero, ha puesto siempre el mayor cuidado en garantir su seguridad, en proporcionar sus goces, en facilitarle los medios de conocer y apreciar los tesoros que encierra en su seno; y de-

dicando considerables sumas á embellecer y aumentar éstos, los ha sabido llevar á un punto tal, que cuando otros motivos no ofreciera París, sería suficiente razon para visitarle el deseo, la necesidad de conocer los más bellos monumentos de las artes, los más ingeniosos procedimientos de las ciencias, el vital cultivo de las letras, la brillantez sin igual de los públicos espectáculos.—Los mezquinos economistas y los opositores políticos, que, calculando nimiamente en su aritmética interesada, censuran y regatean toda suma destinada á la proteccion de las artes, á la construccion de un monumento público, de un templo, de una estatua, de un arco triunfal; á la publicacion de una obra científica, al sostenimiento de un espectáculo nacional, pueden, si gustan, calcular el enorme beneficio que aquellas sumas, impuestas con tales objetos, reportan á la capital francesa, con la inmensa afluencia de forasteros que lleva á su recinto el deseo de visitar sus maravillas.

Grande es la facilidad que encuentra el viajero para penetrar en el interior de aquellos interesantes objetos, y éste es otro de los medios que no podia descuidar la discreta Administracion.—Consiguiente á él, bástale sólo al forastero que desea recorrer los Museos, las Academias, las Bibliotecas, los monumentos públicos, presentar simplemente su pasaporte para que todas las puertas le sean abiertas, áun en aquellos dias en que no es permitida la entrada al público parisien. Algunos establecimientos administrativos de instruccion ó de penalidad, algunas fábricas ó edificios en construccion, exigen para ser visitados un permiso especial de un ministro de la corona ó del director respectivo; pero para obtenerle sólo hay necesidad de escribir una lacónica carta al Ministro ó al Director, pidiéndole el billete de entrada, que se remite al deman-

dante al dia siguiente, sin gasto ni humillacion de ninguna especie.—Los conserjes y otros dependientes, encargados de enseñar los establecimientos, reunen, á los buenos modales, el práctico conocimiento y una ingeniosa charla para describir á su modo los objetos; y hasta su moderacion en contentarse con una ligerísima propina forma singular contraste con la exigencia y tiranía que en iguales casos reina en otros países, por ejemplo en Lóndres, donde recuerdo haber pagado diez *schelines* (unos cincuenta reales) por visitar los distintos compartimientos de la Torre, y otros exorbitantes derechos en las iglesias de San Pablo y de Westminster.

Los templos antiguos más notables de París son la catedral (*Notre Dame*), San German de los Prados, San Estéban del Monte, y San German el *Auxerrois;* y todos ellos, por su época y por el órden de su arquitectura, pertenecen al género más ó ménos propiamente apellidado *gótico;* pero á pesar de su importancia respectiva, no parecen poder sostener la comparacion con otros infinitos monumentos religiosos que ostenta la Francia, y hasta la catedral de Nuestra Señora me parece inferior á las magníficas de Reims, Amiens, Tours, Strasburgo, etc. Sin embargo, por su respetable antigüedad (siglo XII), por su imponente grandeza y nobles proporciones, es muy digna de particular encomio, y seríalo áun más si la mano del hombre (que vence en osadía á la del tiempo) no hubiera, bajo el pretexto de renovaciones, hecho desaparecer gran parte de su carácter primitivo; así vemos que en la fachada principal, en aquella *sinfonía de piedra* (como le place caracterizarla al entusiasta Víctor Hugo), se echa de ménos gran parte del caprichoso follaje y adornos de estatuas tan propio de este género de construcciones; y penetrando en el interior, observamos que el revoque

profanador de las paredes y columnas, y la desnudez afectada de los altares, la priva á nuestros ojos de aquella fisonomía poética y sublime que tan profundas sensaciones hacen experimentar otros templos semejantes.—Recorridas las naves de la iglesia, el forastero no deja de subir á la plataforma de las torres, siquiera no fuese más que por el placer de contemplar á París á la altura de *Cuasimodo*, y de unir su propio nombre á la infinidad de otros más ó ménos ignorados que cubren las pizarras del andén.

Entre las iglesias modernas de aquella capital, son las más notables las de los Inválidos, el Panteon (Santa Genoveva), San Sulpicio y la Magdalena, que pueden justamente colocarse entre los más bellos monumentos del arte; tambien hay otras modernas ó renovadas con más ó ménos suntuosidad, que sirven de parroquias, como San Roque, San Eustaquio, la Asuncion y Nuestra Señora de Loreto; pero aquéllas, formadas sobre los modelos griegos y romanos, tan análogos á sus creencias religiosas, y éstas, revestidas por su mayor parte de formas teatrales y halagüeñas, inspiran, sin saber por qué, más interes que respeto, y pueden ser consideradas más bien como páginas brillantes del arte que como tributos de un pueblo creyente á la fe y religion de sus mayores.

Forma sobre todo la admiracion de los inteligentes la magnífica rotonda sobre que descansa la cúpula del templo de los Inválidos, construccion atrevida y elegante del arquitecto Mansard, que no cede en belleza á las justamente célebres de San Pedro en Roma y San Pablo de Lóndres. En el centro de esta rotonda es donde ha de colocarse el monumento fúnebre para depositar los restos del emperador NAPOLEON, y los más célebres arquitectos de la época se disputan el honor de combinar un pensa-

miento correspondiente á la grandeza y majestad del sitio, y á la alta nombradía del hombre ilustre á cuya memoria se dedica.

La iglesia de Santa Genoveva, formada á imitacion de las basílicas romanas, es un monumento realmente admirable del pasado siglo, y destinado por la Asamblea constituyente para lugar de sepultura de todas las grandes celebridades del país, es conocido bajo el nombre de *Panteon Nacional*, y por bajo del fronton que decora su entrada se lee esta inscripcion : «*Aux grands hommes la patrie reconnaissante.*» — Soberbio es el aspecto exterior de este magnífico monumento; su grandioso peristilo, su elegante cúpula, sostenida por una bella columnata circular, y el hermoso fronton con relieves alegóricos que decora la entrada, predisponen admirablemente el ánimo del espectador.—Penetrando en el interior, no puede ménos de continuar en su admiracion, contemplando la altura y majestad de las bóvedas, la belleza de las pinturas al fresco en la nave principal ; pero instantáneamente se apodera de su imaginacion la idea de un inmenso vacío, producido por la falta del culto, por la ausencia de la Divinidad, desterrada inoportunamente de aquel sitio para dar lugar al apoteósis de las miserables grandezas humanas.—Este remedo político de la religiosa é histórica abadía de Westminster, verdadero templo de gloria abierto á todas las celebridades de la Gran Bretaña, está bien léjos de inspirar en el ánimo del visitador aquel místico respeto, aquella sublime admiracion que su modelo; y esto consiste en que el Panteon frances no está santificado por la religion ni por la historia; ántes bien usurpó á aquélla uno de sus templos, y quiso crear ésta en virtud de un simple decreto.—Lo más singular es que, áun admitido este orígen, ha sido tan desmentido en la práctica, que únicamente se ven en las bóvedas de Santa Genove-

va dos sepulcros de personas realmente notables, y son los de *Francisco Arouet de Voltaire* y de *Juan Jacobo Rousseau*. Los demas están dedicados á personas de escasa nombradía; tal oficial, v. gr., que murió en un asalto; tal magistrado que trabajó en un Código, ó cual cortesano que llegó al sillon ministerial. Y miéntras tanto, yacen en diversos sitios los filósofos Pascal, Descártes y Montaigne; los inmortales autores del *Telémaco* y de *El Espíritu de las leyes;* los grandes poetas Molière, Racine y Corneille; los sagrados oradores Bossuet, Flechier y Massillon; los ilustres generales Turenne, Condé y Vandôme; los ministros Sully, Richelieu y Colbert; los tribunos Manuel, Foy y Constant; los artistas Perrault, David y Talma, y tantos otros hombres verdaderamente grandes como la Francia ha producido, y que el viajero espera justamente encontrar en el interior del Panteon.

El templo de la Magdalena, empezado á construir durante el imperio de Napoleon, con el objeto, un poco vago, de *Templo de la Gloria*, y concluido últimamente, lleva en su configuracion, verdaderamente griega, el sello propio de la divinidad profana á que fué dedicado; y cuando andando los tiempos, variados los gobiernos y concluido el monumento, se ha querido cambiar su destino, poniéndole bajo la invocacion de Magdalena *la penitente*, no se ha hecho más que cometer un gran absurdo, que contrasta realmente con la notoria ilustracion de la nacion francesa.—Hay motivos para pensar que Napoleon, al levantar aquel indefinido monumento, quiso labrarse un sepulcro digno de su grandeza, como los Faraones de Egipto en las Pirámides, ó el emperador Adriano en el castillo de Roma.

Las demas iglesias arriba mencionadas tienen tambien

su respectivo mérito, en cuanto á la forma, y son más características como parroquias de extendida feligresía, y en las cuales el culto divino parece ser su objeto principal. A ellas acude una numerosa concurrencia, en especial los domingos, en que se celebran con solemnidad los misterios religiosos, y se pronuncian excelentes discursos por los celosos pastores á quien está cometida la instruccion y el alivio espiritual del pueblo. — No es tampoco extraño el ver en ellas á las primeras damas de la opulenta capital hacer personalmente la demanda de limosnas para los pobres del distrito, ó escuchar á los primeros artistas de París unir sus voces y magníficas orquestas á los ecos del órgano religioso.—Ignoro si la moda, la vanidad ó hasta las oposiciones políticas influirán en estas demostraciones más aún que la verdadera y sólida piedad; pero no he podido ménos de reconocerlas y compararlas con el estado de frialdad é indiferencia que observé en este punto del culto cuando hace siete años visité por primera vez aquel país. Entónces hallé desiertas casi del todo las iglesias de la capital, y perdida la voz de sus oradores en el silencio de sus bóvedas; ahora con dificultad he podido penetrar en San Roque durante la misa del domingo, y he escuchado al reverendo padre Lacordaire, *vestido con el hábito de Santo Domingo*, predicar en la iglesia de Nuestra Señora, delante de una sociedad numerosa y escogida.

Ademas de los templos católicos, que vienen á ser, me parece, unos cuarenta, hay en aquella capital otras muchas iglesias de las diversas sectas religiosas, como la iglesia católica-francesa; la de los protestantes calvinistas y los luteranos; la iglesia griega, y las sinagogas de los israelitas. Son, en general, poco notables, á excepcion de las últimas, en especial la que está situada en la calle de Nuestra Señora de Nazaret, donde se celebran los oficios

de aquel rito con mucha solemnidad todos los viérnes, despues de puesto el sol.

Entre los muchos edificios públicos que la exageracion francesa califica de Palacios, merecen, ciertamente, esta denominacion los siguientes : Tullerías.—Real.—Louvre. —Luxemburgo.—Borbon.—Elíseo Borbon.—D'Orsay. —Instituto.—Legion de Honor.—Justicia.—Bolsa.—Y Hotel de Ville (Casa Consistorial).

Sin duda que el lector no espera encontrar aquí una descripcion artística de estos célebres monumentos, pudiendo acudir el que la desee, á los innumerables libros especiales en que está consignada. Reconozcamos aquí nuestra incompetencia en la materia; evitemos á nuestros lectores el cansancio de la repeticion, y huyamos tambien del extremo de los viajeros franceses, que á propósito de *impresiones de viaje* nos *reimprimen* toda la historia de los pueblos que visitan, á contar desde los tiempos fabulosos, y todas las relaciones más ó ménos críticas que encuentran al paso.

Por otro lado, sería imposible que en algunos casos intentase yo entrar en explicacion de detalles materiales, supuesto que con mi buena fe castellana empiezo por decir que el Palacio de las Tullerías, por ejemplo, sólo le he visto por su parte exterior; pues colocado, por mi calidad de extranjero y por mi insignificancia política, fuera del círculo de tan elevada esfera; no siendo representante en aquella capital de otros intereses que los de mi natural curiosidad; y oscurecido, en fin, entre la turba de viandantes que de todos los puntos del globo acuden diariamente á la capital de los franceses, no es nada de extrañar (ni por eso me doy por sentido) que el poderoso monarca que ocupa su trono (actual inquilino de aquel

palacio) no se haya acordado de mi humilde persona para invitarme á sus festines y *soirées*. Razon por la cual, y sin dárseme tampoco el menor cuidado, me limité en várias ocasiones á asestar mi anteojo escrutador al vetusto alcázar de la monarquía francesa, que (perdóneme su ausencia) no conserva de bello más que su misma respetable antigüedad.

El Palacio Real de Orleans, propiedad de S. M. Luis Felipe, y su morada ántes de subir al trono de Francia, fué construido por órden del célebre cardenal de Richelieu, y legado por él en su testamento al rey Luis XIV, que posteriormente le cedió á su hermano el Duque de Orleans. —En mi primer viaje á París, en 1833, visité el interior de este palacio, y la galería de cuadros propia de su augusto dueño que le adornaba, dos de los cuales llamaban singularmente la atencion por el contraste político que ofrecian; representando el uno al mismo Luis Felipe emigrado y proscripto, regentando una escuela de Geografía en una ciudad de Suiza, y el otro al Rey de los franceses jurando la Carta constitucional en manos de los representantes del país.—Estos cuadros y otros de dicha galería han pasado despues al Museo histórico de Versálles, é ignoro si habrá sucedido lo mismo con el resto de la galería.

Pero lo más notable de este palacio es todo lo que no puede llamarse propiamente tal; esto es, los bellos edificios, los pórticos y galerías que rodean su inmenso jardin, y la animacion que les prestan sus numerosas tiendas, fondas, cafés y espectáculos.

Léese en las Memorias de madama Genlis, que en 1778 se hallaba el Duque de Orleans tan fuertemente empeñado en deudas enormes, que el hermano de aquella señora (aya que era del actual rey de los franceses, y autora de

Las Veladas de la Quinta y de *Adela y Teodoro*) le propuso la construccion de una serie de casas alrededor del jardin de su palacio, con el objeto de beneficiar su producto, y adoptando el pensamiento, y construidas las habitaciones sobre una galería de doscientos arcos; entregadas aquéllas á la industria y comercio, resultó el más magnífico bazar, así como tambien la finca urbana más productiva del mundo entero.—Más de trescientas tiendas simétricas y de un lujo prodigioso; multitud de cafés y fondas, los más elegantes de la capital; tres ó cuatro teatros; gabinetes de lectura; sociedades artísticas y literarias; un magnífico jardin de setecientos piés de largo por trescientos de ancho; animado el todo con una iluminacion verdaderamente prodigiosa con innumerables mecheros de gas; una afluencia inmensa y contínua de gentes de todos puntos del globo que vienen á reunirse en este célebre recinto, justamente llamado *la capital de París;* todos los objetos, en fin, de distraccion, de gusto ó de capricho, reunidos en aquel punto central, le colocan á la altura de su reputacion, y obligan al extranjero á permanecer en él largas horas cada dia, sin poderse arrancar de tan encantadora mansion.

El palacio inmediato del *Louvre*, como monumento de arte, es sin disputa el más mágnífico, bello y propio de aquel nombre que encierra la capital de Francia, justificando la alta reputacion que goza en aquel país su arquitecto, Perroult, por cuyos planes se levantó de órden de Luis XIV sobre las ruinas del viejo palacio de Felipe Augusto.—En este hermoso é inmenso edificio se halla colocado: primero, el Museo de estatuas, bustos, bajos relieves, altares, vasos y candelabros, etc.—Segundo, el Museo de cuadros de las escuelas francesa, italiana, holandesa y flamenca.—Tercero, el Museo egipcio, magní-

fica coleccion de objetos propios de aquel interesante pueblo de la antigüedad.—Cuarto, el Museo de la Marina, con todos los modelos de construcciones navales, instrumentos científicos y náuticos, planos de ciudades, puentes y máquinas.—Y quinto, el Museo de cuadros españoles, formado en estos últimos años, con unos cuatrocientos de Murillo, Zurbarán, Cano, Coello, etc., adquiridos por el Rey.—Hay ademas otro departamento de estampas y mapas, y otro de esculturas del Renacimiento.—La descripcion ó mera indicacion de los objetos contenidos en cada uno de estos museos ocupa volúmenes enteros, pudiendo asegurarse que, despues del Vaticano, no hay acaso otro edificio en el mundo donde puedan admirarse tantas riquezas artísticas. En él, ademas, se celebran las exposiciones anuales de Bellas Artes; y en la última, que empezó en 15 de Marzo de este año, y que he visitado, fueron *dos mil doscientas ochenta* las obras nuevas expuestas (segun el catálogo que poseo), y entre ellas hubo algunas de nuestros jóvenes compatriotas los Sres. Rivera y Villaamil.

El *Luxemburgo* es otro palacio, construccion tambien del siglo XVII, mandada ejecutar por María de Médicis, el cual sirve en el dia en parte para las sesiones de la Cámara de los Pares, y otra para Museo nacional de los artistas contemporáneos, donde puede observarse hasta qué punto se cultivan en el dia en aquel país las bellas artes.

El *palacio Borbon* es el sitio de las sesiones de la Cámara de los Diputados, y su bello salon semicircular está dispuesto convenientemente para este objeto, aunque sin notable ostentacion, y más bien consultando la comodidad en las discusiones.

El *Instituto Real de Francia*, ó reunion de las antiguas academias, ocupa el palacio que fué de Bellas Artes, co-

locado del otro lado del rio, frente del Louvre.—El palacio de *Justicia*, antigua morada de los prefectos romanos, de los reyes de la primera raza, de los Condes de París y sus prebostes; renovado posteriormente en diversas épocas y con distintos gustos, es en el dia el sitio central de toda la administracion de justicia superior del reino y particular de la capital; y en su parte baja se encuentran tambien las memorables prisiones llamadas de la *Consergería*.—Como objeto de estudio y observacion es muy digno de frecuentes visitas este palacio, para instruirse en los trámites de la administracion judicial, para escuchar las brillantes defensas de los abogados, y las escenas teatrales que la *vis cómica* francesa halla medio de introducir en el santuario augusto de la justicia.—Unida á este palacio se halla la *Santa Capilla*, monumento gótico del más exquisito primor y remota antigüedad, que, profanado por los revolucionarios del pasado siglo, ha permanecido cerrado y lleno de papeles de los archivos judiciales, hasta que por disposicion del rey actual acaba de emprenderse su restauracion.

El palacio del *Elíseo Borbon*, célebre por la abdicacion del emperador Napoleon en 1815, y por haber habitado en él el emperador Alejandro y el lord Wellington despues de la invasion de los aliados en aquella capital, es una magnífica casa de placer, muy digna de ser visitada; y el palacio de la *Legion de Honor*, de construccion igualmente del siglo pasado, merece justamente los elogios del artista.—Ultimamente, el soberbio edificio construido hace pocos años en el dique *d'Orsay*, y que ocupa actualmente el Consejo de Estado, y el antiguo *Hôtel de Ville*, aumentado considerablemente con las nuevas construcciones que acaban de añadírsele con destino á la habitacion del prefecto del Sena, son obras que revelan el buen

gusto de la época y la prosperidad y grandeza de aquel país.

Muchos otros monumentos públicos ostenta á cada paso la capital de Francia, destinados á embellecer su recinto ó á consignar las bellas páginas de la historia nacional. —La estatua ecuestre de Enrique IV en el Puente Nuevo; la de Luis XIV en la plaza de las Victorias; los arcos triunfales de San Dionisio y San Martin, elevados al mismo monarca, y otros varios testimonios de la pasada grandeza, no pueden, sin embargo, sostener la comparacion con los muchos y grandes que la moderna civilizacion ha sabido elevar con arrogante bizarría.—Véase, en apoyo de esta asercion, la magnífica Columna de bronce dedicada á Napoleon en la plaza de Vendôme;—la otra semejante que acaba de inaugurarse sobre las ruinas de la Bastilla para perpetuar la memoria de las revoluciones de 789 y 830;—el gigantesco Arco de triunfo de la Estrella, y el otro (mezquino en su comparacion), del *Carrousel;*—el Obelisco egipcio, traido de las orillas del Nilo y colocado con ingenioso mecanismo en la plaza de la Concordia;—y la magnífica decoracion de esta plaza, en fin, con sus hermosas fuentes, estatuas y candelabros; cosas todas que asombrarian á los mismos Luis XIV y Napoleon si hoy visitáran *su buena ciudad de París.*

Despues de terminadas sus artísticas visitas á estos y otros monumentos de la capital, sin duda que el viajero no limitará á ello su curiosidad, sino que, penetrando en el interior de sus establecimientos administrativos y económicos, científicos y literarios, tratará de conocer el pormenor de tan admirable conjunto.—De buena gana conduciria tambien al lector en tan agradable tarea, principal objeto de mi viaje, y á que procuré dedicar largas horas y exquisita diligencia; pero ya está repetido hasta

la saciedad el invencible obstáculo de la falta de espacio que estos ligeros recuerdos prestan á tamaña empresa.—Sin embargo, con el objeto, al ménos, de cumplir mi propósito de hacer algunas indicaciones útiles al viajero, pasaré rápidamente la vista sobre los principales establecimientos, áun á riesgo de enojar á algunos de mis lectores con esta cansada relacion, y obligado á interrumpirla aquí para darles un respiro.

XI.

PARIS CIENTÍFICO Y LITERARIO.

Si el viajero es literato, y el objeto de su viaje á la moderna Aténas es cultivar en ella sus conocimientos ó aficiones especiales, sin duda que sus primeros paseos serán dirigidos al *país latino*, importante demarcacion de aquella capital que queda comprendida entre la orilla izquierda del Sena y el jardin de Luxemburgo, el barrio de San German y el Jardin de Plantas.

Colocado en el punto culminante de aquellos populosos barrios, esto es, sobre la montaña en que está edificada la iglesia de Santa Genoveva, verá desplegarse á sus piés un laberinto de calles sucias y estrechas por su mayor parte, rara vez surcadas por elegantes carruajes; casas altísimas, viejas y sombrías, apénas interrumpidas por modernas y brillantes construcciones.—No es esto decir que el *país latino* no ofrezca tambien su aspecto pintoresco, ni el agitado bullicio de las demas calles de la capital. Al contrario, sus recuerdos históricos y monumentales; la alegría y movimiento de sus moradores, le hacen interesante en extremo; y luégo, descendiendo á sus detalles, no puede ménos de sorprender como centro de actividad intelectual, como el foco de los rayos lumi-

nosos que, partiendo de este oscuro recinto, alcanzan despues á los más remotos confines del mundo literario.

Allí tiene el viajero la antiquísima y célebre Universidad de la *Sorbona*, que tan eminente lugar ocupó en los fastos escolásticos y en las religiosas controversias de la Europa; y en sus diversas cátedras puede escuchar la voz de profesores justamente célebres, cuyas lecciones son repetidas despues en las principales Universidades extranjeras.—Allí tiene tambien el *Colegio de Francia*, gloriosa fundacion de la época del renacimiento de las letras, el cual comprende todas las demas ciencias no enseñadas en la Universidad, y cuenta él solo con la asistencia diaria de más de seis mil alumnos.—Allá, los otros colegios de *Luis el Grande* y de *Enrique IV*, no ménos importantes y frecuentados.—No léjos la *Escuela Politécnica*, cuyo objeto es formar alumnos para la artillería é ingenieros de mar y tierra, de puentes y calzadas, mineros, físicos y matemáticos.—Más allá la *Escuela de Derecho* y la de *Medicina*, que vienen á ser las dos grandes potencias del distrito, asistidas por muchos miles de escolares, los cuales con sus costumbres y método de vida imprimen la fisonomía especial de aquellos barrios.

Todos ellos están impregnados (por decirlo así) de aquel ambiente científico, de aquella petulante ostentacion de saber que caracteriza á las poblaciones universitarias. Desde los parapetos que bordan al rio por este lado, hasta las más miserables tiendas, casas y desvanes, todas allí rebosan en libros nuevos y viejos, grandes y pequeños, buenos y malos; en códices mancos y formularios indigestos; en comentadores y glosas, en tésis y conclusiones; y en especial, las calles que avecinan á la Sorbona son el gran laboratorio de donde de tiempo inmemorial han salido aquellos rayos de la teología que tanta influencia han tenido en las revoluciones mentales de la moderna Euro-

pa; así como todos los comentadores y ergotistas campean á su sabor en las oscuras é innumerables tiendas que hacen sentir la vecindad de la Escuela de Derecho; y los fisiologistas, anatómicos, los homeopáticos, y los sectarios de Broussais y de Brown se reparten en muchas varas á la redonda la exclusiva propiedad de las que conducen á la Escuela de Medicina.

En medio de todo este aparato de estudio, las costumbres juveniles de los estudiantes forman, por su disipacion y bullicio, el más estrambótico contraste, y no sólo atraen la censura de los severos preceptores encargados de dirigir su educacion, sino que merecen una particular atencion á todos los Gobiernos, que siempre han visto en el indómito y juvenil espíritu del *país latino* el gérmen ó apoyo principal de toda clase de levantamientos y asonadas contra su autoridad. — Abandonados de la vigilancia de sus familias, á muchas leguas de ellas, y entregados al propio impulso en lo más ardiente de su edad; dotados unos por la brillantez y riqueza de su imaginacion; otros por los atractivos de una hermosa figura; estimulados éstos por el aguijon de la miseria; asistidos aquéllos con los dones de la fortuna, no hay empresa, por temeraria que sea, en que no se lancen; no hay obstáculo que se les oponga, no hay autoridad ante la cual doblen su indómita rodilla.—Con la misma actividad, con igual entusiasmo y potencia de facultades asistirán á sostener un argumento absurdo ó un axioma incontrovertible, harán la auptosia de un cadáver ó sustentarán un acto literario, se unirán en complot para silbar á un catedrático ó para levantar una barricada ó hacer una revolucion; igual energía pondrán para sostener ó *abismar* el drama nuevo representado aquella noche en el teatro de Luxemburgo, que en tejer y combinar otro vivo y *d'après nature* con la hija de

su patrona ó la tendera de la esquina; con la misma arrogancia lucirán sus luengas cabelleras y fantásticas barbas bajo el casquete del aula ó la nueva borla de doctor, que bajo el *schakó* de la guardia nacional, y con la propia indiferencia trocarán su querida, su *estudianta* (falange de muchachas baldía y espontánea, que marcha siempre á la grupa del bullicioso ejército estudiantil) con la del otro paisano su vecino, ó se repartirán económicamente su usufructo, ó la trocarán por un libro, ó la harán arrojarse al Sena por sus amores, ó la llevarán en ómnibus á las orgías enormes de las Barreras, ó en asnal cabalgata á la floresta de Montmorency.

Imposible parece que aquella juventud turbulenta y audaz haya de dirigir un dia con acierto los destinos del país, haya de hacer nuevas conquistas á la ciencia, haya de proteger la inocencia y la propiedad en la magistratura, la vida de sus semejantes á la cabecera de su lecho de muerte; la libertad, la grandeza y la independencia del país en la tribuna nacional; y sin embargo, nada es más natural, y (como decia Moratin) «En la edad está el misterio.»

No es sólo en el cuartel latino en donde está concentrada la pública enseñanza. Miles de otros establecimientos, más ó ménos importantes, desplegan fuera de él medios poderosos de instruccion.—El *Conservatorio de Artes y Oficios*, por ejemplo, colocado en el centro de la poblacion mercantil é industrial, tiene sus cursos de Aritmética, Geometría, Mecánica, Economía y Ciencias aplicadas á las artes.— En la *Biblioteca Real* hay cátedras de Lenguas orientales, de Paleografía y de Arqueología.—En el *Jardin de Plantas* se enseñan las Ciencias naturales en toda su extension y á la vista de los riquísimos museos allí reunidos.— La Astronomía y Ciencias conexas en el *Ob-*

servatorio.—Las Bellas Artes, la Música, la Declamacion, en los *Conservatorios* especiales.—Las Lenguas vivas, el Comercio, las Artes mecánicas y manufacturas, en innumerable multitud de establecimientos públicos y privados, algunos de los cuales cuentan miles de alumnos.

Pero debiendo concluir aquí esta rápida reseña, sólo nos permitirémos citar dos: sea el primero la *Escuela especial de Artes y Comercio*, situada en la calle de Charonne, magnífico instituto en que bajo un admirable plan reciben completa instruccion teórica y práctica de la ciencia mercantil y artes mecánicas más de tres mil individuos, y el *Gimnasio Normal, militar, civil y ortopédico*, fundado y dirigido por nuestro apreciable compatriota el coronel *don Francisco Amorós*, el cual ha sabido desplegar en él tan ingenioso plan de educacion física, y obtenido tan buenos resultados, que han hecho que el Gobierno frances eleve aquel establecimiento al rango de *Instituto Nacional.* — Por lo demas, el entrar en la sola enumeracion de los infinitos establecimientos públicos de enseñanza primaria, en las no ménos numerosas instituciones particulares aplicadas á los diversos ramos del saber, sería obra de muchos tomos y de cansada fatiga.

Las Academias *Francesa*, de *Inscripciones y Bellas Letras*, de *Ciencias*, de *Bellas Artes*, de *Ciencias morales y políticas*, y de *Medicina*, que juntas forman el Cuerpo denominado *Instituto Real de Francia*, celebran una Junta general, anual y pública el dia primero de Mayo, y ademas, separadamente, una sesion semanal cada una; y asistiendo á éstas, puede el forastero ponerse al corriente de los adelantamientos en las ciencias y las letras, y hacer conocimiento con los ilustres miembros de aquellos Cuerpos científicos, entre los cuales figuran dignamente los célebres Vizconde de *Chateaubriand*, *Thiers*, *Guizot*, *La-*

martine, *Delavigne*, *Víctor Hugo*, *Soumet*, *Aragó*, *Gay-Lusacc*, *Chevalier*, *Villemain*, *Salvandy*, *de Jouy*, *Scribe*, y otros no ménos conocidos y justamente apreciados en el mundo científico y literario.

Otras muchas Sociedades literarias existen en París, y deben ser visitadas si ha de formarse una idea del cuadro animado de la pública instruccion en aquella capital.—El *Ateneo*, por ejemplo, fundado en 1785 bajo el nombre de *Liceo* (aunque decaido hoy en parte del antiguo esplendor que le imprimieran los nombres de La Harpe, Chenier y otros ilustres literatos), ofrece todavía en sus enseñanzas grande interes á la ciencia.—Las Sociedades de *Anticuarios*, de *Geografía*, *Elemental*, *Asiática*, *Académica de Ciencias*, *Philotécnica*, *Philomática*, de *Buenas Letras*, de las *Artes*, *Bíblica*, el *Ateneo de Artes* y otras muchas alimentan constantemente el fuego sagrado de la ciencia, y con una actividad y constancia dignas de ser imitadas, rivalizan entre sí para obtener los más bellos resultados.

Los medios de instruccion están, ademas, facilitados en aquella capital por la multitud de bibliotecas públicas y los riquísimos museos, en que tampoco tiene que envidiar á ninguna ciudad antigua ni moderna.—Sólo la *Biblioteca Real* de la calle de Richelieu cuenta ya la enorme cantidad de *ochocientos mil* volúmenes y más de ochenta mil manuscritos; tiene ademas un riquísimo monetario y gabinete de curiosidades; otro departamento de cartas, planos y estampas en una abundancia prodigiosa, y otros muchos objetos, que necesitan para ser apreciados dignamente largas y frecuentes visitas.—Hay ademas la biblioteca *Mazarina* con noventa mil volúmenes, más especiales de las ciencias políticas y religiosas, físicas y matemáticas; la *del Arsenal*, que cuenta ciento setenta y cinco mil volúmenes y seis mil manuscritos, rica en historias,

novelas, poesías y otros ramos de bella literatura; la biblioteca de *Santa Genoveva*, con ciento sesenta mil volúmenes; la del *Instituto*, con ochenta mil; la de la *Villa*, con cuarenta y cinco mil; las de la *Escuela de Medicina* y la del *Jardin de Plantas*, ademas de otras treinta de los establecimientos públicos, que el viajero puede visitar fácilmente.

Hemos mencionado ya los Museos Reales reunidos en el palacio del *Louvre* y en el del *Luxemburgo*, y sería temeridad el pretender entrar aquí en la inmensa relacion de las riquezas que en materia de bellas artes contienen. Dos tomos regulares forman sus catálogos, y con ellos en la mano puede el viajero visitar, no una, sino muchas veces, sus interminables galerías, formando juicio y comparacion entre las diversas escuelas, épocas y nombres que rivalizan en aquel magnífico palenque. — Otras muchas galerías de cuadros existen en París, entre las cuales, por diversos motivos, merecen llamar la atencion y excitan particularmente el interes de los españoles, las que poseen el *Mariscal Soult* y el *Marqués de las Marismas, don Alejandro Aguado*, como formadas que son por su mayor parte con excelentes cuadros de las escuelas sevillana, valenciana y madrileña, superiores en mérito á los que á grandes costos ha reunido en el Louvre el Rey de los franceses bajo el nombre de *Museo Español*. — La del señor Aguado se distingue singularmente por su abundancia y eleccion, la grandeza y elegancia de su colocacion y la facilidad con que su opulento dueño proporciona el acceso al público aficionado. Segun el catálogo que tengo á la vista, consta de trescientos noventa y un cuadros, de los cuales doscientos cuarenta y dos son españoles, y los demas, de las escuelas extranjeras; entre aquéllos figuran cincuenta y cuatro de Murillo, diez y nueve de

Velazquez, diez y ocho de Ribera, cuatro de Juanes, diez y seis de Alonso Cano y diez de Zurbarán; y en los extranjeros los hay tambien excelentes de Rafael, Correggio, Ticiano, Vinci, Rubens, Rembrant, etc.

Un establecimiento que bajo los diversos aspectos de instruccion y de recreo reune el mayor interes para el viajero en aquella capital, es el *Jardin Botánico* ó *de Plantas*, que, ademas del destino científico que indica su nombre, forma tambien un deliciosísimo paseo, con bosques, parques, modelos de cultura, laberintos y puntos de vista encantadores, y el más rico Museo Natural que existe en el mundo.—En él puede admirarse á la naturaleza viviente en los diversos compartimientos del jardin, y ver en sus grutas, lagos, cercas, jaulones y estufas, desde el magnífico elefante y la elegante jirafa, hasta la bella mariposa y el hermoso colibrí; desde el iracundo tigre ó el altivo leon, hasta el social é inteligente jocó; desde el cedro del Líbano, hasta la más humilde hierbecilla.—En la *Galería de Mineralogía*, que tiene ciento veinte varas castellanas de extension, se encierra tal riqueza de objetos de esta clase, que es realmente para asombrar la imaginacion. *La Galería de Historia Natural* está formada de una coleccion inmensa, que comprende cinco mil pescados, quince mil mamíferos, seis mil pájaros, y un número infinito de las diversas clases de seres que pueblan la tierra, el agua y el aire. La *Galería de Botánica* no es ménos rica en ejemplares de plantas de todos los climas, géneros y dimensiones; y el *Gabinete de Anatomía comparada*, en sus quince salas, reune una coleccion preciosísima de esqueletos de todas especies, empezando por el hombre en sus diversas razas, europea, tártara, china, de Nueva Islandia, negra, hotentote y otras salvajes de América y Asia, y momias egipcias, objeto filosófico

de estudio, que excita el más alto interes en el visitador.

Otros Museos anatómicos hay en la Escuela de Medicina, y de objetos de bellas artes en el convento que fué de Agustinos, adonde se han reunido preciosos restos de los antiguos monasterios y castillos.—Tampoco puede dejar de visitarse el *Museo de Medallas*, en la Casa de la Moneda, en donde se encuentran colocados todos los punzones y matrices de las innumerables medallas acuñadas desde Francisco I hasta el dia, y una rica y metódica coleccion de monedas de todos los pueblos antiguos y modernos.—Igualmente el *Museo de Artillería* ó *Armería Real*, en que pueden verse una multitud de máquinas de guerra y armaduras de todos los siglos.—La famosa fábrica de tapicería de los *Gobelinos*, verdadero museo de cuadros, prodigiosamente tejidos, cuya perfeccion no reconoce igual en Europa.—Hay ademas cerca de París el magnífico *Museo Histórico* de Versálles, y el de porcelana de *Sèvres*, de que hablarémos en tiempo y lugar.

Si son dignos de admiracion y encomio tantos y tan bellos establecimientos dedicados á la pública instruccion, no lo son ménos por cierto los económicos y de beneficencia y correccion.—Entre los *hospicios* y asilos de indigencia, por ejemplo, sobresale el llamado de la *Salpetrière*, inmenso establecimiento que ocupa el espacio de cincuenta y cinco mil toesas, y viene á ser una pequeña ciudad, con várias calles y jardines, hospitales, iglesia y otros edificios. En él se albergan *cinco mil cuatrocientas mujeres* ancianas, enfermas, epilépticas y locas, y es realmente admirable el órden y la economía interior con que está gobernado.—El otro hospicio, de *Bicètre*, extramuros de París, es el destinado para hombres ancianos, y con las mismas condiciones que las mujeres de la Salpetrière, y puede contener unos tres mil trescientos.—Son

igualmente muy dignos de alabanza los dos hospicios de *Incurables* para hombres y mujeres, el de matrimonios (*ménages*), el de huérfanos de dos á doce años, y otros varios, cuya administracion y la de la hospitalidad domiciliaria hará muy bien en estudiar el viajero que pretenda ser útil á su país.

Pero el principal hospicio-hospital de aquella ciudad, y uno de los primeros del mundo, es el de los *Inválidos* del ejército, espléndido tributo nacional rendido á los defensores del Estado que se inhabilitaron en su servicio. De *cuatro á cinco mil* de aquellos desgraciados encuentran en él un asilo digno, un abundante alimento y un trato y cuidado tales, que llegan á hacerles olvidar sus dolencias y prolongar dulcemente el resto de sus dias.—Las demas clases menesterosas tienen para sus dolencias el *Hôtel-Dieu*, vasto establecimiento que encierra mil trescientas cuarenta camas, y los hospitales de la *Piedad*, con seiscientas; de la *Caridad*, con trescientas veintitres; de *San Antonio*, con doscientas sesenta y dos; el de *Necker*, el de *Cochin*, el de *Beaujon*, y otros muchos destinados para dolencias especiales, como, v. gr., el de *San Luis*, para las enfermedades de la piel, otro para las venéreas, y el magnífico de *Charenton* para los locos y dementes.—Hay otro hospital especial que sirve tambien de asilo y enseñanza para *trescientos ciegos* (*Quince-Vingt*), siendo un espectáculo realmente admirable el mirarles trabajar mil obras mecánicas, en extremo curiosas, que venden en provecho propio.—Igualmente es recomendable el *Instituto Real de niños ciegos*, de ambos sexos, en que se les enseña á leer por medio de libros impresos con caractéres en relieve, la Geografía, la Lengua, la Historia, las Matemáticas y la Música, y ademas algunos oficios, como el tejido, hilado, imprenta, etc.—Ni debe dejar el forastero de asistir á los ejercicios públicos

del *Instituto de Sordo-mudos*, fundacion del célebre abate *L'Epée*, en donde se admira igualmente el ingenio y la constancia del hombre para aliviar en sus semejantes la falta de las más notables facultades.— Otros muchos asilos hay, tales como el destinado á recibir las mujeres embarazadas, el de los *niños expósitos*, en que se reciben por término medio cinco mil quinientos en cada año, y un sinnúmero de establecimientos conocidos con el nombre de Casas de Sanidad (*Maisons de santé*), donde se encuentran habitaciones y camas para recibir á los enfermos que no puedan contar en sus casas con la debida asistencia, y se les cuida con el mayor esmero mediante una retribucion convenida.

Ademas de la Junta Administrativa de los establecimientos de Beneficencia, existen multitud de Sociedades filantrópicas con diversas denominaciones, como *Sociedad Maternal*, la *de la Providencia*, la *de los Prisioneros*, la *de Reforma de cárceles*, la *de Niñas desamparadas*, la *de Salas de asilo* (escuelas de párvulos), las asociaciones parroquiales y otras infinitas, que, auxiliadas unas con el concurso del Gobierno, y sustentadas únicamente otras por la pública caridad, contribuyen á sostener aquellos infinitos establecimientos, donde encuentran proteccion y asilo en su orfandad, consuelo y alivio en sus dolencias *más de noventa mil personas*.

Para terminar aquí con las asociaciones filantrópicas, me limitaré á hacer mencion de la *Caja de Ahorros*, establecimiento admirable, fundado en 1818, al cual concurren de tres á cuatro mil personas cada domingo á depositar sus economías, desde la suma de un franco hasta la de trescientos; siendo tal su importancia, que en el año último de 1840 ha dado los resultados siguientes: total recibido en el año, treinta y cuatro millones setecientos no-

venta y seis mil quinientos quince francos con setenta y dos céntimos.—Devuelto: treinta y tres millones setecientos noventa y ocho mil cuatrocientos ochenta y cuatro francos veinte y tres céntimos.—El número de libretas corrientes al fin del año en la caja pasaba de ciento veinte y cinco mil, las cuales tenian existentes en caja setenta y cinco millones de francos (unos trescientos millones de reales), cuyas enormes sumas tienen allí inmediata aplicacion pasando al Tesoro público, quien abona el correspondiente interes á la caja.—*El Monte de Piedad*, inmenso establecimiento, más mercantil que filantrópico, de aquella capital, no merece tantos elogios, por los crecidos intereses que lleva, y los medios poco escrupulosos con que brinda su mentido socorro á una poblacion imprudente y disipada.

Las prisiones de París no ofrecen tampoco tanto motivo de alabanza en lo general, y hasta son censuradas cada dia por escritores más ó ménos parciales; sin embargo, es visible la mejora que se ha verificado de unos años á esta parte, y entre las actuales pueden todavía alabarse sin escrúpulo la de *Santa Pelagia*, para delitos políticos; la *Fuerza*, para criminales comunes; la de *Clichi*, para deudores; la de *San Lázaro*, para jóvenes penitenciados (que es una de las mejor dirigidas que hay en París), y la de la *Roquette*, donde se halla puesto en práctica el sistema de aislamiento del célebre Bentham.

Otros muchos establecimientos públicos pudiera citar entre los destinados á la administracion y buen órden de aquella populosa capital, tales como los cinco mataderos (*abbatoirs*), construidos en tiempo de Napoleon, los cuales, por su bella disposicion y exquisita limpieza, merecen bien una visita del curioso viajero.—Los *acueductos* de San

German de los Prados, Belleville, Arcueill y los canales de *L'Ourcq* y *San Dionisio*, obras costosísimas, á par que grandiosas en sus resultados de abastecer de aguas á aquella inmensa poblacion.—Los amplios y bien construidos *mercados* especiales de grano, de harinas, de vinos, de comestibles, de vacas, de volatería, de caza, de pescado, de ostras, de fruta, de flores, de ropas viejas, etc.

Merecerian uno y muchos artículos especiales las infinitas asociaciones particulares, industriales y económicas que tanta importancia tienen en la prosperidad de aquel pueblo; pero baste decir que he reunido y tengo á la vista más de cien reglamentos de otras tantas de ellas, con diversos objetos y denominaciones, sin que pueda pasar en silencio la que tiene por objeto el fomento (*encouragement*) de la industria nacional, que ha ligado su nombre á todas las invenciones útiles de este siglo; la sociedad de *Seguros contra incendios de casas en París* (calle de Richelieu, número 85), que cuenta con el asombroso capital asegurado de mil y seiscientos millones de francos (unos seis mil cuatrocientos millones de reales); la de *Seguros vitalicios* (en la misma calle, número 97), que tiene un fondo social de tres millones novecientos mil francos (cerca de quince millones seiscientos mil reales); y otras infinitas contra los incendios naturales y fortuitos de edificios y muebles, contra los riesgos del granizo, explosiones, transportes, navegacion, pérdidas de pleitos y de créditos comerciales en casos de quiebra, reemplazos del ejército, atropellos de carruajes, etc., las cuales completan una larga serie de establecimientos útiles y necesarios para neutralizar en lo posible las contingencias de la vida.

Por último, y para concluir este largo capítulo, me habrá de permitir el lector alguna ligera detencion para bosquejar uno de los objetos más interesantes bajo los as-

pectos filosófico y artístico en aquella capital, y señalar en él los gratos recuerdos que encierra para un visitador español.

El *cementerio* del Norte de París, llamado *del Padre Lachaisse*, es un vasto y magnífico jardin, que desde los primeros años del siglo actual, en que fué destinado á este sagrado objeto, se ha visto cubierto de muchos miles de monumentos artísticos de la mayor magnificencia; y lo que es más, ilustrado con la rica aureola de gloria que derraman por su recinto los muchos nombres ilustres esculpidos en sus lápidas funerales. — En aquella soberbia *Necrópolis* (ciudad de muertos), en que entre dos generaciones han venido á pagar el humano tributo un *Foy* y un *Benjamin Constant;* un *Cuvier* y un *Talma;* un *Perrier* y un *Ney*; un *Massena* y un *Souchet*, grandes reputaciones de su siglo;—en aquel sagrado recinto, que, no contento con ellas, ha llamado á tan espléndido y mudo congreso los nombres gloriosos de los siglos anteriores, y recogido bajo su tierra amiga los restos del escritor filósofo de la córte de Luis XIV, el admirable *Molière;* del intérprete de la naturaleza *Lafontaine;* del cáustico *Beaumarchais* y del tierno *Delille;* — que ha levantado con los escombros del Paracleto una bella tumba gótica para los desgraciados amantes *Abelardo y Eloisa;* — en aquel jardin, en fin, que renueva la memoria del Eliseo de Virgilio, ó sea la espléndida evocacion de todas las sombras venerables de los que en las armas, en las letras ó en la tribuna defendieron é ilustraron á su patria, no puede ménos de conmoverse profundamente el hombre sensible ó el viajador filósofo que, atravesando sus bellos bosques, sus graciosas colinas y sus variados paseos, se halla detenido á cada paso con la multitud de fúnebres monumentos, las estatuas y nombres de las personas célebres que encierra.

Ningun sitio fuera de la capital ofrece puntos de vista más pintorescos y variados; y áun considerado meramente bajo el aspecto artístico, puede calcularse el interes que ha de excitar un inmenso jardin en que se encuentran más de cincuenta mil mausoleos de todas las formas y órdenes arquitectónicos, muchos de ellos de extraordinario primor, embellecido el todo por el frondoso ramaje de los árboles y las plantas, y por el interesante espectáculo de los piadosos parientes y amigos que vienen á rendir á los suyos los más tiernos homenajes, vertiendo lágrimas sobre sus tumbas, cubriéndolas de flores, y comunicándose con ellos, por decirlo así, á pesar de la muerte; y no se extrañará que á la vista de aquel sublime espectáculo, el extranjero, suspenso, sienta despertar un movimiento de simpatía por una nacion que sabe honrar así la memoria de sus pasados.

Pero si el viajero es español, crece de todo punto su interes al encontrar frecuentemente en aquel sitio elegantes aunque sencillos mausoleos, levantados á la memoria de sus compatriotas, muertos en el destierro por consecuencia de las revueltas civiles.

Bajo un elegante templete de mármol, formado por ocho columnas y coronado por una cruz, se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de Estado *D. Mariano Luis de Urquijo*, que falleció en París, en 3 de Mayo de 1817, á la edad de cuarenta y nueve años, leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripcion:

Il fallait un temple à la vertu,
Un asile à la douleur.

El Embajador *Duque de Fernan Nuñez*, el médico *García Suelto*, el sabio *Morales*, el marino *Guzman de*

Carrion, la Marquesa de *Arneva*, y otros varios compatriotas, yacen en un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan *la Isla de los Españoles.* — El *Príncipe de Masserrano*, grande de España de primera clase, reposa tambien allí, bajo un noble mausoleo, y á su lado, sobre una lápida modesta, que no revela nombre alguno, yace sin duda otro desgraciado español, bajo este tierno epígrafe:

Sur ce noble mortel, aucun ruban n'a lui;
Aucun titre ne le decore;
Mais si l'Espagne eut eu vingt guerriers comme lui,
L'Espagne serait libre encore.

Pero otro monumento colocado en distinto compartimiento del jardin, entre las sombrías calles que se elevan sobre la derecha de la capilla, es el que llama principalmente la atencion del viajero español, por el hombre ilustre á quien está dedicado, y por su oportuna colocacion, inmediatamente vecino á las dos tumbas de *Molière* y de *Lafontaine.*

Su forma es sencilla, reduciéndose á un gran pedestal que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico más proporcionado, sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. Enfrente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripcion:

AQUÍ YACE
DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO,
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
DE INOCENTES COSTUMBRES
Y DE AMENÍSIMO INGENIO.
MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

En los otros tres lados de este mismo cuerpo hay elegantes dísticos latinos, en esta forma :

Hic jacet Hesperiæ decus, inmortale Thalia
omnibusque carum patriæ lugebit cives.

Nec procul hic jacet cujus vestigia secutus,
magnus scenæ parens, proximus et tumulo.

Et post fata colit fedus amicitia
MANUEL SILVELA.

En el cuerpo bajo del sepulcro hay las siguientes inscripciones en frances:

Concession à perpetuité, six metres de terrain.

Sepulture de la famille Silvela
et de leur ami
M. L. F. DE MORATIN.

Y más abajo, en las lápidas de la derecha, los nombres de los señores *D. Manuel Silvela* y *doña Micaela García de Aragon*, su esposa, que yacen tambien bajo el mismo monumento que elevaron á la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de éste inmediatos á la tumba que encierra los del gran Molière, *cuyas huellas siguió en vida y en muerte*, fué una feliz inspiracion, y parece que no dejó de haber inconvenientes para realizarla, por estar de antemano ocupado aquel sitio por otras

tumbas; pero todo fué vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que reparando el injusto desden de su patria, acertaron á colocarle al lado de su ilustre modelo, y del pintor fabulista, del filósofo *Lafontaine* (1).

Por último, inmediato á la tumba de Moratin, y ántes de llegar á ella, se encuentra una magnífica losa de mármol negro elevada como una cuarta sobre el piso del jardin, y adornada con un relieve de bronce que representa un libro de música. En él se leen claramente algunos compases del *Polo del contrabandista*, y sobre la lápida el nombre del distinguido cantor y compositor español que allí reposa, MANUEL GARCÍA.

Los demas cementerios públicos, denominados de *Montmartre*, del *Monte Parnaso*, de *Picpus*, de *Santa Catalina*, del *Calvario* y de *Vaugirard*, son, aunque más en pequeño, de la misma forma y disposicion, y encierran monumentos notables.—Por último, las *Catacumbas*, inmensa extension de bóvedas que corren por bajo de los cuarteles meridionales de París, es el sitio en donde reposan los restos de cuarenta generaciones, cuyo número de individuos está calculado en ocho veces la poblacion viviente de la capital. Estos huesos, formando el techo de la bóveda y el revestido de sus paredes, producen un aspecto singular y filosófico.

---

(1) Es sabido que por Real órden fueron trasladadas á Madrid las cenizas del ilustre Moratin, en 12 de Octubre de 1853, juntamente con las del malogrado D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, y depositadas en las bóvedas de San Isidro el Real. A nuestro juicio, y prescindiendo del honroso tributo rendido á la memoria de aquel insigne ingenio, su sepultura en París, cercana á la de Molière, tenía más lógica y poesía.

El lector que haya tenido paciencia para llegar hasta este punto de mi prolongada narracion, habrá de disimular todavía las muchas omisiones, y suponer áun mucho más de lo que queda expresado; pero deberá hacerse cargo de la necesidad en que me veo de pasar con rapidez por tan extenso cuadro, que exigia otro espacio para ser desenvuelto convenientemente.—Baste, sin embargo, lo dicho para mi objeto de dar algunas indicaciones útiles al viajero sobre los principales objetos que deben llamar su curiosidad, y déme el lector su vénia para trazar en los últimos capítulos las relaciones entre el forastero y los habitantes de aquella capital, y el cuadro animado de los espectáculos y placeres que tan grata hace su mansion, permitiéndome ántes la narracion de un episodio, relativo á uno de los objetos mencionados anteriormente, ó sea el entierro que presencié de un célebre dramaturgo en el cementerio *Montmartre*.

XII.

ENTIERRO DE VÍCTOR DUCANGE [1].

Al dia siguiente de mi llegada á París leí en los periódicos este aviso: «*Acaba de morir* Mr. Víctor Ducange, *autor de comedias; el entierro se verificará á las* 11 *de este dia, saliendo de su casa, calle de Engheien, número* 20.»

No fué menester otra cosa para excitar mi natural curiosidad; ceremonia nueva, autor conocido, dos circunstancias interesantes para un recien llegado.—No hubo más, sino que, sin detenerme ya en preparar mis visitas y cumplidos, tendí la vista por el plano de París, estudié bien estudiada la topográfica situacion de la calle de Engheien, y ántes que sonáran las once, ya me encontraba delante de la casa mortuoria, cubierto todo de luto, y tan atribulado, que parecia ser una de las víctimas del trágico dramaturgo.

Yacia éste en su ataud en el punto céntrico del portal, adornado con sendas bayetas negras; como mi prisa ha-

(1) Tambien este capítulo episódico pertenece al primer viaje del autor (1833-1834), en la ocasion en que estaban en el apogeo de su celebridad las nuevas doctrinas literarias, apellidadas *romanticismo*, cuya exageracion tanto se prestaba al ridículo.

bia sido tal, que llegaba el primero á ofrecerle mi cumplido, tuve tiempo de entregarme á reflexiones patéticas, cual si dijéramos entresacadas del *Verdugo de Amsterdam* (1). En esto se venía á más andar el mediodia, y ya cerca de él fueron llegando sucesivamente los amigos y convidados, y hasta seis (si no eran siete) coches de duelo, todos por supuesto alquilados *á* 30 *sous la hora.* Precedíales una especie de galera con negros cortinajes y dirigida por un cochero, que en aquella circunstancia hubiera tomado un poeta clásico por el fatal Caronte; y ésta fué la que, cargando con el finado, abrió lentamente la marcha, siguiéndole en pos los demas carruajes, y una doble y luenga fila de pedestres aficionados, entre los que tuve la fortuna de contarme.

En tanto que nos dirigiamos al cementerio, atravesando calles y plazas, todo se me volvia contemplar una por una las condiciones y semblanzas de los diversos personajes que me rodeaban, en los cuales creia columbrar los originales de los retratos que tengo en mi gabinete.—No es extraño; cuando llega uno á París se figura que todos cuantos tropieza son hombres grandes; y ademas, atendida la circunstancia, yo tenía derecho á creer que estaba en una reunion de sabios; así que no habia calvo que luégo no tomase por *Beranger*, ni rostro alegre que no calificase de *Jouy*, ni lánguido á quien no llamase *Lamartine*, ni facciones abultadas y espaciosa frente que no fueran las de *Víctor Hugo*, ni mirar penetrante que no me denunciase á *Scribe.*

Pero áun habia otro motivo más para hacérmelo creer; conviene á saber: los trajes y arreos de muchos de aquellos circunstantes, en cuyo aparato habia algo de extraordinario, que yo no sabía definir.—Cuál, por ejemplo,

(1) Uno de los dramas de este autor.

ostentaba una luenga barba por encima de la corbata; cuál se contentaba con un mechon; éste dejaba flotar largas melenas sobre sus espaldas; aquél descubria su cabeza semi-afeitada con sólo una ligera cresta sobre la frente;—sombreros de forma misteriosa; justillos á medio cuerpo, levitas á los talones, cuello y anguarinas más ó ménos simbólicas, que me dejaban pasmado.—No hay remedio, exclamaba, sabios son, y sabios de á folio.

Pero entre tanto todo era soliloquio, ó para mis adentros, como suele decirse; porque asaltado por el religioso respeto de tanta sabiduría, no osaba dirigir la palabra á ninguno.—Sin embargo, rabiaba por hablar y por informarme de todo; pero no sabía á cuál dirigir mi interrogatorio; hasta que, por último, me decidí á dar preferencia á uno que me pareció cortado para el caso; porque hablaba y bullia mucho, y tan pronto le veia en la delantera como en la retaguardia del convoy; y todos le tenian en mucho, y él á todos les correspondia con agasajo y atencion.—Con éste, pues, entablé mi plática, y sin que sea mi ánimo estamparla aquí punto por coma, díjele que era un extranjero recien llegado á París, que conocia de reputacion á Víctor Ducange, pues que habia visto en Madrid *Quince años há*, y los *Treinta del jugador*, de aquel ingenio, con lo cual no podia ménos de interesarme el haberle encontrado en aquella situacion tan dramática.

—¡Calle! (me interrumpió mi contrincante con un tantico de admiracion), ¿con que han llegado hasta Madrid los dramas de Mr. Víctor?

—Sí, señor, que han llegado, y con la más cabal salud, y todos los dias se representan, y se aplauden y gustan que es un horror.

—¡Vea V., y luégo dirán!

—A decir verdad, nosotros los aplaudimos por várias

razones: la primera, porque van de esta capital, y ya es sabido que todo lo que va de ella es excelente.

—¿De véras?

—La segunda, porque se nos anuncian como piezas que en ésta han producido furor.

—Diré á V., lo que es furiosas.....

—La tercera, en fin, porque se recalca sobre el epíteto del *célebre* Víctor Ducange.

—¿Tambien ésa? ¡Pobre Mr. Víctor! ¡Que no pudiéramos decírselo al oido! ¡Él, que nunca pudo hacer rabiar más que á los concurrentes del teatro de la Alegría! (*Gaité*).

—Me deja V. pasmado.

—¿Con que, es decir, que, segun V. dice, el drama sanguíneo está á la moda en Madrid áun más que en esta capital?

—Diré á V.: con esto nos sucede como con las lanas que nos vuelven VV., elaboradas á su modo, ó como con los barcos de vapor, con los viajes alrededor del mundo, con la enseñanza de sordo-mudos, con la representacion nacional y con otras muchas cosas que hemos tenido ántes que VV. y luégo las olvidamos; pero así que las hemos visto renacer en París, hemos corrido á buscarlas, las hemos tomado como nuevas, y nos hemos pasmado de sorpresa. Quiero decir, que mucho ántes que esos *románticos* con que VV. nos dan dentera, existieron entre nosotros los Lopes y Calderones, los Rojas, Tirsos, Moretos, Castros y Cubillos, y á fé que si V. leyera algunas de sus comedias, por ejemplo *El Rico hombre de Alcalá*, *García del Castañar*, *La Vida es sueño*, *El Médico de su honra*, *El Burlador de Sevilla*, *El Tejedor de Segovia*, *La Estrella de Sevilla*, *El Alcalde de Zalamea*, *el Pastelero de Madrigal*, *Casarse por vengarse*, y otras infinitas, veria que no hablo al aire, y que lo que á nosotros nos hace falta son Molières y Corneilles, no *Hernanis* ni *Jugadores*.

Al oirme citar en la misma línea composiciones de autores para él tan diferentes, empezó á hablarme de la aristocracia literaria y de las jerarquías de segundo órden, de los famosos bandos dramáticos, y demas bataola de este siglo de escisiones; y yo, aprovechando esta ocasion de satisfacer mi curiosidad, díjele que, á pesar de aquellas disensiones, me figuraba que unos y otros habrian prescindido de su derecho respectivo para reunirse á rendir á su compañero el último tributo, y que, por consecuencia, me creia en aquel momento rodeado de todos los personajes del Parnaso contemporáneo.

—¡Qué disparate! me replicó con prontitud: vea V.; todos esos de la fila en que V. va, son cómicos de los teatros del Boulevard.

—¿Es posible? (exclamé, pasándome disimuladamente á la otra fila, en que formaban las exóticas figuras que arriba dejo indicadas). Y éstos ¿quiénes son? preguntéle con cierta desconfianza.

—Estos son *los románticos outrés.*

—¿De véras? con que al fin veo los célebres...

—Alto ahí, que todavía su celebridad está en mantillas. Ni Víctor Hugo, ni Alejandro Dumas, ni Chateaubriand, ni D'Arlincourt están aquí, y todos éstos no son más que jóvenes arriscados, autorcetes noveles, abastecedores de los teatros subalternos, improvisadores de fatídicas novelas, dramas compungibles y cuentos fantásticos.

—Sí, sí, entiendo, como si dijéramos *Galerías de sombras y espectros ensangrentados* (1).

—Precisamente.

—Pues no diga V. más; hace tiempo que se conoce

(1) Título de una obra que por entónces se publicaba en Madrid.

ese género en nuestra aduana; pero callar y callemos, que veo que nos observan, y no quisiera dar motivo á estos señores Shakespeares novísimos para una escena *de efecto* de alguno de sus dramas.

—No, señor, no haya miedo; todos me tienen que tener contento.

—¿Es V. acaso el empresario de algun teatro?

—No, señor; soy periodista.

—Ya.

Á este punto llegábamos de nuestra plática, cuando entramos por la puerta del cementerio, que, por lo que puede interesar al caso, es preciso que se sepa que no es, como los nuestros, un descarnado patio con triples ó cuádruples filas de letreros en la pared; sino un inmenso y pintoresco jardin, sembrado, por decirlo así, de tumbas y monumentos de todos gustos y dimensiones; sombréanlas multitud de árboles y plantas de deliciosa perspectiva, que mitigan el horror de aquellos sitios é inspiran una dulce melancolía; la virtud, el talento y el orgullo se ostentan alternativamente en emblemas ingeniosos, alegorías sublimes y filosóficas inscripciones; y el extranjero que por primera vez pisa aquel recinto no puede ménos de experimentar un verdadero asombro y mostrar interes por un pueblo que honra de este modo la memoria de los que ya no existen.

Mi imaginacion habia experimentado una rápida transicion á estas sublimes ideas, y ocupado enteramente en ellas, seguia los movimientos del carro fúnebre para presenciar el resto de la ceremonia.—Atravesamos lentamente gran parte del cementerio por los espaciosos paseos que le cruzan; y llegados á una altura, hizo alto el coche, y los encargados del cementerio descendieron el ataud: seguímosle todos con un religioso silencio, y nos encami-

namos á una isleta, en medio de la cual habia un hoyo profundo; en derredor de él formamos un gran círculo, y presenciamos la colocacion del féretro en lo más hondo de aquél; entónces, uno de los más allegados al difunto pronunció un corto y enérgico discurso acerca de sus cualidades y del mérito de sus obras; concluido éste, mi compañero de conversacion (que habia corrido la voz de que yo era extranjero, y hecho de modo que se me diera un lugar preferente) me alargó un puñado de tierra, y al arrojarlo sobre el ataud no pude ménos de experimentar cierta conmocion: todos en seguida hicieron lo mismo, y muchos ayudaron á cubrir la sepultura con coronas de siemprevivas, que habian tomado á la puerta; hasta que, igualado que fué el terreno, se colocó en él provisoriamente una sencilla cruz negra con estas solas palabras: «VÍCTOR DUCANGE.»

La comitiva, dispersada por las sombrías calles del cementerio, fué desapareciendo poco á poco; mi compañero tambien me dejó, citándome para de allí á dos dias en el teatro de la puerta de San Martin, que era el estreno del famoso drama *María Tudor*, de Víctor Hugo (1), y yo me quedé solo, recorriendo aquellos sepulcros con una sensacion difícil de explicar, saboreando el placer de meditar sobre las tiernas inscripciones que á cada paso encontraba.

—«*¡Oh, hija mia! tierra feliz, haz florecer sus virtudes.*»

---

(1) Efectivamente, asistí á este estreno, y en mi vida olvidaré el espectáculo revolucionario que presentó aquella noche el pacífico templo de las musas.

—«*Bajo estas flores descansa un buen padre; ellas crecerán, porque serán regadas por nuestras lágrimas.*»

—«*La muerte me ha separado de mi esposa para hacerme más grato el momento en que nos ha de reunir.*»

—«*La patria llama al héroe muerto, y éste por la primera vez no responde á su acento.*»

Y otros infinitos epígrafes que me llenaban de entusiasmo; y ya iba á llegar á la puerta del cementerio, cuando llamó mi atencion el siguiente mote:

—«*Aquí yace N., bonetero; fué buen padre, buen esposo y buen ciudadano: pasajero, ruega á Dios por él.*»

Y más abajo, en letras menudas, continuaba :

—«*La viuda inconsolable tiene el honor de prevenir al público que sigue con el almacen, calle de... núm...*»

¡Válgame Dios! exclamé dando un suspiro y echándome fuera del cementerio... «¡Adónde diablos el *reclamo* ha ido á anidar!...» ¡Bien se ha dicho que *de lo sublime á lo ridículo no va más que un paso!*

XIII.

PARIS RECREATIVO.

Se ha dicho, no sin fundamento, que al establecer una nueva colonia, lo primero que hacian los españoles era fundar un convento, los ingleses una factoría y los franceses un teatro; y siguiendo esta regla de proporcion, la capital de Francia debe tener, y tiene efectivamente, tantos espectáculos escénicos como establecimientos mercantiles la de Inglaterra, como iglesias y conventos poseia hasta hace pocos años nuestro Madrid.

Prescindiendo del aparato teatral de la política, que en aquella capital, madre de las revoluciones y aplicadora práctica de toda clase de teorías, desplega su formidable aspecto civil ó militarmente, segun las ocasiones;—dejando á un lado tambien la escena viva de la sociedad, en la cual campea con todo su poder la inclinacion, el instinto normal de los franceses hácia los juegos escénicos y su fingida declamacion;—haciendo abstraccion de las recepciones oficiales de la córte en que un rey ciudadano (que representa felizmente su papel) contesta con largas y poéticas peroratas á las no cortas que le dirigen los públicos funcionarios; ó vestido con el uniforme nacional estrecha entre sus manos las de sus *bravos camaradas*, que

le dan la guardia, y gasta y destroza un caballo y un sombrero pasando y repasando entre sus filas;—y no cuidando tampoco del clásico espectáculo que ofrece en el palacio del Luxemburgo la cámara de los Pares, ni del vital y romancesco de la de Diputados en el palacio Borbon;—no tomando en cuenta las aristocráticas escenas, más ó ménos públicas, de los salones del cuartel San German, las financieras de la *Chausée d'Antin*, ni las populares y plebeyas de las calles de San Dionisio y San Martin, en que todos los actores desplegan una singular habilidad escénica, una *vis cómica* y aparato teatral que ofrecen *grátis*, por su dinero, al peregrino espectador;—limitándome, en fin, por ahora á los *teatros* y escenas propiamente tales, con sus decoraciones de carton y sus trajes de oropel; á los actores fingidos que representan delante de actores verdaderos; á las farsas del genio que lucen su habilidad delante del genio de la farsa, y se encargan de divertir al pueblo más ávido de diversiones que existe en el mundo, haré una rápida reseña de ellos con la misma conciencia y brevedad con que he tratado de los establecimientos de otras clases.

Pasan de treinta los espectáculos públicos que alimentan diariamente la insaciable curiosidad de los parisienses; y ayudados unos con las crecidas subvenciones del Gobierno, y fiados otros exclusivamente en la constancia de sus parroquianos, sostienen entre sí una magnífica lucha, que da por resultado el rápido vuelo del ingenio, la superioridad incontestable que en este punto tiene París sobre todas las capitales de Europa.—Asombraria verdaderamente á mis lectores si trasladase aquí el simple resúmen del número infinito de individuos empleados allí en esta profesion y sus dependencias; el cálculo aproximado de los capitales invertidos en ello; el movimiento

intelectual á que da lugar, y sus consecuencias sociales y políticas; pero prescindiendo por ahora de estas consideraciones, que me llevarian muy léjos de mi propósito, descenderé á las breves indicaciones de aquellos espectáculos que dejan el más grato recuerdo en la imaginacion del viajero.

Colóquese en primera línea, y áun fuera de toda comparacion, la *Academia Real de Música*, asombroso espectáculo lírico, que, segun decia *Rousseau*, es, de todas las academias, *la que más ruido hace en el mundo.*—En este teatro, como en todos los demas (aunque con muchísima mayor diferencia), son tres los objetos que dividen justamente la atencion del observador, á saber: el local de la escena, los espectadores, y el espectáculo.—En cuanto al primero, puede asegurarse que aquella sala es una de las más ricas y elegantes que existen en Europa; y aunque en el exterior no ofrezca objeto de particular encomio, el interior es bello, rico, suntuosamente decorado, y de una extension capaz de contener cómodamente sentadas dos mil y cien personas, cuya entrada llena produce unos doce mil francos (cuarenta y ocho mil reales).

La costumbre seguida en este como en la mayor parte de los demas teatros de París es dividir el suelo de la sala en *orquesta* (que son las primeras filas inmediatas á ésta, y cuesta diez francos cada asiento), y *parterre* (que son los asientos de las demas filas, y cuestan cuatro francos cada uno); y las localidades altas en *balcon* ó grada descubierta, que corre delante de los primeros palcos; en tres órdenes de éstos, y otra cuarta, que sirve de galería general, bajo los nombres de *anfiteatro*, *paraíso*, etc.—El balcon y los asientos de orquesta son los sitios privilegiados de la elegante concurrencia; los palcos ó aposentos, cuyos precios varian segun su altura ó situacion de fren-

te ó de costado (porque la forma circular ó elíptica de los teatros franceses establece una notable diferencia en perjuicio de los lados), son por lo regular ocupados por las familias; y en las regiones elevadas, cuyo precio desciende en proporcion de su altura, así como en los asientos de *parterre*, se colocan los aficionados cuyas módicas fortunas no pueden sufrir concurrencia con los *guantes amarillos* del balcon.

No es sólo lo subido de los precios lo que hace molesta la asistencia á aquellos grandes teatros, sino la dificultad de obtener sitio, y las muchas diligencias que esta misma dificultad exige.—Anúnciase, por ejemplo, una buena funcion para cualquiera de los dias lúnes, miércoles ó viérnes (únicos en que trabaja este teatro); si al espectador le es indiferente el precio, y si le sobra ademas tiempo para comprometerse de antemano, puede acudir la víspera ó el mismo dia al despacho á retener su asiento, escogiéndole ó designándole en el plano del mismo teatro que está á la vista en la oficina; pero entónces tiene que pagar doce ó quince francos por los asientos de diez, y así á proporcion.—Pero si no gusta de prodigar su dinero ó su tiempo, y sólo se acuerda del teatro pocas horas ántes de empezar la representacion, preciso le será colocarse modestamente en fila en el pórtico del coliseo, aguardar allí una ó dos horas la apertura del despacho, tomar su billete, *no numerado*, cuando le toque llegar al ventanillo; y si aquél es, por ejemplo, de segundos palcos, subir apresuradamente la escalera para ganar por la mano á los que vienen detras; solicitar luégo humildemente el ser colocado por las nada amables y muy vetustas acomodadoras que guardan las llaves; recibir, por lo regular, de éstas una seca negativa, á pretexto de estar todo lleno; tener que bajar no ménos rápidamente al despacho llamado *de suplementos*, donde pagando el exceso

se le cambiará su billete por otro de superior categoría; acaso recibir nuevas negativas, y repetir otra y otra vez la misma operacion, hasta que, colocado, en fin, en un rincon de un pequeño palco de cuatro asientos, y asestando oblícuamente su anteojo por entre un enorme gorro de señora y unas fecundas melenas de galan, puede aguardar allí otra hora á que comience la representacion.

Verdad es que para entretenerla tiene el *Entreacto*, el *Vert-vert*, el *Puente Nuevo* y otros varios periódicos literarios, que son en la misma sala vendidos y pregonados en alta voz, ó el programa del espectáculo, ó el libreto de la ópera; ó bien puede dejar sobre su asiento un guante, un pañuelo, en señal de posesion (señal que, en honor de la verdad, debemos decir que es generalmente respetada) y marchar á pasearse, y hacer tiempo en el magnífico salon de descanso (*foyer*), que por la animacion y elegancia de la concurrencia es uno de los sitios más curiosos de París; una verdadera linterna mágica, en donde suelen ostentarse alternativamente todas las notabilidades políticas, literarias y artísticas de todos los países del globo, desde los reyes presentes y pretéritos hasta los genios futuros y en albor.—Para un forastero (suponiendo á su lado un *cicerone* inteligente) es éste uno de los espectáculos más entretenidos y sabrosos; para un parisien *com'il faut*, el *foyer* y el *balcon* de la ópera son el verdadero teatro, la historia contemporánea literaria, política y galante, con cuyo interes pretende en vano competir el del espectáculo artificial, por grandes que sean su primor y magnificencia.

Sonlo, sin embargo, en realidad, y puede asegurarse que la *Academia Real de Música*, por la reunion de los talentos artísticos que en ella se despliegan, por la importancia de la grande ópera y baile pantomímico que constituyen su espectáculo, por el mérito de cantores, bailari-

nes y orquesta, y por el magnífico aparato en decoraciones y comparsas, es el más admirable espectáculo escénico, la más armónica agrupacion de todos los adelantos en el arte teatral.

Con efecto, despues de citar las grandes óperas de un *Rossini*, de un *Meyerbeer*, de un *Aubert*, de un *Donizetti: Guillermo Tell* y *Roberto el Diablo*, la *Muda de Pórtici* y la *Favorita;* los magníficos bailes pantomímicos de la *Sílfide*, la *Rebelion del Serrallo* y el *Diablo enamorado;* los admirables talentos y físicas dotes aplicadas al canto por el tenor *Duprez*, el bajo *Barrouillet*, madama *Dorus-Gras* y otros infinitos; la singular habilidad, el mágico artificio de las bailarinas *Taglioni*, *Essler* y *Paulina Lerroux;* el talento mímico de los *Elie*, *Mazurier*, etc., etc.; despues de contemplar los preciosísimos cuadros-diorama pintados por *Ciceri*, *Philatre* y *Cambon*, y las numerosísimas comparsas, magníficamente ataviadas con toda la verdad histórica; despues de ver, por ejemplo, los pintorescos lagos y montañas de la Suiza y la animada escena de la conjuracion en la ópera de *Guillermo Tell;* el bullicioso mercado y la admirable bahía de Nápoles en la *Muda de Pórtici;* el claustro iluminado por la luna y la escena de la resurreccion de las monjas, ó el interior de la catedral de Palermo, en el *Roberto el Diablo;* la vista de la ciudad de Colonia en los *Hugonotes;* el alcázar de Sevilla en la *Favorita;* el desfile del cortejo imperial al final del primer acto de la *Judía;* el baño de las odaliscas en los jardines de la Alhambra, en el baile de la *Rebelion del Serrallo;* el baile de máscaras en el *Gustavo III;* el vuelo admirable de las ninfas en la *Sílfide;* el mercado de *Ispahan*, y el infierno en el magnífico baile de el *Diablo enamorado* (admirable espectáculo que en el invierno último ha cautivado la atencion de todo París, y formado una gran reputacion de talento mímico á la bai-

larina *Paulina Lerroux*), ¿qué otro espectáculo pudiera ya parecer grandioso? ¿qué nuevos goces exigirian ya los sentidos?

Hay, sin embargo, en el mismo París otro teatro que por sus circunstancias peculiares, aunque sin tantas pretensiones, divide justamente la atencion de la sociedad escogida, y es el de la *Opera Italiana*, que accidentalmente se halla situado en el teatro del *Odeon* desde que hace pocos años pereció el suyo propio en un violento incendio. —El teatro actual está situado muy léjos del centro de París, y ni la disposicion interior de su sala, ni el mérito de sus decoraciones, comparsas y aparato escénico, merecen el más mínimo elogio; pero para justificar la boga que disfruta y lo elevado de sus precios, baste decir que en él despliegan sus talentos los artistas *Rubini*, *Tamburini*, *Lablache*, la *Julieta Grisi* y la *Persiani*, que son consideradas, con razon ó sin ella, como las primeras notabilidades líricas de Europa. — Vinculados, por decirlo así, hace diez años en este teatro y en el Real de Lóndres, trabajan en París desde el dia primero de Octubre hasta el último de Marzo : lo que está muy en armonía con las costumbres de la brillante sociedad que frecuenta aquel teatro, y que suele pasar en el campo los meses del estío; hasta que, á la proximidad del invierno, abandonan sus quintas y castillos, y corren á escuchar á sus transalpinos ruiseñores.—Estos, por su parte, regresando de sus correrías á Lóndres y otras capitales, vienen, cargados de laureles, de guineas y florines, á recoger nuevas coronas en su sala privilegiada, en su sala coqueta, aristocrática y perfumada del Odeon.—En ella encuentran reunida la sociedad más brillante de Europa : la nobleza francesa, los diplomáticos y viajeros extranjeros, los artistas y entusiastas aficionados, que de regreso á sus hogares se en-

cargan de difundir por todas partes la fama de aquellos genios de la armonía.

Pero esta misma fanática adoracion (que tal puede llamarse) hace que aquellos artistas descuiden el aumentar su repertorio y presentar al público parisiense las muchas novedades de la lira italiana, pues seguros como están de sus sesenta, ochenta y cien mil francos anuales, y de ver todas las noches la casa llena de espectadores dispuestos á prodigarles sus bravos y laureles, repiten constantemente las piezas más conocidas, aunque buenas, del antiguo repertorio de Rossini y Bellini: la *Gazza Ladra*, *La Cenerentola*, *Il Barbiere*, *Moisés*, *Norma*, *I Puritani*, *Pirata*, etc., etc., y con dificultad ofrecen una más moderna en toda la temporada, como ha sucedido este año último, con sola excepcion de la *Lucrecia Borgia*, de *Donizetti*.—Pero todo se les tolera, y hasta el completo descuido del aparato escénico y áun lo muy subalterno de las partes secundarias, en gracia del eminente talento y facultades que desplegan los cinco artistas ya citados.

La *Ópera Cómica-francesa* es el tercer teatro lírico de París y ocupa un bellísimo edificio, construido modernamente sobre las ruinas del antiguo teatro italiano que se incendió. Por su situacion, en lo más céntrico del boulevard, por la elegante disposicion de su sala, y por cantarse en ella la ópera bufa y semi-séria francesa, con su música propia y nacional, sin mezcla de italianismo ó germanismo como en la Academia Real de Música, es uno de los espectáculos más frecuentados por el público propio parisiense; si bien el extranjero no halla en aquella música motivos de entusiasmo, ni tampoco en la medianía de los cantantes, entre los cuales figuraba en este año el bajo *Botelli*, que tuvimos hace años en Madrid, y una hija de la señora *Loreto García*.

El *Teatro Frances*, situado en uno de los ángulos del Palacio Real, es el primero de declamacion en aquella capital, y por el admirable conjunto de los talentos artísticos que en él se reunen, puede llamarse digno trono donde campean noblemente los ilustres genios de Molière, de Racine y de Corneille.—El que quiera ver hasta qué punto pueda llevarse la verdad escénica, la dignidad y la nobleza de la accion, la expresion sublime de las más profundas emociones del ánimo, la pureza de la diccion y demas circunstancias que constituyen el encanto del arte teatral, no tiene más que asistir en el *Teatro Frances*, de la calle de Richelieu, á cualquiera de las tragedias ó comedias de la escuela clásica, representadas por sus eminentes actores.

Descuella al frente de todos ellos la célebre trágica *Rachel Felix*, jóven artista que, por un dón particular del cielo, se ha colocado improvisamente á una altura superior sobre todos los actores contemporáneos, y es el más digno intérprete que acaso hayan tenido nunca las sublimes concepciones de Corneille y de Racine. No es fácil decir en cuál de sus cualidades artísticas consiste su mérito principal, porque todo en ella es armonioso y conveniente, todo noble y verdadero. Dignidad y magnífico aplomo en la posicion de la figura; decoro y majestad en la accion; ternura y sublimidad en la expresion de los afectos; excelente voz; pura y delicada diccion, y un cierto sabor antiguo y monumental que sabe prestar á todas las grandes figuras que traslada á la escena, Phedra, Camila, Hermione, Rojana y Esther, que producen en el espectador un sentimiento indefinible de sorpresa y de grata satisfaccion.—A igual elevacion, aunque en el género cómico-urbano de la alta comedia de Molière, se ha sostenido constantemente hasta el invierno último, en que acaba de retirarse de la escena, la célebre *Mlle. Mars*,

la tradicion viva de los recuerdos de la buena escuela, que, á despecho de la edad, ha sabido sostener su inmensa reputacion artística durante medio siglo. Molière y Beaumarchais han perdido en ella su mejor intérprete, y los apasionados á Celimena y á Susana renuncian ya al placer de verlas dignamente representadas.

Entre los actores del primer teatro frances alcanzan, en el género cómico, la mayor altura los señores *Monrose* y *Samson*, aquel, verdadero tipo del Fígaro de Beaumarchais y de los Scapin de Molière, y éste, entendido intérprete de los cuadros políticos de Scribe, de las difíciles creaciones de Bertran de Ranzaw y del lord Bolimbroke (1). En el género trágico, el más atrevido es *Ligier*, el cual, en *Los Hijos de Eduardo* y otras tragedias modernas, ha suplido en lo posible el inmenso vacío que Talma dejó. —En segunda línea aparecen los señores *Firmin*, *Beauvallet*, *Saint-Aulaire* y otros, y las señoras *Noblet*, *Menjaut*, *Plessí*, la hermosa reina Ana, y *Doze*, la bellísima Abigail en el *Vaso de agua*, admirable comedia de Scribe, que se estrenó en aquel teatro el invierno último.

La escuela apellidada *romántica*, que hace pocos años levantó su turbulento pendon con la pretension de hacer olvidar y áun silbar como imbéciles las admirables producciones de Racine y de Molière, y sustituirlas por los delirantes ensueños de una rica fantasía, no pudiendo hallar fácil entrada en el templo de las artes clásicas, en el teatro de la calle de *Richelieu* (que á duras penas se permitió una muestra en los mejores dramas de Víctor Hugo y Dumas, *Hernani*, *Antony* y *Marion*), se dirigió con todo su aparato feudal de horca y cuchillo á uno de los teatros del *Boulevard*, el de la *puerta de San Martin*, donde pudo ampliamente desplegar todos sus gigantescos medios

(1) En *El Arte de conspirar*, y *El Vaso de agua*, de *Scribe*.

para electrizar y seducir á una generacion deseosa de grandes sensaciones, á un público entusiasta y amigo de la novedad.—El gran talento que sin injusticia no pudiera negarse á Hugo, á Dumas, á Soulié, y algun otro de los jefes de aquella escuela, unido al que desplegaban en la ejecucion los actores *Bocage* y *Lockroy*, las actrices *Georges*, *Dorval* y otros de este teatro, le hicieron contrabalancear y áun eclipsar por algunos años la gloria del primer teatro frances; en el dia, los autores románticos están ya muy léjos de *Lucrecia Borgia* y *Ricardo Darlington*, y el teatro de la puerta de San Martin ha vuelto á entrar en su órden inferior, si bien conservando el privilegio de los reales adulterios y de los mantos de púrpura arrojados en el lodazal.

Los otros teatros del Boulevard, llamado por esta razon *del crímen*, que reparten con el de la puerta de San Martin el abasto de las lágrimas frenéticas y de las crispaciones nerviosas, son el del *Ambigú* y el de la *Alegría*, y en ellos lucen sus sanguinolentas novelas dialogadas los Víctor Ducange, Buchardy, Ancelot y otros.—Allí está la originalidad de muchos de nuestros ingenios; de allí vienen en fantástica nube el *Jugador de los treinta años*, el *Campanero de San Pablo*, *Lázaro el pastor*, los *Perros de San Bernardo*, y otros infinitos héroes más ó ménos patibularios ó cuadrúpedos, que no contentos con extasiar y hacer llorar á todo trapo á las grisetas parisienses, aprenden un tantico de lengua castellana, bajo la direccion de cualquiera de nuestros *literatos*, y se introducen en las escenas de la calle de la Cruz ó del Príncipe, para edificacion de nuestro pueblo y encanto de nuestra sociedad.—*Federico Lemaitre* es en París el actor tipo de aquellos dramas, y uno de los más favoritos, si no el primero, entre todos los que trabajan en los teatros de París.

El *Vaudeville*, comedia de costumbres populares que á tal punto de perfeccion han llevado los ingenios franceses, y á su frente la célebre empresa literario-mercantil conocida por la razon de *Scribe y Compañía*, que lleva ya más de cuatrocientos dados á la escena, se reparte los teatros del *Gimnasio*, el *Vaudeville*, las *Variedades* y el *Palacio Real*, y en todos ellos es mucho lo que hay que admirar en el conjunto del desempeño por parte de los actores : *Bouffé*, *Lepeintre* y la señora *Brohan* en el *Gimnasio* se distinguen por la delicadeza y franca naturalidad de su expresion; *Odri* y *Vernet* son los héroes de la farsa y del bajo cómico en el teatro de las Variedades; *Arnal* es el tipo del Vaudeville, y la *Dejacet* la heroína de las picantes intrigas del Palacio Real.

En cuanto al género de estas composiciones, nada dirémos, por ser harto conocidas de nuestro público, y únicamente halla de extraño en ellas el extranjero la indiscreta mezcla de diálogos hablados y coplillas cantadas, lo cual, ademas de absurdo, es ridículo en boca de actores nada aptos para el canto.

Ademas de estos teatros hay otros muchos subalternos, sin género propio, y viviendo por lo regular de las piezas rehusadas por los demas : tales son los del *Panteon* y *Luxemburgo*, las *Locuras-Dramáticas*, el *Café espectáculo*, y otros.—Hay tambien dos teatros infantiles, el de *Mr. Comte* y el *Pequeño Gimnasio*, en donde son niños los actores, que demuestran lo que arriba dijimos, á saber: que todo frances nace cómico, y que allí es naturaleza lo que en otras partes producto del arte.—Por último, son varios los teatrillos de figuras y sombras, entre los cuales los más notables son los de madama *Saqui* y el de *Serafin*.

Pero otro espectáculo existe en París, que rivaliza en

ostentacion con los primeros de la capital, y excede casi á todos en popularidad; y este espectáculo es el *Circo Olímpico*, sobre cuya portada se lee el pomposo rótulo de *Teatro Nacional.*—Dedicado, en efecto, á presentar al pueblo escenas de magnífico aparato teatral y ecuestre, tomadas las más veces de su propia historia contemporánea, y sobre todo, de la más popular, que es la del emperador Napoleon; reuniendo á sus grandiosas proporciones la pompa de su decoracion, el numeroso cortejo y habilidad en hombres y caballos; y auxiliado por autores especiales, que conocen el lenguaje y las inclinaciones del pueblo y saben obligarlas, no es nada extraña la importancia que disfruta aquel espectáculo, y que hasta pretenda rivalizar con el gran teatro de la calle Lepelletier.

Con efecto, á los coros y danzas de la *Opera* opone el *Circo* sus batallas campales, sus ejércitos numerosos, sus asaltos de fortalezas, sus ciudades incendiadas, sus jinetes, caballos y cañones; el aparato de *Roberto el Diablo* y de los *Hugonotes*, en la ópera, tiene que ceder ante el que despliega el Circo en las mil escenas de *El hombre del siglo*, ó *El último voto del Emperador;* y añádase á esto que allí la historia es cierta, los actores ciertos tambien.—El Circo no es propiamente un teatro, es un campo de batalla; allí no se representa la comedia, allí se repite la historia; el actor que representa á Napoleon es el objeto del entusiasmo de toda la compañía; la guardia imperial es un ascenso en ella, y las filas de los austriacos, ingleses ó rusos, un castigo;—no hay que animar allí á los actores para correr al combate; por el contrario, hay que detenerlos para que no se maten de véras; — escogidos casi todos ellos entre las filas de los veteranos del ejército, se entusiasman con sus recuerdos. Cuando suena el cañon, cuando huelen la pólvora, cuando ven delante de sí uniformes blancos ó colorados y un público que

aplaude y les excita con los gritos de «*¡viva la Francia, viva el Emperador!*», entónces no son ya actores, son verdaderos soldados, y el drama se ha convertido en historia.

En este último invierno ha ocupado al Circo la representacion exacta y gigantesca de la traslacion de las cenizas de Napoleon desde la isla de Santa Elena á los Inválidos de París (*Le dernier vœu de l'Empereur*), y era ciertamente original, ademas de lo grandioso del espectáculo, el ver figurar y hablar en él á varios de los personajes de la comision recien llegada de Santa Elena; de suerte que hubo noches que habia un general Bertrand entre los actores y otro entre los espectadores; un Gourgaud en un palco y otro en la escena; un Lascasas hablando y otro oyéndose hablar; y si no sacaron á la escena al mismo hijo del rey de los franceses, príncipe de Joinville, fué porque no asistió al acto de la exhumacion.

*

Otros muchos espectáculos reparten entre sí el resto de la concurrencia, especialmente en invierno, en que todos son pocos para el crecido número de aficionados.— Entre ellos sobresalen los conciertos públicos del Conservatorio y del salon del pianista Hertz, local suntuosísimo y elegante, capaz de ochocientas á mil personas de entrada, en donde se encuentra alternativamente á todas las notabilidades filarmónicas de París, y pudiera decir de Europa, pues de todas partes van allá á recibir lo que pudiéramos llamar la consagracion artística.— En este invierno se ha oido allí con entusiasmo, ademas de todos los cantantes de los teatros de la capital, á la señora *Paulina García*, hermana de la célebre Madama Malibran, y tambien han lucido sus talentos la señora *Grisi* más jóven, la *Marieta Albini*, tan célebre otro tiempo en Madrid; el señor *Puig*, tan justamente apreciado en nues-

tros salones particulares; el famoso pianista *Listz*, los violinistas célebres *Vieuxtemps* y *Hauman*, el arpista *Labarre*, y otros nombres igualmente distinguidos en las artes.

Hay ademas, para recurso de los desocupados, y grato entretenimiento de las primeras horas de la noche, dos conciertos instrumentales, públicos y diarios, en los extensos salones de las calles de Vivienne y de San Honorato, donde por un franco de entrada se encuentra un bellísimo local, una concurrencia constante y generalmente fina, y una orquesta numerosa, que ejecuta con primor las bellas composiciones de Straus, Beethoven, Musard, Valentino, Jullien, Fessi y demas autores de moda.

Si á todos estos espectáculos añadimos la multitud de bailes públicos, serios y burlescos, enmascarados y *sin disfraz*, campestres y villanos, en mil establecimientos intra y extramuros, decorados con los nombres exóticos y pomposos de *Tívoli*, *Frascati*, *Vauxall*, *Ranelahg*, *La Chaumière*, *L'Ille d'Amour*, *Italia*, *El Prado*, y *El Retiro;* las várias exposiciones ópticas, como el *diorama* del incendio de Moscou, el *navalorama* de las campañas marítimas, el *cosmorama*, *georama*, etc.; los experimentos de física, microscopios solares, linternas mágicas, electricidad y magnetismo, somnambulismo y adivinacion; los ventrílocuos y prestidigitadores; los indios juglares é indianas bayaderas; los volatines intrépidos y autómatas cubileteros; los monstruos humanos, las figuras de cera, perros sapientes, pájaros obreros, pulgas maravillosas, serpientes danzarinas y tigres domesticados; los juegos de bochas, las riñas de gallos, los combates de fieras y carreras de caballos, y otros mil ingeniosos espectáculos, que á cada hora, á cada paso, se reproducen sin cesar, habrá de convenirse en que aquel pueblo es un verdadero laberinto de la imaginacion, un embrollo de los sentidos.

XIV.

EL EXTRANJERO EN PARIS.

En los anteriores capítulos he seguido, aunque ligeramente, al extranjero en sus excursiones parisienses, é indicádole aquellos objetos que naturalmente deben fijar su atencion y su estudio. Procuraré en el presente acompañarle en el círculo de su vida privada, presentando la relacion del individuo con el cáos de confusion que ofrece tan inmenso pueblo, y algunas observaciones sobre el modo de vivir de sus habitantes.

Todas las comodidades que exige el bienestar material le son ofrecidas, como ya queda demostrado, al forastero que, llegando á París con buena voluntad y recursos pecuniarios, quiera aprovechar su tiempo y tomar parte en el sinnúmero de goces con que le brinda el interes ajeno.— Tiene para su mansion centenares, miles de casas de aposento, donde es recibido con decoro y áun magnificencia, segun sus facultades, pudiendo situarse convenientemente y en los mejores barrios de la capital, mediante una justa retribucion, desde la modesta suma de un franco diario hasta la de veinte, veinte y cinco y más.— Suponiendo que el forastero no sea un pobre estudiante de los que

eligen la primera de aquellas moradas, en las calles de Santiago ó de la Harpe, ni tampoco un lord inglés ó un grande de España de los que asisten frecuentemente en el *Hotel Meurice* ó en el de *Castilla*, puede asegurarse que por sesenta á ochenta francos al mes hallará una cómoda y linda habitacion en cualquiera de los *hotels* de las calles de Richelieu, San Honorato, el Boulevard, etc., y en él se verá asistido con todo el esmero que puede desear.

Lo regular es que el forastero pague aparte en el mismo hotel su desayuno, y que salga á comer en cualquiera de los numerosos *restauradores* (fondas) que existen en todas las calles de París.

Estos restauradores, llamados así por la singular ocurrencia del primero de ellos, que puso por enseña el texto sagrado «*Venite ad me omnes qui stomaco laboratis, et ego restaurabo vos*», son una de las especialidades de París, por su magnífica decoracion, su elegante servicio y lo exquisito de su mesa; y á ellos acude constantemente, no sólo la inmensa falange de forasteros, sino tambien gran parte de la poblacion parisiense, en especial los celibatos y gente jóven; siendo por manera interesante el espectáculo que presentan desde las cinco á las siete de la tarde, en que se verifica la comida; iluminados lujosamente, llenas todas sus mesas de concurrentes, agitados por las idas y venidas de multitud de criados apuestos y serviciales, y regentados por elegantes damas, que los presiden desde un rico bufete.—Es preciso convenir tambien en que, si hay pueblos privilegiados por su situacion local, en los cuales pueden gustarse los manjares más exquisitos que ofrece la naturaleza, ninguno, sin embargo, puede competir con París en el arte singular con que allí se sabe prepararlos, de suerte que es preciso un mal estado de salud, ó una costumbre inveterada de sobriedad, para no

pecar de gastronomía en los seductores salones de *Veri* y de *Vefour*, de los *Hermanos provenzales* ó del *Rocher de Cancale*.

Asombra verdaderamente la contemplacion de sus libros, que no listas, de artículos de consumo; confunde y embrolla la nomenclatura fantástica de sus salsas, y seduce naturalmente y satisface el aseo y limpieza de su servicio, el ingenio y novedad de su condimento.—Supongo igualmente que el forastero tampoco querrá frecuentar todos los dias aquellos privilegiados templos de la gula, ni gastar en ellos quince ó veinte francos para su ordinaria refaccion; pero tiene en su mano el ir descendiendo á otros establecimientos más modestos, hasta los numerosos del Palacio Real, en donde *por dos francos* se le sirve una sopa, tres ó cuatro platos de guisos ó asados y un postre, con el pan y vino correspondiente, y todo bien condimentado, aunque no de tan claro orígen ni bien demostrada alcurnia.—El término medio son los restauradores del Boulevard, donde, pidiendo los platos por lista, y reuniéndose dos amigos, pueden hacer una excelente comida por cuatro á cinco francos cada uno.

Para abrir el apetito ó para procurar una buena digestion, hay tambien hermosos paseos en los llamados *Campos Elíseos*, de una prodigiosa extension, y en los bellísimos jardines de las Tullerías y del Luxemburgo, en todos los cuales, y segun las respectivas estaciones y horas, asiste una crecida concurrencia, ora de niños juguetones y de descuidadas niñeras, ora de forasteros y desocupados, ora, en fin, de una parte de la brillante sociedad parisiense.—El paseo, sin embargo, en aquella capital no es una necesidad diaria y obligada como en la nuestra, por várias razones que se deducen del clima, del distinto repartimiento de las horas del dia, de las distan-

cias, y de la mayor ocupacion; así que, solamente en dias muy despejados y claros de primavera y otoño puede caracterizarse de paseo elegante el jardin de las Tullerías ó los Campos Elíseos; pero nunca (proporcion guardada) presentan el conjunto halagüeño y áun magnífico que el Prado de Madrid en una hermosa mañana de invierno, con su elegante concurrencia y la mezcla lujosa de las modas nacionales y las extranjeras; porque es de advertir tambien que París, el gran taller de la moda, es uno de los pueblos en donde se viste con más descuido y afectada sencillez, especialmente en público, dejando la brillantez del lujo y los caprichos de la moda para la sociedad privada, ó cuando más, para el balcon de la ópera.

Tiene, en fin, el forastero siempre dispuestos á servirle de brújula en tan inciertos mares, domésticos inteligentes, que, mediante su convenida retribucion, le iniciarán prácticamente en todas las revueltas de la ciudad, le mostrarán sus tesoros, y le servirán en los primeros dias, de hilo conductor en tan intrincado laberinto.—Tiene facultad, por una corta suma, de tomar un aire más ó ménos importante, valiéndose desde el modesto *cabriolé de place* á razon de seis reales por hora, hasta el elegante *landaw* de cifras y armaduras anónimas.—Tiene sastres afamados que en el corto término de veinte y cuatro horas rehabilitarán su persona con todo el rigor de la moda; tiene perfumistas y peluqueros que harán por borrar de su semblante las huellas del tiempo ó del estudio; tiene empíricos que le ofrecerán elíxires de larga vida y curarle de sus enfermedades por ensalmo; tiene camaradas que encomiarán su talento á cambio de un billete de la Opera ó de un almuerzo en el café de París; tiene mujeres que le entregarán su corazon y dependencias por un tanto al mes.

En medio de todo este aparato de compañía, y rodeado de toda esta nube de obsequios, el extranjero acaba por echar de ver que *está solo*, en medio de un millon de personas; acaba por entregarse al fastidio, en medio de la más agitada existencia.—¿Qué es lo que le falta? (se dirá).—¡Qué! ¿No lo han adivinado mis lectores?—Le falta la sociedad íntima y privada, aquella que produce las verdaderas relaciones del corazon; aquella que causa los más dulces y tranquilos goces del alma.

Esta sociedad, esta grata concordancia, no vaya el extranjero á buscarla en un pueblo extraño, inmenso, agitado y egoista; y en el momento en que, saciado de su bullicioso espectáculo, se le revela aquel vacío, vacío para llenar el cual son insuficientes todos los halagos brillantes de los sentidos, abandone inmediatamente aquella fantástica escena, y sálgase del torbellino en cuyo centro permanece ya inmóvil y yerta su imaginacion.—Porque en aquella indiferente sociedad, de cuyo conjunto no forma parte, hallará, sí, aduladores de su fortuna, cómplices en sus devaneos; pero no amigos desinteresados y firmes, ni compañeros en su adversidad;—porque tendrá, sí, abiertas á su persona, ó más bien á su bolsillo, todas las puertas de los espectáculos, todas las casas en que se reuna interesada sociedad; pero le serán cerradas las de la vida privada, el interior de la familia, que en vano pretenderá conocer;—porque acaso recibirá de vez en cuando una elegante invitacion á un festin ó á una *soirée* de su banquero de la *Chausée d'Antin*, ó de sus relaciones del cuartel de San German; pero pasarian muchos años ántes que una familia respetable le reciba en el reducido círculo de su gabinete, donde pueda aprender los verdaderos caractéres y costumbres de la vida privada.

La desconfianza natural en pueblo tan heterogéneo; el egoismo que inspiran el cálculo y el interes; la agitacion

contínua, hacen que el habitante de París sea, en efecto, el único misterio inaccesible al extranjero, la única cosa que se escapa á su investigacion.—Aunque sus propios convecinos no son los mejores jueces en la materia, porque ellos mismos no se estudian ni frecuentan entre sí; y á no ser una parte de la sociedad que, como más disipada, se ostenta diariamente con su pomposo aparato de pasiones exageradas (que es la sociedad casi incomprensible que nos retratan los *Balzac*, *Soulié* y *Sand* en sus ingeniosas novelas), las demas afecciones privadas permanecen modestamente ocultas tras de la brillante escena del gran mundo.

Sin embargo, de algunos datos ó indicaciones que se escapan al través de tan espesa nube, viene á deducir el extranjero que el interes egoista es la base principal del carácter de aquel pueblo, y que sacrificando á él alternativamente, ya los sentimientos más sublimes, ya las inclinaciones más rastreras, se abrazan con el trabajo, y ahogan el vuelo de la fantasía y los tiernos impulsos del corazon.—La familia, allí, bajo este aspecto, es más bien una asociacion mercantil que una agrupacion natural.—El marido y la mujer son trabajadores y consecuentes, más por cálculo que por virtud; su amor amistoso está fundado en el mutuo interes de la sociedad; y los hijos, mirados como réditos de aquel capital, son entregados á ganancias en manos de sus preceptores para enseñarles una profesion ú oficio, para adquirir conocimientos que hagan más crecido su valor.—Todo lo que á esto no conduzca lo miran como inoportuno y hasta incómodo, y por eso rehuyen la sociedad frecuente y exterior, y por eso ponen delante del dintel de su puerta el misterioso emblema de la etiqueta, que parece decir al indiscreto: « No has de pasar de aquí »; y por eso acaba el extranjero por aburrirse en un pueblo donde nada puede ver

sin pagar su billete; en un teatro donde no puede nunca llegar á ser actor.

¡Qué diferencia de nuestra sociedad castellana, donde la franqueza natural, la amabilidad y el desprendimiento abren de par en par las puertas al recien venido, y á dos por tres le brindan aquella expresiva fórmula de «*Esta casa está á la disposicion de usted!*»—Aquí los dones privados del ingenio son prodigados con amabilidad y sin interes alguno; aquí, sin hipocresía, sin reserva, se ponen de manifiesto los más oscuros senos del corazon; aquí nadie calcula el timbre ni la riqueza del presentado para medir sus palabras ni profundizar sus cortesías; aquí las prendas naturales, el talento, la belleza, ó una galan cortesanía, bastan para hallar en los labios una grata sonrisa, un lugar privilegiado en el alma.—Aquí los talentos de sociedad se brindan gratuitamente en reuniones amistosas, no en círculos pagados y públicos; aquí los artistas, los poetas, hacen sonar los ecos de su voz y de su lira para recreo de sus amigos, no por una mezquina especulacion; aquí, cuando llega un extranjero, sea diplomático altisonante, amigo ó enemigo de nuestro país; sea pedante literato, despreciador injusto de nuestras costumbres; sea especulador industrial que venga con deseo de abusar de nuestra buena fe, se le recibe y obsequia á porfía en nuestros liceos y sociedades privadas; se le hace un lugar (¡acaso demasiado!) en nuestras almas; se le adula imprudentemente y se le confian los datos para que luégo sirva contra nuestra política, revele y exagere nuestros defectos, engañe y comprometa nuestro interes.

Sirva de aviso á nuestros compatriotas, que en vano pretendan encontrar nada de esto en los pueblos extranjeros, y singularmente en París; que áun el agradecimiento no tiene lugar en quien cree que el agasajo nues-

tro es un tributo debido á su superioridad; en quien suele pagar nuestra amistad con una afectada cortesía, y la más pequeña prueba de amor con una infamante vanagloria.—Sepan nuestros literatos (que tan ávidos son de traducir las más mezquinas producciones de los ingenios de allende Pirineos) que las suyas son allí completamente ignoradas, y sus nombres mirados con el más injusto desden; sepan nuestros políticos, que tanto se afanan en remedar á los modelos extranjeros, que sus ridículos esfuerzos son mirados con sonrisa en los altos círculos del cuartel de San German ó de la plaza de San Jorge; sepan nuestras jóvenes que su amor ó amistad, si indiscretamente los brindasen, pueden servir de pretexto á novelas y dramas ridículos, en donde se convierten en caricatura los más nobles sentimientos; y sepa, en fin, el viajero que al llegar á aquella capital no puede contar seguramente con amistades sólidas, y que á su salida no dejará tampoco relaciones de corazon.

Esto es lo que pura y simplemente he llegado á comprender de la sociedad íntima de aquella capital, y lo digo con aquella franqueza con que en los anteriores capítulos he elogiado, como merece, su organizacion económica, sus adelantos materiales, su inteligencia superior y su admirable conjunto. Aquí no hay mala fe, ni el deseo de censura que suele arrastrar á los modernos viajeros franceses á pinturas chocarreras de nuestro carácter y costumbres: hay sólo la lealtad y sano criterio del observador imparcial, del censor indulgente, que aplaude lo que cree digno de encomio, combate y lamenta lo que se presta naturalmente á la censura.—Por último, para no continuar más en el estilo declamatorio, que tan mal se presta á mi festiva pluma, permítaseme que, por vía de corolario de todas las consideraciones que preceden, y para terminar este capítulo referente al carácter moral de la socie-

dad parisiense, de esta sociedad mentida, que apénas en dos años me fué dado adivinar; permítaseme, digo, que reproduzca en su lugar propio un desenfado poético con que contesté á una ilustre señora española, que me preguntaba mi opinion sobre las costumbres y la sociedad de aquella capital.

Hélo aquí:

UNA BELDAD PARISIENSE.

En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas,
Del comisario á la voz,
Una de aquestas figuras
Que de retórica son,
Hipérboles por su adorno,
Síncopes por su valor;
En banquillo de justicia
Y pública Exposicion,
Se resigna á la sentencia
Que ha publicado el prebost.—

«En la villa de París
»Y en el año del Señor
»Mil ochocientos cuarenta,
»Se ha presentado ante nos
»*Mademoiselle Heloise*
»*De Sans-devant et Sans-dos*,
»Hija de padres anónimos,
»Natural de *Cotte d'Or;*
»Y vista la insuficiencia
»En que el tribunal la halló
»Para pagar sus empeños
»Con el concurso acreedor,
»El tribunal la declara

»Insolvente, y ordenó
»Que reunida la junta,
»Y prévia declaracion,
»Se proceda al inventario
»De los restos de valor,
»Para entregar á sus dueños
»Por vía de transaccion.»

Empieza la diligencia,
Á la una..... á las dos.....
Á las tres..... y el martinete
Á este tiempo resonó.

—Un schal dicho de las Indias,
Y en el hecho de Lyon,
Que ha reclamado en su tiempo
Monsieur *Gagelin mayor.*—
Un albornoz africano
Con patente de invencion,
Que falto de pagamento,
Reclama la *Barbe d'Or.*—
Un sombrero *fantasía*
Y un vestido *satin gros*,
Que á madama *Alejandrina*
Deben la tela y *façon.*
Gruesas perlas de Ceylan
En figura y en color;
Un camafeo egipciaco
Premiado en la Exposicion;
Peines de concha..... de ciervo;
Dijes marfil..... de *mouton;*
Y otras diversas preseas
De tan sólido valor,
Adjudíquense á su dueño
El joyero *Bourguiñon.*—
Diez encajes de Brusélas
Tejidos en *Charenton;*
Ricas camisas de Holanda
Con la marca de *Cretonne;*
Abanicos de la China,
Obra de monsieur *Giraud;*

Pieles de marta y armiño
Cazados en *Montfaucon;*
Indianas pañolerías
De la fábrica de *Sceaux;*
Aderezos de oro-símil;
Sederías de algodon,
Y anascotes con el nombre
De *merinos* español;
Con otros muchos objetos
De equívoca produccion,
Que forman el mobiliario
De mademoiselle *Sans-dos*,
Entréganse y adjudican
Al respectivo acreedor.—
Si hubiere quien más reclame,
Que se presente ante nos.—

—Yo reclamo de Madama
(Saltó á este punto una voz)
El zapato de dos metros
Brodequin de pied mignon.—

El *forniseur* de la ópera
Reclama *les mollets faux*
(En español pantorrillas)
Con seis libras de algodon.—

Guantes pide monsieur *Mayer*,
Y pellizas *Pellevrault;*
Falsas flores *Constantino;*
Rasos bordados *Chapron;*—

Mademoiselle *Victorine*
Pide el corsé *juste-corps*
Con más hierro en su armadura
Que la del Cid Campeador.—

La *tournure* voluptuosa
Que á tanto necio embaucó,
Obra es de mi *crinolina*,
Replica monsieur *Oudinot.*—

El director del Gimnasio,
El coronel *Amorós*,
Reclama de aquellos miembros
La ortopédica instruccion;

Item más: diez almohadillas
Que oportunas colocó
Para llenar diez vacíos
Que no negára Newton.

—Esos dientes no son suyos,
Exclama *Desirabode*,
Que se los he colocado
Con mis propias manos yo.—

—Pido á mi vez (dijo entónces
El perfumista *Desfaux*)
Cuatro libras semanales
De blanquete y bermellon,

Espuma de Vénus, parches
Y esencia de coliflor,
Y *¡el prodigio de la química,*
La pomada del leon!

Ademas traigo una nota
De bucles, trenza y *bandeaux*
Que dice haberla fiado
El *segundo Michelon* (1).—

—Llegamos á los cabellos,
Y la dama se acabó;
¿Hay quien pida más? (pregunta
El juez adjudicador.) —

—Sí, señor (responde al punto
Una hermafrodita voz

(1) Este peluquero decia en su muestra ó enseña: «Michelon II, hijo y sucesor de Michelon I.»

Con su cigarro en la boca
Y abanico en el bolson).

Yo reclamo las ideas
Que esa dama prohijó,
Y son de una cierta *Lelia*,
De que soy madre y autor.

—Vaya tambien las ideas
Y hasta el metal de la voz,
Que creo le han reclamado
La *Dorus-Gras* ó la *Nau.*—

Sólo queda el esqueleto. ...
—Ese le reclamo yo,
Dijo el español *Orfila*,
Para hacer la diseccion.—

De esta atmósfera mentida,
En donde no es dia el sol,
Donde la verdad se viste
Para parecer mejor;
Donde lo blanco no es blanco,
Donde el cuerpo es ilusion,
Donde el alma una mentira
Y la palabra un error;
Donde el engaño preside,
Y reina tan sólo el *yo;*
Donde el que no es instrumento,
Por fuerza es contradiccion;
Donde obliga el *s'il vous plait*
Para mandaros mejor;
Donde el interes os pisa
Y luégo os dice: «*pardon*»;
Donde el amor va sin venda
Delante del amador,
Y con billetes de banco
Hace su declaracion;
Donde la fachada es todo,

Donde nada el interior,
Donde reina la cabeza
Y obedece el corazon;
— ¡Cuántas y cuántas bellezas,
Cuántos autores de pro,
Cuántas famas prestameras,
Cuánto heroismo ficcion;
En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas
Ante el concurso acreedor;
En míseros esqueletos
Trasformados á su voz,
Para hacer la anatomía
Reclamára otro español!

XV.

UN AÑO EN PARIS.

LAS EXEQUIAS DEL EMPERADOR.

Por fortuna del extranjero existen en aquella capital siempre compatriotas suyos, en cuya compañía se hace casi indiferente la dificultad del trato indígena; y ésta es una razon más para que pueda pasar en París una temporada agradable, por ejemplo, de un año; pues prescindiendo de las satisfacciones privadas, la vida pública le ofrece bastantes para no echar de ménos aquéllas.

El dia primero del año abre magníficamente aquel animado espectáculo con el singular que ofrece el movimiento de la poblacion, que en tal dia celebra con suntuosas visitas y regalos amistosos y de familia *los estrenos* de Año Nuevo; y es imponderable el soberbio aparato que en muebles y alhajas de valor, dulces y chucherías desplegan todas las tiendas y almacenes, y el considerable número de millones de francos puestos en circulacion para satisfacer esta costumbre, explotada, como todas, por el interes y el cálculo parisiense.

Viene luégo el Carnaval con su estrepitoso aparato de

orquestas y danzas : todos los salones de las altas aristocracias, nobiliaria y mercantil, empezando por los regios de las Tullerías, á concluir en los de los especuladores afortunados de la Bolsa, desplegan en esta temporada su respectiva magnificencia, en bailes serios ó disfrazados (sin careta), y en magníficos conciertos y *soirées*, entre las cuales, las más de buen tono son las del cuartel de San German.—El pueblo en general tiene tambien abiertas y brindándole las puertas de todos los teatros y otros establecimientos públicos, desde el magnífico salon de la Opera, hasta la hedionda escena de *la Courtille*, donde puede entregarse libremente á aquella alegría frenética, á aquel vértigo febril que agita en semejante caso á aquella entusiasta poblacion.—La máscara francesa no conserva nada del carácter galante de la italiana y española, y más bien es un salvo-conducto de demasías, un obsceno emblema de impudor.—¡Lástima causa que salones tan magníficos y bellos como los de la Academia Real de Música, los del Renacimiento y la Opera Cómica, sirvan de escena á aquellas turbulentas y asquerosas bacanales, en que cinco ó seis mil personas fuera de sí parecen dominadas por un espíritu infernal!—Excusado es decir que la sociedad escogida no asiste á semejantes reuniones, y sólo como mera espectadora y en una interminable fila de coches se presenta el mártes de Carnaval á lo largo de los Boulevares, para ver la grotesca procesion del *Buey gordo*, enorme animal que, revestido de guirnaldas, emblemas y colorines, es paseado pomposamente con una lucida comitiva de sátiros, salvajes, turcos, beduinos y ninfas de lavadero.

Los teatros y diversiones públicas siguen sin intermision durante la cuaresma; y el Viérnes Santo por la tarde se tiene, en direccion del bosque de Boloña, el gran paseo conocido por *Lonchamps*, del nombre de una antigua

abadía que no existe, y á que acostumbraba en otro tiempo acudir la poblacion parisiense; el cual paseo, por la multitud y belleza de los carruajes, caballos, trajes y modas que en él se desplegaban, vino á ser el dia que formaba época de la moda anual. Hoy ha decaido mucho de esta importancia, y los forasteros que van solícitos á presenciar aquel espectáculo suelen ser, sin advertirlo, los únicos actores de él.

La primavera en París viene á ser una pura metáfora, pues en realidad puede decirse que allí no se conoce más que un prolongado y rigoroso invierno, que dura desde Noviembre hasta Mayo inclusive. Durante él las lluvias, las nieves, los frios excesivos, alternan sin cesar con una espesa niebla, que embarga casi de contínuo el sol, y penetrando su humedad en los cuerpos, produce un malestar indefinible, un tedio singular; y á veces, impregnada en pestilentes miasmas, causa irritaciones de nervios, ardor en los ojos y en la garganta, y jaquecas agudas.—No hablemos de los demas inconvenientes producidos por la humedad constante del piso, ni del espectáculo inmundo que ofrecen las calles en meses enteros de lluvias y nieves, ni de un frio, en fin, hasta de quince grados por bajo de cero, que permite á los aficionados pasear tranquilamente sobre el Sena.—Sin embargo, algunos dias de Marzo y de Abril suele acertar el sol á dominar la espesa bruma que le envuelve, y en ellos es por manera agradable el paseo, de dos á cuatro de la tarde, por el animado boulevard *de los Italianos,* ó por las hermosas losas de la calle *de la Paz,* sitio privilegiado de la más brillante concurrencia.

El 1.º de Mayo, como dia de la festividad del Rey, hay (ademas de la gran recepcion y peroratas de Palacio)

muchas fiestas públicas, fuegos artificiales, cucañas, carreras en barcas, iluminaciones, etc., las cuales fiestas se reproducen *oficialmente* en los dias 29, 30 y 31 de Julio, aniversario de la Revolucion de 1830, y en ambas ocasiones el pueblo de París acude sin tomar parte y como simple espectador. Porque aquel pueblo no tiene, como todos los demas, su fiesta propia ó patronal; y áun las religiosas le son indiferentes; de suerte que los dias de la Semana Santa, del Córpus, Pascuas y demas, y hasta el de Santa Genoveva, venerada antiguamente como patrona de París, pasan en él desapercibidos, y sólo los dias de *fiesta nacional*, como los arriba citados, son los que le reunen en comun solaz.—La Exposicion anual de pinturas en el Louvre, y la de la Industria, cada cuatro años, son espectáculos tambien que animan la primavera en aquella ciudad.

Llegados los ardores de Junio, toda la sociedad *que se respeta* huye léjos de los muros de la capital, y van á guarecerse, cuál á su lejano castillo de la Bretaña, cuál á su magnífica quinta de la Turena, éste á los elegantes baños de Spa ó de Wiesbaden, aquél á su modesta posesion de Montmorency ó de Passy.—Y los que, obligados por sus ocupaciones, tienen que estar condenados á permanecer en la capital, aprovechan la ocasion de los domingos para lanzarse fuera de barreras, en *ómnibus*, *fiacres*, *coucous*, *diligencias* y *wagones;* en barcos por el rio, ó arrastrados por el vapor en los caminos de hierro; corriendo á saborear las delicias del campo, aunque no sea más que á una GUINCUETA (especie de establecimientos campestres como la *Minerva* de nuestro Chamberí), á un tiro de bala de la capital.— Otros, mejor aconsejados, desembarcan á millares en las animadas fiestas patronales de los pueblos del contorno; visitan sus bosques y deli-

ciosas florestas; consumen alegremente sus provisiones sobre la verde alfombra ó bajo un pintoresco templete dedicado «*Al amor puro y fiel*» por el dueño de una fonda ó el director de una sala de bailes, donde se pagan *dos reales de entrada* y *las señoras grátis.*—O bien, aprovechando la feliz aplicacion de los caminos de hierro, se trasladan en pocos minutos á la magnífica terraza de San German ó á la animada feria y bellos parques de San Cloud, ó visitan la admirable fábrica y museo de porcelana de Sèvres, ó el soberbio pensil y deliciosos bosques de Versálles.

Este último sitio, en particular, es objeto de especial peregrinacion; y la doble vía de carriles de hierro establecidos últimamente á una y otra orilla del Sena permite tal frecuencia de comunicacion con la capital, que en cualquiera de los domingos del verano, en que corren las fuentes del parque, ó se permite al público la entrada del Palacio, puede calcularse en treinta mil y más personas las que en numerosos convoyes de quinientas ó seiscientas cada uno, se trasladan durante el dia á aquella ciudad. —No es sólo el famoso palacio y los ricos é inmensos bosques y jardines de Luis XIV lo que tiene que admirarse en ella; es tambien el grandioso monumento levantado por Luis Felipe á la gloria nacional en el *Museo histórico* que ha mandado reunir en su rico palacio; interminable galería, en que se ven reproducidos en el lienzo y en la piedra todos los hechos memorables de la historia francesa, desde la antigua monarquía de Clóvis hasta la actual de 1830; todos los retratos de personajes notables, monumentos artísticos, y un sinnúmero de otros objetos análogos, que exigen muchas visitas á aquella encantadora mansion.

El espectáculo de las ferias de San Cloud y San German es otro de los más animados y pintorescos que verse

puedan, pues en él vienen á reunirse lo hermoso del sitio de la escena, extensos bosques y bellísimos jardines, numerosa concurrencia de la capital y sus cercanías, é infinito número de tiendas provisionales improvisadas á lo largo de los paseos, con los innumerables y variados episodios que producen multitud de salones públicos de bailes, teatrillos de tablas, exposiciones de monstruos, juegos de manos y experimentos de física recreativa.

Es preciso asistir á semejantes espectáculos para conocer hasta dónde alcanza el deseo de la ganancia en aquellos industriales, para conocer y admirar los ingeniosos medios de charlatanería que despliegan los *saltimbanquis.* —Este tipo, otro de los que abundan en la baja sociedad francesa, y que es absolutamente desconocido en nuestra España, es uno de los más cómicos y grotescos que pudiera inventar la imaginacion más risueña; y no se sabe qué admirar más, si su estrambótica figura y fantásticos arreos, la osada petulancia de sus relaciones y pomposas ofertas, ó la ciega confianza del vulgo, que los cree, como suele decirse, á piés juntos, cuando le brindan con arrancarle las muelas *sin dolor;* cuando le ofrecen elíxires para vencer los rigores de su querida ú obligar á la fidelidad sus maridos; cuando le escamotean las monedas en rápidos juegos de manos; cuando improvisan escenas altisonantes y trágicas, ó recitan poemas burlescos y cuentos de fantasía; todo á la luz de numerosas teas, subidos en carros ó tablados enormes, interrumpidas sus voces por el redoble del tambor ó el ruido de los petardos.—La musa cómica moderna ha presentado este tipo en una pieza titulada *Los Saltimbanquis,* en la cual, bajo la figura popular del héroe *Bilboquet,* se ha hecho célebre el distinguido actor *Odri,* el rey de la farsa; y los graciosos dichos, máximas y epigramas que esmaltan el diálogo en aquella preciosa comedia, han llegado á ser otros tantos

refranes característicos y aplicables á todos los farsantes políticos y literarios, que tanto abundan en las sociedades modernas, y singularmente en la francesa.

Llegado el mes de Octubre, y muy avanzado ya el otoño, van regresando á París las elegantes familias que ocupaban los castillos y casas de campo ; los intrépidos *touristas* que habian salido á recorrer las orillas del Rhin ó las montañas del Pirineo, y toda la cohorte de deidades teatrales que fueron á lucir sus voces, gestos y gambadas en las orillas nebulosas del Támesis ó en las heladas márgenes del Newa.—Todos los teatros de París vuelven á recobrar su actividad, y los ingenios se apresuran á ofrecer á sus apasionados los frutos de sus meditaciones, nacidos en un bosque de la Bretaña ó en una cabaña de la Suiza.—Vuelve á surcar las calles la inmensa multitud de elegantes carruajes, y la actividad del comercio y de la industria llega por aquel tiempo á su apogeo.

Las carreras de caballos en el *Campo de Marte;* los elegantes paseos de los *leones* (1) *al bosque de Boloña*, y el estreno de las piezas nuevas y de los nuevos actores, son los más favoritos espectáculos del otoño, que por otro lado suele presentar dias hermosísimos y templados, hasta que, ya bien entrado Noviembre, empieza la estacion de las

(1) La nomenclatura de la moda, tan fantástica como sus caprichos, ha adoptado en aquella capital el título de *Leones* y *Leonas* para designar aquellos elegantes refinados, de ambos sexos, en quienes el cuidado de sus luengas barbas y cabelleras es la ocupacion principal. Llámanse tambien *Tigres* los otros elegantes de medio carácter, imitadores de aquéllos ; *Ratas*, las figurantas del baile de la Ópera (sin duda por lo que devoran de príncipes alemanes, lores ingleses y financieros judíos), y otros nombres así, más ó ménos propios ; lo que ha dado lugar á una graciosa sátira que se titula *Bestias curiosas de París y su rastro.*

lluvias, de los frios, de las nieblas, que aconsejo á mis paisanos no aguardar en París.

En el invierno pasado concluyó dignamente el año con el magnífico espectáculo que ofreció la llegada y marcha triunfal de las cenizas de Napoleon á los Inválidos, cuyo pomposo y poético aparato dejó atras á los que nos cuentan las historias de los triunfos en la antigua Roma.

Este memorable suceso y el grandioso nombre de NAPOLEON llenó, puede decirse, durante todo el año, la imaginacion del pueblo frances, cuyo frenético entusiasmo y adoracion idólatra hácia el Emperador y su memoria sorprenden y asombran al extranjero.—Consecuente con su diestra política, el rey ciudadano emprendió la rehabilitacion histórica de aquel nombre ilustre; tornó á levantar sobre la inmortal *columna* de la plaza de Vendome la estatua del Emperador; terminó el *Arco de la Estrella*, monumento triunfal dedicado á sus victorias; el templo de *la Magdalena*, elevado á su gloria; y dispuso, en fin, cumplir el último voto de Napoleon cuando dijo: *Deseo que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de aquel pueblo frances á quien tanto he amado.*

En la sesion de la Cámara de los Diputados del 12 de Mayo de aquel año, el ministro de lo Interior pronunciaba las siguientes palabras:—«Señores, el Rey ha mandado »á S. A. R. el príncipe de Joinville que vaya á la isla de »Santa Elena para recoger los restos mortales del Empe»rador Napoleon..... La fragata encargada de trasportar »este precioso depósito se presentará á su vuelta á la »embocadura del Sena, desde donde serán conducidos »aquéllos á París, para ser depositados en el templo de »los Inválidos..... Una ceremonia solemne, una gran pom»pa religiosa y militar inaugurará el monumento que debe »contenerlos para siempre.»

Acogidas por la Cámara con indecible entusiasmo estas y otras palabras del Gobierno, se dispuso inmediatamente la realizacion de tan magnífico pensamiento; y el 2 de Julio siguiente, el príncipe de Joinville dejó á París con direccion á Tolon, de donde zarpó el 7 del mismo mes á bordo de la fragata *Belle Poule*, en direccion á Santa Elena, acompañado del baron Las Cases, de los generales Bertrand, Gourgaud, los señores Marchand, Archambaud, y otros antiguos servidores del Emperador.—El 8 de Octubre, despues de haberse detenido algun tiempo en las costas del Brasil, llegaron á Santa Elena; y en los dias 15 al 16 del mismo se verificó la imponente ceremonia de la exhumacion.—El dia 18 dióse á la vela de nuevo la fragata, cargada con su precioso depósito, y el 30 de Noviembre, á las cinco de la mañana, ancló en la rada francesa de Cherbourg.

Al dia siguiente, 1.° de Diciembre, se recibió en París la fausta nueva de que los restos del Emperador se hallaban ya en Francia, y es imponderable el entusiasmo frenético con que el pueblo de París celebró este memorable aniversario de la batalla de Austerlitz (1).

(1) ¡Quién habia de pronosticar entónces que esta misma fecha, doce años despues (1852), habia de ser la de la inauguracion de un nuevo imperio Napoleónico, en cabeza de su inmediato descendiente, el mismo precisamente que acababa de pasar como desapercibido ante el pueblo frances, que parecia entónces no continuar hácia los herederos de aquel grande hombre la inmensa simpatía que reservaba exclusivamente á su memoria!—Puedo decirlo como testigo presencial. El episodio de la intentona de Boulogne, y el célebre proceso contra su autor, el príncipe Luis Napoleon Bonaparte, que se representaba en la Cámara de los Pares al mismo tiempo que las cenizas del Emperador se encaminaban á París, donde eran esperadas con una ansiedad indecible, apénas afectó á la poblacion parisiense ni á la generalidad del pueblo frances..... Trasladado el Príncipe y sus compañeros de aventura, los señores

Renováronse desde aquel instante los inmensos preparativos para la entrada triunfal, que se fijó para el dia 15 del mismo Diciembre.—El precioso depósito, partido de Cherbourg el dia 8 por la tarde, y trasbordado al buque la *Normandía*, al estampido de *mil cañonazos*, es depositado en un magnífico altar cubierto con el manto imperial de terciopelo violado, bordado de abejas, y defendido por un grandioso dosel, entre cien lámparas y piras que exhalan aromáticos perfumes.—El 9 por la noche llega el buque con la flotilla que le escoltaba á la rada del Havre; y el 10 por la mañana arriba á Rouen, donde es recibido con unas demostraciones de entusiasmo inaudito; prosigue su majestuosa marcha por el Sena, transportado de nuevo al barco imperial, expresamente construido para este caso, con la forma de un magnífico templo fúnebre, tapizado de terciopelo violeta con abejas de oro, y decorado con guirnaldas y coronas de siemprevivas, estatuas,

---

Persigni, Montolon, etc., á las cárceles del palacio de Luxemburgo, el autor de estos recuerdos tuvo ocasion de asistir como espectador á la célebre sesion de la Cámara en que el mismo Príncipe y sus coacusados se presentaron á hacer su defensa, ayudados por la poderosa voz del célebre orador Mr. Berrier. Vió allí con extraordinario interes la simpática figura del jóven *Luis Napoleon Bonaparte*, del futuro NAPOLEON III, y la de su caballeresco compañero y actual ministro Mr. de Persigni; escuchó conmovido las graves y contadas palabras del primero cuando dijo «que no intentaba su defensa, y que la dejaba á la conciencia de sus jueces»; las arrogantes frases del segundo, y la admirable elocuencia de Berrier; y afectado por todo ello, no acertaba á comprender cómo un pueblo que por entónces mismo se esmeraba en demostrar su fanatismo é idolatría hácia el nombre de Napoleon, dejaba indiferente encausar, sentenciar y sumir tras las espesas murallas del castillo de Ham al inmediato heredero de aquel nombre, á aquel que algunos años despues habia de saludar con el nombre de NAPOLEON III.

trípodes y piras olorosas ; precedíalo un barco de vapor conduciendo doscientos músicos de la Academia Real, que ejecutan marchas fúnebres y sinfonías militares, compuestas expresamente para esta solemnidad por los maestros Aubert, Halevy y Adams, y era escoltado por la numerosa flota, que vino engrosándose por todo el trayecto. —Detiénese al fin en Courvevoi, cercano á París, donde por primera vez tocan los despojos del Emperador el suelo frances..... Desde este punto, cerca del puente de Neuilly, hasta el templo de los Inválidos, en una distancia de dos leguas, puede decirse que era una serie no interrumpida de arcos de triunfo, de templetes alegóricos, de pirámides, columnas, obeliscos, estatuas colosales, mástiles y banderas, cuya descripcion sería interminable.

El 15, al amanecer, el precioso féretro, retirado del buque fúnebre, es depositado en el *carro imperial.*—Éste, de una belleza y lujo imponderable, estaba coronado por doce estatuas colosales, doradas, que sostenian sobre un inmenso escudo el magnífico ataud, sobre el que se veian el cetro, la mano y la corona imperial, en oro y pedrerías, y cubierto el todo con un flotante velo de crespon morado, salpicado de abejas de oro.—Tiraban de esta magnífica carroza diez y seis caballos, dispuestos en cuadrigas á la manera antigua, cubiertos de terciopelo violado y con ricos penachos blancos, y eran conducidos por diez y seis caballerizos con las libreas del Imperio.

La guardia nacional del Sena y la tropa de línea cubrian la dilatada carrera desde el puente de Neuilly hasta el templo de los Inválidos.—La entrada en París de la solemne comitiva fué por el Arco de la Estrella, sobre cuya plataforma se habia dispuesto, formando su coronamiento, un grupo colosal y bellísimo, que representaba el *Apoteósis del Emperador*, cuya figura, revestida con el manto imperial, descollaba en el centro.

El órden de la comitiva triunfal era el siguiente. — La gendarmería del Sena, con cien enormes trompetas; la guardia municipal á caballo; varios escuadrones de lanceros y coraceros y muchos regimientos de infantería; las escuelas militares; los ingenieros; los veteranos retirados é inválidos con sus uniformes del Imperio; numerosos destacamentos de todos los regimientos con las águilas de todos ellos y las de la guardia nacional de toda Francia; y otros á caballo con las banderas de los ochenta y seis departamentos del reino.—*El caballo de batalla del Emperador*, con la silla y arnés que le sirvieron cuando era primer Cónsul, y cubierto del ya dicho crespon violeta con abejas de oro; — los generales del ejército de mar y tierra; una carroza con los individuos de la comitiva de Santa Elena,—los mariscales de Francia; las comisiones de las municipalidades;—*el Príncipe de Joinville* y su Estado mayor; — los quinientos marineros de la *Belle Poule*, que debian acompañar el cuerpo del Emperador hasta dejarlo depositado en los Inválidos.—*El carro triunfal*, cuyos cordones llevaban los mariscales Soult y Jourdan, el general Bertrand y un almirante;—los antiguos dignatarios civiles y militares de la casa imperial, —el prefecto del Sena; la Municipalidad de París; los maires y adjuntos, la diputacion de la isla de Córcega, y las comisiones de todos los cuerpos y departamentos de Francia, cerrando la comitiva un ejército de más de cuarenta mil hombres.

A las once de la mañana entraba esta solemne comitiva por bajo el arco de la Estrella; y al asomar el carro imperial, un rayo de sol, penetrando las preñadas nubes que durante toda la mañana le habian ocultado, fué á herir en el rico dorado de las estatuas que sostenian el féretro, y pareció calmar por un momento el horrible frio, de quince

grados, la ventisca y nieve, que durante toda la mañana habia reinado.

Lo que entónces pasó en la inmensa multitud de espectadores no es posible expresarlo.—Aquel sol era *el sol de Austerlitz*, saludado así por el insigne *Víctor Hugo* (1); aquel rayo de sol que iluminaba un instante aquel glorioso féretro hizo caer de rodillas á una poblacion de dos millones de franceses que se creian trasportados á la presencia de su grande Emperador.....! No olvidaré jamas aquel solemne momento, que presencié desde un asiento de la inmensa grada luctuosa y elegante que se habia construido á uno y otro lado de los Campos Elíseos para contener los infinitos espectadores, teniendo á mi lado á nuestro insigne compatriota y mi excelente amigo don Juan Donoso Cortés (el célebre y malogrado Marqués de Valdegamas), y sin que uno y otro, aunque extranjeros, dejásemos de tomar parte instintivamente en aquel entusiasmo febril.

La comitiva imperial siguió su larga carrera hasta el templo de los Inválidos, á cuya puerta salió Luis Felipe á recibirle, y adelantándose á su padre el Príncipe de Joinville, díjole con enérgica entonacion: «Sir, os en-

(1) Víctor Hugo publicó en aquellos dias una preciosa coleccion, que conservo, de sus várias composiciones napoleónicas con el título *Le Retour de l'Empereur*, y en la cual hay trozos dignos por sí solos de inmortalizar á aquel ilustre vate. Al regresar á su casa, aquel dia, de los Campos Elíseos, donde habia presenciado el paso de la comitiva, improvisó los siguientes:

Ciel glacé! Soleil pur!—Oh! brille dans l'histoire
Du funebre triomphe impérial flambeau!
Que le peuple à jamais te garde en sa memoire,
Jour beau comme la gloire,
Froid comme le tombeau!

trego los restos mortales del emperador Napoleon, que por órden de V. M. he conducido desde la isla de Santa Elena.»—A lo que Luis Felipe contestó :—« Yo los recibo en nombre de la Francia.»—Y trasportados que fueron al suntuoso catafalco levantado bajo la inmensa cúpula de aquel gran templo, empezó la ceremonia fúnebre con una inaudita pompa y solemnidad.—La misa de Requiem, cantada por Duprez, Rubini, Tamburini, Lablache, Cholet, Geraldi, etc., y las señoras Grissi, Damaureau, Stolz, Dorus Gras, terminó á las tres de la tarde; y á los cien cañonazos lanzados en este momento desde la explanada de los Inválidos, respondieron otros infinitos hasta los últimos confines de la Francia.

XVI.

LA BÉLGICA.

BRUSELAS.

Cuando, abandonando el ruidoso teatro parisiense, y despues de atravesar en el breve término de treinta horas el espacio de 60 leguas españolas (76 francesas) que separa la capital de Francia de la del nuevo reino de Bélgica (1), se encuentra el extranjero en ésta, sin que hasta llegar á ella se haya apénas apercibido de notable mudanza ni en el clima, ni en las costumbres, ni en el aspecto físico del país que ha recorrido; cuando se encuentra en una ciudad cuya forma material se acerca todo lo posible á reproducir proporcionalmente la distribucion, órden y aspecto de París; cuando vea en ella un rio *Senne*, cuyo nombre en la pronunciacion se equivoca con el que atraviesa la capital francesa; cuando se halle con sus *boulevares* y *barreras*, sus edificios públicos, remedos de los greco-franceses; sus recuerdos patrióticos de 1830, sus

(1) Hoy se anda en siete por el *ferro-carril.*

mártires de Setiembre, como en París los mártires de Julio; sus dos Cuerpos Colegisladores y su Rey ciudadano; cuando escuche en boca de todo el mundo la lengua francesa como idioma nacional; cuando halle adoptadas, en fin, su literatura, sus modas y sus costumbres; apénas puede llegar á figurarse que ha variado de país, y como que contempla con cierta sonrisa desdeñosa aquel plagio social, aquella *contrefaçon* política que se llama la capital del pueblo belga.

Sin embargo, si el extranjero se detiene en ella algun tiempo, no deja todavía de descubrir, al traves de tantos remedos, un carácter propio, graves accidentes indígenas, que acabarán por hacerle creer en la nacionalidad de aquel pueblo, y hallar la línea divisoria que le separa del frances.

Hasta su emancipacion en 1830, puede decirse que los belgas nunca habian formado una nacion independiente, pues por su situacion, su escaso territorio y su pacífico carácter, fueron siempre embebidos en la historia y vicisitudes de otras naciones poderosas, como la Alemania, la España, la Francia y la Holanda; las cuales, dominando alternativamente aquel territorio, ya por los derechos de las dinastías, ya por la fuerza de las armas, dividiendo y subdividiendo de mil maneras los ducados de Brabante, de Limburgo y de Luxemburgo, los condados de Flándes, de Haitnaut y de Namur; el principado de Lieja, el marquesado de Ambéres y la *señoría* de Malinas (de que se compone el actual reino de Bélgica), establecieron en aquellos países costumbres, legislaciones y hasta idiomas diferentes.

El matrimonio de María, hija del último duque de Borgoña *Cárlos el Temerario*, con el archiduque Maximiliano de Austria, hizo pasar á esta casa el dominio de

las provincias belgas, y la abdicacion que Cárlos V hizo de sus Estados en la persona de su hijo Felipe II, las incorporó á la corona de España. Perdidas luégo para ésta, y despues de desastrosas guerras, vuelven á incorporarse á la casa de Austria, y reunidas posteriormente á la República francesa, y por último á la corona de Holanda, no han recobrado su independencia hasta que, por la revolucion de Setiembre de 1830, y despues de la larga conferencia de Lóndres, quedó, en fin, reconocida, sancionados los límites del nuevo reino, y aclamado por su monarca el príncipe LEOPOLDO de Sajonia Cobourgo, el 4 de Junio de 1831; desde cuya época los gobierna, bajo el juramento que prestó á la Constitucion belga, promulgada el 7 de Febrero del mismo año.

La Bélgica actual se compone, pues, de las nueve provincias de Ambéres, Brabante, Flándes occidental, Flándes oriental, Haitnaut, Lieja, Limburgo, Luxemburgo y Namur, y tiene por límites: al N., la Holanda; al E., la Prusia; al S., la Francia, y al O., el mar del Norte, en una extension vária de cincuenta leguas en su mayor largo de N. O. á S. O., por treinta y cinco de ancho de N. á S., poblada por unos cuatro millones de habitantes.

Colocado, pues, este reino en una posicion tan ventajosa; enclavado, por decirlo así, entre los cuatro países que marchan á la cabeza de la civilizacion, la Francia, la Inglaterra, la Prusia y la Holanda; pudiendo, por su limitada extension y por el admirable sistema de sus caminos de hierro, comunicarse en breves horas con todos aquéllos; regido por un gobierno justo, liberal y tolerante, que sabe aprovechar el bondadoso carácter de los naturales, en quienes predomina el amor al trabajo y una inclinacion particular hácia la agricultura y la industria; sin

enemigos exteriores; sin grandes movimientos internos; tranquila, en fin, y respetada su independencia por los demas pueblos, no es extraño que en tan breves años como cuenta de existencia política haya podido la Bélgica alcanzar ese grado de prosperidad envidiable en que hoy la vemos, y que atrae á su afortunado recinto infinita multitud de viajeros de todos los países, deseosos de conocer y admirar la encantadora riqueza de sus campiñas y su esmerado cultivo; la actividad de su industria y la riqueza de su comercio; la pintoresca belleza de sus ciudades; la respetable antigüedad de sus monumentos, y la justa reputacion de su Escuela de Pintura; el apacible carácter de sus naturales; la comodidad y tranquilidad de su existencia, y los medios admirables de rápida comunicacion, que hacen hoy de este pequeño país el centro convergente de todos los más civilizados de Europa.

La capital de tan afortunado reino revela naturalmente su importancia, y por la inmensa afluencia de forasteros que en ella vienen á reunirse diariamente, por la magnificencia de sus establecimientos públicos, por la riqueza y elegancia de sus moradores, ocupa un lugar muy superior al que naturalmente parece reclamar una poblacion de cien mil almas, una nueva capital de un reino nuevo y pequeño.

Desplégase Brusélas en forma de anfiteatro sobre el pendiente de una colina, extendiéndose luégo por una rica llanura regada por el rio Senna, y puede dividirse en dos partes muy diversas entre sí, por su fecha y por el aspecto material de sus construcciones.—La ciudad baja ó antigua, cuya fundacion data, por lo ménos, del siglo VI, tiene todos los defectos de las antiguas poblaciones, con sus calles estrechas, tortuosas y sombrías, sus casas deformes, caprichosas y estrambóticas, y hasta su tradicio-

nal descuido en la limpieza y falta de comodidad para los transeuntes. Desgraciadamente, la poblacion mercantil y más vital de la ciudad se encierra en estos barrios, y es por manera incómodo al forastero el tránsito por aquellos callejones y encrucijadas; por lo que en los primeros dias de su permanencia en ella no dejará de dar al diablo su piso desigual y mal empedrado, las estrechísimas aceras, interrumpidas brusca y frecuentemente por trampas abiertas para dar bajada á los sótanos de las tiendas; los puestos de legumbres, de volatería, pescados, etc., improvisados á las mejores horas del dia en calles y placetas; el aspecto innoble y heterogéneo de las fachadas de las casas; los canales de desagüe; los mezquinos rótulos de las calles, y hasta los títulos indecorosos de ellas, escritos en flamenco y en frances, tales v. gr., *Mercado de tripas*, calles del *Albañal* (*l'Egout*), de los *Ropavejeros* (*fripiers*), de los *Ratones*, de los *Mosquitos*, de la *Putería*, y otros por este estilo.

Formando un singular contraste con aquella parte antigua, se despliega en lo alto de la *Montaña de la Córte* la ciudad moderna, que puede sin disputa compararse á los más hermosos barrios de París y de Lóndres, por sus magníficas y extensas calles tiradas á cordel; sus soberbios edificios públicos y particulares; la elegancia y suntuosidad de sus moradores.— Desde que saliendo de la animada, tortuosa y costanera calle *de la Magdalena*, que limita la ciudad baja y mercantil, descubre el forastero la *Plaza Real*, el cuadro varía repentinamente, y se cree trasportado á otra ciudad diversa, admirando la simetría y magnificencia de la iglesia, palacios y hermosos *hôtels* que decoran esta plaza.—Da luégo vista al *Parque* (hermoso jardin público, muy parecido al del Luxemburgo de París), y ve desplegarse en su derredor las hermosas calles Real, de la Regencia y de Bellavista; los palacios del

Rey, del Príncipe de Orange y de la Nacion, donde tienen sus sesiones los Cuerpos Colegisladores; mira cruzar por todos lados un crecido número de brillantes carruajes (obra de los célebres talleres de esta ciudad), y ve paseando entre los bosques del jardin ó por las anchas losas de las calles una poblacion tan elegante y *fashionable*, que no diria mal en el Bosque de Boloña ó en las praderas de Hyde-Park.

Sin embargo, el viajero observador acaso no hallará tanto placer en tan bello espectáculo como el que le ofrecerán las calles animadas y populares de la ciudad baja, pues en éstas todo es característico y propio, miéntras en aquéllas todo es remedo de otros pueblos, todo arreglado al nivel civilizador de la moderna sociedad.

Por no molestar demasiadamente la atencion de mis lectores, limitaré la material inspeccion de esta ciudad á una ligera indicacion de sus principales objetos de curiosidad, antiguos y modernos, alguno de los cuales mereceria, sin embargo, una descripcion detallada por su importancia histórica y monumental.

Entre los edificios religiosos, por ejemplo, merece sin disputa el primer lugar la iglesia catedral, dedicada á San Miguel y Santa Gudula, monumento gótico de los siglos XIII y XIV, que por su esbelteza y hermosas proporciones ha merecido en todos tiempos los elogios de los artistas.—Son, sobre todo, dignos objetos de atencion en él sus dos altísimas y elegantes torres cuadradas, su magnífica cristalería, las hermosas estatuas colosales que están delante de los pilares de la nave, y representan á Jesucristo y su Santísima Madre y el Apostolado; el caprichoso púlpito de mármoles y figuras de talla, que representan á Adan y Eva arrojados del Paraíso, y las tumbas

de obispos y otros personajes que adornan sus capillas; siendo entre ellas muy notable la moderna del conde *Federico Merode*, muerto en la revolucion de 1830, bella escultura de mármol del distinguido artista belga monsieur *Geefs*, cuyo taller he visitado, y admirado en él la rara habilidad de su cincel.

Las iglesias antiguas de *la Capilla* y del *Sablon* son, despues de la catedral, las más dignas de encomio; y entre las modernas merece el más cumplido la bella rotonda de *Santiago*, conocida por el sobrenombre de *Caudemberg*, y situada en la plaza Real, por su elegante forma greco-romana y la sencillez armónica de su distribucion.—En todas estas iglesias, y las demas, se ven magníficas esculturas, bellos cuadros de las escuelas flamenca y holandesa; y (lo que es áun más de alabar) se observa el esmero en el culto religioso, y la concurrencia del pueblo á los divinos oficios; en este punto, la mayoría del pueblo belga, que profesa la religion católica, lleva mucha ventaja al pueblo frances.

La casa de Ayuntamiento (*Hôtel de Ville*) es, entre los edificios civiles, el que llama más la atencion del extranjero, y uno de los primeros objetos que, por su extendida y justa fama, se apresura aquél á visitar.—Está situada en uno de los frentes de la plaza Mayor, y su construccion (que remonta cuando ménos al siglo XV) pertenece al género llamado gótico-lombardo, con toda aquella elegancia de decoracion y caprichosos adornos que le son propios, especialmente en su elevadísima torre, que le comparte en dos mitades (no exactas), obra maestra de atrevimiento, elegancia y esbelteza; tiene 364 piés de altura, y está coronada por una estatua de cobre dorado que representa á San Miguel.—El interior de este suntuoso edificio corresponde bien á su magnificencia exterior;

sobre todo la gran sala llamada *la Gótica* ó *de la Abdicacion*, por haber sido en ella donde tuvo lugar la que el emperador V, en el apogeo de su poder, hizo de todas sus coronas en favor de su hijo Felipe II, marchando desde allí á encerrarse en los austeros claustros del monasterio de San Jerónimo de Yuste; suceso memorable de la historia europea, que adquiere toda su importancia á la vista del magnífico local que le presenció.

Las otras salas merecen tambien ser vistas, para admirar en ellas las ricas tapicerías flamencas y los retratos en pié de los duques de Borgoña, reyes de España y emperadores de Austria, que las adornan.—La plaza misma en que está esta casa es un objeto de estudio, por la construccion de sus edificios, obra del tiempo de la dominacion española, y que conservan su especial fisonomía. Entre ellos descuella el que hace frente al *Hôtel de Ville*, y que sirvió de casa comunal hasta 1446; desde sus balcones fué desde donde el famoso *Duque de Alba*, terror de aquellos países, presenció el suplicio de los condes de Egmont y de Horn, jefes supuestos de la insurreccion flamenca, hallándose toda la plaza tendida de luto, y entregada la ciudad á la mayor consternacion.

Por lo demas, apénas se encuentran ya en Brusélas más vestigios de la dominacion española que esta plaza y casa de ciudad; la prision llamada todavía en español de *El Amigo*, que está en la misma casa; el Hospicio de *Pacheco*, y la calle de *Villahermosa*.—No es extraño que el tiempo, las diversas dominaciones del Austria, la Francia y la Holanda, que han sucedido á la española, y más que todo, la odiosa memoria que de ésta ha quedado en aquellos países, á causa de la indolencia y crueldad de los gobiernos de los Felipes, hayan borrado casi del todo el colorido español de aquel pueblo, del cual, por otro lado, nos separa naturalmente la distancia, el clima, leyes y costumbres.

No léjos de la plaza Grande, y en la esquina que forman las calles de *la Estufa* y *del Roble*, se encuentra un objeto de la más rara curiosidad, y es el *Manneken-Piss*, célebre monumento que tanta importancia tiene en aquella ciudad, amiga de sus antiguallas y recuerdos históricos.—Consiste en una figurita de bronce, de poco más de una vara de altura, que representa un niño desnudo y en el acto de orinar.—El orígen de este monumento se oscurece entre los cuentos de la antigüedad, que dicen que un cierto Godofredo, de edad de siete años, é hijo de un duque de Brabante, se perdió en una procesion de jubileo, y fué despues hallado en aquella postura y en aquel sitio, por lo que sus padres hicieron construir aquella fuente, y desde entónces ha sido un objeto de verdadero culto para los bruselenses, en términos que áun hoy dia es reputado por *el más antiguo ciudadano de Brusélas*, y una especie de *Paladium*, al cual miran unida la suerte de la ciudad. Y llega á tanto esta preocupacion, que le tienen destinadas rentas y un ayuda de cámara para su conservacion; á que los monarcas extranjeros y el gobierno nacional le han condecorado con sus grandes cruces y héchole regalos de magníficos uniformes, con los cuales, ó con la *blusa nacional* le visten el dia de las fiestas del *Kermesse*, que se verifica en el segundo domingo de Julio, con general entusiasmo de la poblacion.—Esta afortunada estatuita ha sido robada várias veces y encontrada despues; y cuando se verificó su última desaparicion, en 1817, toda la ciudad vistió luto, hasta que, habiéndola encontrado en manos de su raptor, fué vuelta á colocar en medio de una funcion magnífica y popular.

El palacio del Rey y el del Príncipe de Orange son sencillos edificios modernos, que no merecen particular atencion, exceptuándose en este último la riqueza de sus sue-

los, embutidos de maderas preciosas, y con un delicado trabajo superior á todo encomio; es igualmente rica la decoracion de sus muebles, entre los cuales hay que admirar las soberbias mesas de lapislázuli, regaladas por el Emperador de Rusia á su yerno, y valuadas algunas de ellas en la enorme suma de seis millones de reales.—Cuando aquel príncipe habitaba esta casa, como gobernador que era de la Bélgica á nombre de su padre el rey de Holanda, habia reunido tambien en ella una exquisita coleccion de cuadros de las mejores escuelas, la que despues de su advenimiento al trono de Holanda ha hecho trasladar á la Haya, y hoy sólo queda en el palacio de Brusélas la magnífica decoracion de sus salones, al cargo de su amable conserje mayordomo, el español D. N. *Cabanillas*, que habiendo servido á las órdenes de aquel príncipe en la guerra de la Independencia, le siguió despues, mereciendo su confianza, y hoy está encargado de hacer los honores á la multitud de extranjeros que visitan diariamente aquel elegante palacio.

El otro, llamado *de la Nacion*, es un edificio moderno de fines del siglo anterior, y en él tienen sus sesiones los dos Cuerpos Colegisladores, y se hallan tambien situados los ministerios con bastante comodidad y buena distribucion.—El palacio de *Bellas Artes*, cuya parte antigua sirvió de residencia á los gobernadores generales de los Países-Bajos, y entre ellos al Duque de Alba, considerablemente aumentado despues, ha venido á convertirse en *Museo de cuadros*, *Biblioteca pública*, *Gabinete de Historia natural* y otro *de Física;* objetos todos muy dignos de atencion, sobre todo la Biblioteca, compuesta de 150.000 volúmenes y 16.000 manuscritos curiosísimos, y el gabinete de Historia natural, que por su riqueza y metódica coleccion puede alternar con los más apreciables de Europa.

El *Teatro Real*, situado en la plaza de la *Moneda*, es un vasto edificio, comenzado en 1817 é inaugurado dos años despues: su decoracion exterior es parecida á la del *Odeon* de París, y el interior es ámplio y ricamente decorado. En él se dan funciones todos los dias de la semana, excepto el sábado, alternando la grande y pequeña ópera con el drama trágico y el cómico ó con el baile pantomímico. Las piezas, las decoraciones y los actores son por lo regular franceses, y el resultado una bella repeticion de los grandes teatros de París.—Otro pequeño teatro cuenta Brusélas en el *Parque* ó jardin público, y en él suele representarse el *Vaudeville* ó piezas cómicas, con lo cual y un menguado *Circo Olímpico*, hecho de tablas, y en el que es preciso tener el paraguas abierto cuando llueve, concluyen las diversiones públicas, bastantes á satisfacer el carácter pacífico y doméstico de los bruselenses.

El *Jardin botánico* es uno de los objetos más bellos de aquella ciudad, y pertenece á la Sociedad de Horticultura, que tiene en él una elegante y riquísima estufa, donde se cultiva tan prodigiosa multitud y variedad de flores de todos los climas, que prueban muy bien el decidido gusto de los belgas hácia la agricultura y jardinería, y la conciencia con que estudian aquel ramo interesante de ciencias naturales.

Muchos y buenos son los establecimientos de beneficencia é instruccion que encierra aquella ciudad, de los cuales no puedo permitirme la menor indicacion por la brevedad de este artículo, y por estar ya dignamente desempeñado este punto en la excelente obra publicada hace pocos años por nuestro compatriota y amigo el *señor don Ramon de la Sagra*, obra no solamente apreciada en nuestro país, sino en el mismo que describe con interesante exactitud.

Todos los objetos que encierra aquella pequeña capital son, sin embargo, de escasa importancia respectivamente á los que de igual clase ostentan las primeras de Europa; y el extranjero, viniendo regularmente de los grandes teatros de Lóndres y París, halla mezquina aquella escena, y suele abandonarla muy pronto, cansado de su insípida monotonía.—El carácter amable, hospitalario y obsequioso de los belgas; su sociedad franca y generosa; la extremada y *confortable* comodidad de la existencia en un país abundante en productos naturales y manufacturados, propios y extraños, y los goces positivos que ofrece al espíritu una adelantada civilizacion, son, sin embargo, objetos que merecerian más larga permanencia y acabarian por obtener en el ánimo del viajero la preferencia sobre el ruidoso espectáculo de aquellas grandes capitales.

Lo que más admira en ésta es el movimiento importantísimo de su industria; el gusto y perfeccion de sus manufacturas, que participan de la solidez inglesa, del gusto frances y de la baratura alemana, sobresaliendo en varios ramos en competencia con las de aquellos países, como, por ejemplo, en todas las obras de hierro, en la fabricacion de los carruajes, la del papel, la de las telas de hilo, la de los encajes, y de otros mil objetos, que hacen muy mal nuestros comerciantes en ir á buscar á Francia é Inglaterra, pudiendo hallarlos mejores y más baratos en los mercados de Brusélas, de Gante, Courtray, Malinas, Namur, etc.—El comercio de libros, sobre todo, ganaria muchísimo tomando esta direccion, pues es sabido el enorme producto de las imprentas belgas destinadas á reproducir en formas más cómodas, é infinitamente más baratas, todas las obras francesas; especulacion mercantil sobre cuya moralidad no disputarémos, pero que pudiera servirnos con mucha ventaja.—En dicha capital he com-

prado á razon de cinco reales los tomos de Víctor Hugo y demas autores de nota, que cuestan en París treinta, y por ocho reales los ocho tomos de las *Memorias del Diablo*, que cuestan en París cincuenta.

En un pueblo trabajador, pacífico, moderado por carácter, y escaso de diversiones públicas, la vida ofrece poca variedad, y únicamente entrando en los goces delicados de la sociedad íntima y privada puede hacerse soportable aquella uniformidad, y hasta desaparecer el tedio que produce una atmósfera húmeda y sombría en la mayor parte del año.

El belga industrioso y pacífico sabe templar estos inconvenientes con los goces puros de la familia, con la ocupacion del espíritu y el trabajo de sus manos. Sabe oponer á los rigores del clima las grandes comodidades de su mansion, en que desplega toda la brillantez de su industria; y gracias á ella y á la actividad de su comercio, puede, por la mitad del gasto, vivir con toda la comodidad y magnificencia que con grandes sacrificios pudiera proporcionarse en Lóndres mismo. Hasta el forastero participa inmediatamente de estas ventajas, pues halla en Brusélas muchos y magníficos hoteles, muy superiores á todos los de París, y en los cuales, por el reducido gasto de cinco á seis francos diarios, puede proporcionarse una bella habitacion, una opípara mesa y un esmerado y elegante servicio.—Los adelantos de las artes manufactureras, la actividad y buen gusto de un pueblo industrial y mercantil, se revelan á cada paso en la suntuosidad y abundancia de las tiendas, y en la rica decoracion de las casas; miéntras que la soledad y abandono de los paseos, plazas y cafés descubren tambien la ocupacion constante y la natural inclinacion del pueblo á permanecer en lo interior de sus familias.

El sistema de educacion y de sociedad parece tambien muy superior, bajo el aspecto moral y religioso, al que se estila en Francia; y en el semblante de hombres y mujeres, en aquellos semblantes generalmente hermosos y rubicundos, aunque poco animados, se ostenta una tranquilidad interior, una amabilidad y una dulzura que previenen desde luégo en su favor.—No se ven por las calles de Brusélas esos grupos de gentes desocupadas é indolentes que llenan nuestras plazas, ni el agitado bullicio é interesada precipitacion de las que circulan por las de Lóndres y París; tampoco se encuentran por las noches, como en aquéllas, bandadas de prostitutas, ó falanges de rateros, más ó ménos disfrazados; ni rebosan en jóvenes elegantes sus paseos, ostentando un lujo superior á sus facultades, ó una maligna y astuta coquetería.—Las mujeres apénas se presentan por las calles más que en carruajes ó para ir á misa ó á vísperas; tampoco se asoman á las ventanas, y sólo se permiten un inocente ardid, colocando ingeniosamente á los lados de aquéllas, y por la parte de afuera, un juego de espejos, que reflejando los objetos que pasan por la calle, las permite desde adentro ver á todos los paseantes, sin ser ellas vistas, á ménos que, colocadas imprudentemente en la direccion de alguno de los espejos, reflejen en él una linda cara que el pasajero admira, sin poder llegar á descubrir cuál sea la propietaria. — Este ingenioso mecanismo de los espejos, llamados *ladrones*, es general en toda la Bélgica y nuevo absolutamente para mí.

Durante la buena estacion, el habitante de Brusélas tiene tambien para su recreo la hermosa y bien cultivada campiña de sus cercanías, lindas casas de campo y bellos lugares y caseríos. — Entre los objetos de curiosidad de aquellos contornos, son los más notables el palacio y sitio

real de *Lacken*, en una deliciosa situacion y rodeado de muchas y bellas quintas de recreo. — En este sitio está tambien situado el *Cementerio-Jardin*, que viene á ser para Brusélas lo que el del *Padre Lachaisse* para París, y en él se ven muy bellos monumentos, y entre ellos el levantado por su segundo esposo, *Mr. Beriot*, á la célebre cantatriz *María García* (*Madama Malibran*), que allí reposa.

Finalmente, á unas tres leguas de Brusélas no deja el viajero de ir á contemplar los campos de *Waterlóo*, tan célebres por la gran cuestion europea decidida en ellos en 1815.—Waterlóo es una villa de alguna importancia, en cuya iglesia (que es una bella rotonda) se encierran muchos mausoleos elevados á la memoria de los oficiales aliados muertos en la batalla; y en los campos inmediatos de *Mont Saint-Jean* se eleva el monumento principal, destinado á conservar la memoria de aquella sangrienta jornada, que decidió la suerte de Napoleon y de la Europa.—Consiste en una montaña de tierra formada artificialmente, de ciento cincuenta piés de elevacion y cuatrocientos de base, y coronada por un leon colosal de bronce sobre un enorme pedestal de piedra. El soberbio animal tiene una de sus garras sobre una esfera, y vuelta hácia la Francia su erguida cabeza, parece aún amenazarla con su enojo. Ciertamente que despues de las nuevas circunstancias políticas de ambos países, parece inconcebible la permanencia de aquel monumento.

En otro artículo trataré de los caminos de hierro que, partiendo de Brusélas, cruzan la Bélgica, y la ponen en comunicacion rapidísima con los demas países de Europa.

XVII.

LOS CAMINOS DE HIERRO.

«De todos los trasportes (dice *Mr. Chevalier* en una obra justamente célebre), el de los hombres es el más interesante, y el que más importa facilitar; porque si el trasporte de las mercancías crea la riqueza, el de los hombres produce nada ménos que la civilizacion.»

En ningun país puede observarse la verdad de aquella máxima del escritor frances más prácticamente que en el pequeño y próspero reino de Bélgica, que ha ofrecido el primero y único espectáculo de un sistema general de comunicacion por medio de caminos de hierro, y que si cede á la Inglaterra y los Estados-Unidos la gloria de la primacía en su aplicacion, tiene un derecho incontestable de superioridad en la materia, por haber combinado y planteado en pocos años un plan general de esta clase de comunicacion del uno al otro extremo del país; y esto en los dias siguientes á una revolucion política, y apénas reconocida su independencia, y señaládole un lugar entre los Estados de Europa.

El Gobierno belga, ayudado por el patriotismo y la actividad de los habitantes del país, ha hallado medio de

realizar tan rápidamente esta mágica operacion, que pareceria increible á no palparla.—En tanto que los demas Estados del continente europeo, gozando de una gran prosperidad y de una tranquilidad perfecta, y pudiendo disponer de recursos inmensos, se han contentado con ensayar en mínima escala la importantísima y civilizadora invencion de los caminos de hierro, estableciendo algunas líneas pequeñísimas y secundarias, por objeto de puro placer ó fantasía, tales como las de París á San Cloud, San German y Versálles; de Nápoles á la Castellamare; de Petersbourgo á Zarkoeselo; de Amsterdan á Harlem; de Dresde á Leipsik; de Nuremberg á Furth, etc.; los caminos de hierro belgas cruzan hoy aquel territorio en sesenta y tantas leguas de extension; ponen en contacto inmediato las diez importantísimas ciudades de Brusélas, Malinas, Ambéres, Gante, Bruges, Ostende, Thermonde, Courtray, Lovayna y Lieja; y llegando por el Norte á las puertas de Holanda, por el Oeste á las costas fronteras de la Inglaterra; tocando por el Oriente en la monarquía prusiana, y dirigiéndose por dos ramales al Sur hácia el territorio frances, convierten á aquel reducido reino en un punto céntrico de comunicacion entre los cuatro países más adelantados de Europa, y con grandes ventajas del comercio aproximan tambien al Danubio y al Rhin (aquellas dos grandes artérias del país germánico) con el mar del Norte, que preside y domina el genio de Albion.

Todo este verdadero prodigio ha sido para aquel país obra de seis años, y el Gobierno belga ha demostrado en esta obra lo que pueden el verdadero patriotismo, el talento y la constancia. — El 15 de Junio de 1833 monsieur C. Rogier, ministro del Interior, presentó á la cámara de representantes (diputados) un proyecto de ley

para la construccion de las primeras líneas de caminos de hierro, y abierta la discusion el 11 de Marzo siguiente, fué adoptado por aquella cámara y el Senado, en cuya consecuencia quedó promulgada dicha ley el dia 1.º de Mayo de 1834.

Empezáronse desde luégo los trabajos en la línea de Brusélas á Ambéres por cuenta del Gobierno, y con algunas modificaciones ha seguido incesantemente en el establecimiento de las demas líneas, en términos que al cumplirse los seis años de dichos trabajos, y á mediados del pasado de 1840 (en que tuve el placer de recorrer dichos caminos), se hallaban ya del todo concluidas y entregadas á la circulacion sesenta y dos leguas, ó sean trescientos veinte y tres mil metros, y se habia invertido en ellas la cantidad de cincuenta y seis millones cincuenta y nueve mil seiscientos setenta y siete francos (unos doscientos veinte y cuatro millones de reales), distribuidos en compra de terrenos, trabajos de alineacion, perforacion y desmonte, gastos de hierro y madera, coste de las máquinas locomotoras, coches, wagones, plataformas, desembarcaderos, oficinas y servicio; cantidad extremadamente económica, comparada con la que han costado los caminos de hierro en Inglaterra.

El trasporte de viajeros fué desde luégo tan crecido, que excedió tambien á las esperanzas que se tenian, pues en los ocho últimos meses de 1835 ascendió á cuatrocientas veinte y un mil cuatrocientas treinta y nueve personas; en 1836, á ochocientas setenta y un mil trescientas siete; en 1837, á un millon trescientos ochenta y cuatro mil quinientas setenta y siete; en 1838, á dos millones doscientas treinta y ocho mil trescientas tres; y en los diez primeros meses de 1839 (hasta donde comprendian los estados que tuve ocasion de ver), á un mi-

llon seiscientas noventa y cuatro mil diez y nueve; en términos que puede presumirse en todo el año de 1840 se ha acercado sin duda al enorme número de *tres millones de viajeros* los que hemos disfrutado de aquel magnífico beneficio. Baste este simple resúmen numérico para dar una idea de su importancia.

Los productos en los cuatro años y medio que comprende el cálculo anterior habian sido nueve millones doscientos veinte y un mil setecientos sesenta y tres francos (unos treinta y siete millones de reales), y eso que los precios de trasporte son tan módicos, que, segun el diverso carruaje que se elija, *wagon*, *char-à-bancs* ó berlina, puede calcularse desde *diez céntimos* (unos siete maravedís) hasta *treinta y cinco céntimos* (unos veinte y cinco maravedís) por legua. El trasporte en los caminos de hierro franceses cuesta alguna cosa más, y en los de Inglaterra cuatro tantos; de suerte que los de Bélgica tienen tambien esta gran ventaja, y pueden llamarse los más verdaderamente populares que existen en Europa; así que habiendo empezado su servicio con sólo tres máquinas locomotoras, cuarenta coches, tres tenders y cuatro wagones, contaban ya el año pasado ochenta y dos máquinas, setenta y un tenders, trescientos noventa y dos coches, y cuatrocientos sesenta y tres wagones.

Por una combinacion acaso equivocada, el sistema general de los caminos de hierro belgas tiene su centro en la ciudad de Malinas, á unas cinco leguas de Brusélas, en lugar de ser esta capital, como parecia natural, el punto convergente de todas las diversas líneas ó secciones del camino; así que para trasladarse, por ejemplo, á Gante, Brujas, Ostende ó Lieja, hay que dirigirse primero á la *estacion* de Malinas, desde donde parten los convoyes para aquellos puntos; lo cual ocasiona un rodeo de cinco leguas, que por otro lado se hace poco sensible, pues que

sólo se invierte en él el reducido término de veinticinco á treinta minutos.

El establecimiento ó *estacion central* de Malinas es por lo tanto el punto más interesante y animado, donde pueden observarse el asombroso movimiento, el órden admirable y la rápida circulacion de tantos convoyes que de todas direcciones vienen á estacionar allí y parten contínuamente.—Por lo regular, cada máquina locomotora arrastra tras sí una hilera de treinta ó cuarenta coches y wagones, en cada uno de los cuales pueden calcularse unas treinta personas, que se colocan en el interior y sobre cubierta de las diligencias, y al aire libre, en el buen tiempo; lo cual da un resultado de novecientas á mil personas en cada convoy.

El período de salidas de éstos varía tambien segun las líneas y estaciones; pues, por ejemplo, para Ambéres sale cada media hora, y á veces cada cuarto; para Gante, todas las horas; para Lieja, cada dos horas, etc.; todo lo cual, repito, está muy sujeto á mudanzas, que cuidan de avisarse al público con anticipacion.—La rapidez de la marcha está calculada de ocho á diez leguas por hora, y á veces más, pues recuerdo haber hecho *en una hora y dos minutos* la travesía desde Bruges á Gante, que son doce leguas. Y sin embargo de esta precipitacion, la comodidad es tan extrema, que apénas se percibe el movimiento, y sólo yendo al descubierto molesta algun tanto el viento cuando da de cara, y la rapidez con que desaparecen de la vista los objetos cercanos, por lo que es conveniente fijarla en la lontananza, ó, por mejor decir, no fijarla en ninguna parte.

Los coches ó diligencias se dividen por lo regular en tres ó más compartimentos, ó más bien gabinetes, que comunican entre sí con puertecillas, y están perfecta-

mente distribuidos en cómodos asientos de brazos y forrado todo el interior de blandos almohadones de vaqueta para evitar en todo lo posible los efectos de cualquier fuerte sacudimiento, choque ó explosion de la máquina.—Estos, por fortuna, son tan raros y están tan previstos, que se ha calculado en un número infinitamente menor el de las desgracias ocurridas en estos carruajes al de las que han ofrecido en igual tiempo los carruajes ordinarios; por manera que se han disipado ya todas las preocupaciones contra este medio de trasporte, como lo prueba el asombroso número de viajeros que le adoptan.

Sin embargo, para evitar estas desgracias, ¡cuánto hay que admirar en el órden y metódico artificio con que está combinada la marcha de aquellos enormes convoyes! ¡cuánto trabajo, gasto y constancia no supone en el crecido número de operarios destinados á mantener cuidadosamente desembarazado el camino; á situarse á pequeñas distancias con banderines ó luminarias para avisarse mútuamente de la proximidad del convoy, á fin de que ninguno por equivocacion tome el doble carril de ida por el de vuelta, ó penetre en un *tunnel* (camino subterráneo perforado en una montaña) al mismo tiempo que el otro; para que redoble éste la rapidez de su marcha por medio del mecanismo que dirige la máquina ó para que contenga aquél el impulso de la suya!—¡Qué precision de movimientos en las *estaciones* ó puntos de descanso, para dirigir metódicamente y con una asombrosa celeridad el relevo contínuo de los viajeros y de sus equipajes, la inspeccion prudente de las máquinas! ¡Qué método, órden y sábia administracion en el desempeño de tantas oficinas; en las innumerables anotaciones de tantos viajeros; en el peso, colocacion y trasiego de sus equipajes; en la carga del sinnúmero de mercancías, efectos y animales, que ocupan los carros últimos del convoy!

Realmente es sorprendente para la imaginacion tan asombroso espectáculo, y los señores poetas que afirman que el siglo actual carece de poesía, pudieran situarse conmigo por unos minutos en el establecimiento central de Malinas, donde acaso tendria el placer de hacerles variar de opinion.—Verian allí á todas horas del dia y de la noche, en las hermosas mañanas de otoño, cuando las campiñas belgas ofrecen toda la hermosura y riqueza de su vegetacion, ó en las frias y destempladas noches de Noviembre, cuando el cielo, cubierto de nubes, envia torrentes de agua sobre una tierra que desaparece, convirtiéndose en un lago contínuo; á la brillante luz de los rayos del sol más bello, ó al pálido y lúgubre reflejo de mil teas y de innumerables faroles; verian, repito, el más variado cuadro que la civilizacion moderna puede ostentar, mirando llegar por todas partes, partir en todas direcciones contínuamente máquinas gigantescas, despidiendo el resplandor vivísimo del fuego que las alimenta, dejando en pos de sí una faja negra y espesa de humo, que marca su camino, despidiendo un mugido bronco y monótono, y avanzando ó alejándose con mágica celeridad.—Verian en pos de ellas una fila interminable de carruajes que, no bien hecho alto, vomitan de su seno una poblacion entera, miles de gentes de todas edades, sexos y condiciones; verian allí cruzarse el belfo aleman y el inglés altivo, el frances animado y el tranquilo holandés, mezclados y allí confundidos sus lenguajes con el flamenco, que suelen hablar los conductores; el elegante de Brusélas, que va á los baños de Spa, con el mercader de Amsterdan, que se dirige á Francia para surtir su almacen; el industrial de Manchester, que va á buscar nuevas salidas á sus manufacturas en Alemania, con el literato de París, que viene á hallar uno ó dos tomos de impresiones de viaje en las orillas del Rhin; el sacerdote flamenco, con su elegante

sotana y su sombrero tricornio, que va á Lieja á asistir á una conferencia eclesiástica, con la brillante dama de Brusélas ricamente ataviada, que pasa á Ambéres para asistir al estreno de la ópera nueva.

Sorprendido el viajero con la grata variedad de tan animado espectáculo, saboreando en su imaginacion la facultad voladora que la industria moderna pone á sus piés, fluctúa, titubea sobre el rumbo que debe tomar, y sigue con sus miradas codiciosas los diversos convoyes que ve partir; y á la verdad, ¿qué punto del globo, qué ocasion pudiera brindarle tan animados contrastes?—Si se decide á montar en el que parte hácia el Norte, ántes de una hora se hallará en la romántica Ambéres, la de los grandes recuerdos históricos españoles y tudescos, y ántes de acabarse el dia habrá podido dar fondo en las córtes de La Haya y Amsterdan.—Si toma hácia el Oeste, tres grandes y bellas ciudades, Gante, Bruges y Ostende, le salen al paso, y ántes de seis horas puede saludar las costas de la Gran Bretaña.—Si gira al Este, Lovayna, Tirlemond, Lieja le conducen á Aix la Chapelle, en Prusia.—Si se dirige al Sur, la capital, Brusélas, y otras ciudades importantes, le ponen en el camino de París.—En el mismo dia puede, si gusta, dormir en Holanda ó almorzar en Prusia, comer en Bélgica y cenar en Francia ó Inglaterra; y todo sin la más mínima molestia, casi sin apercibirse de haber variado de sitio. Dígase despues si es ó no poética esta situacion.

Allí los conocidos se encuentran en los caminos como pudieran en las calles de una ciudad; los coches de los convoyes ofrecen el mismo trasiego y movimiento de tripulacion que los *ómnibus* de París; cualquier motivo es suficiente para emprender un viaje de veinte ó treinta leguas; como que no se cuentan éstas, sino el espacio de

dos ó tres horas que en ellas se emplea; una visita, una funcion pública, una ópera nueva, una aventura amorosa, bastan para decidir á un habitante de cualquiera pueblo de Bélgica á montar en el carruaje, sin más preparativos de viaje, vestido elegantemente, y sin necesidad de pasaportes ni diligencias, á sorprender agradablemente á un amigo, ó asistir á tal romería flamenca, á cual cacería del país walon, y volverse luégo descansadamente á dormir á su pueblo.

El rápido contraste que ofrecen en el espacio de pocos minutos los distintos accidentes del clima, suelo, usos y costumbres de las diversas provincias (que existen muy marcados, á pesar de la frecuente comunicacion, por el apego de aquellos naturales á sus respectivas tradiciones) sorprende tan agradablemente al espectador, que no hay palabras para expresar su indefinible satisfaccion.—Apénas acaba de dejar las animadas ferrerías de Lieja, las pintorescas montañas de Namur y las risueñas márgenes del Mosa, se encuentra en las ricas llanuras, en los deliciosos jardines de la Flándes oriental; no bien escuchaba el armonioso juego de campanas (*carillon*) de la catedral de Ambéres, siente rugir á cuarenta leguas las olas embravecidas del mar del Norte en las playas de Ostende.—Allí, para los usos de la vida social, no existe propiamente distincion de pueblos; y toda la Bélgica, en su extension de sesenta leguas, no forma más que una sola é inmensa ciudad, en la cual es más fácil la comunicacion que entre los diversos barrios de Lóndres ó París; no hay en rigor necesidad de correos, porque se pueden recibir cartas de todos puntos muchas veces al dia; y en caso de sublevacion ó ataque imprevisto de cualquier punto del reino, puede improvisarse en él un ejército de veinte ó treinta mil hombres, conducidos en muy pocas horas en alas del

vapor. Véanse qué consecuencias tan importantes se deducen de la completa aplicacion de aquel admirable invento.

Y no se crea que los belgas para establecer su sistema de caminos no han hallado obstáculos inmensos que vencer en la naturaleza misma del terreno; pues aunque llano por lo general en las provincias de Brabante, Ambéres y las dos Flándes, en otras varía extraordinariamente de accidentes, y hasta llega á ser de montaña formal en las de Lieja, Namur y otras.—Pero nada ha sido capaz de contener el decidido arrojo é infatigable laboriosidad de aquel pueblo. En unas ocasiones, preciso ha sido al camino atravesar rios tan imponentes como el Escalda, y para ello se han establecido puentes giratorios, que, recogiéndose despues de dar paso á los convoyes, dejan expedita la navegacion; en otras, cruzar por bajo otros caminos comunes, por medio de bóvedas (*viaducts*) que ofrecen el singular espectáculo de varios carruajes ordinarios marchando en sentido inverso sobre los que van arrastrados por el vapor: han tenido á veces que inutilizar calles enteras de pueblos con los carriles de hierro: que establecer en otras ocasiones sólidas calzadas sobre terrenos bajos y pantanosos: que perforar, en fin, montañas elevadas para abrirse paso por medio de un camino subterráneo y durante el espacio de media legua.

De todos estos atrevidos esfuerzos del arte, el que más afecta el ánimo del viajero es el gran *tunnel* (bóveda) de esta clase, abierto entre Lovayna y Thirlemond, que penetrando en el interior de una alta montaña, sigue por espacio de novecientos noventa metros (*unas mil doscientas varas castellanas*) hasta volver á ganar la llanura.—El convoy se lanza por la estrecha y oscura galería con un ruido terrible, producido por el mugido de la máquina locomotora y el frote de las ruedas en los carriles de

hierro, y aumentado y repetido cien veces por el eco de la bóveda, que parece desplomarse con la montaña que tiene encima: á los pocos instantes de penetrar en aquel misterioso recinto desaparece absolutamente la luz del dia, y el viajero, atemorizado involuntariamente con aquella profunda oscuridad, con aquel ruido infernal, en que sobresalen de vez en cuando los chispazos ardientes de la máquina y los agudos silbidos de los conductores, se cree trasportado á las entrañas del Etna, adonde Vulcano y sus cíclopes forjaban los rayos del rey del universo; pero todos estos temores se disipan cuando, acercándose rápidamente á la boca de salida, va súbitamente volviendo á aparecer á sus ojos la luz del dia; hasta que, fuera ya de la tremenda caverna, se ofrecen á su vista las ricas praderas de Brabante Walon, el cielo despejado, y las lindas poblaciones de Thirlemond y de Cumptich.

Recapitulando las várias indicaciones que dejo sentadas, diré que no es el aspecto material de los caminos de hierro de Bélgica lo que en ellos me ha causado sorpresa; pues habiendo ya anteriormente tenido el placer de ver los de Lóndres á Birminghan y de Manchester á Liverpool, en Inglaterra; los de las inmediaciones de París, y de Lyon á San Etienne, en Francia, no me era desconocido aquel espectáculo; lo que sí confieso que me ha entusiasmado y sobrepujado á mis esperanzas es el que ofrece un pueblo donde esta clase de comunicacion se halla establecida por sistema general, y las variaciones fundamentales que produce en su vida social, política y mercantil.—Digna es tambien de admiracion la inconcebible actividad con que el Gobierno belga ha sábido llevar á cabo tan alta empresa en el breve período de seis años, y en medio de la incertidumbre y agitacion producida por su nueva situacion política; el órden admirable con que allí se han sabido

combinar para obra tan importante los capitales, el tiempo y el trabajo; la extremada comodidad, en fin, y baratura con que han llegado á popularizar y hacer de uso comun el invento característico del siglo en que vivimos, que los demas Estados del continente europeo se han contentado con probar en pequeños é insignificantes ensayos, y que en la misma Inglaterra está aún, por su alto precio, vinculado á la aristocracia de los viajeros.

XVIII.

LAS CIUDADES FLAMENCAS.

GANTE.—BRUGES.—OSTENDE.

Una de las circunstancias que hacen por manera interesante una excursion por el país belga es la rara variedad que las diversas provincias é importantes ciudades de tan reducido reino presentan entre sí, tanto por lo que dice relacion con su material fisonomía, cuanto por lo concerniente á las costumbres y carácter de sus habitantes; y bajo ambos aspectos puede afirmarse que, á no ser la Italia, ningun otro país de Europa ofrece tan rápidos contrastes y marcada discordancia. Y este variado panorama físico y moral produce tanto mayor efecto en el ánimo del viajero, cuanto que puede disfrutarle en el breve término de pocas horas, y caer, como por encanto, desde el uno al otro confin del reino, desde la animada sociedad walona á la tranquilidad risueña de la vida flamenca; desde el agitado movimiento mercantil de Ambéres al industrioso taller de Courtray.

Por otro lado, ¡á qué consideraciones filosóficas ó poéticas no da lugar la vista material de aquellas antiguas

ciudades, cuya agitada crónica ofrece en cada una de ellas un continuado drama, que, aunque desenvuelto en tan pequeño teatro, halló ecos, simpatías y relaciones en todas las grandes escenas de que la moderna Europa ha sido testigo! —¡Quién no ha de recordar, por ejemplo, en la antigua ciudad de *Bruges* el poder é influencia de los soberanos duques de Borgoña y condes de Flándes; las guerras civiles, las persecuciones religiosas, la antigua prosperidad de aquel emporio del comercio, de aquella *Venecia del Norte!* —¡Cómo mirar indiferente en *Gante* la patria del más poderoso monarca del orbe, de aquel CÁRLOS V, en cuyos dominios no se ocultaba nunca el sol, y que, harto de victorias y conquistas, vino al fin de sus años á despojarse de él voluntariamente á pocas leguas de allí, en la Casa Comunal de *Brusélas!* —¡Cómo no entregarse á la meditacion ante el austero palacio de los obispos soberanos de *Lieja;* ante la afiligranada casa de la ciudad de *Lovayna*, testigo de sangrientas venganzas populares; ante los muros de *Namur*, que vieron morir al triunfador de Lepanto; ante la ciudadela de *Ambéres*, que lleva aún el nombre de su fundador el Duque de Alba!

«*¡Dichosos los pueblos* (decia Montesquieu) *cuya historia es fastidiosa!*»—No pueden por cierto llamar tal los belgas á la suya, tan agitada por grandes movimientos interiores, y en que brillan los nombres de *Artebelde* y *Brederode*, de *Egmonth* y de *Horn*, y tan singularmente unida á los grandes acontecimientos europeos, como que en su territorio han disputado el Imperio los romanos y los francos, los tudescos y españoles, los franceses y la Santa Alianza. ¡Sangriento y prolongado drama, que abre JULIO CÉSAR en las espesas florestas de *Soignes*, y cierra cayendo Napoleon en los llanos de *Waterlóo.*

Por fortuna, para templar tan sombríos recuerdos tie-

ne tambien la Bélgica los de sus grandes ingenios, cuyas obras esmaltan, por decirlo así, el cuadro interesante de aquel hermoso país.—Tiene sus góticas catedrales, elevadas á las nubes por los siglos pasados; tiene sus palacios y casas comunales, tejidas en piedra con tal primor y delicadeza de labores, como suele ostentar en sus famosas telas de encaje; tiene en Ambéres un RUBENS y un VANDYCK, capaces ellos solos de inmortalizar á una nacion; tiene un *David Tenhiers*, que ha sabido perpetuar sus costumbres populares con la admirable verdad de su pincel; tiene en Flándes á los hermanos *Van-Eick*, inventores de la pintura al óleo; tiene en el país walon á un poeta *Malherbe*, á un compositor *Gretri*, á quienes puede llamarse los padres de la poesía lírica y de la música francesa.

Viniendo, pues, á mi paso por aquel bello país, le reduciré, en gracia de la brevedad, á tres solos capítulos: el primero, que es el presente, lo dedicaré á las bellas provincias flamencas; en el segundo me ocuparé en recordar rápidamente el país walon y las provincias de Lieja y Namur; concluyendo esta reseña con una excursion especial hecha al Norte, á la interesante ciudad de AMBÉRES.

Luégo que el viajero ha tomado asiento en el convoy que parte de Brusélas cada media hora para la estacion central de Malinas; luégo que ha sonado la campana, señal de partida, y que la máquina locomotora, arrancando con impetuoso brío, hace deslizarse rápidamente las ruedas de los carruajes sobre los carriles en que van encajadas; luégo, en fin, que el viajero, reponiéndose de la primera impresion, puede saborear las agradables sensaciones que aquella escena admirable le ofrece; si vuelve

la vista á su derecha, mira desfilar rápidamente delante de él los hermosos árboles de la *Alameda Verde*, bello paseo de Brusélas, y por el otro, la interminable serie de casas de campo que llenan la distancia desde las puertas de la ciudad hasta el lugar de *Schaerbek*. — Pasa despues por delante de los hornos del carbon de piedra y por la hermosa llanura de *Mont-plaisir*, punto de reunion, en ciertas épocas del año, de la más brillante sociedad de Brusélas; mira á lo léjos las bellas torres del palacio Real de *Lœcken*, y hace un ligero descanso ó estacion de dos minutos en *Vilvorde*, donde hará bien el viajero en detenerse á visitar la célebre casa de reclusion, que tan bien describe el señor *La Sagra* en su obra que ya he citado. Siguiendo despues otras dos leguas el camino sin notables accidentes, llega á la estacion central de Malinas, á cinco leguas de Brusélas, y á los treinta minutos de haber salido de aquella capital.

Desde Malinas á *Gante* se cuenta la distancia de diez leguas, es decir, el espacio de una hora y algunos minutos, durante el cual el viajero no tiene un instante de reposo, viendo pasar rápidamente delante de su vista los más bellos paisajes, los lindos pueblos y caseríos de la Flándes oriental, el magnífico rio Escalda, y los canales que cruzan todo el país. En especial, despues que pierde de vista la antigua y bella ciudad de *Thermonde*, y que entra de lleno en las hermosas provincias flamencas, el aspecto de la campiña es realmente maravilloso, risueña la fisonomía de los lugares, y admirable el movimiento de su poblacion; hasta que, apénas saboreado el placer que le produce cuadro tan encantador, da vista á la gran ciudad de Gand (Gante), capital de la Flándes oriental, y á los pocos minutos hace alto el convoy en uno de sus arrabales.

Allí están ya esperando á los pasajeros multitud de

faetones (*ómnibus*) de elegante forma, con sus ventanillas ojivas y cerradas con cristales de colores y caprichosos dibujos, en cualquiera de los cuales toma asiento, diciendo la fonda en que quiere descender. Éstas, por lo general, exceden en magnificencia y comodidad á todas las de París, y compiten con las mejores de Lóndres; de suerte que al entrar en la llamada *del Correo* (por ejemplo), me persuadia haber llegado á una de las primeras capitales de Europa.

Gante (*Gand*), en efecto, es una de las ciudades más interesantes por su antigüedad é importancia histórica, por su extendido comercio y por su fisonomía propia y singular. Capital un tiempo del poderoso condado de Flándes; principal teatro de las famosas guerras civiles y extrañas, políticas y religiosas, que forman la historia de aquel pueblo, cuna de Cárlos V y víctima de su formidable poder; córte provisional de Luis XVIII, emigrado de Francia durante el último período de la vida política de Napoleon, la ciudad de Gante ofrece á cada paso al curioso observador los más grandes recuerdos, impresos materialmente en sus calles y monumentos. — Por cualquier lado que tienda la vista, no puede prescindir de ellos; ya le sale al paso la famosa torre del Concejo (*Beffroy*), cuya lúgubre campana llamaba á los ciudadanos á las armas en tiempo de las frecuentes revueltas civiles, y desde cuya altura contemplaba Cárlos V á la ciudad vencida que le habia dado el sér, y rechazaba el proyecto de destruccion que le proponia el Duque de Alba.—Ya la magnífica *Catedral*, la más opulenta de toda la Bélgica, en que áun se conserva la pila en que recibió el bautismo el poderoso Emperador; ora los restos del antiguo palacio llamado *La Córte de los Príncipes*, en que aquél nació, y sobre cuyas ruinas se halla hoy establecida una fábrica de cer-

veza; ora las torres feudales y puerta de entrada del *Castillo de los Condes de Flándes*, que tambien el tiempo borró.

Hállase luégo en la plaza del *Mercado del Viérnes*, tan célebre en las revueltas flamencas; mira á pocos pasos colocado con misterioso respeto el gran cañon ó culebrina de diez y ocho piés de largo por diez de anchura, y de peso de treinta y tres mil libras, que tan importante papel jugó en aquellas escenas, conocido en la historia por el nombre de *Dulle Griette* (Margarita la rabiosa), y en el vulgo con el apellido de *la Maravilla de Gante;* ó trasladándose á la época moderna, se encuentra en la calle *de los Campos* con la casa del Conde Sthennuysse, que ocupó Luis XVIII durante los cien dias del último período Napoleónico. En aquella calle se puede decir que se hallaba reunida toda la antigua córte de los Borbones, y hasta el Duque de Wellington ocupó tambien una de sus casas. Este período fué el último de importancia política para aquella ciudad.

Si, prescindiendo de los recuerdos históricos, atiende únicamente el viajero al aspecto material de la ciudad, difícilmente puede hallar otra de más grata originalidad. —Cruzada toda ella por multitud de canales, que le prestan mucha semejanza con Venecia, comunicando entre sí las orillas con más de ochenta puentes, conserva aún la mayor parte de sus casas la forma piramidal, los caprichosos adornos, esculturas y follajes de la arquitectura de la Edad Media; pintorescas fachadas, como la de la *casa de los Barqueros*, á orillas del canal grande; ó la de Ciudad (*Hôtel de Ville*), admirable edificio gótico en parte y parte moderno; torres elevadas y caprichosas portadas en multitud de iglesias de todos los tiempos; bellos peristilos y columnatas en los edificios modernos, como la *Universidad, el Casino, el Teatro,* etc.; calles anchas y despejadas,

elegantes casas particulares en los barrios centrales, paseos deliciosos, bellas plazas en el interior de la ciudad.—Gante, en fin, cuya poblacion en el dia asciende á unos noventa y cinco mil habitantes, cuya industria activa la hace apellidar justamente la *Manchester de la Bélgica*, cuyo comercio con el interior y con la Inglaterra hacen refluir en ella inmensos capitales, es ciertamente digna de ser considerada como una de las más importantes ciudades de Europa.

Bajo el punto de vista artístico, ¿qué diré sino que toda ella es, como nuestro Toledo ó Sevilla, un verdadero Museo, un *álbum* gigantesco, en cuyas páginas todos los grandes artistas han dejado impreso su nombre? — Sólo *la catedral*, dedicada á San Babon, mereceria un tomo entero para describir convenientemente los innumerables y preciosísimos objetos que en arquitectura, pintura, escultura y alhajas de valor encierra y la hacen una de las más ricas de la cristiandad.—Casi toda ella está revestida de primorosos mármoles; sus altares y capillas cubiertos de cuadros magníficos, de esculturas admirables, no pudiendo ménos de citar entre los primeros el que se halla en la capilla llamada *del Cordero* y fué pintado por los hermanos *Wan-Eyck*, inventores de la pintura al óleo; el cual, á pesar de sus cuatro siglos de fecha, conserva una trasparencia y verdad de colorido que no puede encarecerse bastante, y que da márgen á pensar que la traicion doméstica que arrebató á aquellos célebres hermanos el secreto de la pintura al óleo, no fué tan completa, que revelase todo el ingenioso mecanismo de que se valian.—Una copia de aquel admirable cuadro, mandada hacer por Felipe II, estaba en el Escorial, de donde pasó á poder del Mariscal Soult, y luégo á la de Mr. Dansaert Engels, de Brusélas, el cual creo se le ha vendido despues al Rey de

Prusia.—Hay otros muchos cuadros de Otto Venius, Van Cleef, Coxie, Rombonds, y demas autores célebres de la escuela flamenca, y entre todos ellos llama justamente la atencion el que representa á *San Babon entrando en la Abadía de San Amand*, una de las célebres obras del inmortal Rubens.—Sería nunca acabar el intentar hacer mencion de los demas objetos de interes artístico, como las admirables esculturas del púlpito, los sepulcros de obispos, estatuas y altares; pero no permite tanto mi rápida reseña.

Las demas iglesias de Gante todas ostentan igual riqueza en obras de arte, siendo imperdonable dejar de citar la antiquísima de *San Nicolas*, que data del siglo XI; la de *Santiago*, la de *San Miguel*, en que está el cuadro capital de *Vandyck*, que representa á *Cristo crucificado y un soldado presentándole la esponja*.—En ella vi tambien un San Francisco de Paula, de nuestro Rivera, el ESPAGNOLETO; la de San Pedro, y otras infinitas iglesias, todas notables y dignas de descripcion especial.

Pero obligado á concluir este artículo, le terminaré haciendo sólo mencion del *Beguinage*, especie de comunidad religiosa de mujeres, especial de los pueblos flamencos, las cuales, sin hacer votos religiosos ni perpétuos, se reunen bajo cierta regla formada por su fundadora Santa Begue, y forman en cada ciudad flamenca (especialmente en Gante y Bruges), no un convento, sino una verdadera ciudad dentro de la principal, con sus calles, plazas y multitud de casitas, todas idénticas y sencillas, y una iglesia en la plaza central.—En el Beguinage de Gante hay en el dia más de seiscientas beatas ó *beguinas*, y está cercado y completamente independiente de la ciudad. La forma de las casitas, en cada una de las cuales viven seis hermanas, es muy cómoda y sencilla, y pu-

diendo ser visitadas, es fácil al viajero juzgar de su aseo y economía interior. Todas las hermanas gastan un traje pardo uniforme, una especie de mantilla blanca que llaman *la faille*, y es por manera original el aspecto que presenta desde el coro la sencilla iglesia de la comunidad cuando á la hora de los oficios del anochecer se hallan reunidas en ellas tantas mujeres uniformemente vestidas.

Entre los monumentos modernos de Gante merece el primer lugar *la Universidad*, soberbio edificio del género clásico, en que, ademas de la elegancia de la forma y la riqueza material, hay que admirar el grande establecimiento de enseñanza, y sus numerosas dependencias de cátedras, sala de exámenes (magnífica rotonda mucho más bella que la cámara de diputados de París); salones de Biblioteca, gabinetes de Física, de Historia Natural, objetos todos dignos del mayor elogio por su riqueza y científica colocacion, y tales como ninguna capital de departamento en Francia puede presentar.—El *Teatro*, obra tambien moderna, es elegantísimo y capaz; igualmente bello el edificio llamado *Casino*, en que se dan conciertos públicos; el *Jardin Botánico* está considerado como el primero de Bélgica, y la famosa *Casa de detencion*, tan bien descrita por el Sr. La Sagra, otro de los objetos que hacen aquella ciudad digna del interes y la curiosidad del viajero.

Siguiendo luégo la excursion, y á doce leguas de Gante, se encuentra la no ménos célebre ciudad de Bruges, capital hoy, y un tiempo córte de la Flándes occidental, tambien ciudad populosa, de doscientos mil habitantes, y centro de comercio adonde los venecianos, genoveses, pisanos, españoles y franceses iban á cambiar sus producciones con las que de Rusia, Polonia y Sajonia apor-

taban los navíos de las ciudades anseáticas, hasta que en el siglo XV, por causas largas de enumerar, se trasladó á Ambéres este gran mercado, decayendo rápidamente la importancia y nombradía de Bruges.

Pero, á pesar del transcurso de los siglos y de las sangrientas guerras políticas y religiosas de aquel país, la ciudad de Bruges es la que puede decirse que conserva aún en su totalidad aquella fisonomía propia y original de la Edad Media y del país flamenco.—Por todas partes las góticas torrecillas, los laboreados frontispicios, los relieves interesantes de los grandes palacios feudales, alternan con las filas de casas cuyas fachadas, terminadas en punta cortada en picos á manera de escalones, anuncian al viajero que se halla, por decirlo así, en el corazon de un pueblo antiguo y tradicional, con historia propia y fisonomía característica.

Y aquí me parece del caso contradecir en parte la opinion de los viajeros, que no dudan en asentar la especie de que en los pueblos de Flándes, y especialmente en Bruges, es donde se halla el remedo de las ciudades españolas; pues pudiendo por vista propia juzgar de la mayor parte de éstas, y principalmente de las antiguas Toledo, Búrgos, Valladolid, Segovia, Salamanca, Sevilla, Zaragoza, Valencia y Barcelona, etc., no dudo en asegurar que en ninguna de ellas he hallado semejanza con las ciudades flamencas, y que me parece muy gratuita la calificacion que se hace de su españolismo.—Ni pudiera ménos de suceder así; porque la efímera dominacion de la monarquía castellana en aquel país no pudo dejar, como todo el mundo conoce, gratos ni duraderos recuerdos; y porque los tercios españoles conducidos por Cárlos V ó su hijo D. Juan de Austria, por el Duque de Alba, el Marqués de Spínola, no iban á Flándes á edificar, sino á conquistar el país con la fuerza de las armas.—Más natu-

ral era decir que aquellos guerreros, á su regreso, importaron á nuestra España los usos y costumbres flamencas; que los artistas que militaban en los tercios ó seguian la comitiva de los príncipes, tomaron allí las ideas de sus monumentos arquitectónicos; y con efecto, sabemos que *Juan de Herrera* y *Gaspar de Mora* estuvieron en Flándes, y en sus obras del Escorial y de Madrid se encuentra no poca semejanza con las antiguas de aquel país.

Sabido es, ademas, la proteccion que el flamenco Cárlos V dispensó á los señores flamencos de su córte española, los cuales se fijaron en ella y fundaron muchas casas que áun se conservan, miéntras que las familias españolas que fueron á Flándes, todas ó las más desaparecieron de allí cuando cambió aquel país de dueño. Por último, y en prueba de aquella observacion, citaré aquí la carta que Felipe II escribia desde Brusélas, á 15 de Febrero de 1589, á su arquitecto Gaspar de Vega, que á la sazon estaba encargado de la construccion de la casa de Caballerizas de Madrid (hoy Armería Real), mandándole que *guardase en ella la forma de los edificios flamencos, cubriendo el techo de pizarras*, etc.; y en efecto, así está, y en el costado lateral, rematado en punta con escalones, se ve tambien el remedo de las fachadas de las casas en Gante y Bruges, y de ninguna manera se parece á las de nuestras ciudades antiguas.

Más bien pudiera hallarse alguna analogía bajo el aspecto del carácter y costumbres de sus habitantes; religiosos, francos, sencillos y de una apacible monotonía.— Efectivamente, cuando al revolver las esquinas de las calles de Bruges me hallaba de repente con una imágen de un santo colocada en su nicho, con sendos farolillos laterales, y una piadosa anciana rezando delante de ella;— cuando al pasar por el mercado veia á las mujeres del pueblo vestidas con un gracioso *dengue* y corpiño de guar-

niciones, como nuestras montañesas de Leon, y cubierta la cabeza con una especie de mantilla evidentemente española;—cuando entraba en sus templos y me hallaba con aquella media luz, producida por las pintadas cristalerías, con el pálido resplandor de cien lámparas delante de los altares; con las imágenes de la Vírgen adornadas con ricas vestiduras; con el olor á incienso, y los ecos del órgano religioso, parecíame por un momento hallarme transportado á nuestra España, y la ciudad de Bruges reunia entónces para mí otro atractivo más á los muchos con que cuenta.

Pero esto no prueba sino que los flamencos participan, como los españoles, del apego á las prácticas religiosas, y á la consecuencia en los antiguos usos; y con efecto, las mismas fisonomías, los mismos trajes, los propios juegos, bailes y entretenimientos que tan admirablemente trasladaron al lienzo los célebres pintores de la escuela flamenca en los siglos XVI y XVII, esos mismos se encuentran en el dia, vivos y palpitantes, y con una portentosa exactitud; así como en la Mancha es frecuente hallar entre sus labriegos el tipo de Sancho Panza, ó entre sus mozas el de Maritórnes, delineados por Cervántes, y en las ferias andaluzas los mendigos de Murillo ó los matones de Quevedo.

Los viajeros han dado en decir tambien que en la fisonomía de los brugenses (cuyas mujeres en especial son notables por su belleza) se revela la analogía con las razas meridionales que ocuparon aquel país; pero esto es otra solemne falsedad; pues, como queda ya indicado, en ningun país de Europa puede hallarse un tipo indígena más pronunciado; y si posible fuera que un extranjero cayera de las nubes en cualquiera de las calles de Bruges, al ver aquellas facciones tan semejantes, aquellos anchos y apa-

cibles rostros, aquellas mejillas sonrosadas, aquella tez transparente, aquellos labios bermejos, aquellos ojos azules, aquellos cabellos luengos, rubios y ensortijados, no dudaria un instante en reconocer que tenía delante á los originales de *David Theniers*, y aunque no los oyese hablar en flamenco (especie de dialecto sajon, de uso casi general en aquel país), no titubearia en afirmar que estaba en Flándes, en la patria de la manteca y del buen queso.

La poblacion de Bruges, reducida hoy á cuarenta y cinco mil habitantes, hace consistir su principal industria en la fabricacion de telas de hilo y mantelerías.— Entre los muchos y bellos edificios que hermosean á aquella ciudad, llama justamente la atencion del viajero la magnífica casa comunal (*Hôtel de Ville*), de un gótico puro y bien conservado, aunque destituido de los muchos adornos de estatuas de reyes y condes que fueron quemados con la horca en 1792 por las tropas republicanas.—En la misma plaza donde está esta casa, se encuentran otros dos monumentos célebres de Bruges, y es el de la derecha la capilla gótica llamada *de la Sangre de Cristo*, de que se conservan algunas gotas en una riquísima urna de trabajo plateresco; y el de la izquierda el *Palacio de Justicia*, antigua residencia de los condes de Flándes y del tribunal del *Franco de Bruges*, en una de cuyas salas se ve una exquisita obra de talla que adorna una chimenea, y es el trabajo más delicado de esta especie que recuerdo haber visto, aunque entren en corro las magníficas sillerías de Toledo, Búrgos, Miraflores, etc.

Pero el edificio que más impreso queda en la mente del viajero que visita á Bruges es la *Torre del Mercado*, ó Alhóndiga, de una forma elegante y magnífica, de una elevacion de trescientos sesenta piés, y desde cuya altura,

ademas de todo el conjunto de aquella romántica ciudad, se descubren todas las bellas campiñas de las dos Flándes, las ciudades de Gante, Courtray, L'Écluse, Ostende, y allá en el fondo, perdidas en la bruma, las costas de Holanda y las de Inglaterra.—Esta torre posee ademas un *carillon* ó juego de cuarenta y ocho campanas, que es el más célebre de toda la Bélgica, y están dispuestas aquéllas con tan admirable consonancia, que pueden ejecutarse con ellas las más lindas tonadas, dando lugar en las solemnidades religiosas á que los campaneros de Bruges se luzcan y ganen apuestas á los demas del país. Sirve tambien dicha torre para colocar en ella guardas ó vigilantes que con el sonido de una trompeta anuncian los incendios que ocurren durante la noche.

La catedral de San Salvador, bellísimo monumento gótico de los siglos XIV y XV, á pesar del violento incendio que sufrió en el año pasado de 1839, se halla ya del todo restaurada por la generosidad y espíritu religioso de los brugelenses. En aquella famosa iglesia fué donde Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fundó, en 1499, la insigne Orden del *Toison de Oro*, que hoy sólo pueden dispensar los reyes de España, como duques de Borgoña, y el Emperador de Austria; y en la misma iglesia se celebró el primer capítulo de aquella Orden, conservándose todavía colgadas alrededor del coro las empresas ó armaduras de los caballeros que concurrieron á él.—En la iglesia llamada de *Nuestra Señora* (que es la segunda de Bruges, y cuya elevadísima torre sirve de señal á los navegantes) hay que admirar en una de sus capillas los magníficos mausoleos de bronce, ricamente esculpidos y esmaltados, que Cárlos V y Felipe II hicieron trabajar para encerrar los restos de los últimos duques de Borgoña, Cárlos el Temerario y la archiduquesa María; cuyos

bellísimos monumentos se conservan cuidadosamente, gracias á un armazon de madera que los cubre y que levanta el *cicerone* de la iglesia cuando algun visitador desea verlos; loable costumbre que hubiera sido de desear ver puesta en práctica en nuestras iglesias, tan adornadas con obras de esta especie, con lo cual no se verian mutilados por manos mal intencionadas los magníficos sepulcros de Juan II, en la cartuja de Miraflores; de los Reyes Católicos, en Granada; del Cardenal Cisnéros, en Alcalá; del Cid, en Cardeña, etc.

La iglesia del hospital de San Juan, y una sala contigua al mismo, encierran tambien una bellísima galería de pinturas admirables de los hermanos Van-Eyck y de su rival Hemling, en donde puede observarse la obstinada lucha entre el antiguo método de pintura seguido por éste y la invencion de aquéllos. — Ultimamente, la iglesia llamada de Jerusalen ofrece la rara singularidad de ser una reproduccion exacta de la del Santo Sepulcro, para lo cual el arquitecto Pedro Adornés, que la construyó, hizo tres veces la peregrinacion á aquellos Santos lugares.—Y termino aquí la indicacion de algunas de las innumerables bellezas artísticas que encierra aquella antigua ciudad.

Nada diré de la de *Ostende*, distante unas cuatro leguas de Bruges, porque su construccion sencilla y moderna (á causa de los frecuentes sitios sostenidos contra españoles, franceses é ingleses, que la arruinaron en diversas ocasiones) nada ofrece de particular, más que ser el único puerto, propiamente de mar, que cuenta la Bélgica, y está destinado especialmente á la marina Real.

Saludando las embravecidas olas del mar del Norte, regresé á Malinas atravesando de nuevo las deliciosas

campiñas de las dos Flándes, entretenida la vista con el cuadro pintoresco y variado de aquel hermoso jardin, y ocupada la memoria en el recuerdo de las páginas de nuestra historia nacional, escritas con sangre en aquellas hoy felices campiñas. Únicamente tuve el sentimiento de que la estacion avanzada y el mal temporal no me permitiesen disfrutar en ellas alguna de aquellas alegres y animadas fiestas dominicales que describen en sus relaciones los graciosos de Calderon y Lope; y cuyas populares escenas podemos, por fortuna, contemplar, trasladadas por el mágico pincel de Theniers, en la preciosa coleccion que encierra nuestro Museo de Madrid.

XIX.

MALINAS.—LIEJA.—NAMUR.

La distancia mayor que comprenden los caminos de hierro es la de cincuenta y cinco leguas que median entre Ostende y la ciudad walona de *Lieja*, capital de la provincia de su nombre; y esta distancia se franquea en el corto término de siete horas, variando en ellas tan rápidamente de situacion local, que se hace sensible hasta en el reloj que lleva el viajero; y cambiando tambien el aspecto del país y de las costumbres de los habitantes cuanto difieren entre sí las diversas razas del Norte y Meridional; el clima nebuloso de aquél, y la clara y despejada atmósfera de éste; los terrenos bajos, llanos y pantanosos de la Flándes, y las pintorescas montañas á cuyo pié corre el apacible *Mossa*.

Sin embargo de este rápido movimiento, ¡cosa singular y que han observado conmigo otros viajeros! y es que el fastidio de la travesía está en razon de la distancia, no del tiempo empleado en salvarla; pues por mucho que vuele el cuerpo, es áun más voladora la imaginacion; de suerte que en la del viajero puede asegurarse que cuatro horas sobre el camino de hierro equivalen á doce sobre los caminos ordinarios. Esto no quita para que al apearse

en Malinas, á las doce del dia, deje de reconocer con sorpresa que eran las nueve cuando dejó en Ostende las orillas del mar del Norte.

La ciudad de MALINAS, apellidada por mucho tiempo *la Dichosa*, á causa del solemne jubileo que el Pontífice Nicolás V la concedió, y *la Limpia*, por el esmerado aseo de sus calles, es sólo hoy una ligera sombra de lo que fué un dia, cuando era cabeza de la Señoría que llevaba su nombre, y lugar de residencia de un Parlamento supremo. —Conserva, empero, como todas las ciudades de Bélgica, muchos recuerdos materiales de su antigua historia, tales como la casa de Ciudad, el palacio arzobispal, el colegio municipal, y sobre todo, su hermosa *catedral* y otros edificios religiosos, que no dejan de visitar con atencion los viajeros aficionados, por las muchas y apreciables obras de arte que encierran.

Dicha catedral está dedicada á San Rombaldo; es obra del siglo XIII, y se anuncia desde léjos majestuosamente por una bella torre cuadrada, en que hay un reloj con un admirable juego de campanas (*carillon*), uno de los signos característicos de las catedrales belgas. El adorno interior de aquel templo responde bien á su noble aspecto exterior; son realmente admirables las obras de escultura en las tumbas de señores y arzobispos de Malinas, que llenan las capillas y el coro, y toda la iglesia es un verdadero Museo de cuadros admirables, entre los que sobresale un famoso *Calvario* pintado por *Van-Dick*.—En otra iglesia, llamada de *Nuestra Señora*, puede admirar el viajero el célebre cuadro de *Rubens* que representa *La Pesca milagrosa*, y otra multitud de pinturas excelentes.—En la de *San Juan* luce tambien el mágico pincel de Rubens en el cuadro del coro que representa *La Adoracion de los pastores*, y otras muchas pinturas de su mano que ha-

cian decir frecuentemente á aquel grande artista: «*El que quiera ver lo que yo sé hacer, que vaya á San Juan de Malinas.*» —Todas las demas iglesias son igualmente ricas en materia de arte.—Esta ciudad, célebre igualmente por la fabricacion de sus encajes, conserva aún su antigua nombradía, aunque decaido este ramo con la competencia de los tules, distinguiéndose, empero, notablemente los encajes de Malinas, por su belleza, solidez, delicadeza y buen gusto en el dibujo.

Luégo, desde que en dicho Malinas, estacion céntrica del viaje, toma asiento el viajero en el convoy que sigue hasta Lieja, continúa el camino paralelo con el hermoso canal de *Lovayna*, delante de cuya ciudad se hace estacion, pudiendo detenerse en ella, que bien lo merece por su importancia histórica, la riqueza de sus monumentos públicos y la fama de su Universidad Católica.—Por mi parte, confieso que, por una pereza imperdonable, me contenté con verla desde afuera, y con admirar la imponente masa de su célebre casa comunal, uno de los edificios góticos más ricos de adorno que cuenta la Bélgica, y áun la Europa toda; y siguiendo nuestra marcha por las inmensas y fértiles llanuras del Brabante walon, dando vista á multitud de pueblos, castillos y caseríos, célebres en la comarca, marcados muchos de ellos en nuestra historia, como el de *Roosbeck*, en cuyos campos las tropas españolas obtuvieron una señalada victoria sobre las del gran Bailío *Jacobo de Glimes;* y perdiendo, en fin, de vista la llanura para entrar en un terreno quebrado y montañoso, llegamos al famoso *tunnel* de Comptich, de que ya he hablado en el capítulo de los caminos de hierro. — Saliendo, pues, de aquella prolongada caverna, y pasando luégo por delante de ciudades tan importantes como Thirlemont, Landen, Waremme, etc., se llega,

en fin, al pueblo de Ans, tres cuartos de legua ántes de Lieja, adonde concluye hasta el dia el camino de hierro. Aquí hay necesidad de trasegar á los viajeros en coches comunes para llegar á la ciudad, y entónces es cuando se hace sensible la diferencia de uno y otro medio de trasporte.

La historia de la antigua y célebre ciudad de *Lieja* es una de las más interesantes, ó acaso la primera entre todas las de las ciudades de Bélgica; poblada desde el siglo VII, dominada durante ocho centurias por sus obispos soberanos, en lucha siempre contra el espíritu turbulento de democracia; sosteniendo otras veces sitios y saqueos terribles por Cárlos el Temerario y otros señores antiguos y modernos; agitada por un espíritu de inquietud y vitalidad que ha tenido siempre en alarma á todos los Gobiernos que han dominado la Bélgica, ha sido víctima de las desgracias que son consiguientes á aquel espíritu de sus habitantes; los cuales, por otro lado, dedicados con todo el ardor de su entusiasmo al cultivo de las artes y á las ciencias, han dado á conocer bien en todos tiempos la potencia de sus facultades intelectuales, al paso que su alegre carácter (que participa mucho de la vivacidad francesa) forma un contraste halagüeño con la apacible serenidad de los brabanzones y flamencos.

La extension de aquella ciudad es tan considerable, que llegan á contarse en ella hasta once mil casas, aunque sólo está poblada por unos sesenta mil habitantes. Bajo dos aspectos diferentes puede ser considerada: bajo el punto de vista monumental y artístico, ó bajo el industrial; el primero ofrece aún bastantes objetos de interes, si bien el conjunto de la ciudad está distante del carácter original de las flamencas; pero su estado industrial es realmente floreciente, y en sus diversos ramos presenta un cuadro interesante para el curioso observador.

Sus muchas y excelentes fábricas de armas, entre las cuales se cuenta la gran fundicion de cañones, una de las primeras de Europa; la explotacion de las ricas minas de carbon y de hierro de sus contornos; los soberbios establecimientos de *Seraing*, en que han sido trabajadas todas las máquinas que andan en los caminos de hierro; las de cristalería de *Val Saint Lambert*, y un sinnúmero de otras importantes fábricas, cuyas altas chimeneas humean en sus contornos, asemejándolos en parte á los de la ciudad inglesa de Birmingham, dan luégo á conocer la riqueza de esta de Lieja, colocada afortunadamente en el punto intermedio entre la Bélgica y la Alemania, y sobre un rio que la comunica con la Francia y la Holanda.

El material aspecto de Lieja tiene muchos puntos de contacto con las ciudades departamentales del Norte de Francia; con sus naturales divisiones de antigua y moderna; su rio que atraviesa la ciudad; sus casas altas, y oscuras calles, sucias en aquélla, alineadas y limpias en ésta; su antigua catedral y sombrío palacio de Justicia; su *boulevard* y diques á la orilla del rio, y hasta los edificios modernos greco-franceses, el exterior de las casas particulares, el adorno de las tiendas, y una bella galería de cristales (*pasaje*) como las de París, todo es análogo á lo que se halla en Francia.—Por último, el idioma de la sociedad media (pues en las clases bajas está todavía muy generalizado el dialecto walon) es más frances que el que suele hablarse en algunos departamentos de aquella nacion.

Entre los edificios antiguos quedan aún dignos de atencion el ya dicho *palacio de Justicia*, residencia un tiempo de los obispos soberanos, con un claustro interior muy digno de atencion; las magníficas iglesias de Santiago,

San Martin, San Bartolomé, Santa Cruz y la catedral de San Pablo, obra de diversos siglos, que ofrece en el dia un todo bastante mezquino comparado con otras catedrales belgas.—Esta iglesia es la única que he visto iluminada por el gas durante los oficios de la noche, habiéndome tocado visitarla el primero de Noviembre, fiesta de Todos los Santos.

El vasto edificio de la *Universidad* encierra, ademas de los departamentos de enseñanza, una excelente biblioteca de setenta y cinco mil volúmenes, y muy bellos gabinetes de Historia Natural, Física, Química, Anatomía, dignos de la mayor alabanza; así como el *Jardin Botánico*, rico y bien clasificado, de cuyos establecimientos conservo apreciables noticias, que me suministró el jóven y apreciable Doctor *Morren*, catedrático de Botánica en aquella Universidad, que tuvo la bondad de acompañarme en mis excursiones liejenses con aquella amabilidad y cortesía de que hace tambien mencion el señor *La Sagra* en sus viajes.

El teatro, en fin, obra de este siglo, y cuya primera piedra fué colocada por la célebre actriz francesa la señora *Mars*, en 1.º de Julio de 1818, es un edificio bastante pesado y sin novedad. — Desgraciadamente, la compañía que cantaba la ópera de *Fra Diavolo* era más pesada aún, y en mi vida recuerdo haber visto un acompañamiento de silbidos más estrepitoso que el que hacian los concurrentes desde el principio hasta el fin de la funcion.

Mi detencion en esta ciudad fué tan corta, que no me atrevo á decidir si tuvo ó no razon *Mr. Alejandro Dumas* en afirmar que en ella no se halla medio de comer á otra hora que á la una de la tarde; que allí es desconocido el pan, y que se suple con una especie de tortas y bollos de maíz; que las sábanas de las camas son en ella tan pe-

queñas como toallas, y que si tapan los hombros, dejan al aire los piés, etc.—Esta manera de rasguear de una sola plumada las costumbres de un pueblo es muy propia del carácter frances, pero no me parece la más prudente; en cuanto á mí, puedo decir (y perdone aquel célebre viajero) que comí en Lieja muy bien á las cinco de la tarde (si bien el uso general en Bélgica, como en España, es comer desde la una á las tres); que no tengo presente si tuve pan; pero en fin,—«á falta de pan (dice un refran castellano), buenas son tortas»,—y que las sábanas del *hotel* de la Europa, la habitacion, los criados, y hasta las lindas hijas del ama de la casa, todo me pareció más que regular, y de ningun modo merecedor de la filípica Dumástica.

El plan de mi viaje hizo que desde Lieja me dirigiese á Namur por camino ordinario, pues en esta travesía no le hay todavía de hierro; y no me pesó de ello, porque de este modo pude recrear la vista con la magnífica perspectiva que ofrecen las orillas del Mossa, bordadas de colinas y montañas pintorescas, alternando con valles deliciosos, ricos y variados huertos y jardines, saltos y manantiales de agua cristalina; molinos y fábricas, rocas elevadas, y sobre ellas lindos castillos y casas de recreo; multitud de pueblos y caseríos bellísimos, y demas objetos que han hecho aplicar á esta comarca el apodo de la *pequeña Suiza.*—Todo esto va en aumento, áun despues de salir de Namur hasta la ciudad de *Dinant*, que dista de ella cuatro ó cinco leguas, y especialmente esta travesía tiene mucha semejanza con los bellos y pintorescos contornos de Bilbao y otros puntos de las provincias Vascongadas.

La ciudad de *Namur* es una pequeña poblacion forti-

ficada, que ofrece poco interes al viajero, aunque el aspecto moderno de sus edificios, la comodidad y aseo de sus calles la hacen sin duda grata á la vista. Tiene una bella *catedral* moderna, del siglo pasado, verdadera miniatura de los templos clásicos de San Pedro en Roma y San Pablo de Lóndres, en la cual se encuentra el monumento bajo que fueron depositadas las entrañas de *don Juan de Austria*, muerto en la aldea de Bouges, á un cuarto de legua de Namur, el 20 de Agosto de 1578.—Tiene una célebre *ciudadela*, que tantos y tan reñidos sitios ha sostenido contra españoles, franceses, ingleses y alemanes; tiene excelentes y nombradas fábricas de cuchillería, de que hace un importante comercio; tiene, en fin, muchos establecimientos de instruccion y de beneficencia, dignos de ser visitados.—De éstos sólo haré mencion de dos; el primero, el *colegio de Jesuitas*, quienes, valiéndose de la proteccion que indistintamente ofrece á todos los ciudadanos la ley belga, han levantado en estos últimos años un magnífico edificio con destino á la enseñanza, en el que reunen ya hasta seiscientos alumnos internos de buenas familias de todo el país; y en el régimen interior, aseo y decoro del establecimiento se observa aquella inteligencia, aquel conjunto agradable, que fué siempre el distintivo de las casas de la Compañía. En ésta hallé dos padres jesuitas de la casa de Madrid, que habiendo escapado afortunadamente de los sangrientos dias 17 y 18 de Julio de 1834, han ido á parar á Namur, donde se hallan ejerciendo ya entre sus compañeros funciones de importancia.

El otro establecimiento de que quiero hacer mencion es la moderna *Penitenciaría de mujeres* (posterior á la obra del señor La Sagra, y de que aquél no pudo dar noticia), verdadero modelo de este género de establecimientos, por su material construccion y su régimen interior. Sin me-

terme á tratar la cuestion de penalidad, muy ajena de mis escasos conocimientos y del objeto de estos artículos, no pude ménos de reconocer en este establecimiento un órden tan grande en su mecanismo, una aplicacion tan clara de las doctrinas modernas en este punto, que dejaron en mi memoria una profunda impresion, neutralizada por la dolorosa sensacion que me produjo el aspecto de cuatrocientas cincuenta mujeres, muchas de ellas jóvenes y hermosas, condenadas al encierro y al trabajo, algunas perpétuamente, y todas al más rigoroso silencio.

Al entrar en aquella triste mansion, dejan su traje y se les obliga á tomar el modesto y uniforme de la casa; pierden su nombre, y son designadas únicamente por un número; pierden tambien el uso de la libertad, y hasta se las exige que olviden el de la lengua..... ¡Qué mayor castigo para una mujer!.... ¡Renunciar al deseo de agradar, al interes de su persona, al placer de comunicar sus pensamientos!.... Sentadas durante todas las horas del dia á lo largo de la gran galería obrador, hilan ó tejen en los talleres, vigiladas rigorosamente por las guardianas, que no bien observan á alguna remover los labios, apuntan su número en la libreta, dan luégo parte al Director, y queda designada la infeliz para sufrir el castigo de tal ó tal pérdida de parte del alimento, tal ó tal reclusion forzada, etc.—En aquel terrible cuadro, por otro lado animado con una hermosa luz que viene de las ventanas del techo, y la presencia de tantas mujeres de todas edades, todas con su toca blanca uniforme, y bajo cuyo modesto y desairado córte todavía las hermosas hallan medio de parecer bien, sólo se oye el ruido monótono de los tornos ó las pisadas de las guardianas; y áun el profano que hacian nuestras botas al recorrer aquella triste mansion (favor raramente dispensado á visitadores de otro sexo) no alcanzaba á romper los lazos del temor y á hacer le-

vantar ó volver la cabeza á aquellas infelices, cuyo silencia elocuente despedaza el corazon.

Todavía penetré más allá de Namur por aquella parte de la Bélgica, pues llegué á tocar con los límites del Luxemburgo y las Ardennes, hasta *Beauraing*, territorio del dominio del *señor duque de Osuna*, descendiente de la ilustre casa de Beaufort, quien conserva en él restos de un antiguo y célebre castillo. — Mi intento era conocer la vida de los habitantes del campo y de las pequeñas poblaciones apartadas de las grandes carreteras; y si el movimiento y animacion de aquéllas me habian sorprendido, no fué ménos grata la impresion que me produjo el uniforme aspecto de bienestar, de seguridad y de alegría que me ofrecieron éstas. — Pueblos pintorescos y variados, campos bellísimos, bosques deliciosos y bien cultivados, castillos y quintas de trecho en trecho, donde habitan la mayor parte del año sus opulentos dueños, vecinos de la córte ó de otras ciudades; la más completa seguridad á todas horas; la frecuencia de comunicaciones; animacion en los trabajos del campo y de la industria durante toda la semana; fiestas religiosas en las modestas iglesias; bailes y juegos en las plazas los domingos; autoridad paternal en los poderosos; docilidad y cariño en los subalternos; uniformidad del existir; moderacion en los deseos; respeto á la propiedad y amor á la familia y al país: esto es lo que se me revelaba á cada paso en aquellos pueblos, cuyas entradas veia defendidas dia y noche solamente por una simple vidriera; en aquellos campos en que miraba circular á todas horas hombres y mujeres; en aquellas quintas apartadas una ó dos leguas de las poblaciones, en la cima de una montaña ó en el fondo de un bosque, y habitadas por sus señores sin guardas ni precauciones; en aquellos párrocos explicando el Evangelio bajo el pórtico

de la iglesia; en aquel tranquilo hogar del pobre; en aquellos ricos salones del señor, animados unos y otros con el divino ambiente de la paz doméstica. Y no me causó sorpresa cuando en una de mis correrías alcancé á ver al mismo rey *Leopoldo*, que con una modesta comitiva suele salir á caza por aquellos contornos, ó dirigir por sí mismo la traza de un camino ó de alguna otra obra importante; aparato sencillo, que hace el elogio de aquellos habitantes, y contrasta visiblemente con el formidable de que tiene que rodearse el *rey ciudadano* cuando sale á recorrer las calles de su *buena ciudad de París.*

XX.

AMBÉRES.

La última de mis excursiones por el país belga fué exclusivamente consagrada á visitar la ciudad de Ambéres, célebre emporio del comercio, y lugar tan señalado por los grandes hechos de armas de várias naciones.— Especialmente para un español, apasionado ardiente de nuestras antiguas glorias, la visita á aquel gran teatro histórico es una peregrinacion que excita las más profundas sensaciones, y con desconfianza de poder expresarlas, entro en este último período de mi bosquejo cuando ya debe hallarse fatigada la atencion de los lectores, no ménos que las débiles fuerzas de mi pluma.

Ambéres, una de las plazas más fuertes de Europa, se halla bañada al Oeste por el magnífico rio *Escalda*, cuyas orillas defienden multitud de baluartes, y rodeada por la parte Norte de fosos y murallas de grande fortaleza; hácia el Mediodía tiene para su defensa la célebre *Ciudadela*, mandada construir por el Duque de Alba *D. Fernando Álvarez de Toledo*.—La figura de la ciudad asemeja á la de un arco extendido, cuya cuerda forma el rio, y su mayor extension es de media legua. Aunque distante unas

diez y siete leguas del mar, es considerada como puerto, y puerto importantísimo, porque la capacidad del Escalda, que tiene delante de la ciudad más de ciento ochenta varas de anchura por quince de profundidad, permite á los buques de alto bordo remontar hasta sus muros, y estacionar en el magnífico puerto mandado construir por el emperador Napoleon. El interior de la ciudad, ademas, está cruzado por varios canales, que comunican con el rio y le presentan toda la facilidad que su comercio necesita.

Aunque decaida en parte de la importancia mercantil que tuvo en los tiempos en que quinientos buques aportaban diariamente á sus orillas los tesoros de ambos mundos;—en que cinco mil negociantes se reunian en su *Bolsa* ó lonja de comercio, poniendo en circulacion todos los años quinientos millones de florines;—de aquella época, en fin, en que, habiendo aceptado Cárlos V el convite del negociante amberino *Daems*, su acreedor por dos millones de florines, arrojó éste al fuego la firma del crédito, diciendo que «se daba por sobradamente satisfecho »con el honor de haber tenido á su mesa el monarca so»berano de tantos pueblos»;—sin embargo, todavía el movimiento mercantil de su poblacion, reducida hoy al número de ochenta mil habitantes, sus importantes fabricaciones de sederías, tules, galones, refinos de azúcar, etc.; su bello caserío, el rango militar de su fortaleza, y la importancia artística de su Escuela de Pintura, constituyen aún á Ambéres en un puesto muy interesante entre las ciudades de Europa.

Fundada en los tiempos más remotos, y de que no hay noticias exactas; conocida en la antigua historia con los nombres de *Andoverp*, *Andoverpia*, *Antuerpia*, *Antwerp* y otros derivados de las palabras flamencas *Hand-Werpen*, que quiere decir *mano arrojada*, ó *Aen t'werp*, que

significa *delante del rio;*—dominada sucesivamente por los romanos, normandos, francos, lorenenses, por los duques de Brabante, los monarcas españoles, alemanes, franceses, holandeses y belgas;—elevada al apogeo de su poder por Cárlos V y Felipe II, en cuyo tiempo llegó á ser la primera plaza del comercio del Norte, con una poblacion de doscientas mil almas, y más de dos mil buques en su puerto;—despedazada luégo por las guerras de religion;—tomada por asalto, saqueada é incendiada por el ejército español en el año de 1576 y en otros sitios célebres, más tarde por el Duque de Malboroug y los ingleses; despues por los franceses y brabanzones; por las tropas de la República, por las imperiales, por las de la Santa Alianza, y últimamente, en 1832, por las franco-belgas, que obligaron á los holandeses á evacuar la Ciudadela, no hay género de desgracia ni de horrores de que no haya sido víctima aquella ciudad, y sin embargo, todavía levanta orgullosa su frente y forma el encanto del viajero que la visita.

En ella sí que puede justamente decirse que se revela todavía más de una huella del paso de la raza española; en ella sí que sus edificios públicos (algunos de ellos obras de arquitectos españoles), que muchas de sus casas particulares, propiedad de los comerciantes de nuestra nacion que allí iban á establecerse, denuncian á cada paso la dominacion castellana; y sin tratar ahora de la célebre fortaleza del Duque de Alba, de la casa de Ciudad, de las muchas iglesias, como el convento de las Carmelitas, fundado por la misma Santa Teresa, y otros de orígen español, no hay más que dar una vuelta por las calles de la ciudad para encontrar aún en muchas de sus casas aquel modo de construccion peculiar de nuestro país; aquellos patios enlosados, aquellas rejas bajas y salientes, aquellos

balcones de madera, aquellas tapias de ladrillo y pedernal, aquellas puertas arqueadas, aquellas armas y empresas nobiliarias esculpidas en piedra berroqueña sobre ellas (algunas todavía conservando los motes en latin, castellano y vascuence), aquellos nichos con cruces y santos, aquellas çelosías y miradores que constituyen aún la fisonomía especial de las casas de Toledo, Valladolid, Segovia, etc.

Sin embargo, la inmensa mayoría de las casas de Ambéres ostenta hoy toda la grandeza y elegancia del arte moderno; sus calles anchas y alineadas presentan un magnífico golpe de vista; su excelente piso y alumbrado por medio del gas (como en todas las ciudades belgas) ofrece la mayor comodidad; y la riqueza y abundancia de sus tiendas de comercio, cafés, fondas y mercados, la hacen, en mi juicio, superior en suntuosidad y agrado á la misma capital Brusélas.

Los monumentos públicos encierran tambien todo aquel agrado é interes que los de las otras ciudades sus rivales; y baste decir que Ambéres es la patria de *Rubens*, de *Van-Dick*, de los dos *Theniers*, y de tantos otros célebres artistas, jefes de la escuela llamada *flamenca*, y que han consignado en aquella ciudad las más brillantes obras de su talento.

Con efecto; si para conocer bien á Rafael es preciso ir á Roma, y visitar á Sevilla para apreciar dignamente á Murillo, para admirar á Rubens es necesario ir á Ambéres.— Allí, en todas las iglesias, en todos los palacios, museos y colecciones particulares, están prodigadas las flores de su fecundo pincel; allí está la casa en que vivió; allí la tumba que le encierra; allí, en fin, la estatua colosal que el entusiasmo de los amberinos le ha erigido en el año último.

Era el dia 15 de Agosto de 1840, y cumplíase en él el segundo aniversario secular de la muerte del grande artista.—Las autoridades de Ambéres, secundadas por las muchas corporaciones científicas, y por el entusiasmo general de la poblacion, habian dispuesto elevar á la memoria de aquel hombre ilustre una estatua colosal de bronce, que le representa, sobre un pedestal adornado de relieves alegóricos.—Una gran parte de la poblacion de las ciudades belgas y holandesas, francesas, inglesas y alemanas se habian apresurado á correr á tomar parte en las magníficas fiestas dispuestas para aquella solemnidad europea. Las calles de Ambéres rebosaban en gentes de todas naciones, costumbres y dialectos; las fachadas de las casas, adornadas con guirnaldas y colgaduras; las avenidas de las calles con arcos de triunfo, templos alegóricos, obeliscos y decoraciones transparentes, ofrecian un espectáculo semejante al que cuentan las historias que presentaban cuando en 1685 hizo su entrada pública el príncipe don Fernando, infante de España. — Por todas partes veíanse flotar guirnaldas y banderolas; por todas se leian versos é inscripciones alegóricas al héroe de la fiesta nacional. Las salvas de artillería, el redoblar de las campanas, el armonioso juego de los *carillones*, el ruido de los cohetes y de las aclamaciones de la multitud, embargaban el alma y ponian en suspenso los sentidos.

Durante doce dias consecutivos, una larga serie de solemnidades religiosas, artísticas y literarias, de espectáculos alegres, juegos, bailes y regocijos, en que la opulenta ciudad de Ambéres gastó más de tres millones de reales, consignaron dignamente el objeto de aquella fiesta. — La municipalidad hizo abrir dos medallas con el busto de Rubens; la Sociedad Real de Ciencias, Letras y Artes, la Flamenca, el Ateneo y otras repartieron premios á los autores de las mejores memorias en elogio del

artista; y aquéllas y éstos fueron distribuidos al inaugurarse la estatua delante del puerto, con magnífico aparato y ceremonias, al mismo tiempo que se botaba al agua un bello navío; que las fuentes públicas corrian vino y cerveza; que se hacian cuantiosas distribuciones de víveres á los pobres; que la ciudad, toda iluminada, presentaba el aspecto de un ascua de oro.

Otro de los dias estaba consagrado á las festividades religiosas, como no podia ménos en pueblo tan amante de su gloria como de su fe, y en él se verificó la gran procesion de la Vírgen, patrona de Ambéres, la solemne misa y *Te Deum* en la Catedral, y la visita á la tumba de Rubens, en la iglesia de Santiago.—Otros dias, en fin, tuvieron lugar los grandes conciertos dados por la Sociedad de la Armonía y la de Guillermo Tell; la Exposicion de las flores, la de la Industria, la de las Bellas Artes, los juegos navales sobre el Escalda, el paseo de la gran cabalgata del gigante *Antígono* y su familia (una de las antiguallas de Ambéres), y el *Carro de Rubens;* las grandes fiestas teatrales, los fuegos de artificio, los bailes en las plazas públicas, los banquetes monstruos, las paradas de la tropa y la entrada triunfal de las sociedades extranjeras del *Arco* y de la *Ballesta.*—De este modo solemnizó Ambéres la memoria de su grande artista, dando en ello prueba de su entusiasmo nacional, de su magnificencia y buen gusto.

Reclamando la indulgencia de mis lectores por este episodio que me he permitido, seguiré la rápida reseña de los principales objetos de curiosidad que llaman la atencion en aquella ciudad insigne.

Sea el primero la famosa *Ciudadela*, que tanta importancia presta á la posesion de Ambéres, y fué, como ya queda sentado, mandada construir por el Duque de Alba para tener en respeto á aquella indómita poblacion.—

Como casi todas las ciudadelas de esta clase, la de Ambéres presenta la forma de un pentágono regular, con cinco frentes de fortificaciones, dos que miran al campo, uno al rio, otro á la ciudad, y otro á las obras avanzadas de fortificacion que protege.—A pesar de las mudanzas de dueños y de las variaciones materiales que ha sufrido, todavía los bastiones ó baluartes de aquella ciudadela conservan los nombres españoles de su fundador: el que mira á la explanada se llama el baluarte de *Fernando;* el que está á su derecha se llama de *Toledo;* otro, el de *Paccioto* (nombre del arquitecto constructor); otro, el de *Alba*, y otro, en fin, el del *Duque.*

Despues de la revolucion de Setiembre de 1830, la ciudad de Ambéres fué ocupada por los belgas, independientes ya; y las tropas holandesas, retirándose á la ciudadela, incendiaron el arsenal y muchas casas de sus cercanías. Pasáronse así los años de 1831 y 1832, durante los cuales la ciudad quedó fortificada grandemente por los belgas; armadas sus baterías; abiertas trincheras; levantados parapetos, y coronado todo ello por un número de cuatrocientas diez piezas de artillería, que hacian respetable su agresion á los holandeses. Por su parte, éstos habian fortificado poderosamente la ciudadela, bajo el mando del baron *Chassé*, y tal era su estado cuando los gabinetes de París y Lóndres resolvieron arrojarlos á viva fuerza de aquella posicion. A esta nueva, el terror de un choque violentísimo se esparció por la ciudad; muchos habitantes abandonaron sus hogares, y otros tomaron todas las precauciones posibles para el caso de un bombardeo.

Un ejército frances de sesenta y cinco mil hombres, á las órdenes del mariscal *Gerard*, y mandadas sus divisiones por los Duques de *Orleans* y de *Nemours*, ocupó la ciudad el dia 28 de Noviembre de 1832; y el 30, á la media noche, rompió el fuego de la ciudadela contra los tra-

bajos de aproximacion, emprendidos por los franceses, á pesar de las lluvias continuadas y en medio de indecibles obstáculos.—El 4 de Diciembre rompieron éstos, en fin, por su parte, el fuego, siguiéndole durante diez y nueve dias, con tan horrible vigor, que muy luégo fueron acribillados por las balas los edificios de la ciudadela, el piso de sus plataformas hundido por las bombas, y mutilada gran parte de su guarnicion.—El 14 de Diciembre fué tomada por asalto la luneta de San Lorenzo, despues de quince dias de trinchera abierta, y el 22 el fuego redoblado de todas las baterías francesas y belgas, y el de las lanchas cañoneras estacionadas delante de los fuertes, cubrieron materialmente de proyectiles todo el suelo de la plaza, habiéndose calculado en setenta y cuatro mil los disparos de la artillería sitiadora; de los cuales, veinte mil bombas, que dejaron arruinados todos sus edificios, y ni un palmo siquiera de abrigo á sus defensores; en términos que el dia siguiente 23, al tiempo de ir á darse el asalto general, dos oficiales holandeses se presentaron como parlamentarios en el campo frances; pero miéntras se trataba de las capitulaciones, el comandante de la escuadrilla holandesa, *Koopman*, no queriendo entrar en ella, intentó escapar con sus buques; mas detenido por las baterías francesas, prefirió incendiarlos durante la noche, último y terrible episodio que ofreció aquel sangriento cuadro.

Al dia siguiente, 24 de Diciembre, la guarnicion, de cinco mil hombres, entregó las armas, y los franceses tomaron posesion de la ciudadela, que el 31 entregaron á los belgas, llevando sólo á París, por testimonio de su conquista, las banderas holandesas.

Todas estas noticias las debo al amable conserje de la ciudadela, que me acompañó en mi visita, y me contó el sitio con toda la inteligencia de un militar y con toda la exactitud de un testigo de vista.

Viniendo ahora á los edificios públicos de la ciudad, sólo me permitiré citar algunos, como la *Casa Consistorial*, obra de bella apariencia del siglo XVI, y del tiempo de la dominacion española. — La *Bolsa*, tambien de la misma época, especie de claustro abierto entre cuatro calles que le dan entrada, de una fisonomía original y propia.—La *Casa Anseática* delante del puerto, que sirvió en otro tiempo de factoría á las ciudades anseáticas, soberbio edificio, con el cual juega bien el otro de *Depósito Mercantil*, de moderna construccion.—El *Teatro*, en fin, inaugurado en 1834, de una bella y suntuosa forma, y que, como el de Brusélas y el de Gante, puede competir con los más bellos de París ó de Lóndres; sin embargo, su misma magnificencia y suntuosidad pudiera achacarse de exagerada, atendiendo á la reducida poblacion de Ambéres, y á la poca inclinacion que manifiesta á los espectáculos escénicos, bastando á los activos negociantes, de que se compone en su mayor parte aquélla, reunirse por las noches en cualquiera de los muchos cafés *estaminets*, formar corro en derredor de una mesa con sendos vasos de cerveza delante, y su pipa en la boca, y pasar así tres ó cuatro horas tratando de sus negocios, ó narrando sus aventuras, con aquella calma y franca solemnidad con que los pinta David Tenhiers en sus admirables bocetos.

Puede presumirse que en aquella *ciudad-museo*, el establecimiento que lleva especialmente este nombre será de una riqueza extraordinaria: lo es, con efecto, bajo el punto de vista del mérito de las obras en él expuestas, aunque malamente colocadas en un antiguo edificio destemplado, húmedo y con escasísima luz. — En él se admiran más de doscientos cuadros de la escuela flamenca, entre ellos muchos de Rubens y de Van-Dick, y el sillon de que aquél usó en la sala de Juntas. En este edificio se reune la Sociedad de Fomento de las Bellas Artes, y en una de sus

salas hay abierta una Exposicion perpétua de las obras de los artistas contemporáneos, que, rifadas en el dia 1.° de cada año, sirven á estimularlos y sostenerlos, llamando la atencion muchos cuadros en ella expuestos, por las buenas tradiciones de las escuelas flamenca y holandesa, que se conservan aún en los jóvenes pintores amberinos.

Las iglesias de Ambéres merecen fijar muy especialmente la atencion del viajero. — Grandes, bellas, ricas, bien cuidadas y cubiertas con profusion de mausoleos de mármol, de bellísimas pinturas y efigies, necesitan muchas y prolongadas visitas para ser bien conocidas, y exigirian aquí una difusa relacion.—Desgraciadamente, no la permite el espacio; y así, sólo diré que en la de Santiago (admirable edificio, casi todo de mármoles, enriquecido por una verdadera galería de cuadros de primer órden) se encuentra una capilla destinada á la familia de Rubens, que en ella reposa, y cuyo panteon cubre una ancha losa con las armas del célebre artista caballero, del favorito diplomático de María de Médicis y Felipe IV. —El más bello adorno de esta capilla consiste en un cuadro pintado de su mano, que representa la Santa Familia, en el cual introdujo su retrato el artista, bajo la figura de San Jorge, y los de su padre y sus dos mujeres, bajo los de San Jerónimo, Marta y Magdalena. — En la iglesia de San Andres, obra de la infanta Margarita, hay que admirar magníficas esculturas, y un bello mausoleo erigido por dos señoras inglesas á la memoria de la infortunada María Stuarda.—En la de San Pablo, en la antigua de los Jesuitas, hoy San Cárlos Borromeo, dirigida por el mismo Rubens ; en la de San Agustin, en la de San Antonio, en la de San José, que perteneció á las Carmelitas, fundadas por Santa Teresa de Jesus, y en otras várias, una riqueza inmensa en cuadros magníficos, de bellas esculturas, de alhajas y curiosidades.

Sobre todo, la magnífica *Catedral*, dedicada á *Nuestra Señora*, es uno de los monumentos de arrogante osadía, uno de los más admirables conjuntos artísticos que existen en Europa.—Atribúyese su construccion al siglo XIII, y tiene de largo quinientos piés, por doscientos treinta de anchura y trescientos sesenta de elevacion: su nave principal es reputada por la más perfecta, despues de la de San Pedro en Roma; y cuando se entra en ella, causa un movimiento de agradable sorpresa su bella cúpula iluminada lateralmente; el techo pintado al fresco con magnificencia; su elegante vidriera, y la riqueza de sus altares de mármol y de elegante forma.—Deteniéndose á visitar sus capillas, llega á su colmo el placer del artista, contemplando los más célebres cuadros de la escuela flamenca; sobre todo, las obras capitales de Rubens y Van-Dick, el *Descendimiento* y la *Elevacion de la Cruz*, colocados en los lados del crucero, exigen absolutamente la peregrinacion á Ambéres de todo artista entusiasta.

La famosa torre lateral que decora la portada de este soberbio templo, acabada en 1518, es tambien una de las más bellas y atrevidas que existen en el mundo.—Su elevacion es de cuatrocientos sesenta y seis piés, y se sube por seiscientos veinte y dos escalones hasta su última galería; posee un juego de noventa y nueve campanas, que ejecuta á cada hora preciosas sonatas: la campana grande (cuyo padrino fué Cárlos V) pesa seis mil libras, y necesita diez y seis hombres para ser movida.

Desde aquella altísima galería se descubre casi toda la Bélgica, y parte de la Holanda; Brusélas, Malinas, Lovayna, Tournouth, y hasta, con el auxilio de un buen anteojo, alcánzase á ver el humo de los vapores que entran por la embocadura del Escalda: el majestuoso curso de aquel rio, las llanuras pantanosas de la Holanda, la ciudad de Flesinga, y aquellos muros de *Breda*, que me recorda-

ban el drama de *Calderon*, el cuadro de *Velazquez* y la lacónica carta del Conde-Duque de Oliváres al general de nuestro ejército : «*Marqués de Espínola, tomad á Breda.*»

Pero la estacion invernal se habia adelantado durante mi permanencia en aquel país; el Escalda y el Mossa, á ejemplo del Ródano y el Saona, habian olvidado sus márgenes y se extendian por las artificiales praderas del País Bajo, convirtiéndolas en un eterno lago, que habia que atravesar á bordo de una diligencia.—Tuve, pues, aunque con sentimiento, que renunciar al proyecto de seguir hasta Amsterdam y La-Haya, y terminar aquí un paseo que con tal desencadenamiento de elementos me ofrecia peligros ciertos por dudoso ó escaso placer; regresando á Brusélas, y de allí á París, no sin dar un largo rodeo, para tener el gusto de visitar la suntuosa y antigua catedral de *Reims*.

Pasado en París lo más crudo del invierno, habia determinado continuar mi correría y visitar

«*il bel paese*
ch'Apennin parte, e'l mar circonda e l'Alpe»;

pero las embajadas italianas ofrecen hoy mil inconvenientes para autorizar los pasaportes de los viajeros españoles. Torné entónces mis miradas á la Gran Bretaña; pero la vi envuelta en espesas nieblas, de que conservaba triste memoria por otro viaje que hice á aquel país hace siete años.—Visto lo cual, y atendidos tambien los deseos que picaban el ánima de platicar con mis paisanos en el habla de Cervántes, y de tornar á ver el agraciado rostro y lindo talle de mis paisanas, tomé rápidamente la vuelta del Pirineo, saludé las Castillas, y dí fondo á pocos dias en la casa de postas de Madrid.

DE VUELTA Á CASA [1].

EPÍLOGO.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid, tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir más allá del puente de Toledo ó de la venta del Espíritu Santo. Fingia ignorar pacíficamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y éstas creíalas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de Palacio ó desde el campo del Moro.—Alguna rara vez, es cierto, llegaba á hacer excepcion á tan monótona existencia, concurriendo á la funcion patronal de Vallecas ó á los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver á su casa en la desvencijada y bulliciosa calesa, creíase otro nuevo Anacharsis, tendia el paño, y comenzaba la relacion pintoresca de su viaje; decia, entre otras cosas, que el cerro de los

(1) Este artículo, escrito por el autor al regreso de su primer viaje á Francia é Inglaterra (1833-1834), puede servir de epílogo de ambos, y como tal, no parece desdecir al final de estos RECUERDOS; porque, tratando del mismo asunto y en igual estilo, resume el pensamiento crítico y la leccion moral que se propuso el autor en aquéllos.

Angeles, mirado de cerca, tiene diez leguas de altura, ó se extendia en pintar las costumbres sociales de Villaverde ó de Getafe;—semejante en esto á un viajero frances (ligero como todos los franceses, y ponderativo como todos los viajeros), que estampaba en su diario: «*Sábado* 24 *pasamos á cinco leguas N. de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en extremo amables y hospitalarios.*»

Si por un exceso raro de curiosidad, ó porque su empleo le uniese á la córte, llegaba nuestro convecino á hacer alguna expedicion á los sitios Reales, ¿quién le podia sufrir entónces? Cristóbal Colon y el capitan Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viajero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia ú otro negocio de no ménos importancia le obligaban á apartarse cuarenta ó cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años ántes, arreglar su conciencia y negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando; pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones, que hace veinte y tantos años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un vaiven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta á nuestra generacion actual para parecer sombras chinescas ó rápidas ilusiones fantasmagóricas.—Señores, atencion... mírenles ustedes bien... ¿los ven ustedes?... pues ya no los ven.—Hoy en el Prado, mañana en el *Boulevard*, pasado en *Hyde-park;* amanecen en Madrid, comen en París y van á hacer noche en Lóndres.

Para los madrileños en especial, la visita á París es tan

necesaria como para los musulmanes la peregrinacion á la Meca, ó para los ingleses el *viaje grande*. No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia; y al oir las apasionadas relaciones de los que vienen, es cosa de rechinar los dientes los que no llegan á ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oir y envidiar por los demas, y la consideracion que de ello resulta es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que están á su alcance.

Hay quien destina á los espectáculos y fondas de París las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van á buscar la instruccion en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viaje; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demas ensalada italiana que traia en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria, y los hay que vuelven contentos con haber aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, *maneras* y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trajes, corbatines y almohadillas, todo nos viene de París. Sólo la moneda se nos va.

Á vista, pues, de aquel general movimiento, de aquel impulso involuntario, ¿quién ha de permanecr quietista? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir á costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar á los demas? No será, por lo ménos, aquel que, como yo, á la calidad de *Curio-*

so reuna la circunstancia de *Parlante*. Hé aquí una razon bastante para determinarme; y ya que mi insignificancia política no me obligaba á ninguna emigracion, y puesto que ninguna comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco á los países extranjeros, quise visitarlos sólo por gusto ó comodidad, á expensas propias y campando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de más de cuatro exagerados con esta sencilla expresion: «*lo he visto tambien.*»

Ocasion era ésta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descripcion de mi detenido viaje por Francia, Inglaterra y Alemania, amenizada con episodios más ó ménos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohijaria las relaciones de viajeros poco escrupulosos, describiendo con igual ligereza que ellos el movimiento y la vida de Lóndres y París, su comercio é industria, espectáculos y diversiones; el puerto de Liverpool y el de Brigthon; las escuadras inglesa en Porstmouht y la francesa en Tolon, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los caminos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lyon y de Marsella; describiria las pintorescas orillas del Rhin, y me daria, en fin, importancia suma, sin más trabajo que el de trasladar alguno de los innumerables itinerarios, guías y cartas de ruta que comprára al paso, prestándoles cierto saborete de originalidad con tal ó cual anecdotilla personal, ya robada, ya auténtica, que me hiciera aparecer, cual otro *Sterne*, sentimental á los ojos de mis lectores.— De este modo, pues, fácil me hubiera sido llenar tres ó cuatro tomos, que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros extranjeros, y dar de sus países una idea tan extravagante, por lo ménos, como la

que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances (1).

Los españoles, sin embargo, pecamos en el extremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos á escribirlo; y hé aquí la razon por que carecemos de descripciones originales, no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino áun de los países más conocidos de Europa y áun de nuestra misma España.—El miedo de no hacerle con perfeccion nos impide el hacerlo de ninguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de mi insuficiencia, deberia, más que ningun otro, seguir en este punto la moda del país; empero, entre relacionar minuciosamente el viaje ó hablar sólo de la vuelta; entre desenvolver el argumento del drama ó decir sólo su desenlace, hay por lo ménos tanta distancia como de Humbolt ó Víctor Hugo á mi persona, como del Diccionario de Miñano á la Guía de caminos, como de un *infolio* á un folletin de diario. Y es para sólo este objeto para el que reclamo hoy la benévola atencion de mis lectores (2).

---

(1) De esta ligereza y mala fe de los modernos viajeros transpirenáicos se dijo lo bastante en el artículo primero, que sirve de introduccion á estos RECUERDOS. Mas, á pesar de lo acerbo de aquella punzante sátira, no pudo el autor adivinar todos los dislates y chocarrerías que despues habian de consignar en sus respectivas leyendas sobre España, MM. Charles Didier (*Six mois en Espagne*); Roger de Beauvoir (*La Porte du Soleil*); Teophile Gauthier (*Tras-os-montes*); Alexandre Dumas (*De París á Cadix*); Chalamel (*Un été en Espagne*); Georges Bourrow (*La Bible en Espagne*); Giraud et Desbarolles (*Deux artistes en Espagne*), y otros muchos que sería enojoso recordar.

(2) El regreso de este primer viaje en 1834 fué por el Lionés, la Provence y el Languedoc, entrando en España por Cataluña.

La diligencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera allí para conducir los viajeros á Barcelona.—Es un momento de verdadera sensacion el de este cambio, y no es difícil leer en los semblantes los distintos afectos que promueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria ó el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser más animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles, en sus trajes respectivos, forman un interesante contraste, y renunciando á sus respectivas lenguas, se entienden en catalan, que participa de ambas.

Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados á los carruajes respectivos: los caminantes se apresuran en torno de ellos; los mayorales chasquean sus látigos, y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre:

«*Conducteur, prenez garde à ma malle.*»—«*Muchacho, esa sombrerera.*»—«*A Deu, noya, á la turnata.*—«*Mon porte-manteau.*»—«*¿Combien d'ici à la frontière?*»—«*Las onse horas.*»—«*Bon voyage.*»—«*Messieurs, en voiture.*»—«*Señores, á la diligencia.*»—«*Iiiiiif, á Perpiñan.*»—«*A Barselona; zagaaa-la.*»

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera á Madrid; y el placer que me resultaba de volver á ver á España despues de un año de ausencia voluntaria, grata y divertida, me hacía calcular el imponderable que debian experimentar aquellos que tras largos años de proscripcion volvian á ver abiertas las puertas de su patria.

Uno de los sujetos compañeros de viaje se hallaba en este caso, y á cada sitio, á cada montaña, á cada pueblo

que reconocia, asomaban las lágrimas á sus ojos, dándonos á conocer lo interesante de su situacion. Venía acompañado de una linda jóven hija suya, que, aunque nacida en España, habia pasado la mayor parte de su vida en un colegio de París. El resto de la diligencia estaba tan armónicamente organizado, que un poeta clásico hubiera necesitado muy poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, á la que no hubiera faltado el interes, y sobre todo el *movimiento*. Teniamos allí, ademas de los ya dichos interlocutores, un fabricante de Lyon, un elegante madrileño, un viajero inglés, una modista de París, un comerciante y un literato españoles, y un peluquero frances. Calcúlese ahora si con tan buena compañía podian hacerse largas las horas del viaje.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aquí punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridículos, que mediaron en tan larga travesía; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendiendo los estrechos límites de este artículo y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filosófico podia deducir la exageracion ó falsedad de las ideas que los vagos rumores, las extravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro país á los extranjeros, y áun á los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imaginaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes, y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, hervian sus cabezas en multitud de planes más ó ménos importantes, que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo, que en los meses de mi ausencia habia apénas

podido saludar aquellas invenciones, creíalas todas oportunas, todas realizables, y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos era el de clamar contra la inercia de los españoles; lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres; el respetable anciano que regresaba á su patria atribuíalo todo á la empleomanía, esta funesta plaga de nuestra sociedad, que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta, con ruina de los pueblos, las clases improductivas, y convierte en mecánicas ruedas á los que pudieran ser agentes de la gran máquina social.

—Vea V. aquí, exclamaba el comerciante, unos campos estériles y yermos, sin duda por ignorar que, á beneficio de los pozos artesianos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh, si mis empresas llegan á tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este país!

—Sin embargo, replicábale yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe V., si no, al mayoral, que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino, y así lo demas.

—Todo eso consiste, replicaba el inglés, en la escasez de comunicaciones y el mal estado de los caminos, que impiden la rápida circulacion; nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y caminos de hierro, y si este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega á tener efecto.....

A este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche, para rogar que nos apeásemos, á fin de pasar una de las elevadas cordilleras que dividen la Cataluña del Aragon.

—Vea V., le dije yo al inglés, algo que podria opo-

nerse en nuestra España á la realizacion de muchos proyectos.

—Los adelantos de la industria, decia magistralmente el fabricante lionés, son muy escasos en vuestro país, y sólo el estímulo de los extranjeros podrá hacerles progresar. Convencido de ello, traigo á él, no sólo géneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura á la manera de las nuestras, que llegue á libraros en parte del crecido tributo que pagais á la industria extranjera.

—Desengáñense VV., señores; no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros países la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que hace impracticables en muchas de nuestras provincias esos descubrimientos; es la configuracion de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos á la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna, estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hay), sin detenerse en ellas, procuran marchar conformes con los adelantos materiales del siglo, de lo cual todos VV. tendrán ocasion de convencerse, haciendo justicia á la constancia y al teson con que saben vencer muchas dificultades.

—«¡Ah! el buen español (exclamaban los extranjeros), cómo sale á la defensa de la patria.»—

Otras veces, sin remontar tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al literato, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demas países; nos entusiasmábamos al recordar el sinnúmero de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos, recordábamos

con placer los teatros de París y de Lóndres; y luégo comparábamos con aquel brillante cuadro el mezquino que las letras y las artes presentan hoy en nuestro suelo, y excitábamos á nuestro contrincante á emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al país de instruccion y de recreo.

Por último; cuando, cansados de estas discusiones, llegábamos á ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viaje, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colegialita de París; con el peluquero *Alcibiades* y madama *Tul Dobiné.*

Es cosa sabida que el amor en viaje hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto, que no perdia el tiempo, como nosotros, en discusiones áridas y encrespadas, y cuando más, terciaba en ellas siempre que se rozaban tanto cuanto con algun punto de modas ó de espectáculos. —Se hablaba de industria, nos enseñaba la tela de su chaleco ó las cadenas de su reloj; se trataba de literatura, nos citaba un trozo del *Petit Courrier* ó del *Almanach des Dames;* pero todo con un aire de satisfaccion y de suficiencia, que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadoso del resto de ellos, prestaba toda su atencion y dirigia casi siempre su discurso á la agraciada niña, á quien por estos medios pretendia cautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, ó sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo, tuve ocasion de observar repetidas veces que cuando éste, por una transicion, por desgracia harto frecuente, se permitia con ella

alguna intencion ó libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto más severo y le dirigia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista, su posicion era más armónica. Exactos conocedores de los usos y las costumbres respectivas, hablando un mismo lenguaje y colocados en igual categoría, no era difícil que muy pronto llegáran á entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendiamos los demas.

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin á la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habiamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo. — Los extranjeros pedian un *fiacre* que los condujese. No los habia allí á mano. Los españoles se contentaban con un mozo; tampoco se presentaba ninguno. Aquéllos preguntaban por un *hotel*. — « Aquí no hay hoteles. » — Éstos demandaban un *cicerone* que les enseñase las calles. — Tampoco. — « Las cosas de España», decia el comerciante. — « Esta gente no quiere moneda», replicaba el inglés. — «*¡ Oh le vilain pais!*», concluian el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear, despues de un agitado viaje, la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver á comunicar con los compañeros de diligencia, á quienes suponia legítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopías. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme á cierta antesala de un ministerio, y donde ménos pudiera pensar, acerté á encontrar al viejecito declamador contra los empleos. Confieso mi malicia; pero por más que pretendió ocultárseme, no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche.

—¡Qué quiere V., amigo! á mi edad ya no se puede aprender otro oficio: ¡si volviera á nacer!

—Probablemente haria V. lo mismo: créame V., le repliqué; si nuestro compañero el inglés conociese bien nuestro país, no hablaria de caminos de hierro, ó los aplicaria sólo al camino de la Tesorería, que es el único frecuentado en España.

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó á entrar casualmente en la antesala, tan largo como un cipres, trayendo bajo el brazo un rollo de papel, áun más largo que él mismo. Venía acompañado del fabricante lionés, y ambos tenian que hablar á S. E.; aquél para recoger la primera parte de su proyecto, que hacía seis meses que habia entregado, y dejar la segunda; pues, cansado de esperar, hacía ánimo de recogerla al regreso de un viaje á América; el fabricante venía á solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por géneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejasen libre para volverse á su país.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros compañeros de viaje.—El comerciante empresista, despues de tentar mil proyectos mercantiles é industriales, despues de haber querido establecer *teatros*, *ómnibus*, *casas de baños*, *divanes*, *hoteles* y demas, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacen de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila.—Tambien me dijeron que el literato, habiendo verificado várias de las publicaciones que nos anunció, sólo habia podido obtener veinte suscriciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viaje y yo.—Sólo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente; el uno, con su relumbrante salon, y la otra con su

fantástico taller; aquél, descargando las cabezas, y ésta, adornándolas á la moda.

Por lo que hace al elegante, tuve ocasion de verle várias veces en teatros y diversiones: al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le vi amoldarse á ella, en términos que el lúnes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gracejo y agitado movimiento de abanico la severa ex-colegialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa á la izquierda, miéntras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame sólo dar cuenta de mi persona; pues, segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traia en la cabeza mucho ruido de proyectos económicos y literarios. Habia ademas formado mi plan de vida diametralmente opuesto al que seguia ántes de mi viaje; creia haber llegado á aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero..... ¡qué se yo por qué.....! así que me vi en Madrid, empecé á levantarme á las siete, luégo á las ocho, despues á las nueve; empecé á salir á las doce; á sentarme en las librerías á la una, y en las tiendas de la calle de la Montera á las dos; á comer la inevitable olla á las tres; á echar la siesta á las cuatro, y levantarme á las seis; á ir al Prado á las siete, y al café ó al teatro á las ocho; á tertulia á las once; á cenar á las doce, y acostarme á la una; y así, un dia tras otro, se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecian grandes ventajas, y renuncié á ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros países) á emplear en fondos del Estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una renta de

5 por 100 al año; por cierto que en el valor *efectivo* de aquél he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el *nominal* es el mismo, y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto á proyectos literarios, me costó más trabajo el haber de renunciar á ellos; pero me hice cargo de que, si en las circunstancias en que nos hallamos, escribia de historia, ó de viajes, ó de literatura, perderia mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones.—Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero, en primer lugar, yo soy muy impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia; ignoro la nomenclatura corriente, y sin poder hablar de *excision* y *colisiones*, y *garantías* y *pronunciamientos*, y *oposicion legal* y *resistencia*, y comentar decretos, hacer alocuciones y proponer medidas y sistemas, ¿quién me hubiera entendido?—Pero es el caso que yo queria escribir y..... ¿qué remedio.....? me decidí á escribir folletines para el *Diario* (1).—Con esto, por lo ménos, lograré ser leido ántes que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flándes ó de queso de Rochefort; y si de este modo paso á la posteridad, no será, por lo ménos, sin algo de sustancia.

(1) Alude á que este y algun otro artículo del autor se publicaron en 1835 en el *Diario de Madrid*.

FIN.

INDICE.

	Páginas.
I.—Los viajeros franceses en España	1
II.—De Madrid á Bayona	11
III.—Bayona	23
IV.—De Bayona á Burdeos	37
V.—Burdeos	51
VI.—De Burdeos á París	65
VII.—París.—*Aspecto general*	79
VIII.—El primer dia en París (*Episodio*)	95
IX.—París animado y mercantil	107
X.—París monumental y artístico	121
XI.—París científico y literario	137
XII.—Entierro de Víctor Ducange (*Episodio*)	157
XIII.—París recreativo	165
XIV.—El extranjero en París	181
XV.—Un año en París.—Las exequias del Emperador.	195
XVI.—La Bélgica.—Brusélas	209
XVII.—Los Caminos de hierro	225
XVIII.—Las ciudades flamencas.—Gante.—Bruges.—Ostende	237
XIX.—Malinas.—Lieja.—Namur	253
XX.—Ambéres	265
De vuelta á casa (*Epílogo*)	277

FIN DEL ÍNDICE.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PRECIOS EN MADRID.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Aca émico Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca. Edicion reformada. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

La Cuestion de Oriente, por don Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de Italia (Segunda parte), por D. Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Guía ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

Un libro para las damas (estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

La vida íntima.—En la culpa va el castigo, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Un libro para las madres, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Hija, esposa y madre, por doña María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

La Abuela, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

El Sol de invierno, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

La Senda de la gloria, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Las esclavas del deber,** por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Cortesanas ilustres,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor, —4 pesetas.

* **Glorias de la mujer,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor. —4 pesetas.

* **Los Mártires del Amor,** por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

Tres Genios femeninos, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Luz y sombra,** por D.ª María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances. —8 pesetas.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas, lujosamente encuadernado.

Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

Delicias del nuevo paraíso, por D. José Selgas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Cosas del dia, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas. (Tercera edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Hechos y dichos,** por D. José Selgas. Un tomo.—3 pesetas.

* **Un Retrato de mujer,** por don José Selgas.—2,50 pesetas.

* **El Mundo invisible,** continuacion

de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas. Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

Un libro para las pollas, por D.ª Francisca Sarasate. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Nuevos cuentos populares, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Amores y amoríos (Historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **El Final de Norma,** por D. Pedro Antonio de Alarcon.—3 pesetas.

Verdades y ficciones, por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de don Luis Mariano de Larra. Un tomo, 8.° mayor frances. - 4 pesetas.

Sueños y realidades, por D. Ramon de Navarrete. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

El Comendador Mendoza, por D. Juan Valera. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Las Ilusiones del Doctor Faustino,** por D. Juan Valera. Dos tomos en 16.°—5 pesetas.

* **Dáfnis y Cloe, ó las Pastorales de Longo,** traduccion directa del griego, con introduccion y notas, por un aprendiz de helenista. Un tomo en 16.° —3 pesetas.

De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Letra menuda, por D. Manuel del Palacio. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Adriana de Wolsey, original de Ventura Hidalgo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por don Julio Monreal. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Una Docena de cuentos, por D. Narciso Campillo, con un prólogo de D. Juan Valera. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Retórica y poética, ó lectura preceptiva,** por D. Narciso Campillo y Correa. Un tomo en 4.°—4 pesetas.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Manual de la Moda Elegante. —Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.° frances.—4 pesetas rústica y 5,50 encuadernado en tela.

Cuentos, por D. José Fernandez Bremon. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Memorias de un Setenton, natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos. (Primera edicion.) Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Principios generales del arte de la colonizacion.** Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por D. Joaquin Maldonado Macanaz. Un tomo en 4.°—6 pesetas.

Venturas y desventuras, coleccion de novelas del capitan de navío don Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Disquisiciones náuticas,** por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **La mar descrita por los mareados** (*Más Disquisiciones*), por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos,** libro tercero de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Los Ojos en el cielo,** libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **A la mar madera,** libro quinto de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía,** consideradas como asunto interior de las legislaciones, y sobre todo en sus relaciones con el derecho internacional, por un primer secretario de legacion. Un volúmen, 4.° mayor, bastante abultado.—12 pesetas.

* **Nuevos poemas y doloras,** por D. Ramon de Campoamor. Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

* **Doloras y cantares,** por D. Ramon de Campoamor; única edicion com-

pleta, con el retrato y autógrafo del autor. Un tomo en 16.° frances.—7 pesetas.

* **El Bazar,** revista literaria ilustrada. En las páginas de este ameno periódico hay novelas, poesias y articulos de costumbres, escritos por nuestros primeros poetas y literatos, y multitud de bellos grabados de los más distinguidos artistas nacionales y extranjeros. En su primera parte está impresa la novela *La Fe del Amor*, original de *D. Manuel Fernandez y Gonzalez*, y en la segunda se puede leer integra la más popular y trascendental novela del insigne *Victor Hugo*, titulada *Noventa y tres*, con ilustraciones artisticas notabilísimas.—Cuatro tomos, 25 pesetas.

El Tren directo, por J. Ortega Munilla. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **La Cigarra,** por J. Ortega Munilla. Un tomo, 8.° mayor.—Pesetas 2,50.

* **Sor Lucila** (segunda parte de *La Cigarra*), por J. Ortega Munilla. Un tomo en 8.°—2 pesetas.

Malas costumbres. Apuntes de mi tiempo, seguidos de algunos bocetos biográficos y poesias, por D. Eusebio Blasco. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **El Médico de las Locas,** notable novela escrita por Javier de Montepin, traducida por la señorita doña Joaquina G. de Balmaseda. (Segunda edicion.) Dos tomos, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **Una página de amor,** novela escrita por Emilio Zola y traducida por don José Aguilera. Un tomo, 8.° mayor frances.—Pesetas 1,50. De este interesante libro se han hecho en Paris 45 ediciones en el trascurso de ocho meses.

* **La Escuela del gran mundo,** novela original de D. Guillermo Graell. Un tomo en 8.°—2 pesetas.

* **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.** Un tomo en 16.° frances, con más de 700 páginas, de edicion microscópica, propia para viajeros.—Pesetas 7,50.

Panorama Matritense (Primera série de las Escenas), 1832 á 1835, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Escenas Matritenses (Segunda série), 1836 á 1842, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Tipos y Caractéres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, en 1840 á 1841, su autor El Curioso Parlante. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

NOTA.—De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 4, 6 ú 8 reales vellon por volúmen.

OTRA.—Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PERIÓDICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino tambien cuantos monumentos artísticos y notables existen en España y América.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MADRID.	PROVINCIAS Y PORTUGAL.	EXTRANJERO.
Un año. . . .	Pesetas 35	Pesetas 40	Francos 50
Seis meses. . .	» 18	» 21	» 26
Tres meses.. .	» 10	» 11	» 14

Cada número consta de 16 páginas gran fólio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen, se publican suplementos, grátis para los señores Suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edicion tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

AÑO XL.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á luz los dias **6, 14, 22** y **30** de cada mes. Sus números y anexos, que cada año forman un bellísimo álbum de unas 1.200 columnas gran fólio, contienen agradable á la vez que instructiva lectura, inspirada en la más sana moral; dibujos para toda clase de labores y bordados, modelos y patrones trazados de las últimas modas de Paris en todas las prendas del traje y adorno de Señoras, Señoritas y niños de ambos sexos; figurines iluminados, patrones cortados de los modelos de mayor novedad, trozos escogidos de música moderna, consejos de economía doméstica y ejercicios de ingenio.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	1.ª EDICION.		2.ª EDICION.		3.ª EDICION.	4.ª EDICION.
	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid y Prov.	Madrid y Prov.
	Pesetas.		*Pesetas.*		*Pesetas.*	*Pesetas.*
Un año.. . .	37,50	40,00	28,00	30,00	20,00	15,00
Seis meses..	19,00	21,00	14,50	16,00	10,50	8,00
Tres meses..	10,00	11,00	7,50	8,50	5,50	4,25

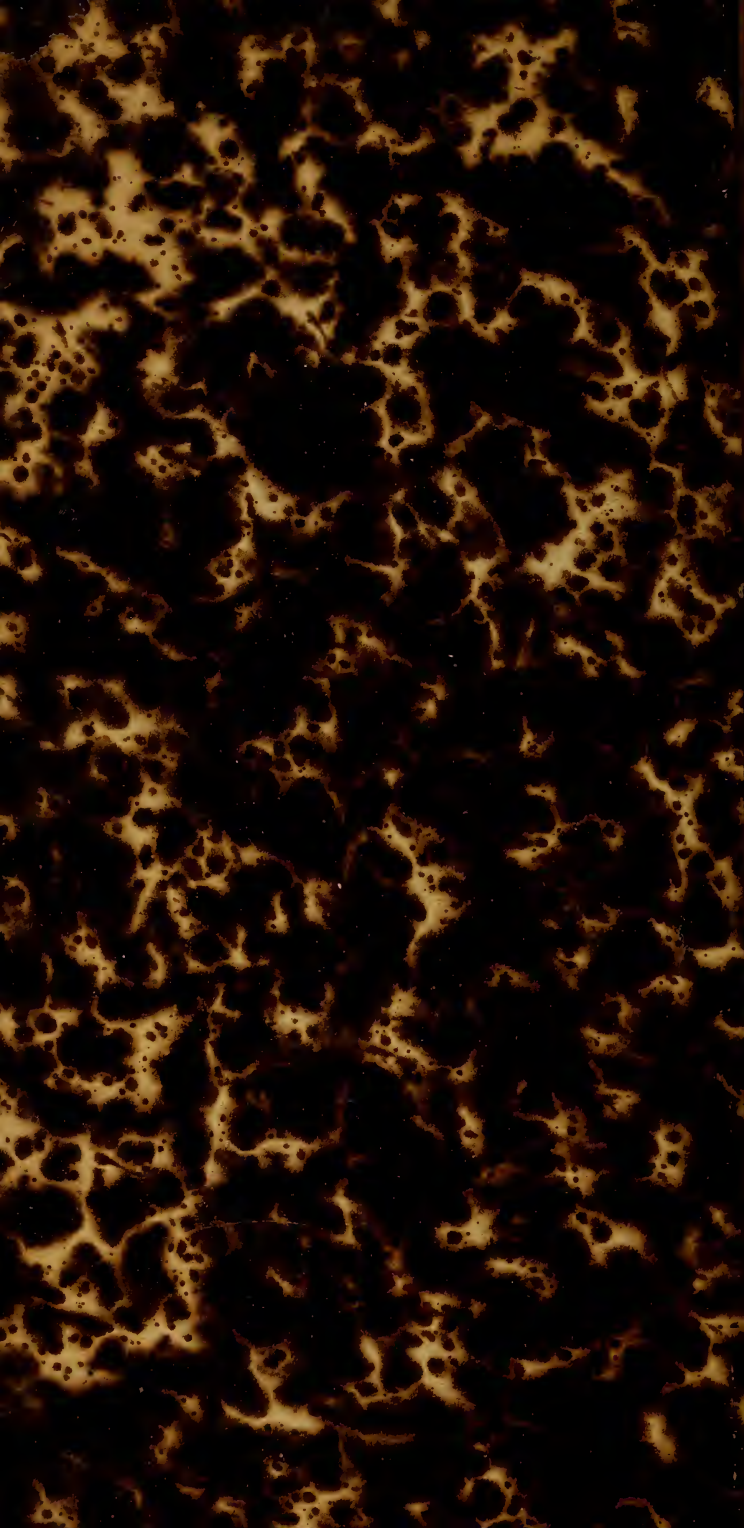
A los pedidos de suscriciones debe acompañarse su importe en libranzas del Giro mútuo, letra de fácil cobro, ó sellos de comunicaciones, certificando la carta en este último caso.

Se remiten números de muestra grátis de ambos periódicos á los que lo soliciten, dirigiéndose á la

Administracion: Carretas, 12, principal. MADRID.

LS.
M5824r
34463
Author Mesonero Romanos, Ramon de
Title Recuerdos de Biaje por Francia y Bélgica.
BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU